

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE
TOM SCATTERHORN

**EL SECRETO DEL
MUSEO**

Henry Chancellor

Lectulandia

Bienvenidos al Museo Scatterhorn. Fundado hace cien años, hoy es sombra de lo que fue; solo los animales disecados, sucios y viejos, recuerdan el esplendor de años atrás. Cuenta la leyenda que, en algún rincón del museo, se guarda el zafiro más grande del mundo, cuentan también que los dos fundadores del museo - sir Henry Scatterhorn y August Catcher - habían sido amigos inseparables, pero "algo" tan grave ocurrió que los separó para siempre... Ahora, el museo pertenece a los tíos de Tom, Acuciados por las deudas, deciden ponerlo a la venta. ¿Y quién es el primer comprador? El misterioso don Gervase Askary, pariente lejano del odiadísimo Augusto Catcher, que parece tener mucha prisa por comprar. Tom no se quedará de brazos cruzados y decidirá investigar, y lo primero que descubrirá es que ¡los animales del museo están vivos y tienen mucho que contar! El museo guarda un secreto, un secreto que hará inmortal a quien lo descubra...

Lectulandia

Henry Chancellor

El secreto del museo

Las increíbles aventuras de Tom Scatterhorn - 01

ePub r1.2

Rocy1991 29.10.14

Título original: *The Remarkable Adventures of Tom Scatterhorn: The museum's secret*
Henry Chancellor, 2008
Traducción: Rosa Pérez
Retoque de cubierta: Rocy1991

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Louis, Inigo y Esme

Prólogo: En este momento, en los confines del mundo

La noche se cernió súbitamente sobre el valle de Tosontsengel. El jeep se había pasado el día recorriendo una interminable serie de colinas, alcanzando la cima de una para encontrarse con la siguiente. Y otra. A media tarde, la carretera había descendido hasta un ancho fondo del valle orientado al oeste y, cuando el sol comenzó a ponerse, las lisas laderas de las montañas refulgieron con tonalidades anaranjadas y los oscuros pinares que había debajo se tornaron morados.

—Mire, ahí. Parece un buen sitio.

El jeep se detuvo con una sacudida. El hombre alto y rubio con una descuidada barba se protegió los ojos del sol y señaló unos pinos en la linde del bosque, teñidos de rojo por los últimos rayos de sol.

—¿Ve algo? —dijo una voz desde el asiento trasero.

El hombre flaco no respondió, pero alzando los prismáticos divisó, por encima de los pinos teñidos de rojo, varias hileras de árboles caídos que habían abierto una larga brecha gris en el corazón del pinar. Era un lugar ideal.

—Ahí.

El hombre lo señaló con el dedo, y el conductor, un fornido mongol con un raído forro polar, gruñó a modo de contestación. El jeep dejó la polvorienta pista y se dirigió hacia los pinos caídos.

Para cuando llegaron a la linde del bosque, el sol ya se había puesto. El hombre occidental se bajó del coche y se desperezó. Instantes después, la puerta trasera se cerró, y se unió a él un chino de aspecto sospechoso que llevaba gafas oscuras. El chino miró el bosque y sonrió con aprobación.

—Un deslizamiento de tierra. Tiene usted muy buena vista, señor Scatterhorn.

—Gracias.

—Creo que esta noche tendremos suerte.

—Eso mismo dijo anoche.

El chino volvió a sonreír, pero esta vez Sam Scatterhorn no se molestó en ser cortés. Se había pasado todo el día en aquel jeep infernal, zarandeado de un lado a otro y respirando el apestoso sudor del conductor, golpeándose la cabeza con el almohadillado del techo. Estaba agotado, le dolía todo el cuerpo y los buenos modales del señor Wong estaban comenzando a irritarle. Aquella sonrisa escondía algo desagradable...

—A trabajar —murmuró sin entusiasmo, y sacó una bolsita y un delgado palo metálico del jeep—. Esto puede llevarme algún tiempo.

—No se preocupe, señor Scatterhorn —dijo el señor Wong sonriendo—. No vamos a irnos sin usted.

Sam Scatterhorn gruñó.

—Eso pensaba yo. —Haciendo caso omiso de la sonrisa de Wong, se alejó por las rocas hasta el pinar.

—Maldito extranjero —dijo entre dientes el señor Wong mientras se encendía un cigarrillo y le daba una calada. Aquel tipo debería considerarse afortunado. Muchos darían cualquier cosa por estar en aquel momento en aquella remota región de Mongolia. Sam Scatterhorn era un don nadie. Wong lo había encontrado en un hotel barato, viviendo como un indigente. Acababa de salir de la cárcel y no tenía dinero ni ropa, solo un microscopio. «Un ilegal, probablemente— pensó Wong, —a la fuga, queriendo hacer dinero fácil para esfumarse cuanto antes». El ya había conocido a tipos como aquel. A muchos. Pero resultaba que el tal «señor Scatterhorn», fuera quien fuese, era el mejor que había. Aclarándose la garganta, Wong escupió bruscamente al suelo y sonrió. Tenía la paciencia de un elefante: podía esperar lo que hiciera falta. Scatterhorn iba a terminar encontrando lo que estaban buscando. Tenía que hacerlo. Y si decidía darle problemas, bueno, desaparecer en aquella región tan inhóspita era facilísimo. Los accidentes eran frecuentes. Nadie iba a echarlo de menos, ¿no?

Tras gritar una orden al hosco conductor, que ya estaba desenrollando una vieja tienda de campaña militar, Wong regresó al jeep y sacó su teléfono satélite. Mientras colocaba la antena en el capó del coche, apagó el cigarrillo a la espera de que se realizara la conexión.

El sol ya había desaparecido y el fondo del valle era una morada superficie en penumbra. Arriba, en el fresco pinar sumido en la oscuridad, Sam Scatterhorn llegó a un calvero y se detuvo, apoyándose en un árbol para recuperar el aliento. Cerrando los ojos, respiró hondo, impregnándose del intenso aroma a pino. Por fin estaba volviendo a sentirse el de siempre. Los grillos cantaban a su alrededor y, a lo lejos, oyó el repiqueteo de un pájaro carpintero. Mirando la luna, sonrió para sus adentros: la hora mágica. Aquel era su momento del día preferido.

Entonces recordó por qué estaba allí. Escrutando los pinos caídos que le rodeaban, comenzó a clavar el palo metálico en la madera podrida, no sin antes apartar la hojarasca. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Se arrodilló delante de un tronco caído, vio un orificio en la blanda madera blanca. Sacó su navaja, lo agrandó y, a continuación, extrajo el filo con sumo cuidado. Allí, enroscada en la punta, había una rolliza larva blanca de escarabajo de unos cuatro centímetros de longitud.

—*Lamprima adolphinae* —susurró para sus adentros.

Era una buena señal. A la criatura no le gustó que la sacaran de su agujero y comenzó a retorcerse a ciegas.

—Vale, vale —susurró dulcemente Sam Scatterhorn, y volvió a meterla en su blando hogar pulposo.

Con cuidado, removió la tierra roja a su alrededor y, poco después, vio un destello dorado y negro. Allí estaba. Levantando cuidadosamente una hoja, encontró el macho adulto de aquella especie de escarabajo, alerta y totalmente inmóvil. Tenía las patas negras y su cuerpo era una bruñida coraza dorada donde se reflejaba el oscurísimo

cielo azul. A sendos lados de la cabeza, tenía dos espinosas mandíbulas rosas dirigidas hacia las copas de los árboles, listas para atacar. Era magnífico, como una criatura de otro mundo. Por un momento, Sam Scatterhorn sintió el mismo asombro que se apoderó de él cuando muchos años atrás, de niño, había encontrado su primer escarabajo en el bosque próximo a su casa.

—Eres grande, ¿eh? —dijo en voz baja acariciándole los duros élitros dorados al tiempo que sacaba lentamente una caja de la bolsa. Con mano experta, logró que la criatura se encaramara al extremo del palo metálico, deslizó rápidamente la caja por él y cerró la tapa.

—Tú te vienes conmigo. —Sonrió dando un golpecito a la caja con el dedo antes de meterla en la bolsa—. Veamos, ¿tienes algún amigo para el señor Wong?

Cuando Sam Scatterhorn regresó al campamento, ya era de noche. El señor Wong estaba sentado junto al fuego y, nada más ver al alto occidental saliendo del bosque, se puso en pie de un salto, impaciente por tener buenas noticias. Pero la hosca expresión de Sam Scatterhorn le sugirió lo contrario y, dominándose, volvió a sentarse sin dejar de mirar a Sam mientras este dejaba cuidadosamente la bolsa en el suelo y daba un larguísimo sorbo a su cantimplora. Al final, Wong no pudo seguir conteniéndose.

—¿Cuántos? —preguntó. Sam Scatterhorn lo ignoró—. ¿Uno? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Cuántos, señor Scatterhorn?

El conductor, que estaba en cuclillas delante de una humeante cacerola de arroz, miró a Wong de soslayo. El extranjero había encontrado algo y Wong estaba intentando dominar su genio. Aquello le gustaba.

—¿Ninguno? —espetó Wong.

—Doce —respondió Sam Scatterhorn sin inmutarse.

—¡Doce!

Wong corrió hasta la bolsa para verlo con sus propios ojos. Dentro había doce largas cajas de papel, apiladas y pulcramente rotuladas. Abrió una y la sacudió con cuidado hasta tener el dorado escarabajo en la palma de la mano. Sofocó un grito. Era el espécimen más grande que había visto nunca. Con ojo de contable, midió la anchura de sus mandíbulas, espinosas y resplandecientes, a la luz de la hoguera.

—Este podría ser un campeón —dijo en voz baja—. ¿Son todos del mismo tamaño?

—Algunos son incluso más grandes. Las condiciones son ideales aquí.

Wong realizó rápidamente una serie de cálculos mentales. En Tokio, las peleas de escarabajos eran un gran negocio y los escarabajos campeones de todo el mundo se vendían por muchísimo dinero. Cada milímetro de su longitud aumentaba su valor en centenares de dólares. ¡Y allí había doce posibles campeones! Aquella bolsa podía valer cincuenta mil dólares, cien mil incluso. Contuvo la risa: aquel era el premio gordo, pero no debía manifestar demasiada emoción delante del extranjero, solo por si se daba cuenta del mal negocio que estaba haciendo.

—Esto hay que celebrarlo —dijo volviendo a meter el escarabajo en la caja—. ¿Qué le parece si nos tomamos la última botella de sake?

Sam Scatterhorn solo pudo obligarse a sonreír.

—Eso está mejor —dijo Wong riéndose—. ¿Sabe?, debería sonreír más a menudo. Es bueno para la salud.

Más tarde, después del inevitable cordero con arroz que se comió con la ayuda del sake barato de Wong, Sam Scatterhorn estaba acostado junto al fuego en su saco de dormir, pensando. Wong no tenía de qué preocuparse; él ya sabía el mal negocio que estaba haciendo. Pero no tenía más opción que acompañar a aquellos piratas a los confines de Mongolia en busca de aquellos escarabajos tan difíciles de encontrar. Aun cuando solo viera una décima parte de lo que se llevaría Wong, continuaba saliéndole a cuenta. El dinero que iba a ganar aquella noche le duraría unos cuantos meses y él ya andaba cerca de lo que estaba buscando, lo presentía. Cada día se aproximaba más... Se puso boca arriba y miró la Vía Láctea, que brillaba intensamente en el vasto firmamento, por encima de los pinos. El señor Wong podría tener sus peleas de escarabajos en los tugurios de Tokio. A él, aquello le traía sin cuidado. Él estaba allí con un propósito más elevado. Pero ese era su secreto...

El viento, que había cesado al ponerse el sol, volvía a soplar con fuerza en el valle. Hacía frío. Pese a estar junto al fuego, Sam Scatterhorn notó el aire gélido colándosele por el saco y enfriándole la espalda. Wong estaba en la tienda roncando, y también el conductor, repantingado en el suelo, borracho como una cuba. Mientras recibiera su paga y su botella diaria de vodka, le daba igual si encontraban escarabajos o no. Sam Scatterhorn no estaba de humor para unirse a ellos, por lo que se caló el gorro hasta las cejas y se arrebujó en el saco de dormir. Como una larva de escarabajo.

Debía de ser alrededor de medianoche cuando se despertó. Ahora, el viento era glacial, demasiado frío para dormir al aire libre. No tenía más opción que meterse en la tienda con Wong. Maldiciendo en voz baja, salió del saco y se calzó las botas sin molestarse en anudárselas. Dando tumbos en la oscuridad, solo había recorrido una corta distancia cuando se dio cuenta de que ya no estaba pisando matorrales. El suelo crujía y crepitaba bajo sus botas, como el hielo. Qué extraño. Encendió su linterna frontal, se agachó y descubrió que estaba pisando una larga columna de escarabajos que venía del valle. Debía de haber decenas de miles.

—¡Vaya! —exclamó rascándose la cabeza. Aquello era insólito. Entusiasmado, cruzó de puntillas al otro lado de la columna, donde se arrodilló y cogió delicadamente un escarabajo. Cuando lo miró a la luz, no pudo contener su sorpresa: aquella criatura que se retorció entre sus dedos no se parecía a nada de lo que había visto hasta entonces. Era muy grande, de unos veinte centímetros de longitud, y tenía el cuerpo en forma de canto rodado y encerrado en una armadura azul oscuro. En vez de mandíbulas, tenía afiladas pinzas, como un escorpión, un gran escorpión negro: *Pandinus imperator*, el escorpión emperador... La mente se le disparó... aquel

escorpión vivía en África y, además, los escorpiones pertenecían a la familia de los arácnidos: tenían ocho patas como las arañas, a diferencia de los insectos, que solo tenían seis. Observó atentamente la criatura, que abría y cerraba con avidez las pinzas a la luz de la luna. Decididamente, era alguna clase de híbrido, una nueva especie quizá... ¿Lo era? ¿Podía serlo? El corazón comenzó a latirle más aprisa... No; debía esperar, tener calma. Llevárselo primero al hotel, estudiarlo, hacerle pruebas, quizá hasta podía ponerle nombre.

—*Lamprima scatterhornus* —dijo riéndose entre dientes. Sí, sonaba bien. Y aquellas pinzas parecían peligrosas, mortíferas. Tenía que enseñárselo a Wong. Iba a encantarle.

Alumbrando el suelo con la linterna, vio que la columna se había convertido en un río y que los escarabajos se dirigían en masa al pinar. Parecía que estuvieran migrando, pero ¿por qué? ¿Qué había en el pinar? Justo en ese momento, notó el primer mordisco. Fue dentro de la bota. Y luego otro, en la pierna. Alumbrándose los pantalones, descubrió que tenía escarabajos subiéndole por todo el cuerpo. Al principio, sonrió: ahí estaba él, el amante de los escarabajos cubierto de escarabajos; Wong debería hacerle una fotografía. Pero luego se dio cuenta de que la situación era grave.

Aquellos animalillos eran peligrosos y le estaban mordiendo por todo el cuerpo. Se le estaban encaramando al cuello de la camisa y metiendo por la espalda y tenían las pinzas tan afiladas como cristales. Intentó quitarse uno del hombro, pero se agarraba con tanta fuerza que casi tuvo que arrancarle las negras patas espinosas para sacárselo de encima. Fueran lo que fuesen, aquellos escarabajos tenían una fuerza extraordinaria.

Y los había a millones. En aquel instante, por primera vez en su vida, Sam Scatterhorn se dio cuenta de que estar allí, en ese preciso momento, era peligroso. De hecho, todos corrían un grave peligro.

De vuelta rápidamente al campamento, vio que un enjambre de escarabajos lo había invadido todo. El agua, los alimentos, hasta la tienda estaba plagada. Iba a gritar para avisar a Wong cuando de pronto lo distrajo un espectáculo tan insólito que borró de su mente todo lo demás. Columnas de escarabajos avanzaban alrededor de la hoguera, cuyas brasas seguían encendidas. Entonces, un escarabajo, viéndose forzado por la voluminosa masa de insectos que tenía detrás o siendo más audaz que el resto, se puso a cruzar las brasas. Sam Scatterhorn estaba convencido de que la criatura se quemaría y moriría de inmediato.

Pero el escarabajo no lo hizo.

¡Siguió adelante!

Poco a poco, las seis negras patas espinosas se le tornaron rosadas a causa del calor y el cuerpo comenzó a brillarle como el acero fundido. Pero siguió cruzando las llamas, como si estuviera realizando una demencial actuación circense. Cuando hubo atravesado la hoguera, volvió a unirse al río de escarabajos. El cuerpo se le enfrió

rápidamente, pasando del rosa al ámbar para tornarse marrón y finalmente negro, y pronto ya no pudo distinguirse de los demás. Sam Scatterhorn tragó saliva e intentó pensar con claridad. Aquello era imposible; ningún insecto del mundo se comportaba de aquella forma.

Cuando volvió a mirar hacia la hoguera, vio que otros escarabajos comenzaban a cruzar por las brasas, pisándose y entrechocándose, hasta que la hoguera fue una alfombra viva de colores rosas y dorados. Cada escarabajo brillaba como una joya en una fragua, totalmente inmune al calor. Sam Scatterhorn se quedó mudo de asombro. Aquellas criaturas, fueran lo que fuesen, eran lo más extraño que había visto en su vida. ¿Cómo era posible que hicieran aquello? De pronto, el dolor de un millar de mordiscos en todo el cuerpo lo arrancó de sus pensamientos. Aquellos escarabajos migratorios se le estaban subiendo por todas partes. Tenía que apartarse de su camino ya. Pero ¿y Wong y el conductor?

Pisoteando aquella marea negra, Sam Scatterhorn corrió a la tienda y alumbró el interior con la linterna, donde vio dos siluetas inmóviles en el suelo.

—¿Wong? ¡Wong, despierte!

No obtuvo respuesta. Los dos hombres habían quedado ocultos bajo una marea de escarabajos mientras dormían.

—¿Wong?

Sam Scatterhorn alumbró el rostro de Wong y contuvo un grito cuando vio un escarabajo enorme subiéndole por el cuello y abriéndole los labios con las pinzas.

—Oh, Dios mío —susurró mientras el escarabajo se le metía en la boca. ¡Parecía que se lo estuviera comiendo!

De pronto, Sam Scatterhorn notó que empezaba marearse. Se agarró al palo de la tienda, cerró los ojos e intentó contener violentas arcadas.

«Respira hondo —se dijo—. Mantén la calma».

Pero su corazón desbocado le palpitaba en los oídos y no lo dejaba pensar. «¿Son carnívoros estos escarabajos? Esto no puede estar pasando... es una pesadilla...». Y entonces notó dos afiladas pinzas en la frente.

—¡No! —gritó. Arrancándose el escarabajo del pelo, fue tambaleándose hasta el jeep y tiró frenéticamente de la puerta. Estaba cerrada. ¡El conductor tenía las llaves! Las llevaba en el bolsillo, pero él no iba a regresar a aquella tienda, no ahora. De ninguna manera. Mirando la mancha oscura que lo rodeaba, se dio cuenta de que los escarabajos no iban a tardar en matarlo también a él. Eran demasiados. El sonido de un millón de patas avanzando le perforó los oídos. Notó pinzas cortándole los pantalones y adhiriéndosele a la carne. Aquello no podía acabar de aquella forma.

«Esto no debe terminar así».

Solo podía hacer una cosa. Frenéticamente, apartó con el brazo los miles de escarabajos que habían invadido el capó y se subió al techo del jeep. La marea de escarabajos trepó por el parabrisas detrás de él, resbalando por el cristal y amontonándose unos sobre otros hasta alcanzar la altura del techo. Las criaturas

comenzaron a encaramársele por las botas y los pantalones.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor!

Los gritos de Sam Scatterhorn resonaron en el valle desierto, lanzados al viento, a las estrellas, a cualquiera que estuviera en aquel paraje remoto.

Y sucedió que fueron oídos. Justo por debajo del límite del arbolado, al otro lado del valle, un hombre emergió de una cueva enclavada en una sólida pared rocosa. Iba vestido al estilo tradicional de Mongolia, con el gorro inclinado, e, incluso a la escasa luz de la luna, sus distinguidas facciones aguileñas eran inconfundiblemente europeas. Se llevó a los ojos unas gafas de visión nocturna y miró la diminuta figura subida al techo del jeep, en un intento desesperado por mantener a raya el oscuro río de escarabajos que fluía a todo su alrededor.

—¿No será otro de esos estúpidos coleccionistas? —dijo una voz a sus espaldas desde el interior de la cueva.

—Dios mío —murmuró el hombre alto forzando ahora la vista. Sam Scatterhorn estaba de rodillas, a punto de desfallecer. Tenía escarabajos por toda la cara. El hombre alto arrojó un fino puro al suelo, cogió un rifle viejo que estaba apoyado en la pared rocosa y se lo puso al hombro.

—Está en apuros, por lo que parece. Será mejor que vaya a echarle una mano.

Cogiendo una cartuchera y una pequeña cantimplora, se internó ágilmente en la oscuridad. Instantes después, su espigada silueta había desaparecido...

1 Extraña bienvenida

—¿Qué llevas aquí? Piedras, supongo.

Eran las tres en punto de una fría tarde de invierno cuando el hombre bajo y rechoncho salió de la parte trasera del taxi con una desgastada bolsa de lona azul que dejó en la acera.

—No exactamente —respondió el flaco muchacho rubio, tiritando en la acera con su fino abrigo.

—¿No me digas que también llevas varios ladrillos? —dijo el hombre enarcando las cejas mientras se sacaba unos cuantos billetes del bolsillo. El muchacho sonrió educadamente y se arrebujó en el abrigo. Aunque solo eran las tres de la tarde, las farolas ya se habían encendido en aquella calle gris y el conductor del taxi bajó la ventanilla empañada solo lo suficiente como para sacar la mano y coger el dinero. No tenía ninguna intención de salir; hacía demasiado frío. Aquel viento venía directamente de Siberia.

—Gracias, amigo —dijo cogiendo el fajo de billetes y soplándose ruidosamente en los dedos—. Feliz Navidad. —Y se alejó a toda velocidad por la calle encharcada.

—Venga, Tom. Entremos antes de morirnos de frío —dijo el hombre rechoncho. Cogiendo la bolsa de lona con ambos brazos, subió bamboleándose los anchos escalones del decrepito edificio de ladrillo que tenían delante y entró en él por una portezuela lateral. Había comenzado a granizar, unas piedras inmensas que se rompían al estamparse contra los escalones, y Tom estaba a punto de seguirlo cuando se fijó en los dos feroces dragones de piedra que había sobre la entrada. Entre ellos, sostenían una deteriorada placa de piedra que decía:

MUSEO SCATTERHORN
FUNDADO EN 1906 POR SIR HENRY SCATTERHORN
LEGADO A LOS HABITANTES DE DRAGONPORT
DIOS SALVE AL REY

Pese al granizo y el viento glacial que le azotaban el rostro, Tom se descubrió sonriendo. Quizá no fuera tan malo, después de todo. No podía haber muchos niños que fueran a pasar las Navidades en un museo que se llamaba...

—¡Tom Scatterhorn, entra ahora mismo antes de que te quedes pajarito!

La voz atravesó el estruendo del granizo y, súbitamente, Tom recordó que los dientes le estaban castañeteando. Subió los escalones de dos en dos y se precipitó dentro.

—Entonces, tu madre se ha ido a Mongolia o algún sitio parecido, ¿no?

Tom asintió con la cabeza. Ahora estaba sentado en una pequeña cocina pintada de amarillo situada en la parte trasera del museo, con los dedos pegados al radiador. Poco a poco, notó que se iba desentumeciendo.

—Este es Sam. Es una caja de sorpresas.

—Bueno, quiera Dios que tu madre lo encuentre; es un sitio enorme.

—Lo encontrará —dijo Tom en un tono educado pero también firme—. Sé que lo hará.

Desde que su padre había desaparecido hacía seis meses y su madre había ido a buscarlo, eso era lo que más deseaba en el mundo.

—Hummm. —Tía Melba sirvió el té con aire pensativo—. Bueno, no perdamos el optimismo, ¿vale?

Tom asintió con la cabeza, aunque los dientes le seguían castañeteando. Él no podía perder el optimismo. No le quedaba más remedio. De igual modo que no le había quedado más remedio que pasar las Navidades con sus únicos parientes vivos, sus tíos Jos y Melba, en el otro extremo del país. Ellos eran los orgullosos propietarios del Museo Scatterhorn y Tom no los había visto en su vida, hasta ahora.

—¿Una galleta, Tom?

—Oh, sí, por favor —interrumpió el tío Jos, cogiendo dos.

—Haz el favor de esperar, glotón —espetó Melba, quitándole una y dándosela a Tom.

—Este niño tiene que estar hambriento; solo hay que verlo.

Jos masticó ruidosamente la galleta mientras escrutaba de soslayo al niño flaco que tiritaba en el otro extremo de la mesa. Tom tenía once años y era alto para su edad, pero delgado, con unos ojos asombrosamente oscuros y penetrantes. Tenía una rebelde pelambreira rubia que le caía sobre la frente. Parecía un niño extrañamente adulto a la vez.

—Como su padre —dijo Jos encogiéndose de hombros—. Es el vivo retrato de Sam.

—Pero está como un fideo —añadió Melba con preocupación—. ¿Te dan alguna vez de comer tus padres, Tom?

Tom miró a aquellas dos personas tan extrañas que tenía sentadas enfrente y lo único que le vino a la cabeza fueron las palabras de su madre cuando se había despedido de él en la estación aquella mañana:

—Solo recuerda que tío Jos y tía Melba son un poco distintos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, son mayores y no han tenido hijos. Son un poco... distintos.

—¿Te refieres a... excéntricos?

—No, no exactamente —respondió su madre, midiendo sus palabras para no desanimarle—. Solo peculiares, eso es todo. Llevan mucho tiempo en ese viejo museo tan curioso.

Tom se había preguntado entonces qué significaría «peculiares» mientras veía cómo resbalaban las gotas de lluvia por la ventanilla del tren. Podía significar peculiares en el sentido que lo eran sus propios padres: ellos apenas podían calificarse de normales. No obstante, ahora que había llegado, Tom empezaba a entender a qué

se había referido su madre.

—¿Un bocadillo, Tom? —preguntó tío Jos ofreciéndole un diminuto plato lleno de triángulos de pan—. Venga, son los mejores: de sardinas.

Tío Jos parecía una bola de sebo. Tenía las mejillas sonrosadas y la cabeza calva, con mechones sueltos de pelo que le crecían en todas direcciones. Su rasgo más prominente eran las cejas, que eran tan tupidas como arbustos y se le juntaban en el entrecejo. Bajo ellas se ocultaban dos ojillos brillantes y redondos que nunca se estaban quietos. En aquel momento, llevaba puestas dos chaquetas, una sobre la otra, y tenía la cabeza ligeramente ladeada, como un perro que escucha una regañina.

—Esto... no gracias.

—No sabes lo que te pierdes, chaval —dijo tío Jos, no sin antes meterse otro bocadillo en la boca.

—Creo que sí lo sabe, Jos —dijo Melba con desaprobación—. Tom, querido, bebe un poco más de té. El té siempre es bueno.

Si tío Jos era un extremo, tía Melba era justo el contrario. En vez de ser baja, rechoncha y bastante jovial, era pálida y esbelta y, con su corte de pelo estilo casco, parecía bastante severa. En aquel momento estaba cogiendo las migajas de su plato como si fuera un pajarito y colocándoselas en la punta de la rodilla, donde se las estaba comiendo una gran rata blanca de ojos rojos. Era Plancton, que también estaba merendando.

—Plancton es la mejor cazadora de ratones de la ciudad —gorjeó Melba acariciándole dulcemente el lomo.

—¿Cazadora de ratones? —repitió Tom, seguro de que los que cazaban ratones eran los gatos y no las ratas.

—Ah, sí —dijo tío Jos guiñándole un ojo—. ¿No sabías que a los ratones les aterran las ratas? Sobre todo las que son blancas y tienen los ojos rojos. Se encuentran con Plancton en sus madrigueras y se creen que se han muerto y han ido al infierno.

Jos cogió dos tartitas de mermelada y se las puso bajo las enormes cejas negras.

—Es el demonio, entiendes, ¡con esos enormes ojos rojos! ¡Y ha venido a castigarlos por todas las barrabasadas que han hecho en su vida! ¡Ay! ¡Ay!

Jos agitó aparatosamente sus brazos rollizos como si fuera un extraño monstruito y Tom contuvo la risa. Luego, Jos se quitó las tartitas de las cuencas oculares y parpadeó.

—Y esos animalillos tan traviosos dan media vuelta y salen pitando. ¡Ya no vuelven!

—No le hagas caso, Tom —dijo Melba sonriendo—. Sea o no el demonio, Plancton es una rata deliciosa. ¿Te apetece cogerla?

Y antes de que Tom se diera cuenta, Plancton estaba correteando por su regazo.

—Estooo... gracias. Yo... estooo... —A Tom nunca le habían entusiasmado las ratas y Plancton, cuyo lomo olía ligeramente a paja, no le hizo cambiar de opinión.

—Creo que le gustas —gorjeó Melba.

—¿Y... esto... da... hum... el museo mucho trabajo en esta época del año? —preguntó Tom intentando obviar las roñosas patas blancas de Plancton mientras le hurgaban en el bolsillo, donde, casualmente, guardaba sus últimos caramelos de limón.

—Oh, sí, chaval. Es continuo —respondió animadamente Jos—. Aquí no paramos, nunca. Melba y yo gobernamos este barco los dos solos. Mira, solo la semana pasada, tuvimos... Esto... ¿a quién tuvimos, Melba?

—La escuela de Saint Denis canceló su visita el lunes —dijo ella dando una migaja a Plancton.

—Ah, sí. Hace un poco de frío para los pequeñines en esta época del año —explicó Jos—. Pero los veteranos de la Sociedad Histórica de Dragonport vinieron el martes y es evidente que les encantó...

—Excepto los dos que juraron que no volverían nunca más.

—¿Cuál fue el motivo? —preguntó Tom.

—Se asustaron —se apresuró a responder tío Jos—. Esto está muy oscuro, ya sabes. Algunos no tienen el corazón para esos trotes.

—Tres personas el miércoles.

Jos carraspeó ruidosamente.

—¿Sabes, querida?, creo que estás contando mal. Estoy seguro de que fueron más...

—Bueno, hubo un señor mayor que se coló sin pagar.

—¿Goteras Logan? —exclamó Jos—. ¡Otra vez no!

—Se negó a pagar porque dice que le debes tanto dinero por arreglar la caldera que se merece entrar gratis durante lo que le queda de vida —dijo mordazmente Melba.

—¡Por las barbas de Neptuno! —masculló tío Jos.

—Jueves y viernes, nadie en absoluto —continuó Melba, que, sonriendo, libró a Tom de la molesta rata.

—Puede ser, Melba, puede ser, pero el sábado es siempre el mejor día de la semana para el Museo Scatterhorn —dijo Jos negándose a darse por vencido—. En nuestros mejores momentos, en sábado han pasado por aquí miles de personas, con colas que llegaban hasta el final de la calle. Como en una final de copa.

—Pero el sábado pasado solo vinieron dos personas. Y las dos eran del ayuntamiento, reclamándonos dinero otra vez.

—Está bien —dijo Jos alzando las manos—. Lo sé, no es lo que se dice rentable. Pero, Tom, lo importante es —se aclaró la garganta—, lo importante es...

—¿Qué es lo que siempre decía tu padre? —le preguntó Melba en voz baja.

—Que mientras estemos aquí —bramó Jos y, poniéndose de pie, agarró súbitamente a Tom por la camisa—, aquí estaremos, chaval.

—Mientras estemos aquí, aquí estaremos, aquí estaremos, mientras estemos aquí,

aquí estaremos, aquí estaremos —canturreó Melba con su voz aflautada, y a Jos comenzaron a agitársele violentamente los hombros.

—Mientras...

—¡Basta! —exclamó Jos desternillándose. Los ojos se le habían convertido en dos puntos diminutos y tenía la cara tan morada que a Tom le pareció que iba a estallar. Melba titubeó. Tom miró a uno y a otro y sonrió con impotencia. Estaba empezando a preguntarse si Jos y Melba no estarían locos de remate.

—Ay, ay, nunca supe lo que quería decir —dijo por fin Jos enjugándose el ojo—. Pero yo lo entendía como mantener el museo abierto contra viento y marea.

Y, habiendo sido marinero del ejército, aquella era una frase que Jos sí comprendía.

Después de merendar, tío Jos subió con Tom las desvencijadas escaleras traseras que conducían a una pequeña habitación abuhardillada situada en lo alto de la estrecha porción del edificio donde vivían Jos y Melba. El techo era tan bajo y la puerta tan angosta que Jos tuvo dificultades para cruzarla.

—Disculpa el desorden —dijo apartando con los pies varios cajones de embalaje viejísimos y subiendo la bolsa de Tom a la cama—. ¡Dios mío, cómo pesa!

Jos se sentó pesadamente junto a ella, entre tantos jadeos que el aliento se le convertía en vaho, como una tetera.

—Dime, Tom —dijo alzando la vista y ladeando la cabeza—, ¿qué te parece tu cuarto?

Tom miró la minúscula habitación. Era oscura, húmeda y fría, y todas las paredes se inclinaban hacia dentro. Al fondo había un escritorio delante de una ventana desde la que se divisaban los tejados mojados de la ciudad y, detrás, el ancho río gris. A lo lejos, Tom vio las luces amarillas del puerto y las sombras de grúas inmensas, alzándose en la oscuridad como dinosaurios.

—Es estupenda —dijo tiritando ligeramente—. Un poco fría, quizá, pero...

—Eso puede arreglarse, chaval —interrumpió Jos—. No te preocupes. Aquí dentro puede hacer frío, ¡pero te aseguro que en Mongolia hace más!

Soltando una risita, Jos se levantó pesadamente de la cama y se dirigió a la puerta, no sin antes sortear algunos cajones.

—Estoy seguro de que ahora querrás poner tus cosas en orden, así que voy a dejarte. Mañana, echaremos un buen vistazo a este sitio y tú podrás decirme qué te parece. Y yo querré saberlo. —Le guiñó un ojo—. A fin de cuentas, eres un Scatterhorn. Puede que algún día termines llevando tú el timón. —Y después de despedirse con un gesto de la mano, se marchó.

Tom volvió a mirar aquel cuarto frío y oscuro, con sus montones de libros enmohecidos y periódicos viejos. De pronto se sintió muy solo. Sorteando los cajones de embalaje, se dirigió a la ventana, desde la que contempló la luna surcando velozmente las nubes plateadas en medio de los aullidos del viento. Imaginó esa misma luna brillando en el otro extremo del mundo. Allí, en la linde de un inmenso

pinar, había una pequeña tienda de campaña con una hoguera encendida junto a ella. Y había dos sombras junto a la tienda, siempre dos sombras...

Se apartó de la ventana mordiéndose el labio. En aquel momento añoraba a sus padres más de lo que era capaz de expresar en palabras.

—Sé valiente, cariño —le había dicho su madre cuando el tren se puso en marcha—. Lo encontraré. Te lo prometo.

Tom se dejó caer en la cama baja y chirriante y se quedó mirando el papel desconchado del techo. Enfadado, se enjugó las lágrimas con la manga. No era así como se lo había imaginado.

¿Dónde había ido su padre?

A un país extraño y despoblado, lleno de bosques y ríos. Tom se dio la vuelta e intentó obviar la perturbadora verdad. Podía haber sido todo tan distinto...

2 La chispa divina

Esa noche, Tom tuvo un sueño. Era el primero de julio, su cumpleaños. La mañana era cálida y soleada y, como estaba demasiado excitado para dormir, bajó sigilosamente a la cocina antes de que sus padres se levantaran para ver los regalos que le esperaban sobre la mesa. Había un gran montón en un extremo —los suyos— y uno mucho más pequeño en el otro, para su padre. Curiosamente, Tom y su padre habían nacido el mismo día y, pese a estar soñando, Tom supo que aquello era cierto. Con cuidado, fue cogiendo los regalos uno a uno, palpándolos e intentando imaginar qué contenían. Justo entonces oyó cómo se cerraba el buzón y, corriendo al recibidor, encontró un montoncito de cartas esparcidas en el suelo. «Tom Scatterhorn, Tom Scatterhorn, Tom Scatterhorn.»... La última tenía un peso prometedor; dinero, esperó mientras se llevaba las cartas a la cocina y las esparcía triunfalmente sobre la mesa.

No fue hasta entonces que vio, semioculto por las otras cartas, un sucio sobrecito donde ponía «correo aéreo».

Cogió la carta y la miró. El papel estaba amarillo y tiznado, como si hubiera sobrevivido a un naufragio, un incendio y, posiblemente, también un terremoto. Iba dirigida al «señor Sam Scatterhorn» y, pese a estar tan deteriorada, tenía un vago aire oficial. Tom se quedó desconcertado. Su padre nunca recibía cartas el día de su cumpleaños. Uno de los sellos era largo y estrecho y llevaba un colorido dibujo de un jinete con un águila, circundado por palabras escritas en un idioma que no había visto jamás. Sin saber muy bien por qué, Tom encendió un fogón y sostuvo el tiznado sobre amarillo encima de la llama azul. Se quedó mirándolo mientras el papel amarillo se iba tornando marrón y las llamas anaranjadas lo devoraban, acercándose a los dedos, cada vez más...

—¡¡¡Ah!!!

Tom se sentó bruscamente en la cama, agarrándose los dedos. Al mirárselos, le alivió no encontrar en ellos ninguna quemadura ni marca, nada. Solo era un sueño, nada más.

Un sueño.

¿O no?

Suspirando profundamente, Tom volvió a dejarse caer en la cama, a sabiendas de que no había sido un sueño. Era un recuerdo del día que había cumplido siete años, y todo era cierto salvo una cosa. Él nunca quemó aquella carta, aunque debería haberlo hecho. Y recordaba claramente qué había sucedido a continuación.

Durante el desayuno, el padre de Tom abrió la carta y se rascó la cabeza. Aquello fue muy raro. Luego la releyó.

—¿De quién es, cariño? —preguntó la madre de Tom.

—Del Movimiento Internacional para la Protección y el Fomento de los Insectos —dijo él con lentitud, dándole la vuelta. Tom vio las palabras «Privado y confidencial» impresas en la parte superior en letra negra gruesa.

—¿Qué quieren, papá?

—Parece que quieren hacerme socio. Por lo visto, tienen mucho prestigio.

—¿A ti? —preguntó la madre de Tom sonriendo—. ¿Por qué te lo han pedido a ti?

—¿Te acuerdas de que cuando era pequeño coleccionaba escarabajos?

—No.

—Pues lo hacía. De hecho, se me daba bastante bien. Gané un premio una vez.

—¿Y por eso te han escrito? —preguntó la madre de Tom, no del todo segura de que aquello no fuera una broma—. ¿Porque coleccionabas escarabajos?

—Eso parece —respondió el padre de Tom profundamente desconcertado—. Bueno, esto sí que es una sorpresa.

Sam Scatterhorn era un hombre alto que trabajaba como contable para el ayuntamiento. No sonreía mucho, pero siempre tenía la mirada risueña, y aquella era una de las frases que siempre empleaba. Si hubiera visto un elefante recostado en su coche o un perro marcando el gol de la victoria en la final de copa o una nave espacial alienígena aterrizando en el jardín del vecino, todos habrían sido recibidos con un «Bueno, esto sí que es una sorpresa».

Después del desayuno, Sam Scatterhorn se puso la chaqueta como hacía siempre, no se dio cuenta de que llevaba un calcetín de cada, como hacía siempre, y salió por la puerta del número 27 de Middlesuch Cióse. Tocando la bocina, entró en la calle marcha atrás y se fue a trabajar. Como hacía siempre.

Esa tarde, Tom lo sorprendió releendo otra vez la carta, y de nuevo al día siguiente. Al cabo de una semana llegó otra carta del misterioso Movimiento Internacional. También llevaba escrito «Privado y confidencial». Sam Scatterhorn examinó su contenido y esa tarde regresó a casa con un gran libro sobre insectos que había sacado de la biblioteca.

—Se me había olvidado que uno de cada cuatro animales de este planeta es un escarabajo —dijo mirando atentamente las páginas mientras se tomaba sus cereales—. ¿Sabíais que algunos llevan aquí doscientos millones de años? Casi son fósiles vivientes.

—¿Ah sí? —dijo la madre de Tom, pasando rápidamente por la cocina de camino al trabajo—. Es fascinante. Si algo cambia antes de esta tarde, dínoslo.

—Puede que lo haga, si tenéis suerte —respondió Sam Scatterhorn, con la misma mirada risueña de siempre. Pero Tom se dio cuenta de que, pese a su sonrisa, su padre estaba cada vez más serio, como si tuviera la cabeza en otra parte. Todas las semanas había en el suelo del recibidor más y más cartas del Movimiento, con el característico símbolo del MIP-FI y repletas de interesantes sellos extranjeros que a Tom no le habría importado coleccionar si su padre no las hubiera recogido y guardado en su estudio. Entonces, una noche, Tom se despertó y oyó a sus padres discutiendo abajo.

—¡Pero dime cómo vamos a vivir! —gritó su madre. Tom sabía que había estado llorando.

—Bueno, tú eres profesora, tienes un empleo. Cariño, tengo que hacer esto. Por favor, déjame hacerlo.

Entonces su madre prorrumpió en sollozos.

Aquel fue el principio de todo, porque, justo al día siguiente, Sam Scatterhorn dejó su empleo en el ayuntamiento y se compró un microscopio. Primero, comenzó a recoger insectos en el jardín, para después matarlos, diseccionarlos y examinarlos durante horas al microscopio. No obstante, al cabo de unos meses, Sam Scatterhorn se impacientó y comenzó a ensanchar sus miras.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Donald Duke, su vecino, que miraba con recelo la vieja autocaravana oxidada que había aparcada en el camino particular de los Scatterhorn.

—¿Va a quedarse eso ahí? —trinó una voz aflautada desde detrás del seto. Era Dina, su esposa.

—Por desgracia sí, querida —respondió Donald.

—Tienes que hacer algo —le susurró Dina casi gritando, y le clavó el desplantador en las costillas—. ¿Qué se creen que es esto, un cementerio de coches?

Pero Dina Duke no tenía ninguna necesidad de preocuparse; la vieja autocaravana oxidada no se quedó; de hecho, rara vez estaba allí. En cuanto empezaban las vacaciones escolares, Sam Scatterhorn la cargaba de víveres y mantas y salía a la carretera, con destino a algún río o montaña lejana en busca de lo único que ahora le interesaba. En Francia recogieron larvas de gorgojo. En Alemania fueron escarabajos saltarines. En Hungría, efímeras. En Italia, pequeños escorpiones negros.

Al principio, Tom descubrió que aquello se le daba bastante bien; partía al despuntar el alba con un palo y una cajita y, a la hora de comer, había recogido toda clase de criaturas para que su padre las examinara al microscopio. Fue emocionante durante un tiempo y él siempre se entusiasmaba cuando conseguía atrapar un escorpión particularmente fiero bajo su piedra, pero, conforme fue haciéndose mayor, se dio cuenta de que no quería pasarse todo el día buscando insectos debajo de las piedras ni persiguiéndolos por el bosque con una red. Y también empezó a darse cuenta de que la obsesión de su padre ya no se limitaba a coleccionarlos. Estaba buscando algo difícil de alcanzar, una verdad oculta que quizá no hallara nunca.

—Dime —preguntó Tom con impaciencia—. ¿Qué es?

Estaban en España, sentados en un pinar a la luz de la luna, viendo cómo danzaban las luciérnagas entre los árboles. Su padre se quedó mirando la hoguera durante mucho rato, observando el resplandor de las brasas.

—Antiguamente lo llamaban la chispa divina —dijo despacio—. Es el fogonazo que pone en marcha el motor. Lo que hace que todo respire, se mueva, sea. El espíritu de la vida, supongo. Los científicos pueden hacer que crezcan cosas en sus laboratorios, replicar animales e incluso hacer injertos, pero, para eso, todos tienen que estar vivos, ¿no? ¿Qué es, pues, lo que les insufla vida?

Tom creyó comprender lo que su padre estaba diciendo, pero seguía sin

encontrarle un sentido.

—Pero... ¿por qué insectos, papá? Seguro que todo lo que está vivo tiene una chispa divina.

—Hummm.

Su padre lo miró fijamente a través de las llamas. Parecía más serio de lo que Tom lo había visto en su vida.

—Ojalá —contestó—, ojalá pudiera decírtelo. Y también a mamá. Pero no se nos permite decir nada. Es como un gran secreto y, una vez que lo sabes... nunca...

Pero no llegó a terminar la frase. Tom aguardó, consumido por la curiosidad. El canto de los grillos era ensordecedor.

—¿Papá?

—¿Qué es exactamente el Movimiento Internacional para la... la...? Ya sabes.

—¿Protección y el Fomento de los Insectos?

Tom asintió con la cabeza. Era una pregunta que llevaba mucho tiempo queriendo hacerle, pero su padre continuó mudo.

—Es solo que, bueno, no veo por qué te han pedido que la busques precisamente a ti —continuó Tom, empezando a frustrarse—. O sea, tú no eres un científico. ¿Por qué no se lo piden a algún otro, a un profesor o algo así?

Su padre le sonrió y negó con la cabeza.

—Porque, Tom... ellos jamás lo entenderían. Esto no es ciencia, es más bien... una misión, supongo —dijo por fin—. En cuanto aceptas el desafío, ya no puedes parar. Y, lo que es más, apenas he tenido elección.

Tom atizó el fuego con brusquedad, levantando chispas que flotaron en la oscuridad.

—Pero ¿qué pasa si nunca encuentras la chispa divina? Eso puede ocurrir, ¿no?

Sam Scatterhorn se quedó mirando las brasas sin decir nada. Tenía una expresión de honda preocupación en el rostro.

Después de aquel viaje, las cosas fueron de mal en peor. Sam Scatterhorn ya casi no salía de casa y Tom apenas podía subir las escaleras que conducían a su dormitorio, cuyos peldaños estaban atestados de cajas que contenían insectos y escarabajos. Entonces, Sam Scatterhorn se fijó en un coche en el que iban dos hombres que a menudo estaba aparcado al final de Middlesuch. Cióse a extrañas horas del día y la noche.

—Fuera hay dos agentes secretos —gritó Tom cuando volvió de clase—. Te están vigilando.

Pero los ojos de Sam Scatterhorn ya no sonreían. Su padre miró nerviosamente el coche aparcado al final de la calle, sin descorrer las cortinas, y una semana después atornilló la puerta de la casa para que nadie pudiera entrar por ella, obligando a Tom y su madre a hacerlo únicamente por la trasera. Estaba convencido de que aquellos dos hombres tenían intención de entrar a robarle los especímenes. Algo iba mal, muy mal, y Tom y a su madre lo sabían. Sam Scatterhorn se estaba imbuyendo

rápidamente en un demencial mundo paranoico de insectos y fórmulas científicas donde nadie podía comunicarse con él. Los tres comían en silencio y Tom no se atrevía a mirar a su padre a los ojos por temor a iniciar una discusión. Sam Scatterhorn no encontraba lo que buscaba y se estaba desquiciando. Entonces, una mañana de junio, ocurrió lo peor que podía haber ocurrido. Sam Scatterhorn salió de casa por primera vez en meses y descubrió que habían registrado su autocaravana.

—Vaya —dijo maliciosamente Donald Duke desde el otro lado del seto, mirando las ventanillas destrozadas y los asientos rajados que sembraban el camino particular salpicado de aceite—. ¿Por qué querría alguien hacer una cosa así?

Sam Scatterhorn no respondió. Solo se quedó mirando el caos a su alrededor bajo la luz del sol. Volviéndose, buscó con la mirada el coche aparcado al final de la calle. Los dos hombres seguían allí. De algún modo, la destrucción de su querida camioneta parecía haberle instilado lucidez. Casi parecía complacido.

Más tarde, esa misma noche, un chasquido apenas audible interrumpió los intranquilos sueños de Tom. Al darse la vuelta en la cama, vio que eran las dos y cinco de la noche y, al abrir una rendija de la cortina, vio a su padre cerrando la veija del jardín sin hacer ruido. Llevaba una voluminosa mochila a la espalda y su largo cazamariposas en una mano. Tom lo vio asomarse cautelosamente por un lado del seto para escudriñar la calle. Aparte de un gato atigrado que hacía la ronda bajo las farolas, reinaba una calma absoluta. Los habitantes de Middlesuch Close estaban todos dormidos. Sam Scatterhorn dirigió una mirada hacia la casa y Tom vio que estaba sonriendo, sonriendo de verdad, por primera vez en mucho tiempo. Quiso gritar, decir algo, pero su padre ya había salido resueltamente a la calle. Al cabo de un minuto, dobló la esquina y desapareció.

Durante varias semanas, la madre de Tom fingió conocer el paradero de su marido.

—Suiza, Tom. Pronto recibiremos una postal, espero —decía mientras se preparaba para ir a su escuela, y Tom la creía a medias. Comenzaron a utilizar otra vez la puerta principal y Tom se fijó en que el coche con los dos hombres ya no estaba aparcado al final de la calle. Pero las semanas se convirtieron en meses y seguían sin tener noticias de él. Todas las mañanas, la madre de Tom bajaba corriendo a recoger el correo y regresaba cansinamente a la cocina, intentando disimular su decepción, y todas las noches entraba en el estudio de Sam Scatterhorn con mucho sigilo en busca de pistas. Pero el estudio era un caos y Tom a menudo se despertaba y la oía llorar quedamente. Cuánto deseaba ayudarla en esos momentos, pero ¿qué podía decir?

Sabía que si su padre había salido en busca de la «chispa divina», fuera lo que fuese eso, podría estar en cualquier punto del planeta. Y, por algún motivo, Tom ya no quiso seguir viendo a su padre como a un hombre alto y delgado cuya obsesión por los insectos lo había vuelto medio loco. En sus ensoñaciones, Sam Scatterhorn se convirtió en el aguerrido explorador de un libro de cómic, que tanto podía estar

atravesando audazmente un manglar, arrancándose las sanguijuelas del pecho, como escalando una pared de hielo en plena ventisca armado solo con una piqueta. Su padre era un hombre con una misión tan secreta que no podía revelársela a nadie, ni tan siquiera a su hijo. Pero un día regresaría convertido en héroe, tras hallar la chispa divina. Y, en sus sueños, Tom seguiría sus pasos.

Por fin, una mañana hubo una postal en el suelo del recibidor, pero no era de Sam Scatterhorn. La fotografía en blanco y negro que llevaba era muy curiosa: mostraba a un hombre canoso con bigote, sentado ociosamente en un sofá. Junto a él, había un gran guepardo y tanto el hombre como el animal parecían bastante aburridos. Abajo, ponía «Sir Henry Scatterhorn y amigo: 1935». La postal era de tío Jos, quien esperaba que todo les fuera bien y «preguntándome si podríamos tener una breve charla sobre la financiación del Museo Scatterhorn, en un futuro no demasiado lejano».

—Como si pudiéramos darle algo —refunfuñó la madre de Tom—. Es más tacaño que una rata.

Colgaron la postal en la puerta de la nevera y Tom no pensó más en ella hasta pasadas varias semanas, cuando, al regresar a casa después de clase, se encontró a su madre de pie en el recibidor con lágrimas rodándole por las mejillas.

—¿Mamá? Mamá... ¿qué ha pasado?

A Tom se le hizo un nudo en el estómago: habían encontrado a su padre, congelado, colgando de algún glaciar, o frito en el desierto...

—No le ha pasado nada.

Su madre le enseñó la carta y la agitó como si fuera una bandera.

—Está en Mongolia.

Tom creyó que el corazón iba a estallarle y corrió hacia ella, abrazándola con todas sus fuerzas. Ya no iban a tener que seguir fingiendo. Su padre estaba bien, todo estaba bien. Su madre sonrió, conteniendo las lágrimas.

—No me ha podido decir dónde exactamente, pero necesita mi ayuda —susurró ella mientras lo apretaba contra sí—. Tengo que ir a buscarlo.

Tom no comprendía.

—Pero ¿por qué...?

—Lo sé. Pero volveré, Tom. Te lo prometo. Lo traeré a casa.

Tom se sintió como si las paredes de su mundo estuvieran empezando a desmoronarse. Había perdido a su padre y ahora también su madre estaba a punto de abandonarlo. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Puedo ir contigo? —suplicó.

Su madre se arrodilló delante de él y Tom vio que tenía lágrimas en los ojos. Le pareció que ella deseaba profundamente poder decirle que sí.

—Por favor, cariño —murmuró su madre—, no lo hagas más difícil de lo que ya es. Yo...

—¿Qué?

Tom le escrutó la cara, interrogándola con sus ojos oscuros. Al fin, ella lo miró y, por un momento, se quedaron los dos en silencio.

—Eres un niño muy valiente, Tom —dijo su madre, apartándole un grueso tirabuzón rubio de los ojos—, pero no podría soportar perderos a los dos. —E, inclinándose hacia delante, lo abrazó con más fuerza que nunca—. Con tío Jos estarás seguro.

—¿Tío Jos?

—Sí —dijo su madre enjugándose las lágrimas—. Acabo de hablar con él. Estará encantado de hacerse cargo de ti durante estas Navidades.

—Tío Jos... ¿estas Navidades?

—Así es, cariño.

Tom la miró sin acabar de comprender, intentando hacerse a la idea. De pronto, todo parecía tener una explicación. Su padre se había ido sin avisar un buen día y ellos se habían limitado a seguir adelante, fingiendo que todo iba bien y que él solo estaba de vacaciones en alguna parte. Ahora que se había puesto en contacto con ellos, podían por fin admitir que habían estado tan preocupados por él que pensaban que incluso podría estar muerto. Y ahora su madre iba a rescatarlo. Y eso era todo.

—Entonces... ¿de verdad te vas?

—Eso me temo, cariño. Tengo que hacerlo. Acuérdate de cómo estaba cuando se fue.

Tom miró el suelo con indignación; sabía que no había modo de hacerle cambiar de idea.

—¿Cuándo?

—El lunes. Después de las clases.

Tom miró el bajo techo abuhardillado y se estremeció. Eso había sido ayer.

3 El orgullo de los Scatterhorn

Cuando amaneció, el cielo estaba despejado y hacía frío. Tom se quitó toda la ropa que se había puesto durante la noche y volvió a ponérsela en otro orden para intentar entrar en calor y, cuando bajó a la cocina, encontró a Melba haciendo el desayuno.

—Buenos días, Tom —dijo sonriendo mientras dejaba un voluminoso bocadillo de beicon en la mesa delante de él—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias... un poco de frío, pero...

—Esa maldita tubería está reventada —murmuró Jos sin dejar de leer el periódico.

—¿Y piensas arreglarla, Jos? —preguntó Melba mientras secaba los platos y los guardaba—. Tom no puede dormir ahí arriba sin calefacción con este tiempo. Aquí ya hace frío, así que imagínate...

Jos dejó el periódico en la mesa y miró duramente a Melba por encima de sus gafas para la vista cansada, una de cuyas varillas estaba sujeta con cinta adhesiva. Tenía los mechones de la calva de punta, como si fueran matojos de malas hierbas.

—Luego me pasaré por la tienda y compraré uno de esos calefactores de aire —dijo lacónicamente—. No son caros.

—Más te valdría reparar la tubería —replicó Melba, estornudando—. Esos aparatos gastan muchísima electricidad, como tú bien sabes.

Jos volvió a esconderse tras el periódico. Tom se quedó callado, masticando su bocadillo de beicon; lo último que deseaba era ser el centro de una discusión. Detestaba las discusiones. Al mirar la contraportada, se fijó en la fotografía de un extraño hombre retratado junto a una suntuosa mansión. Tenía unos ojos descomunales, la nariz fina y puntiaguda y el cabello negro peinado hacia atrás, con un grueso mechón cano en el centro.

«LOS CATCHER SE DISPONEN A REGRESAR A CATCHER HALL —rezaba en titular—, PERO NUESTRO CLIMA NO LES GUSTA». Tom se acercó más al periódico y siguió leyendo:

Catcher Hall, la casa solariega de la familia Catcher, volverá a estar habitada. Durante muchos años, la suntuosa mansión que ocupa la cima de Catcher Hill ha permanecido vacía, pero ahora don Gervase Askary, un pariente peruano de los Catcher, ha decidido trasladarse a la propiedad después de pasarse treinta años dedicado al comercio del cacao. Don Gervase va a necesitar hacer un cuantioso desembolso para devolver a la casa su antiguo esplendor, pero, como dijo ayer al *Dragonport Mercury*: «Este es el hogar de mi familia y estoy dispuesto a gastarme lo que haga falta. Millones, si es necesario, ¡Lo único que me da miedo es la lluvia de este país!».

—¿Quiénes son los Catcher? —preguntó inocentemente Tom. Nada más pronunciar aquellas palabras, sintió que la temperatura de la cocina descendía diez grados. Jos dejó el periódico y lo miró detenidamente.

—¿Por qué lo preguntas, Tom?

—Bueno... es solo que en el periódico hay una fotografía de uno delante de Catcher Hall, eso es todo.

Jos volvió el periódico y miró detenidamente la fotografía. —Don Gervase Askary, un magnate peruano del cacao, ¿eh?— Jos resopló ruidosamente. —Más dinero que sentido común, seguro.

—Desde luego, tiene una pinta rarísima —añadió Melba asomándose por encima del hombro de Jos para verlo mejor—, aunque, por otra parte, es un Catcher, claro está, y no se le pueden pedir peras al olmo. —Suspirando ligeramente, regresó al fregadero—. ¡Pero pensad en todo ese chocolate! Seguro que tiene almacenes llenos... Nam... Creo que, en este caso, podría hacer una excepción —dijo en tono de broma—. ¿Qué opinas tú, Jos?

—Que estás como una cabra —bufó él, levantándose enérgicamente—. Venga, Tom, salgamos de aquí.

Tío Jos salió de la cocina en zapatillas y, sacándose una gran llave del bolsillo de la bata, abrió la pesada puerta que tenía delante.

—¿Quiénes son los Catcher? —volvió a preguntar Tom. Jos sacudió la cabeza y frunció el entrecejo.

—Chaval, necesitas una buena clase de historia —dijo resollando, tras lo cual abrió la puerta y entró en un pasillo lúgubre y estrecho con desgastados grabados de lagartos y serpientes en las paredes.

—Mira —comenzó a decir—, la historia es esta. Dragonport es una ciudad muy pequeña y, durante muchísimos años, solo hubo aquí dos grandes familias, los Catcher y los Scatterhorn. Los Catcher vivían en esa colina —hizo un vago gesto señalando la otra orilla del río— y los Scatterhorn vivían a este lado. Pero nadie recuerda un tiempo en que los Catcher y los Scatterhorn no se odiaran. No podían ni verse.

—¿Por qué? —preguntó Tom apretando el paso para no quedarse rezagado cuando entraron en otro lúgubre pasillo, decorado esta vez con grises grabados de loros.

—¿Por qué? ¿Por qué? Es la tradición, chaval —continuó Jos—. Nombra una guerra, un deporte o una carrera de sacos, cualquier cosa, y puedes estar seguro de que los Scatterhorn y los Catcher han defendido bandos contrarios.

Tom lo miró sin comprender.

—Nadie sabe por qué; yo no lo sé, desde luego. Simplemente, así es como ha sido siempre, y probablemente siempre lo será.

—Pero... ¿no es eso como pelearte y olvidarte de por qué lo estás haciendo?

—Puede —respondió Jos enarcando las cejas—. No voy a discutirte, chaval. Pero las tradiciones son así. Las cosas empiezan un día, así sin más, y luego nadie es capaz de recordar por qué. De todas formas —Jos había apretado el paso y Tom apenas oía lo que decía—, hubo una excepción a esta larga enemistad. Hace unos

ciento veinte años ocurrió algo inaudito y un Catcher y un Scatterhorn se hicieron grandes amigos. ¡Imagínate! Y ninguna de las dos familias pudo hacer nada para impedirlo —Jos se detuvo para admirar un cuadro de un loro persiguiendo una araña —, aunque es posible que lo intentaran. —Luego miró a Tom y resolló ruidosamente —. Se llamaban August y Henry.

—Sir Henry Scatterhorn. ¿Te refieres al hombre que fundó este museo? —preguntó Tom entusiasmado.

—Así es —dijo Jos guiñándole un ojo—. Quien resulta que fue el hermano de tu tatarabuelo, de hecho. Por aquel entonces, era uno de los mejores cazadores del mundo y su mejor amigo, August Catcher, uno de los mejores taxidermistas del mundo, si no el mejor. Así que decidieron fundar juntos este museo. Sir Henry proporcionó los especímenes y August los disecó. Y, aunque no soy imparcial, claro está, sigo pensando que es una de las colecciones de taxidermia más impresionantes de la Tierra. —Habían llegado al final del pasillo y se encontraban ante una gran puerta de madera de caoba.

—Y aquí la tienes.

Tío Jos abrió ampulosamente la puerta para revelar un recinto cuadrado de techo alto sumido en la penumbra. En ese preciso instante hubo un estallido y Tom vio algo brillante surcando el aire.

¡ZAS!

Un ruido de cristales rotos reverberó en todo el recinto.

—¡Por las barbas de Neptuno! —exclamó Jos mirando hacia el tragaluz, uno de cuyos cristales estaba roto—. Ha sido el granizo, imagino. Las piedras son como pelotas de golf.

Jos fue a recoger los cristales y, cuando sus ojos se habituaron a la falta de luz, Tom descubrió que se hallaba en un recinto grande y húmedo repleto de animales disecados de todas las formas y tamaños. Algunos estaban en grandes vitrinas repartidas por toda la sala; otros, colocados en estrados distribuidos a lo largo de las paredes. Despacio, Tom comenzó a recorrer la colección, escudriñando las vitrinas una a una. En la pared del fondo, había una enorme vitrina titulada AFRICA, en cuyo interior una familia de leones encaramada a una peña inspeccionaba la llanura donde pastaban manadas de gacelas y antílopes. Estos no parecían muy contentos con el enjambre de suricatas y facóqueros que se perseguían entre sus patas.

Junto a la vitrina, estaba representada una inmensa escena de la selva lluviosa, donde ranas, serpientes y lemures se abrían paso entre las ramas y un tapir se asomaba tímidamente entre las hojas. Había un gran gorila sentado en la horquilla de un árbol, enfrente de un lobo rodeado de nieve que miraba ávidamente una liebre polar. A lo largo de toda una pared había hileras de adustos esturiones debajo de unos estantes plagados de peces globo y tiburones. Por encima de ellos, unos murciélagos volaban en torno a la cabeza de un armadillo, mientras, junto a la puerta, una familia de pangolines husmeaba en torno a la base de un termitero. En la vitrina titulada

PEQUEÑOS MAMÍFEROS, un vombat sonreía a un canguro y, en el estante inferior, un mono narigudo parecía estar explicando algo a un coatí de cola anillada. En un rincón, había una gran vitrina abovedada que contenía un arbusto en flor con centenares de diminutos colibríes parecidos a piedras preciosas y, enfrente, una bestia enorme parecía ocupar la totalidad de la pared. Tom no advirtió que era un mamut hasta ver sus dos enormes colmillos curvos. Todo estaba descolorido y sucio, pero Tom se quedó boquiabierto. Nunca en su vida había visto tantos animales distintos, ni disecados ni vivos.

—A este ancianito no lo encontraron, claro está, en estado salvaje —anunció alegremente Jos, mirando la enorme montaña peluda—. Lo creó August. Y este siempre me ha gustado. —Se acercó a un gran pájaro gris colocado en un estrado en el centro del recinto—. ¿Sabes qué es?

—Es un pájaro dodo —respondió Tom mirando la extraña criatura parecida a un pavo—. Creía que estaban extintos.

—Lo están —dijo Jos guiñándole un ojo—, pero August trajo algunos dibujos hechos por un marinero que lo había visto y decidió crear uno. Es un pollo, en su mayor parte. Muy hábil, ¿verdad?

Tom miró el achaparrado pájaro de pico curvo y tristes ojos amarillos. Era tan real que imaginó que se podía mover en cualquier momento.

—¿Se inventó August todo estos animales?

—Dios mío, no. Son reales, por fuera, en cualquier caso. Después de conservar su piel o plumas, acoplaba los cráneos a una estructura de alambre, o a un molde de escayola para los más grandes, y luego los rellenaba. A veces utilizaba su esqueleto original, pero, en la mayoría de los casos, no lo hacía. Es un arte olvidado, en realidad. Qué lástima que estén todos envejeciendo.

Jos tenía razón. Casi todos eran de un apagado color marrón y a algunos incluso se les había salido parte del relleno. Le recordaron a su viejo oso de peluche, el cual se había lavado tantas veces que al final se le había ido el color. Hasta parecía que el mamut tuviera algunas calvas en la zona central y que, en otras partes, le hubieran añadido pelo de un color ligeramente distinto. Aun así, Tom no pudo evitar pensar que aquellas criaturas parecían vivas, de algún modo; quizá fueran las posturas en que August las había colocado o la expresión de sus ojos.

—Parecen bastante vivos, ¿verdad?

Tom miró ajos y vio que, bajo sus pobladas cejas, sus ojos risueños tenían un brillo travieso.

—Yo siempre pensaba eso. Los miraba como tú los estás mirando ahora y pensaba: «¡Sería estupendo que estuvieran vivos!». —Se rió—. Bueno, permíteme decirte, Tom, que uno lo estuvo, bueno, casi. Tuvimos una musaraña elefante en la vitrina de los pequeños mamíferos. —Jos señaló la vitrina alargada que había junto al mamut—. Eso es lo que August entendía por hacer una broma, creo. La musaraña tenía un mecanismo de relojería. Saltaba de vez en cuando, y guiñaba el ojo. Daba a

los visitantes unos sustos de muerte. En unas Navidades, el Ejército de Salvación vino aquí a tocar villancicos y la musaraña guiñó el ojo a los músicos y dio una voltereta en el aire. ¡Casi se tragan las trompetas!

Jos se desternilló de risa al recordarlo.

—Dios mío —dijo enjugándose las lágrimas—. Anda, Tom, ven a ver esto.

Jos lo condujo hasta una vitrina baja y ancha que ocupaba casi toda una pared. Encendió las luces y, al bajar la mirada, Tom vio una gran maqueta del Dragonport de hacía un siglo. Encaramada a una colina que dominaba la ciudad, reconoció Catcher Hall y, en la otra orilla del río, vio el Museo Scatterhorn. Era invierno y las bulliciosas calles nevadas estaban atestadas de gente y trineos tirados por caballos que se dirigían al río. En el estuario, Tom vio el concurrido puerto, donde barrios pesqueros descargaban las capturas del día y un barco de vapor acababa de arribar. Antes de llegar a Dragonport, el río trazaba un amplio meandro que se había helado por completo y el hielo estaba atestado de patinadores que se amontonaban en torno a puestos y atracciones de feria. Pegando la cara al cristal, Tom vio que la maqueta era detalladísima: hasta habían pintado las plumas en los sombreros de las señoras. Era como estar contemplando un mundo en miniatura.

—Fíjate bien —anunció Jos, y apretó otro interruptor.

—¡Uau! —exclamó Tom.

De pronto, la noche se había cernido ya sobre la maqueta. En todas las calles, diminutas bombillas eléctricas iluminaron las farolas de gas y Tom vio que había gente dentro de las casas; había familias comiendo en las cocinas, ancianos leyendo frente al fuego, perros corriendo escaleras arriba y bebés en sus cunas. Y, al fijarse mejor, vio también escenas más siniestras: dos hombres se estaban peleando en la parte trasera de un bar, con las caras magulladas y ensangrentadas. Había un mendigo congelándose en un almacén, un ladrón apuñalando a un hombre en un portal. Era como si la llegada de la noche hubiera revelado un mundo completamente distinto, mucho más peligroso y extraño.

—¿Te gusta? —susurró Jos—. Yo me pasaba horas mirándola cuando tenía tu edad. Es otra de las creaciones de August.

Se quedaron callados admirándola durante un rato, y tío Jos parecía absorto en sus pensamientos. Lo único que se oía era el repiqueteo en las losas del suelo de las gotas de lluvia que se colaban por el tragaluz roto.

—Imagina cómo debió de ser este sitio en aquellos tiempos —dijo por fin Jos.

—Puedo ayudarte a arreglarlo, si quieres —dijo Tom.

—¿Qué? —preguntó Jos aún ausente.

—Las goteras del tejado, limpiarlo todo, si tú quieres.

Jos apagó las luces. De pronto parecía mucho más viejo que hacía un momento.

—Te lo agradezco. Pero, Tom, mira a tu alrededor. ¿De veras crees que serviría de algo?

—¿A qué te refieres?

Jos estaba evitándole la mirada y manoseaba sus gafas rotas.

—Te lo diré sin tapujos, Tom. Has llegado en un mal momento. La caldera, las luces, y ahora el tejado; se está yendo todo al garete. No tengo el dinero que hace falta para arreglarlo.

—Pero ¿no pagan una entrada los visitantes?

—Ya nadie paga para entrar aquí —dijo tío Jos haciendo aspavientos en la penumbra—. Esto no le interesa a nadie. No hay ordenadores, no es interactivo. Aquí solo hay un montón de viejos animales llenos de polvo..., hechos polvo; sé que lo están. Son vestigios de otra época. Ya no impresionan a la gente, solo la asustan. — Jos miró las vitrinas con gesto ausente. Hileras de ojos y dientes le devolvieron la mirada—. Tampoco tengo dinero para repararlos a ellos.

—¿Qué hay de los Catcher? —preguntó Tom de repente—. ¿No podrían ayudarnos ellos? Es decir, August fue uno de ellos. Deben de ser parientes suyos.

Jos negó tristemente con la cabeza.

—Lamento decirte que eso no va a pasar nunca —gruñó—. Sé que a los Scatterhorn nunca se nos ha dado bien el dinero y sé que a ellos sí. Créeme, no me gusta quedarme aquí de brazos cruzados mientras ellos viven cómodamente en esa colina, pero así es la vida, ¿no?

Para entonces, Jos ya había caído en un pozo de autocompasión. A Tom no se le ocurrió nada que decir.

—No sé —dijo Jos resollando y rascándose la cabeza—. Supongo que, ahora que termina el año, ya va siendo hora de soltar lastre y despedirse de todo.

Se puso a andar cansinamente por el pasillo y estaba a punto de abrir la gran puerta de caoba cuando oyeron el timbre de la entrada. Ladeó la cabeza y aguzó el oído. El timbre volvió a sonar dos veces.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom.

Jos estaba muy desconcertado.

—Hay alguien en la entrada. Ve a la ventana, Tom, deprisa, para ver quién es.

Tom hizo lo que le pedía y miró afuera. Por debajo de él, en la acera, había un enorme Bentley de color marrón chocolate, reluciendo a la débil luz del sol. Tom vio un hombre corpulento sentado al volante y, al alargar el cuello, otro esperando fuera junto a la puerta, con un gorro de color crema y un largo abrigo de lana gris. Detrás de él había una niña de una edad parecida a la suya. El hombre volvió a pulsar el timbre con impaciencia.

—¿Y bien? —preguntó Jos cuando el timbre resonó en el recibidor vacío.

—Son... visitantes, turistas quizá. —Tom no tenía la menor idea de quiénes eran.

—Pero ¿es que no saben leer? ¡Está cerrado!

Dirigiéndose al lugar donde estaba Tom, Jos abrió bruscamente la ventana.

—¡Fermé! —gritó con furia—. ¡Chiuso! ¡Geschlossen! ¡Como se diga!

El hombre del abrigo de lana dejó de tocar el timbre y alzó la vista.

—Buenos días, señor —dijo descubriéndose e inclinando la cabeza—. Creo que

no nos han presentado.

Era don Gervase Askary. Jos parecía estupefacto. Alzó los brazos para indicarles que se marcharan, pero, en cambio, se frotó la nariz.

—Soy un pariente lejano de August Catcher. ¿Sería tan amable de dejarme pasar?

4 Los visitantes

De pronto se desató el caos.

—Supongo que voy a tener que dejarlos pasar —refunfuñó Jos, paseándose de arriba abajo por delante de la gran puerta de la casa—, aunque estoy a un tris de no hacerlo.

—Yo creo que tal vez deberías —sugirió Tom, mientras observaba a don Gervase frotarse impacientemente las manos al otro lado de la puerta.

—Maldita sea —murmuró Jos, hurgando frenéticamente en los grandes bolsillos de su bata—. Mi padre se revolvería en su tumba si lo supiera. —Tom vio cómo caía al suelo una lluvia de lápices, alambres y cortezas de pan.

—¿Puedo ayudarte?

—¡La llave, chaval! La condenada llave de la puerta.

Tom echó un vistazo a la puerta y vio que había una vieja llave de acero con un ornamentado llavero insertada en la cerradura. Parecía Uevar mucho tiempo allí.

—¿Es esa?

Jos miró por encima de sus gafas.

—¡Esa misma! —gritó mientras le quitaba el polvo—. ¿Dónde diablos estaba?

—En la puerta.

Jos lo miró con cara de sorpresa.

—¡Sí, por supuesto que sí! —Y empezó a forzar la cerradura.

—Espera. ¡ESPERA!

Al volverse, Jos vio a tía Melba, de pie en el pasillo, a oscuras.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué?

Melba se quedó mirando ajos, en bata y zapatillas, con el ralo pelo de punta y las gafas rotas y torcidas. Parecía medio loco.

—La bata, querido, quizá...

Entonces Jos reparó en lo nervioso que estaba.

—Claro, sí. Por supuesto —resopló. Se quitó la vieja bata de rayas y se la arrojó a Tom, que la cogió con ambas manos—. Un Scatterhorn tiene que estar siempre en su mejor forma cuando se enfrenta a un Catcher.

—Ese es mijos —dijo tía Melba sonriendo con orgullo.

—Una cosa, Tom —refunfuñó Jos mientras giraba el picaporte—, que los deje entrar no significa que nos caigan bien. Son Catcher, ¿recuerdas?

La gran puerta crujió y rechinó al abrirse, y en el recibidor entraron las dos personas más extrañas que Tom había visto en su vida.

—Buenos días —dijo don Gervase con voz grave, dando a Jos un afectuoso apretón de manos e inclinando mucho la cabeza—. No tengo palabras para decirle cuánto me complace conocer por fin a los Scatterhorn.

Don Gervase era un hombre asombrosamente alto. Tenía los hombros rectos y estrechos y la cabeza extrañamente bulbosa. Incluso doblado por la mitad continuaba

siendo más alto que tío Jos, quien, a su lado, parecía un enanito de jardín. Iba impecablemente vestido con un largo abrigo de lana gruesa, unos pantalones negros de franela y unas botas de montar muy bien lustradas. Tom no pudo evitar fijarse en que tenía los pies pequeñísimos y en que, pese a su estatura, daba la impresión de querer parecer más alto aún poniéndose de puntillas.

—He oído hablar mucho de ustedes —dijo sonriendo cautivadoramente—. Permítanme que les presente a mi hija, Lotus.

Y, a una seña de sus largos dedos, la niña de pelo oscuro con un abrigo blanco de piel de serpiente se adelantó. Se movía elegantemente, como un gato, y con una gran inclinación de cabeza tendió a Jos su mano enfundada en un guante blanco.

—¿Qué tal está, señor Scatterhorn? —dijo en voz baja.

Tío Jos se había quedado mudo de asombro. ¡Cuánta ceremonia! Qué raras eran aquellas personas, incluso para ser unos Catcher.

—¿Qué...? ¿Qué... tal...? —Intentó terminar la frase, pero solo alcanzó a emitir un leve suspiro. Se hizo un incómodo silencio mientras todos esperaban educadamente a que recuperara el habla.

—Bueno, bueno —dijo don Gervase entrelazando las manos—. Una oportunidad para ver personalmente el museo. Qué gran placer.

Al volverse, vio a Tom detrás de la puerta, aún con la bata en las manos.

—Vaya —dijo altivamente—. ¿Y tú quién eres?

—Tom Scatterhorn.

—Tom Scatterhorn, ¿eh? —repitió el hombre alto entornando los ojos hasta casi cerrarlos. Se agachó para mirarlo mejor y Tom se fijó en que su gran frente abombada estaba dividida por un profundo surco vertical que partía del entrecejo y se perdía en el cuero cabelludo.

—¿Y qué es lo que haces?

Incluso en la penumbra, sus lechosos ojos amarillos lo atrajeron como imanes.

—Estoy... estoy pasando unos días aquí con tío Jos —farfulló Tom.

—Así que es tu tío, ¿no?

—No, no... no es exactamente mi tío, pero yo... nosotros, o sea, mis padres... esto... lo llaman tío Jos.

—Oh, entiendo —susurró don Gervase acercándose un poco más a Tom—. Pero eres un Scatterhorn.

Tom vio que tenía los dientes pequeñísimos y casi negros. Instintivamente, se alejó de él apoyándose en la pared.

—Oh, sí —admitió incómodamente—. Sí, soy... soy un Scatterhorn, sí.

—Bien, joven Tom —dijo don Gervase en voz baja, cogiéndole la mano con sus dedos largos y fuertes—. Tengo muchísimas ganas de hacerme amigo tuyo. —Le dio un educado apretón de manos—. Más tarde, tal vez, quizá puedas enseñarle este sitio a mi hija. Mi conversación le parece... algo aburrida.

Lotus le sonrió hoscamente.

—¿Es usted... nieto de August?

Para entonces, tío Jos se había recobrado lo bastante como para pronunciar palabra.

—No exactamente —respondió don Gervase—. Su hermano se casó con mi tía abuela, creo. No, quizá eran primos. Sí, algo así. Familia política, ya sabe, un auténtico lío. Una familia numerosísima. Peruanos. Mucha gente. Nunca supe muy bien quién era quién.

Don Gervase intentó disimular su evidente confusión con una sonrisa y tío Jos lo miró con suspicacia. De pronto recordó que el tal don Gervase Askary era un Catcher. Y uno nunca podía fiarse de un Catcher.

—Es un poco complicado —añadió don Gervase—, pero todos conocíamos la existencia de August Catcher y su famoso museo.

—El Museo Scatterhorn —dijo una fría voz desde el pasillo—. Es el Museo Scatterhorn, de hecho.

Tía Melba emergió de las sombras como un fantasma.

—La señora Scatterhorn, ¿me equivoco? —preguntó don Gervase tendiéndole la mano, gesto que Melba optó por obviar.

—¿Así que han venido a vivir a Catcher Hall? —preguntó en un tono glacial.

—Así es. Y qué lugar tan increíble.

Melba asintió secamente con la cabeza y don Gervase le sonrió con educación.

—Alguien de la familia tenía que hacerse cargo —continuó—. Siempre había soñado con que un día sería yo, pero nunca creí que fuera a tener esa oportunidad, hasta el año pasado, cuando —se quedó callado y miró a Lotus de soslayo, quien bajó obedientemente la cabeza— mi amada esposa se nos fue.

—Vaya —dijo Melba, empezando a ablandarse de pronto—. Lo siento mucho.

—Fue horroroso —dijo don Gervase con profundo sentimiento—. Madame, desde el accidente, a Lotus y a mí nos ha costado encontrar algún sentido a la vida.

Y, con aquello, miró tristemente al suelo. Lotus sorbió por la nariz, en una muestra de apoyo a su padre.

—Sin duda —dijo ásperamente Jos, temiendo que don Gervase se pusiera a llorar en cualquier momento—. Bueno, ¿qué le parece si...?

—Pensamos —lo interrumpió don Gervase—, pensamos en venir aquí y volver a empezar —dijo sacándose un pañuelo pulcramente planchado del bolsillo del abrigo con el que se enjugó los ojos con mucha delicadeza—, lejos de tantos recuerdos.

—¿Té? —preguntó azorada tía Melba.

—Café, si no le importa —se apresuró a responder don Gervase.

Melba volvió a meterse en la cocina, aliviada de haber encontrado una excusa para escapar. A aquellas alturas, don Gervase parecía profundamente desgraciado. Era una actuación muy convincente, desde luego.

—Bueno, señor Askary...

—Don Gervase, por favor...

—Don... esto... Gervase —farfulló Jos entrelazando las manos e intentando cambiar el rumbo de la conversación—, dado que ha venido de tan lejos, estoy seguro de que echar un vistazo a la obra de August Catcher lo animará.

—Estaba deseando oírle decir eso —dijo don Gervase, conteniendo un sollozo—. La taxidermia siempre me ha fascinado, sobre todo la de August. Fue un genio, creo. —Dobló el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Cómo envidio el dominio de las emociones que tienen en su cultura, señor Scatterhorn.

—No hay para tanto, amigo —dijo Jos aliviado—. Venga... Oye, Tom, ¿por qué no te llevas a Lotus arriba y le enseñas la sala de las aves?

Y ahí se separaron. Tom y Lotus subieron las escaleras y entraron en una sala larga y lúgubre bordeada de paisajes que contenían aves de toda índole. Anduvieron en silencio durante un rato mientras Lotus miraba atentamente los avetoros en su nido y el gran río repleto de tarros blancos y martines pescadores. Se detuvo frente a una gran arpía de aspecto triste posada en un árbol muerto.

—Conozco esta ave —dijo en voz baja—. Vive en la selva lluviosa.

—¿Oh? —respondió educadamente Tom mirando el rótulo—. Aquí dice que come serpientes.

—Así es —afirmó Lotus—, pero sobre todo perezosos, y también guacamayos, como ese de ahí.

Lotus cruzó la sala y se detuvo delante de un pequeño guacamayo azul grisáceo posado en una percha.

—Un guacamayo de Spix —dijo sin siquiera mirar el rótulo—. En la selva no hay ninguno.

—¿No?

—No. Está extinto en su hábitat natural. —Lotus lo estudió con mucha atención—. Ahora solo vive en cautividad. Raro, ¿no? Que algunas cosas sobrevivan y otras... no.

—¿Qué quieres decir?

Lotus lo miró fijamente. Tom advirtió que tenía los ojos del mismo tamaño y color que su padre y, de inmediato, se sintió bastante incómodo.

—Quieres saber qué pasó, ¿verdad? ¿Te lo cuento?

Tom no supo a qué se refería; pensaba que Lotus iba a hacerle una disertación sobre el guacamayo. Entonces vio un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Mi madre, claro está.

—Oh. Sí —dijo Tom bajando la vista—. Lo siento...

—No lo sientas —respondió ella con frialdad—. Tendríamos que haber muerto todos, de hecho.

Tom no dijo nada; ahora sentía mucha curiosidad. Lotus se puso a andar y se detuvo delante de una vitrina que contenía búhos chicos.

—Hace un año más o menos —comenzó a explicar—, fuimos a visitar la

plantación de cacao de mi tío en el norte de Perú. Mi padre es piloto, ¿sabes?, y conducía nuestro avión conmigo delante y mi madre, mi tía y mis dos hermanos menores detrás. Mientras sobrevolábamos la selva lluviosa, se desató una tormenta tropical. El cielo se volvió negro y no se veía nada. Entonces, recuerdo una luz deslumbrante y ¡PUM!

Miró a Tom desde el otro lado de la vitrina y le complació ver que estaba captando toda su atención.

—¿Qué pasó? ¿Os...?

—Nos alcanzó un rayo —dijo ella sin inmutarse— y el motor se incendió. Luego, se paró por completo. Caímos en picado desde tres mil metros de altura, derechos a las profundidades de la selva tropical. —Pasó el dedo por el borde de la vitrina y se acercó al cristal para examinar las bisagras—. El avión, claro está, se hizo pedazos al estrellarse contra las copas de los árboles.

Tom la estaba mirando con mucha atención y le pareció ver una nota de triunfo en sus lechosos ojos amarillos.

—Murieron todos —añadió ella chasqueando los dedos—. Todos salvo mi padre y yo.

Tom se quedó atónito. Jamás había conocido a nadie que hubiera sufrido un accidente de aviación y aún menos salido de él con vida. Y entonces se dio cuenta de que debía decir algo compasivo.

—Caramba, eso es... esto... es horroroso. Y... ¿qué hicisteis luego?

—Oh, en la selva lluviosa hay mucho que comer, ¿sabes? —dijo Lotus, dirigiéndose a una pequeña vitrina de cucaburras—, toda clase de criaturas, habitantes del suelo selvático.

—¿Como cuáles?

—Ranas, ciempiés gigantes, tarántulas, ese tipo de bichos.

Tom se estremeció de solo pensarlo.

—Y de la selva siempre se puede salir, si se sabe cómo.

—¿Con un mapa?

—Nosotros no teníamos mapa —respondió Lotus—, no lo necesitábamos. Seguimos las gotas de lluvia.

—¿Las gotas de lluvia?

—Si sigues las gotas de lluvia, descubrirás que acaban formando pequeños arroyos. Los pequeños arroyos se convierten en grandes arroyos, y los grandes arroyos en grandes ríos. Y así es cómo, al final, encuentras gente y ellos te rescatan.

Miró a Tom y vio que estaba muy impresionado. Parecía bastante satisfecha de su explicación.

—Y... ¿y fue así como salisteis? —dijo Tom por fin.

Lotus asintió con la cabeza.

—Tardamos dos meses. Entonces, unos pigmeos nos encontraron con su canoa, y cuando volvimos a casa lo vendimos todo y vinimos aquí.

Tom silbó entre dientes. Menuda historia, si bien había algo en su forma de contarla que no terminaba de creerse... O quizá estuviera siendo demasiado suspicaz.

—Creo que ya he visto bastante —dijo Lotus tras echar una última ojeada a la sala y fijarse en el tragaluz roto—. ¿Bajamos? —Y, sonriendo, salió resueltamente de la sala.

Cuando Tom abrió la puerta de la pequeña cocina amarilla, le sorprendió encontrarse con una tertulia.

—Aquí llega la nueva generación —bramó don Gervase, que sentado a la mesa enfrente de Jos y Melba. Ambos parecían diminutos en comparación con su delgado y largo cuerpo.

—¿Te ha llamado la atención algo en concreto, cariño?

—Oh, sí, papá —respondió dulcemente Lotus—. Las aves son fascinantes. También hay muchas que están extintas.

—Bien. Yo estoy encantado. Mira, Jos, aquí tienes a otro Catcher hechizado con tu museo. Oye —dijo melosamente—, ¿no crees que ya va siendo hora de que los Scatterhorn y los Catcher enterremos el hacha de guerra?

—¿El hacha de guerra?

—¡Exacto! ¡Hagamos las paces! ¿Cuánto tiempo llevamos peleados?

Tío Jos silbó entre dientes, alzó la mirada e hizo un rápido cálculo mental.

—Cuatro siglos más o menos.

—¡Cuatro siglos! Ya es hora de que olvidemos el pasado. Al fin y al cabo, el Museo Scatterhorn, la obra de tu vida, es un monumento a nuestras dos familias, ¿no?

—En efecto —resopló Jos cruzándose de brazos. Eso no podía negarlo.

—Entonces, dado que vamos a ser vecinos a partir de ahora, personalmente no veo ningún motivo para continuar peleados. Y, además de visitar la colección, lo cual ha sido francamente instructivo para mí, ya he dicho lo que había venido a decir.

Sonriendo, les enseñó sus dientecillos cariados y se levantó para marcharse, tocando casi el techo con la cabeza.

—Madame —susurró—, el café era excelente.

—Gracias —dijo Melba sonriendo tontamente, derribadas ya todas sus defensas.

Don Gervase se encorvó y salió al pasillo seguido de Lotus. Al llegar a la puerta del museo, se detuvo como si acabara de recordar algo.

—¿Señora Scatterhorn?

—Melba, por favor.

—¿Melba? Vaya... qué nombre tan bonito. Bastante... envolvente. Melba, en el país del que yo vengo, es costumbre corresponder un detalle con otro y me encantaría traerte un regalito mío. ¿No te gustará la tarta de chocolate, verdad?

—Le chifla —gritó Jos.

—Entonces, tengo una sorpresa para ti, princesa —declaró don Gervase, volviéndose para mirarla. Melba se ruborizó; hacía veinte años que nadie la llamaba «princesa»—. Mañana te traeré un regalo. Gloria, mi ama de llaves peruana, hace

tartas de chocolate utilizando una vieja receta india. Naranjas, canela, tila y una pizca de guindilla.

—¡Cielos! —Melba entrelazó las manos anticipándose.

—Puede que tenga un olor penetrante —añadió don Gervase—, o eso me han dicho, ya que debo confesar que tengo muy poco olfato. Pero no dejes que eso te disuada. Es espectacular.

—Hasta mañana entonces —dijo Jos abriendo la puerta.

—Así es. ¡Venga, Lotus!

Don Gervase chasqueó los dedos y bajó brincando las escaleras hacia el flamante Bentley marrón, donde lo esperaba un hombre fornido sosteniéndole la puerta.

—Gracias, Humphrey —bramó don Gervase al subirse al coche.

Humphrey, que parecía un dios inca y estaba obviamente muy incómodo con su traje de tweed de pata de gallo, asintió secamente con la cabeza.

—Adiós, señor y señora Scatterhorn —dijo Lotus sonriendo y tendiéndoles la mano—. He disfrutado mucho.

—Ha sido un placer conocerte, cielo —gorjeó Melba. Lotus miró a Tom y le tendió la mano, quien se la estrechó sin ningún entusiasmo.

—Adiós, Tom. Ven a verme algún día. Ya sabes que eres mi único amigo en Dragonport.

Tom sonrió nerviosamente y bajó la mirada.

—Han sido todos muy amables.

Tom, tío Jos y tía Melba se quedaron en el umbral de la puerta, hasta que Humphrey cerró la pesada puerta detrás de Lotus.

—No te fíes nunca de un Catcher —dijo Jos entre dientes cuando el Bentley se puso roncamente en marcha. Don Gervase les sonrió y les dijo adiós con la mano.

—Pues a mí me ha parecido encantador —dijo Melba, sonriendo y devolviéndole el saludo—. Tiene una pinta rara, desde luego, pero es encantador.

Por su parte, Tom no sabía qué pensar. No podía olvidar aquellos lechosos ojos amarillos que parecían haberle atravesado el cráneo, horadándole el cerebro.

—Busca algo, no lo dudes —dijo Jos de vuelta en el museo, sentándose pesadamente en las escaleras—. Solo me pregunto qué diablos será —añadió mirando las vitrinas que lo rodeaban. Y no dijo nada más.

Las preguntas que había suscitado la visita de don Gervase se negaban a desaparecer. Después de la merienda, Jos decidió hacer una lista. En un lado, encontró diecisiete razones por las cuales la enemistad de varios siglos entre los Scatterhorn y los Catcher no debería concluir nunca, frente a una única razón por la cual debería hacerlo, y hasta eso se lo sugirió Melba.

—Don Gervase tiene el dinero —dijo mientras tejía un par de manoplas. Esa era la verdad. El dinero parecía que era la clave de todo. Sin él, el museo no podía abrir, el tejado no podía repararse, la calefacción no podía encenderse y, lo más importante de todo, los animales no podían recuperar su anterior esplendor. Tío Jos se metió las

manos en los bolsillos y se quedó mirando la larga lista de agravios que tenía delante.

—No soy quisquilloso. Cualquier benefactor servirá. Siempre y cuando sea inmensamente rico y le interese la taxidermia, como...

—A don Gervase —repitió Melba sin dejar de hacer punto.

—¡Pero es un maldito CATCHER!

Jos exhaló ruidosamente.

—Y me da muy mala espina. No, trama algo, ellos siempre lo hacen. ¿No tendrás tú algo de dinero para tus gastos, Tom?

Tom sonrió y negó con la cabeza.

—¿Nada de nada? Maldita sea. Ni comida ni dinero. ¿Qué os dan a los niños de hoy, eh?

—Anda, vete a la cama —dijo dulcemente Melba, dejando la labor y dándole una bolsa de agua caliente—. Y llévate esto, porque vas a necesitarlo.

—Gracias —respondió Tom agradecido.

—Imagino que ya habrás oído bastantes disparates por hoy.

—Deja que te acompañe a tu cuarto, chaval —dijo Jos levantándose y saliendo al pasillo—, y demos a ese condenado radiador una última oportunidad.

Delante de Tom, Jos subió pesadamente las desvencijadas escaleras que conducían a su minúscula habitación. Al entrar, se encontró con que la ventana estaba abierta de par en par. Hacía tanto frío como en un depósito de cadáveres.

—Esto no ayuda, ¿verdad? —murmuró salvando el camino de obstáculos formado por los cajones de embalaje y cerrándola bien.

Tom tiritó. Hacía tanto frío que apenas podía hablar.

—Vamos a ver. —Jos se agachó y, ladeando la cabeza, pegó la oreja a la calefacción, en cuyo interior se oía un débil repiqueteo—. Veamos si puedo engatusar a esta señorita para que resucite. —Le dio dos golpecitos con el dedo y puso el oído.

—Agua hay —dijo resollando—, solo que no circula. Aquí, ¿qué pone?

—No estoy seguro —respondió Tom, no sin antes forzar la vista para leer las diminutas letras que había en el mando oxidado del radiador—. Parece otro idioma.

—Probablemente holandés, Tom. El radiador fue recuperado de un dragaminas. Es uno de los que puso mi padre. Estaba en la sentina —dijo, y empezó a desenroscar el mando. Se oyó un débil silbido que fue aumentando de volumen hasta que, ¡puf! De pronto salió una fuentecita del radiador y Jos tapó inmediatamente el tubo con el dedo.

—Bueno, agua hay. Ya es algo. Bien. —Jos se palpó los bolsillos con la mano libre—. Las gafas...

—¿En la cocina? —sugirió Tom.

—No, no, antes de eso. Deben de estar en el museo en alguna parte.

Tom se quedó un momento pensando.

—En las escaleras quizá, ¿donde te has sentado?

—Eso es, chaval. ¿Te importa? Sal por la puerta, ve a la izquierda por el pasillo y

síguelo hasta la sala principal.

—De acuerdo.

—Y no tardes mucho o vas a necesitar unas gafas de buceo.

—No lo haré —gritó Tom, bajando rápidamente las escaleras y girando por el oscuro pasillo que conducía a la gran puerta de caoba. Al bajar el pesado pestillo de latón, la encontró abierta, con el museo agazapado detrás, sumido en la oscuridad. El interruptor de la luz no se veía por ninguna parte. ¿Debía volver para preguntar a los dónde estaba? «No, no está lejos», se dijo. Sabía adonde ir. Entró cautelosamente en el pasillo y, guiándose por la pared, comenzó a caminar. Cuando hubo dado unos pocos pasos, deseó haber traído la linterna. Estaba todo tan oscuro que apenas podía verse las manos y parecía que sus pies hubieran desaparecido por completo. Podría haber estado caminando por el borde de un volcán y no haberlo sabido. De pronto tuvo la impresión de hallarse muy lejos de las escaleras. Aun así, era mejor que siguiera adelante, antes de que hubiera una inundación.

Continuó avanzando a tientas, pegado a la pared, hasta palpar un frío cristal. Debía de haber llegado a la primera vitrina. Rodeándola, alargó la mano y tocó algo redondo y liso. Esa debía de ser la vitrina abovedada que contenía el árbol repleto de colibríes, pensó, y, mirando en su interior, vislumbró diminutas formas oscuras en una maraña de follaje. Bien, eso significaba que estaba cerca de la sala principal. Sintiendo más audaz, se apartó de la pared y alargó las manos por delante de él. Un paso. Dos pasos. Tres pasos. ¿Cuánto faltaba? Cuatro... —¡Ahhh!

Tom retrocedió al instante. ¿Qué era aquello?

Respirando con dificultad, volvió a alargar tímidamente la mano y la pasó por el borde de algo peludo hasta palpar lo que podría ser un dedo de una mano. O de un pie. Había otro áspero dedo junto a él. Al alzar la vista creyó ver un largo diente plateado. Debía de ser el gorila, encaramado a su árbol.

«¡Buf!». Respiró hondo. «Está disecado, muerto desde hace mucho». Aun así, no quería toparse con nada más. Poniéndose a gatas, cruzó la sala hasta el pie de las escaleras y se puso a palpar los peldaños hasta rozar con el plástico en el tercero. Allí estaban, las gafas de tío Jos... misión cumplida. Volviéndose, miró el museo, donde vislumbró las sombras de los animales. Aunque, en la oscuridad, si no supiera que eran animales, podrían ser cualquier cosa: un montón de muebles, o piedras, quizá. «Mejor así —pensó—. Finge que son piedras y sal de aquí».

Poniéndose otra vez a gatas, volvió a cruzar la sala hasta el principio del pasillo. Levantándose, lo recorrió a tientas hasta vislumbrar la oscura silueta de la puerta que había al final. Ya casi había llegado, solo unos cuantos pasos más.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Tom se quedó paralizado. Aguzó el oído. Escrutó la oscuridad, pero no vio nada.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Un sonido rítmico y pausado, procedente del fondo del pasillo. Entonces, el sonido pareció doblar una esquina y, al hacerlo, Tom oyó el roce de algo arañando las

losas del suelo.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Se estaba acercando.

—¿Hola?

Su voz pareció minúscula cuando reverberó en el museo. De pronto, el sonido cesó. Hubo silencio. Tom notó que se le erizaban los pelos de la nuca. No veía nada, pero tenía la clara sensación de estar siendo observado. ¿Observado por qué? ¿Quizá fuera esa rata! Esa rata con esos ojos rojos tan horribles.

—¿Plancton? —dijo tan alto y tan audazmente como fue capaz. Parecía que el corazón fuera a salirse del pecho.

—¿Hola? —repitió con más energía esta vez. Los ojos seguían observándolo. Oyó algo moviéndose a solo unos metros de él. Luego tuvo la clara sensación de que una silueta pasaba junto a él por el pasillo. Si hubiera alargado la mano, podría haberlo tocado, fuera lo que fuese. Pero estaba demasiado asustado.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Aguzando el oído, siguió el sonido de las pisadas, que se dirigían por el pasillo hacia la sala principal del museo.

¡Cric!

Otra vez el roce de unas uñas en las losas del suelo. Y en ese momento Tom vio, o creyó ver, la larga silueta gris de un lobo saliendo del pasillo.

Cuando Tom llegó a su habitación, estaba temblando. Tío Jos estaba sentado en la cama, secándose las manos con un trapo, y de pronto Tom se acordó del escape del radiador.

—Parece que, al final, no vas a necesitar gafas de buceo, chaval —dijo alegremente Jos—. Está arreglado. Rosca a izquierdas.

—Oh. Ge-genial.

Cogiendo las gafas, Jos alzó la vista y vio que Tom estaba blanco como el papel.

—¿Te encuentras bien, chaval?

—Sí... estoy... estoy bien —farfulló Tom—. Es solo que ahí abajo está un poco oscuro.

—Efectivamente —dijo Jos sonriéndole—. De noche tiende a estarlo.

Tom apenas fue capaz de sonreír.

—Y la oscuridad le juega a uno toda clase de malas pasadas, ¿no crees?

Tom comenzó a notar que recobraba el color. De pronto estaba empezando a sentirse bastante estúpido.

—Bueno, sé que a mí me las juega —dijo Jos dando unas palmaditas al radiador—. En fin, ahora funciona, así que voy a irme. Gracias por las gafas.

Y se marchó.

Esa noche, Tom tuvo dificultades para conciliar el sueño, acosado por un sinfín de preguntas. ¿Debía creer en lo que no había visto? Y, en cualquier caso, ¿qué había visto? ¿Era el lobo solo producto de su imaginación? Se tapó la cabeza con todas las

mantas y, antes de haber encontrado las respuestas, se sumió en una duermevela plagada de animales y espectros. Y en algún punto próximo al centro de aquel calidoscopio de sueños estaba la sombra de un gran pájaro, posado en el alféizar de su ventana, observándolo.

5 Visita a Catcher Hall

Cuando al día siguiente amaneció, el cielo estaba despejado y el viento había cesado por completo. Aquellas cosas sucedían, incluso en Dragonport. Al bajar, Tom encontró a tío Jos en el patio trasero partiendo troncos con una pesada hacha.

—Ah, estás aquí —dijo mirándolo a través de sus gafas empañadas—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

Tom había decidido mantener en secreto su aventura de la noche anterior, pero tenía muchas preguntas que Jos quizá podía contestar. Lo vio colocar otro tronco derecho en la tajadera y alzar lentamente el hacha, tambaleándose hacia atrás por su propio peso.

—¿Quieres que te eche una mano? —preguntó mientras su tío se bamboleaba de un lado a otro—. Podría...

—No —lo interrumpió Jos apretando los dientes—. Si para mí es demasiado pesada, para ti aún lo será más. —Bajó el hacha, que golpeó ruidosamente el tronco, partiéndolo en un montón de trozos que salieron despedidos por doquier.

—Te diré algo, chaval —dijo Jos jadeante, apoyándose en el hacha para recobrar el aliento—. Los años pesan. —Parecía un dragón exhalando vaho por la boca.

-¿Jos?

—¿Sí? —escupió Jos ruidosamente.

—¿Recuerdas lo que me contaste sobre el mecanismo de relojería que August incorporó a esa musaraña?

Jos se quedó un momento pensando.

—Claro. La musaraña que guiñaba un ojo.

—¿Todavía la tienes?

—¿Si todavía la tengo? —repitió él—. Puede. Claro, supongo que querrás verla.

Tom sonrió. Aquel era un buen comienzo.

—Solo si no es mucha molestia. Cuando te vaya bien...

—¿Cuando me vaya bien? Bueno —dijo Jos—. Te mentiría si te dijera que esto me divierte, así que ¿por qué no ahora? Es decir, si la encuentro —Y, acto seguido, clavó el hacha en la tajadera y cogió su chaqueta—. Sígueme, chaval.

Jos fue hasta el final del jardín, donde una enorme enredadera cubría el muro entero. En la parte de abajo, oculta por la planta, Tom vio una pequeña caseta verde de madera con la pintura desconchada.

—Tu tía lo llama «cobertizo» —dijo tirando de una puerta tan podrida que parecía que fuera a quedársele en la mano—, porque está en el jardín. Aunque yo prefiero referirme a él por su título oficial: «anexo del museo». Venga, chaval, échame una mano.

Tom cogió la puerta por abajo, Jos por arriba y, tras muchos tirones y resoplidos, consiguieron abrirla lo suficiente como para poder entrar.

Dentro del minúsculo cobertizo, el suelo estaba casi completamente ocupado por pilas de cajas y en la pared del fondo había un estante con montones de viejas fotografías en blanco y negro.

—Veamos —murmuró Jos mientras rebuscaba entre los trastos—. Casi todos estos chismes estaban en el museo, pero mi padre hizo limpieza, Dios sabe cuándo, y... Ajá —dijo hurgando entusiasmado en un baúl—. Esto puede ser lo que andamos buscando.

Tras limpiar la gruesa capa de polvo que cubría el banco, se sentó y le enseñó un roedor viejísimo y sucísimo con unos dientes amarillos muy largos. Sopló para quitarle la mugre y lo dejó sobre sus patas planas de metal.

—A ver si hay suerte —dijo colocando el dedo pulgar en mitad del lomo de la musaraña. Se abrió un pequeño compartimento en cuyo interior había una llavecita para dar cuerda al mecanismo—. La llave sigue dentro.

Jos la giró unas cuantas veces, cerró el compartimento y aguardó a que funcionara. La musaraña comenzó a vibrar y de pronto saltó, dando una voltereta en el aire.

—No está mal, ¿eh? —dijo Jos henchido de orgullo—. Pero, aguarda, porque aún hay más. Ven, acércate un poco más.

Tom se puso en cuclillas al lado de Jos y escudriñó al roñoso animalillo. Se oyó un chirrido de muelles, tras el cual la musaraña volvió la cabeza hacia Tom y le guiñó un ojo.

—¡Ja, ja! —gritó Jos complacido—. ¡La musaraña que guiña un ojo! ¡Funciona!

Entonces, la musaraña dio un último brinco y volvió a saltar al interior del baúl.

—Yo diría que esta es la primera vez en treinta años que alguien guiña el ojo aquí —dijo Jos sonriéndole con sus ojillos negros, casi tapados por sus pobladas cejas. Tom se quedó mirando las pequeñas patas metálicas moviéndose en el aire; parecía un juguete que hubieran arrojado a la basura. ¿Era algo como aquello lo que había visto en el museo?

-¿Jos?

-¿Sí?

Jos había sacado la musaraña del baúl y estaba toqueteando el mecanismo para darle cuerda.

—¿Crees que August pudo hacer un animal que se moviera mejor?

—¿Qué quieres decir?

—No como un juguete de cuerda. De una forma más... natural —sugirió Tom—. Más como...

—¿Más como un animal de verdad, quieres decir? —dijo Jos mirándolo de soslayo—. No lo creo, chaval. Todo lo que hay en el museo tiene más de cien años y está disecado. Los animales están rellenos de serrín, trapos, incluso periódicos.

—¿Periódicos?

—Oh, sí —respondió Jos—. Después de hacer el molde y colocarle la piel,

August a menudo utilizaba periódicos como relleno. Mira.

Jos cogió la musaraña y le inspeccionó el cuello. En un lado, justo debajo de la oreja, había un pequeño orificio.

—Ten —dijo pasándosela—. Tú tienes los dedos pequeños. Mira a ver si puedes cogerlo.

Con cuidado, Tom cogió el extremo de un papel que asomaba por el orificio y tiró de él, sacando un largo trozo de papel de periódico.

—¿Lo ves? —dijo Jos—. ¿Qué dice ahí?

Tom forzó la vista para leer la apretada letra.

—«Hundimiento de un queche en alta mar —leyó—, el 14 de septiembre de 1899».

—Es un tipo de embarcación. Debió de ser el titular del día. ¿Y detrás?

Tom giró el trozo de papel de periódico y miró el diminuto texto. Apenas podía leer las frases.

—Algo sobre criquet —dijo.

—August utilizaba mucho papel. Sobre todo para las cavidades cerebrales, si no recuerdo mal.

—¿Las cavidades cerebrales?

—Sí. Una vez, mi padre tuvo que remendar la liebre polar; tenía la cabeza llena de papel. Creo que eran páginas de la Biblia. Proverbios, si no recuerdo mal.

Tom miró la zanquilarga musaraña que perdía papel de periódico por el cuello y recordó las pezuñas arañando las losas y la silueta alargada pasando junto a él en la oscuridad. Aquello no era normal.

—¿Jos?

Tío Jos ladeó la cabeza y lo miró con desconcierto. ¿Se cansaría alguna vez de hacerle preguntas aquel flaco niño rubio? Por la insistencia con que lo miraba, supo que no iba a ser así.

—¿Crees que el museo podría estar embrujado?

—¿Embrujado por qué, chaval?

—No sé. Fantasmas o animales, quizá.

Jos se cruzó de brazos y se subió las gafas.

—Así que eso fue lo que anoche te asustó en el museo, ¿verdad?

Tom sonrió avergonzado y notó que se ruborizaba. Tenía intención de mantener en secreto su aventura, pero Jos lo había adivinado.

—Y por eso querías echar un vistazo a este viejo juguete —continuó Jos con la mirada risueña—, para ver lo realista que es, por si hay otro. Ya veo.

—Solo me preguntaba... —comenzó a decir Tom, sintiéndose muy estúpido—, si... si alguno se moviera, no es que diga que lo hagan, pero pongamos que se movieran. Entonces, quizá sean más especiales de lo que parecen.

Alzó la vista, convencido de que tío Jos iba a echarse a reír, pero no lo hizo. Se quedó rascándose el mentón, considerando la idea con mucho detenimiento.

—Bueno, Tom, quizá tengas razón —dijo por fin—. De una forma u otra, siempre han corrido muchos rumores sobre lo que hay en este museo. August Catcher era todo un personaje, ¿sabes?, y sir Henry también —añadió misteriosamente, contemplando los montones de polvorientas fotografías que había en los estantes—. Se me ocurre una idea —comentó volviéndose súbitamente hacia él—. ¿Podrías hacerme un favor?

Tom no imaginaba cuál podía ser.

—¿Por qué no vas a Catcher Hall?

—¿Yo?

—Exacto. Para devolverles la visita, por decirlo así. A fin de cuentas, los Catcher han hecho una visita a los Scatterhorn y eso no pasaba desde hace más de cuarenta años. Estas cosas no ocurren por casualidad.

Tom vio que tío Jos hablaba en serio.

—Pero... pero creía que no nos caían bien.

—No nos caen bien. Nada bien. Solo necesitamos averiguar de qué pie calzan.

—¿De qué pie calzan?

—Formarnos una opinión sobre ellos. Ver si realmente son quienes dicen ser. — Jos se inclinó hacia delante y enarcó una de sus pobladísimas cejas—. Un magnate del cacao, que ha enviudado recientemente, que logró salir de la selva y toda esa mandanga. Bastante increíble, ¿no crees?

Tom se acordó de Lotus en la sala de las aves la tarde anterior. Desde luego, su modo de relatar su historia había sido bastante extraño. Casi parecía que se alegrara de que hubiera sucedido.

—Pero... ¿cómo?

—Bueno, siempre puedes ir hasta allí y llamar a la puerta. No es ilegal, ¿no?

Tom se quedó un momento pensando. No estaba nada seguro de querer involucrarse en la larga disputa entre tío Jos y los Catcher.

—¿Tú no quieres venir?

—¿Yo? Ni hablar —resopló Jos—. Yo no voy allí ni muerto. No lo he hecho nunca ni nunca lo haré. Pero tú, tú eres un recién llegado. Puedes saltarte las reglas. Y, además —añadió—, tienes la excusa ideal, ¿o es que ya lo has olvidado?

Tom lo miró sin comprender.

—Doña Sabihonda te ha pedido que vayas. Tú eres su único amigo en Dragonport, ¿recuerdas?

Jos tenía razón, Lotus se lo había pedido. Pero, aun así, Tom temblaba de solo pensar en ver otra vez al extraño don Gervase, e incluso a Lotus... se sentía como si Jos le estuviera pidiendo que entrara en la tela de una enorme araña.

—Está bien —dijo por fin—. Iré.

—Buen chico. —Jos sonrió alegremente, complacido de haber conseguido lo que quería—. Actúa con normalidad. Sé educado. E investiga. Hasta luego.

El río estaba a poca distancia del museo. Al final de la calle había un estrecho puente que Tom reconoció de la maqueta del museo, porque tenía pequeños

apartaderos triangulares que los viandantes debieron de utilizar antiguamente para que los carros no los arrollaran. El puente estaba atestado de gente que iba a hacer las compras navideñas y Tom procuró no cruzarse con la mirada de nadie. Ya había empezado a arrepentirse de su promesa y una parte suya estaba más que dispuesta a sentarse en un café durante una o dos horas e inventarse alguna historia sobre cómo le había ido en Catcher Hall y lo que había descubierto allí. No obstante, pese a no quererlo, también sentía cierta curiosidad. Además, a lo mejor podía echar un vistazo a la casa sin tener que verse ni con Lotus ni con don Gervase...

Cuando alcanzó la cima de la escarpada colina que se alzaba en la otra orilla del río, estaba casi sin aliento y, deteniéndose un momento, se volvió para contemplar Dragonport, extendido a sus pies y centelleando bajo el pálido sol de invierno. Las vistas debían de ser casi las mismas que hacía un siglo, porque allí estaban las decrepitas torres del museo Scatterhorn, alzándose aún muy por encima de los tejados, y, más allá, el río, curvándose hacia el estuario como una serpiente plateada. A lo lejos distinguió el esbelto armazón de una antena de radio y, detrás, las alargadas siluetas grises de buques cisterna, avanzando muy lentamente en la niebla.

Mientras contemplaba las vistas, le llamó la atención una furibunda bandada de gaviotas. Estaban revoloteando por debajo de él en torno a la silueta de otro pájaro mucho más grande que estaba volando por el mismo centro de la bandada, sin hacer caso a sus gritos. Tom lo observó mientras batía pausadamente sus alas inmensas y supo que jamás en su vida había visto un pájaro tan grande como aquel. Quizá fuera un albatros al que una tormenta había desviado de su curso, o un águila que había escapado de un zoológico. Cuando aquel pájaro enorme desapareció tras unos árboles, Tom retomó a regañadientes su misión: Catcher Hall.

De la otra acera partía un estrecho camino de grava bordeado por dos altos setos de laurel. Tom cruzó la calle y no encontró ningún número ni nombre, solo un cartel abandonado donde ponía «Cuidado con el perro». Por lo que parecía, aquel perro ya estaba bien muerto y, viendo que aquella era la única casa construida en la misma cima de la colina, decidió seguir adelante. Diez metros más allá, el camino se estrechaba y giraba a la izquierda. Tom acababa de tomar la curva cuando oyó el ronco rugido de un coche acelerando en su dirección. Apenas tuvo tiempo de esconderse entre el tupido seto de laurel antes de que una gran silueta marrón doblara la curva. Al verla pasar, Tom vislumbró la silueta de Humphrey, el fornido inca, sentado al volante, y a don Gervase junto a él, con la mirada fija en la carretera. El asiento trasero estaba ocupado por una extraña mujercilla con el color de una nuez, abrazando una gran caja blanca. Un momento después, habían desaparecido y el estrecho camino volvía a estar desierto.

«Bien», pensó Tom. Aquello era sin duda Catcher Hall y, con don Gervase ausente, la perspectiva de seguir adelante le pareció de pronto un poco más atractiva. Pero aún era posible que Lotus estuviera en casa... Saliendo del tupido seto, Tom decidió continuar un poco más y pronto se encontró al borde de un césped largo y

ancho salpicado de árboles. Más allá, había una casa almenada de color blanco, enmarcada por tres cedros centenarios. Hacía tanto sol que tuvo que protegerse los ojos para mirarla, pero, incluso así, advirtió que había grandes grietas en el yeso y que varias ventanas de la planta baja estaban completamente invadidas por la hiedra. Parecía vieja, y antiguamente debía de haber sido muy suntuosa. Al acercarse, oyó un piano dentro de la casa. El sonido parecía provenir de tres puertaventanas. Justo en ese momento, Tom vio algo brillando en una ventana. Era una cuerda tendida a más de un metro del suelo, centelleando a la luz del sol. Justo después, la cuerda osciló ligeramente y, de pronto, apareció Lotus, andando por el aire, según parecía, a mucha distancia del suelo.

Tom sofocó un grito; no había red, ni pértiga que la ayudara a mantener el equilibrio: estaba andando por la cuerda. Lotus se detuvo y pareció concentrarse. «¿Qué va a hacer ahora?», pensó Tom y, como si lo hubiera oído, Lotus dio un salto hacia atrás. La cuerda rebotó y osciló cuando ella terminó la pirueta, pero se mantuvo firme, con la cabeza oscilándole ligeramente y los brazos en cruz, logrando un equilibrio perfecto. Tom estaba boquiabierto: tenía que haber trampa. Entonces, Lotus volvió a hacerlo, esta vez saltando hacia delante y realizando también una pirueta perfecta. Luego se detuvo y se puso a caminar por la cuerda hasta que Tom dejó de verla. Tom esperaba que regresara y ella lo hizo, momentos después, haciendo laterales.

Tom apenas podía dar crédito a sus ojos. ¿Era posible hacer eso en una cuerda floja? Se estrujó el cerebro, intentando acordarse de cuando veía las Olimpiadas con su padre en televisión y preguntándose si alguna vez había visto a gimnastas haciendo laterales en la cuerda floja. Decidió que no lo había visto nunca. Lotus era extraordinaria; de eso no cabía ninguna duda.

Visto aquello, Tom decidió que podría investigar el resto de Catcher Hall sin ningún problema. Rodeando sigilosamente la casa, se encontró delante de un estudio. Una de las puertaventanas estaba abierta y, detrás, Tom vio el parpadeo azul de una pantalla de ordenador. Había un gran mapa colgado en la pared con banderitas diseminadas por toda su superficie. Aquel estudio tenía algo tentador y, por un momento, Tom no supo qué era. Luego lo descubrió: era el olor que salía por la ventana, un intenso olor a delicioso chocolate. Era embriagador y Tom cerró los ojos un instante, impregnándose de él...

—¡Guau!

Un ladrido tan sonoro como unos platillos le estalló en el oído. Se volvió rápidamente, pero, en vez del dobermann grande y amenazador que esperaba ver, se encontró con un pequeño dogo de nariz chata y ojos saltones que lo miraba furioso.

—¡Guau! ¡Guau!

Los ladridos eran ensordecedores.

—Chist —susurró Tom—. Vete.

El doguillo retrocedió un poco, bajó sus orejillas recortadas y, luego, ladró aún

más fuerte.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Grrr!

El perro podía ser pequeño, pero era francamente escandaloso. Justo entonces, se abrió una ventana y Lotus se asomó por ella.

—¿Zeus? —gritó—. ¡Zeus!

—¡Grrr! ¡Guau! ¡Guau! —ladró Zeus, más alto que nunca.

Definitivamente, era hora de poner pies en polvorosa. Con Zeus zumbando como una avispa detrás de él, Tom corrió a esconderse entre los tejos, procurando que no lo vieran desde las ventanas de la casa.

—¡Zeus! —Zeus, el perro furioso, no estaba dispuesto a darse por vencido.

Tom corrió aún más aprisa y, justo cuando estaba llegando al final del césped, antes del seto de laurel, vio una gran sombra en el suelo por delante de él. Al principio, creyó que era un avión, pero de repente oyó un fuerte aleteo y los gruñidos de Zeus se convirtieron en agudos gemidos. Ocurrió todo tan deprisa que Tom no se atrevió a volverse y solo cuando estuvo oculto en el seto miró atrás para ver a Zeus corriendo hacia la casa, gañendo de miedo. ¿Qué había sucedido? Al perro debía de haberlo asustado algo: ¿el qué? Tom jadeaba tanto que no podía pensar, pero había una frase ametrallándole el cerebro, diciendo «¡Vete ahora mismo de aquí!». ¿Vete ahora mismo de aquí? Tom estaba convencido de que alguien se la acababa de susurrar, alguien que estaba muy cerca... ¿quién...? ¿Qué...?

Tom no quiso quedarse para averiguarlo. En vez de regresar por donde había venido, se abrió paso entre los matorrales hasta el muro que rodeaba la casa. Encaramándose al tronco de un magnolio, fue desplazándose por la rama más baja hasta donde se atrevió. Luego miró abajo. Seguía estando a más de tres metros del suelo. Solo tenía que desplazarse un poco más para bajarse... de pronto oyó el ronco rugido de un coche subiendo la cuesta en su dirección. ¿Podía ser...?

¡Crac! Alzó la vista y vio que la rama se estaba combando de un modo alarmante. Apenas tuvo tiempo de soltarse antes de oír un fuerte chasquido y caer al suelo como un peso muerto, con la rama desplomándose ruidosamente junto a él.

Se levantó, se metió las sucias manos en los bolsillos y comenzó a alejarse rápidamente colina arriba, escondiendo el mentón en el cuello de la chaqueta. El coche que tenía detrás redujo la velocidad. «No te vuelvas». Era don Gervase, tenía que ser él. Lotus debía de haberlo visto y el juego había terminado. Tom se concentró en las grietas del muro que tenía delante y apretó el paso. «No te vuelvas». Oyó una ventanilla eléctrica bajándose. «¡No te vuelvas!».

—¿Va todo bien, hijo?

Al otro lado de la calle había dos oficiales de policía sentados en un coche patrulla, mirándolo con recelo. Tom sonrió tan inocentemente como pudo.

—Sí. Voy... Solo voy... y esto... a casa —dijo esforzándose por ignorar su corazón, que parecía a punto de salirse del pecho. El policía con bigote se fijó en su jersey sucio y sus pantalones embarrados.

—Menuda caída, ¿no?

—Sí... esto... esta es la casa de mi amiga. Estábamos jugando —explicó Tom con voz entrecortada.

—¿Jugando? —repitió Bigotes.

—Sí —mintió Tom.

Bigotes enarcó las cejas y Tom se removió incómodamente en su sitio.

—Catcher Hall está vacía, ¿no? —dijo el otro oficial con cara de niño.

—No, no lo está —se apresuró a responder Tom—. Hay...

Justo entonces, una gran sombra pasó por encima del coche y, al alzar la vista, los dos policías vieron un objeto del tamaño de un ala delta sobrevolando los árboles.

—Puede que sea nuestro pájaro, señor —opinó Cara de Niño.

Bigotes hizo una mueca.

—En efecto, Moon —dijo, y miró largamente a Tom por última vez—. No es conveniente enredar en los jardines de otras personas, ¿sabes?

El coche patrulla se alejó despacio y Tom se quedó donde estaba y esperó hasta haberlo perdido de vista. Tenía la sensación de que, por esta vez, se había librado de una buena, aunque no estaba seguro de cuál había sido su delito.

Cuando llegó al Museo Scatterhorn, ya era de noche. Había tardado en volver a propósito, esperando no tener que sumarse a la merienda con don Gervase, y cuando entró por la puerta lateral le alivió ver que el Bendey marrón chocolate ya no estaba aparcado fuera. Ahora, lo único que tenía que hacer era pensar en algo convincente que explicar a tío Jos. A fin de cuentas, su misión no había sido un éxito; ni siquiera había entrado en Catcher Hall, y difícilmente podía admitir que un perrillo furioso lo había echado de la propiedad. Aunque, por otra parte, estaban Lotus y sus acrobacias, eso sí era insólito... Respirando hondo, abrió la puerta de la cocina y encontró a Jos y a Melba sonriendo beatíficamente, sin ningún motivo aparente.

—Hola —dijo Tom quitándose el jersey.

Jos y Melba solo se rieron tontamente: a lo mejor estaban ebrios. En la mesa, delante de ellos, Tom vio los restos de una enorme tarta de chocolate.

—Tom, acabas de perderte un festín —dijo Jos, y alzó la mano.

—Tu tía y yo nos declaramos culpables de ser unos tragones.

—Sin duda —añadió Melba bamboleándose ligeramente—, esta es la mejor tarta de chocolate que he comido en mi vida.

Se inclinó sobre la mesa y cogió unas cuantas migajas del gran plato que Plancton estaba dejando limpio como una patena. Tom se fijó en que hasta la rata parecía un poco inestable.

—Toma un poco, chaval, antes de que esa rata glotona se lo coma todo —bufó Jos, quien, ensartando un trocito de tarta con la punta de su cuchillo, se lo ofreció. Tom lo cogió entre los dedos y se lo metió en la boca. De inmediato, la tarta se disolvió en una incomparable gama de sabores. Supo a naranja, lima, canela, helado y, sobre todo, a chocolate. Chocolate puro, dulce y concentrado, distinto a cualquier

cosa que él hubiera probado.

—¿Y bien, chaval?

—Es increíble.

—Don Gervase insistió mucho en que debías probar la tarta —dijo Jos—, pero me temo que Melba se ha comido más de la mitad ella sola.

—Esa Gloria es una artista y una maga —observó Melba arrastrando las palabras—. Y pensar que don Gervase ni tan siquiera puede olerlo, y aún menos probarlo.

—No sabe lo que se pierde.

«Quizá sí lo sepa —pensó Tom—. Quizá conozca perfectamente los efectos de la tarta de Gloria». Y reconoció aquel olor embriagador: era el mismo que salía por la ventana de Catcher Hall; un olor tan bueno que uno se lo quería comer. No era de extrañar que los dos parecieran ebrios.

Jos bostezó ruidosamente.

—Señor, Señor —dijo—, hora de irse a la cama, creo. Melba, ¿qué dices tú?

Melba no respondió; los ojos ya se le habían cerrado.

—¡MELBITA! —rugió Jos.

Sobresaltada, Melba alzó bruscamente la cabeza y abrió los ojos como si estuviera soñando.

—¿Sí, querido?

—¡Hora de acostarse, bomboncito mío!

—¡Que Dios nos asista! ¿Ya es esa hora? —dijo ella poniéndose de pie con esfuerzo. Tom miró el reloj de pared; ni siquiera eran las siete.

—Bien —masculló Jos de camino a la puerta—. Tom, tú puedes hacer la primera guardia esta noche.

—Tío Jos —dijo Tom en voz baja mientras Jos se agarraba al picaporte para afianzarse—. Mi visita a Catcher Hall ha sido interesante.

Jos lo miró sin comprender. Era obvio que se había olvidado por completo del encarguito que le había hecho.

—Buen chico. Así se hace. Asegúrate de contármelo todo —bostezó ruidosamente— mañana.

Lo que llevaba aquella tarta debía de ser fuerte, pensó Tom. Aunque solo se había tomado un pedacito, también él notó que se le cerraban los ojos. Despacio, subió por las estrechas escaleras que conducían a la buhardilla, aferrándose al pasamanos para no caerse. A cada paso que daba, la temperatura parecía disminuir varios grados y el frío cada vez mayor fue despabilándolo. Cuando llegó a la portezuela de su cuarto, ya volvía a estar completamente despejado. Al abrirla, lo azotó una ráfaga de aire que casi le cortó la respiración. La luna entraba a raudales por la ventana abierta y el fuerte viento estaba levantando las cortinas. Era como entrar en un congelador. Maldiciendo en voz alta, Tom fue a la ventana y la cerró. ¿Por qué estaba abierta siempre que él subía a su cuarto?

Enfadado, se volvió para mirar la estrecha cama combada, cubierta de finas

mantas, y se preguntó cómo iba a conseguir dormir sin pasar frío aquella noche. Jos jamás lo entendería. ¿Cómo habría de hacerlo? Tenía abundantes reservas de lo que él llamaba «aislamiento natural»; en otras palabras, era una foca bien acolchada. No notaba el frío, ni Melba tampoco, por lo visto. Pero Tom sí, no podía evitarlo. Tenía una constitución delgada y fibrosa, como la de sus padres, y carecía por completo de aislamiento natural. Hurgando en su bolsa, sacó otro par de pantalones y otros dos pares de calcetines. A continuación, buscó su grueso forro polar negro y un gorro marrón de esquiar que su madre le había regalado. Luego cogió todas las mantas y se envolvió en ellas como un capullo. Aquello estaba mejor. Tendido boca arriba, respiró despacio y observó el vaho de su aliento flotando en la oscuridad.

Durante diez largos minutos se esforzó por conciliar el sueño. Pero el frío no se lo permitía y tenía la mente activadísima. Puede que la tarta hubiera drogado a Jos y a Melba. Puede que don Gervase tuviera algo planeado para aquella noche... suponiendo que hubiera algo vivo en el museo cuya existencia Jos desconocía... ¿no debería Tom ir a averiguarlo? No lo sabía. Cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. Despacio, otra escena comenzó a dibujársele en la mente: su padre acampado al borde de un bosque inmenso y su madre caminando en su dirección, contra el viento. Estaban allí, los dos, y Tom se preguntó, pese a no quererlo, si alguna vez volvería a verlos. ¿Lo haría? Tampoco sabía la respuesta a aquella pregunta.

Media hora después, el frío se había colado bajo las mantas y a Tom le castañeteaban los dientes de forma incontrolada. Aquel cuarto era probablemente el lugar más frío en que había estado nunca. Se incorporó y miró la ventana. ¡Volvía a estar abierta! La luz lunar entraba a raudales y las cortinas estaban ondeando al viento. Se levantó rápidamente y, envuelto en todas las mantas, fue brincando hasta la ventana y la cerró por segunda vez. Cuando volvió a acostarse, vio que era absurdo intentar dormirse; hacía demasiado frío. ¿Qué era lo que siempre le decía su madre?

—Si estás desvelado —se susurró en voz alta—, levántate y...

—Haz algo.

Tom parpadeó. Había estado a punto de decir «Haz algo», pero no lo había hecho. Lo había dicho otra persona. Se quedó mirando la pared, con los ojos abiertos como platos. Alguien había dicho «Haz algo» en aquel cuarto; estaba seguro. Abrió aún más los ojos y aguzó el oído. Nada. Luego, muy despacio, se dio la vuelta en la cama y miró a su alrededor. Las cajas de libros y los montones de periódicos estaban donde siempre, sombras en la penumbra. Bien. La ventana estaba cerrada. Bien. En la esquina, al final de su cama, había un paraguas grande colgado de la pared. Bien. Un momento.

¡Un momento!

Le dio un vuelco el corazón. ¿Un paraguas grande? ¡En aquel cuarto no había ningún paraguas grande! Volvió a mirarlo y vio que no era un paraguas. Era la inconfundible silueta de un pájaro, y de un pájaro enorme, además. Un águila. Y el águila lo estaba observando con sus feroces ojos amarillos.

—Haz algo.

El pájaro cambió el peso de una pata a otra. ¿Lo había dicho él? No, eso era imposible. Tom se preguntó si no estaría soñando. A lo mejor lo estaba. Muy despacio, salió de la cama y, andando de espaldas, fue cautelosamente hacia la puerta.

—Haz algo.

El acento parecía extranjero... ¿cómo? El enorme pájaro dejó su percha y se posó torpemente en el centro del cuarto. Era más alto que Tom y comenzó a caminar amenazadoramente hacia él.

—Ve abajo, chico.

Tom corrió rápidamente el pestillo y huyó por las escaleras tan aprisa como pudo. Irrumpiendo en la cocina, se encerró dentro. Intentó recobrar el aliento cerrando los ojos.

«Contrólate. Es una pesadilla. No es más que una pesadilla».

—Volvemos a encontrarnos.

Tom alzó la vista. Posada en una silla de la cocina, junto a la ventana abierta, estaba el águila.

—Te has equivocado de habitación.

Tom notó que se le ponía la piel de gallina y le entraron unas ganas tremendas de vomitar. ¿Qué estaba sucediendo? Abriendo bruscamente la puerta, salió al pasillo y corrió hasta la gran puerta de caoba que había al final. Bajó el pesado pestillo de latón, empujó con fuerza y la gran puerta se abrió sin hacer ruido, como por decisión propia. Detrás de ella acechaba el museo, negro como el carbón y en silencio. ¿Debía seguir adelante?

Se quedó en el umbral, con las sienas palpitándole. No quería volver a encontrarse con aquel lobo, o lo que fuera, de ninguna de las maneras. Pero ¿qué diablos estaba haciendo en su cuarto aquella enorme águila parlante? Juraría que lo estaba persiguiendo.

—Esto está mejor.

Tom miró el pasillo y se quedó paralizado. El águila había salido de la cocina y lo estaba fulminando con la mirada.

—Muchísimo mejor.

Desplegando sus enormes alas hasta rozar las paredes, comenzó a andar por el pasillo. Después de aquello, a Tom no le cupo ninguna duda de que lo estaba persiguiendo.

—N-n-no... —susurró—, por favor...

—¡Mueve el trasero! —refunfuñó el águila apretando el paso.

«¿Mueve el trasero?». Tom fue presa del pánico. Entró en el museo sumido en la oscuridad, se apoyó en la pesada puerta y empujó con todas sus fuerzas. Despacio, la puerta comenzó a moverse hasta cerrarse. Tom esperaba que volviera a abrirse de golpe en cualquier momento y apareciera el águila, pero no sucedió nada. Oyó arañazos, luego un chasquido metálico. Sofocó un grito: ¡el águila lo había dejado

encerrado dentro del museo!

¿Qué debía hacer ahora? ¿Gritar para despertar a Jos? Era imposible que lo oyera. ¿Intentar llamar a la policía? Probablemente, no había ningún teléfono. Y, además, ¿qué iba a decir? «Disculpe, señor, pero es que un enorme pájaro parlante me ha dejado encerrado en el museo». Maldijo en voz baja. No, eso tampoco daría resultado. Iba a tener que esperar. Esperar hasta la mañana siguiente, cuando Jos le abriera la puerta. Tenía que pasar la noche en el museo. No había otra opción. Ninguna otra opción. Respirando hondo, palpó la pared con las yemas de los dedos y se internó a tientas en la oscuridad.

6 Medianoche en el museo

Al principio, todos eran meros manchones negros. Tom no se conocía el museo tan bien como para identificar a cada animal en su vitrina, pero los reconoció por sus siluetas. Había un enorme par de afiladas tijeras negras en el fondo del paisaje africano: aquel debía de ser el antílope. En la base de la selva lluviosa, vio un saco de dormir enrollado con un tubo adosado a un extremo que reconoció como el oso hormiguero. Más a la izquierda, había una larga hilera de barras de pan luminosas en un estante, las cuales Tom sabía que eran esturiones y cazones, y en el centro, un pálido globo espinoso con un par de labios. El pez globo. Todo estaba en silencio a la luz de la luna. Nada se movía. En fin. Sentándose en el banco de terciopelo que había bajo las escaleras, Tom subió las piernas y pegó la espalda a la pared de madera. Estaba encerrado allí dentro, pero puede que, después de todo, aquello no fuera tan malo.

Tom no sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí, pero se despertó de su duermevela con un sobresalto. Tenía el cuerpo agarrotadísimo y estaba aterido de frío. Miró la hora: faltaban cinco minutos para la medianoche. Intentó estirar las piernas, pero no logró moverlas. Se le habían dormido. Miró a su alrededor y observó que ahora había más luz en el museo. La luna estaba en lo alto del cielo y sus rayos se colaban directamente por el tragaluz, incidiendo en la cabeza del pájaro dodo, que casi brillaba. Reinaba un silencio sepulcral. Tom se frotó los ojos y se preguntó durante cuánto tiempo más iba todo a seguir como estaba. ¿Reaparecería el lobo en el pasillo? No tenía ni idea. Aún no podía estar siquiera seguro de que hubiera sido un lobo. Quizá no lo había sido, pero de lo que sí estaba seguro era de que el águila lo había traído al museo a propósito; de hecho, hasta lo había encerrado dentro. Por la razón que fuera, él debía estar allí. Iba a ocurrir algo. Pero ¿qué?

Estaba a punto de cerrar otra vez los ojos cuando advirtió que la luz había vuelto a menguar. Al principio, creyó que una nube había ocultado la luna. Luego, por el rabillo del ojo, vio algo marrón moviéndose muy despacio por encima de él.

¿Qué era aquello?

Había una rama tan gruesa como su pierna flotando en el aire, alargándose hasta casi alcanzar la otra pared. Tom la recorrió con la mirada hasta su extremo bulboso, de donde vio salir la silueta pequeña pero inconfundible de una lengua negra. ¡Una serpiente! Se pegó aún más a la pared. ¿Podía ser una serpiente? Desde luego, lo parecía. Tenía la piel olivácea y amarilla, y conforme se alargaba, Tom vio manchas oscuras salpicándole el lomo. De repente se notó el corazón palpitándole en la garganta. Reconocía aquella serpiente, la tenía en una fotografía colgada en su habitación. Era una anaconda, la serpiente más grande del mundo, lo bastante fuerte como para asfixiar a un caballo. Y allí estaba, flotando en la oscuridad, ¡justo por encima de su cabeza! Ahora, Tom se había despabilado totalmente, y estaba aterrorizado.

La anaconda se asomó al vestíbulo y Tom dejó de verle la cabeza. Entonces oyó una tos detrás de él. Era fuerte e inconfundible, decididamente alguien estaba aclarándose la garganta. Se volvió, casi esperando ver a tío Jos, pero, en cambio, vio lo que parecía un gigante bajándose de un árbol. ¡El gorila! El gorila dio unos cuantos pasos y bostezó ruidosamente, enseñando unos dientes afilados que centellearon a la luz de la luna.

—Otro largo día por delante.

Tom casi dio un respingo. ¡El gorila acababa de hablar! ¿Estaba soñando? No podría asegurarlo. El gran simio se tumbó boca arriba en el suelo y levantó las patas traseras. Tom se dio un buen pellizco y, en ese momento, le pareció notar movimiento en las escaleras, por detrás de él. Sin apenas atreverse a volver la cabeza, vio un peludo oso hormiguero bajando los peldaños con dificultad, de lado y uno a uno. Cuando llegó abajo, saludó al gorila con un gesto de la cabeza y se alejó trotando.

—¡Un pollo! —gritó una aguda voz de mujer—. Un pollo, ha dicho. ¿Lo habéis oído?

De pronto, la mujer se hallaban a solo unos pasos del escondrijo de Tom, solo que no era una mujer; era el pájaro dodo, que había bajado de su estrado y se estaba arreglando las plumas bajo un charco de plateada luz lunar.

—Es la mayor estupidez que he oído en mi vida —continuó—. Un pollo.

Boquiabierto, Tom se quedó mirando a aquel extraño pájaro mientras él caminaba en círculos, admirando su sombra en el suelo.

—Decidme, ¿os parece esto un pollo? —dijo mirando a su alrededor con expectación. Se oyó un cavernoso gruñido que parecía provenir de muy lejos, pero que, de hecho, estaba muy cerca.

—¿Cómo vas a ser un pollo, hermosa damisela? —dijo la voz, que parecía haber salido de una larga tubería. Entonces, todo un lado del museo pareció avanzar y levantar la pata delantera. Era el mamut, moviendo lentamente sus relucientes colmillos.

—Eres, sin ningún género de dudas, el pájaro dodo más bonito que he visto en mi vida —añadió desenroscando la trompa. El pájaro dodo ladeó la cabeza, ligeramente desconcertado.

—Espero ser el único pájaro dodo que has visto en tu vida.

—En efecto. Eres el primero.

—Pues tú, querido, eres el mamut más bonito que yo he visto en mi vida —respondió el pájaro dodo. El mamut bajó la cabeza, complacido con el cumplido.

—Siempre he pensado que estar extinto te da cierta ventaja —bramó—. Cuando eres el único de tu especie, nadie puede compararte con nada.

—A diferencia de toda esa chusma —dijo el pájaro dodo, mirando la sala con su gran ojo amarillo—. Esto parece el arca de Noé.

Para entonces, ya se oían rumores de conversación en todo el museo. En las vitrinas, los animales se estaban bajando de sus perchas, desperezándose y charlando

entre ellos. Algunos de los más grandes habían abierto las puertas y salido a pasearse por la sala, pero los roedores y las aves estaban esperando pacientemente a que el mono narigudo —que parecía ostentar el cargo de portero— fuera a abrir su vitrina para poder salir.

—Buenas noches, buenas noches, muy buenas noches a todos —les decía educadamente el mono, como si los estuviera haciendo pasar a una fiesta. Todo aquello se desarrollaba con tanta naturalidad que podría ser un acontecimiento diario. Quizá lo fuera, pensó Tom estremeciéndose.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac...

Tom se volvió justo cuando un gran lobo gris de ojos blancuzcos pasaba trotando por delante de su escondrijo y subía las escaleras, olfateando una columna antes de volver a bajarlas. ¡Ahí estaba! El lobo; no era un fantasma, era real y él no se lo había imaginado, pero... ¿cómo era posible? Estaba muerto, disecado y, no obstante, saltaba a la vista que no lo estaba. Era un animal salvaje, paseándose a pocos centímetros de él.

—Opino —bramó el mamut mientras se acercaba pesadamente al pájaro dodo— que una noche tendríamos que darnos ese chapuzón.

—No se me ocurre nada más placentero —respondió el pájaro dodo admirándose las plumas de la cola.

—Y entonces quizá pueda enseñarte mi nuevo estilo de natación. He estado practicando, ¿sabes?

—¿De veras?

—Oh, sí. La clave está en el brazo. Hay que pasarlo por encima de la cabeza. Así. —Y, acto seguido, el mamut intentó imitar con una pata una supuesta brazada de croll.

—No. Casi. Otra vez. Sí. Sí... huy...

El mamut se desestabilizó y comenzó a dar brincos, desplazándose lateralmente hacia la vitrina de los pequeños mamíferos.

—Vaya —bramó al recobrar el equilibrio—. Una idea francamente insólita, de hecho. Pero dicen que se avanza el doble.

—Bueno, el campeón vigente eres tú —respondió mordazmente el pájaro dodo—. Supongo que tendrás que acostumbrarte.

—Sí, hay que adaptarse —se lamentó el enorme animal—. Aunque no es nada fácil, si se es un mamut.

Tom se quedó escuchando al abrigo de las sombras y se preguntó si no se habría vuelto loco de remate. Primero, el águila —aquello ya había sido bien raro—. ¡Y ahora estaba escondido en un museo repleto de raídos animales disecados que, al dar las doce campanadas, habían comenzado a moverse y charlar sobre natación en su mismo idioma! Era aterrador al mismo tiempo que no lo era. Era curioso y extraño. Tom quería saber si los animales se movían; bueno, allí estaba la respuesta, y era increíble. Él ya no se encontraba en un museo, sino en un zoológico, un zoológico

lleno de animales parlantes.

Cuanto más los miraba, más imposible le parecía que aquellos animales estuvieran accionados por mecanismos de relojería. También debían de tener cerebro. ¿Cómo si no iban a poder mantener una conversación? August Catcher quizá fuera un genio después de todo, quizá hubiera creado un museo de increíbles robots Victorianos cuyas descoloridas pieles ocultaban algún tipo de motor avanzado cuya existencia no conocía nadie. O quizá la conociera una persona: don Gervase Askary.

«¡Eso es! —pensó Tom abriendo los ojos de par en par—. Eso es lo que anda buscando, por eso sospecha tanto de él tío Jos. Don Gervase debe de saber que los animales se mueven. Por eso se muestra tan amable. Los quiere para él».

Mientras pensaba en las consecuencias de todo aquello, Tom notó algo frío y duro en la nuca, husmeándole el forro polar como si buscara algo. Instintivamente, cerró los ojos y, justo después, notó que lo levantaban del suelo por el cogote. Se debatió, pero lo que lo tenía agarrado por el cuello de la camisa era muy fuerte y lo sacó de su escondrijo como si fuera una pluma. Al ver a Tom, todos los animales se quedaron mudos y un centenar de ojos lo escrutaron en la oscuridad. Su portador lo dejó bruscamente en el charco de luz lunar.

—Tenemos un invitado —dijo una voz ronca. Alzando la vista, Tom vio un gran oso pardo delante de él, erguido sobre sus patas traseras y señalándolo con la pata.

Tom oyó un gruñido en la oscuridad. Notó que se le erizaban los pelos de la nuca. ¿Qué iban a hacer? ¿Comérselo? No podían... ¿no? Estaba tan asustado que apenas podía respirar. Por fin, el pájaro dodo se acercó torpemente hacia él y lo miró de arriba abajo con su ojo amarillo.

—Acércate más, chico —dijo.

Tom se agachó obedientemente y lo miró a los ojos.

—No, no, más cerca.

Tom se agachó todavía más y sintió cómo le inspeccionaba cada milímetro de la cara. Cerró los ojos, convencido de que aquel pájaro del tamaño de un pavo iba a destrozársela en cualquier momento con su enorme pico.

—Me lo imaginaba —dijo altivamente el pájaro dodo. Se alejó dando tumbos y se dio la vuelta, mirándolo con aire triunfal—. ¡Es el joven Tom Scatterhorn!

Los animales susurraron alborotados.

—Tom Scatterhorn, ¡Tom Scatterhorn! Es Tom Scatterhorn... Ha vuelto...

Al alzar la vista, Tom vio que los barandales del primer piso estaban repletos de pájaros que piaban.

—Bienvenido de nuevo, Tom —dijo una voz cavernosa, y el mamut alargó su peluda trompa y se la enroscó alrededor de la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

Tom miró aquella inmensa mole peluda y vio dos brillantes ojillos negros sonriéndole. ¿Qué significaba que le diera de nuevo la bienvenida? ¡Él nunca había estado allí! Entonces, el mamut le soltó la mano y comenzó a explorarlo con la trompa. Cuando esta le rozó la cara, Tom percibió un olor muy peculiar que le

recordó a algo, pero no estuvo seguro de qué.

Ahora, Tom tenía tantas preguntas que su curiosidad fue más fuerte que él.

—Entonces —dijo en voz muy baja, mirando la inmensa montaña peluda—, ¿estás... o sea... vivo?

—¿Acaso no te lo parezco? —bramó la enorme bestia.

—Pero estás disecado... Es decir, ¿cómo es que hablas? ¿Y te mueves?

—Bueno —intervino el pájaro dodo suspirando e irguiéndose como si estuviera a punto de darle una respuesta larga y complicada—, digamos que tú deberías saber por qué. A fin de cuentas, tú, Tom...

¡CHISSST!

Un silbido ensordecedor acalló la conversación en un instante. La anaconda, enroscada a una columna que llegaba hasta el tejado, estaba mirando atentamente el tragaluz. No se oía nada salvo el suave rumor del viento entrando por el cristal roto.

Cric.

El sonido de pasos en el tejado. No había duda de que eran pasos.

Cric.

Otro.

Criiiiiic.

—¡Arsénico! —silbó la anaconda.

De pronto, todos los mamíferos, aves y peces del museo retomaron silenciosamente la postura en la que habían estado desde hacía un siglo. Fue como ver una película marcha atrás y el mono narigudo cerró las vitrinas con tanta rapidez que Tom apenas lo vio. Segundos después, Tom volvía a encontrarse solo en el museo vacío. La transformación había sido tan rápida que fue como si se acabara de despertar de un sueño. ¿Lo había hecho?

¡Criiiiiic!

Los pasos habían sonado justo por encima de él. Eso parecía bien real. Fue rápidamente de puntillas hasta el banco de terciopelo que había bajo las escaleras y se ocultó allí. Todo estaba oscuro y en silencio. Entonces alzó la vista y vio una negra mano enguantada metiéndose por el tragaluz roto y corriendo el pestillo. El tragaluz chirrió; luego se abrió ruidosamente. ¡Un ladrón! Tom se pegó aún más a la pared y observó estupefacto. Entonces, una figura vestida por completo de negro se deslizó por una cuerda tendida desde el tragaluz hasta llegar a la altura de los barandales. Allí se detuvo y, estirando las piernas, se impulsó ágilmente hacia delante, luego hacia atrás y de nuevo hacia delante, agarrándose con una pierna al barandal. Un momento después, Tom la había perdido de vista y solo veía la cuerda, colgando flojamente por encima de él.

El ladrón debía de haberse soltado e internado en la sala de las aves. Tom miró al pájaro dodo y al gorila, esperando que ellos pudieran ver lo que él no podía, pero ninguno de los dos miraba en la dirección correcta. Por alguna razón, estaban totalmente inmóviles. Era lógico: eran animales disecados. ¿En qué estaba pensando?

Despacio, sacó la cabeza de su escondrijo y miró el barandal. Pese a que estiró el cuello, no logró ver ni oír nada detrás de los balaustres. ¿Qué estaba haciendo el ladrón allá arriba? Sintiéndose más audaz, salió de su escondrijo y comenzó a subir las escaleras como un gato. Al llegar arriba, miró a su derecha.

Allí, en el rincón más apartado de la sala de las aves, el ladrón estaba utilizando un disco de diamante para practicar un orificio en el cristal de la vitrina de las cucaburras. Sus movimientos eran rápidos y precisos y, momentos después, se oyó un chasquido amortiguado: el agujero estaba hecho. El ladrón introdujo su esbelto brazo negro por él y extrajo hábilmente la menor de las dos cucaburras, metiéndosela en una bolsa que llevaba a la espalda. Se volvió, no sin antes guardarse el disco de diamante en un bolsillo, y corrió sigilosamente hacia las escaleras. Hacia Tom...

Tom apenas tuvo tiempo de agacharse y pegarse al último escalón antes de que la oscura sombra pasara por encima de él, bajando los peldaños de dos en dos.

«¡Buf!». Tom se notó el corazón palpitándole en las sienas... Había faltado poco. No lo había visto, de momento.

Una vez en la planta baja, el ladrón se dirigió directamente a la vitrina de los pequeños mamíferos y volvió a sacar el disco de diamante. Con gran rapidez y eficacia, comenzó a practicar un agujero en el cristal. Tom lo observó fascinado, pensando en mil cosas. «Debe de ser un profesional... parece saber qué quiere exactamente, como si ya lo tuviera todo planeado...». ¿Trabajaría para don Gervase? Quizá... ¿Y le había allanado el terreno don Gervase con aquella tarta, asegurándose de que nadie iba a molestarlo?

Tom se quedó pegado al último peldaño, estrujándose el cerebro. Seguro que estaban compinchados... pero ¿qué debía hacer? ¿Intentar detenerlo? No parecía muy corpulento. ¿Y luego qué? A lo mejor iba armado... Si tenía un disco de diamante, era probable que también llevara una navaja... No... pelearse no era la respuesta. «¡Pero es un ladrón, y va a salirse con la suya! Tengo que detenerlo de algún modo». Ojalá volvieran a revivir los animales...

¡Plaf

Se oyó un fuerte golpetazo en el pasillo. Tom se quedó paralizado. Mirando abajo, vio que el ladrón también estaba inmóvil, con el brazo dentro de la vitrina, cogiendo al pangolín por el cuello. ¿Qué había sido aquel ruido? ¿Era tío Jos? No, seguro que estaba profundamente dormido. Entonces debía de ser aquel pájaro enorme, armando ruido en el pasillo... Ese era el ruido, Tom estaba seguro.

Pero el ladrón no lo sabía. Con mucho cuidado, retiró la mano de la vitrina y se dirigió a las escaleras sin hacer ruido. Esta vez, era inevitable que lo viera, no tenía escapatoria. Se le aceleró el pulso. Sabía que debía ser valiente, que debía hacer alguna cosa... ¿qué? El ladrón comenzó a subir las escaleras con sumo sigilo, y de repente, sin saber muy bien por qué, Tom se levantó. La figura negra se paró en seco delante de él, paralizada. Ninguno de los dos pronunció palabra. ¿Y ahora qué?

La figura negra se tensó como un gato, esperando que Tom diera el primer paso,

pero él se quedó inmóvil. No tenía la menor idea de qué debía hacer; salvo quedarse allí, cerrándole el paso. De algún modo, el ladrón lo presintió, porque, un segundo después, se subió al pasamanos y saltó al vacío hacia el barandal del primer piso, agarrándose con ambas manos.

—¡Alto! —gritó Tom, y salió corriendo tras él; pero el ladrón ya se había encaramado al barandal y asido rápidamente a la cuerda. Justo cuando Tom estaba a punto de alcanzarla, la figura negra ganó bruscamente altura y empezó a trepar por la cuerda como si fuera una araña.

—¡Eh, vuelve aquí!

El ladrón ya estaba saliendo por el tragaluz mientras la cuerda se balanceaba tentadoramente por delante de Tom, justo fuera de su alcance. La cuerda... quizá... Sin pensárselo dos veces, se encaramó al pasamanos y, titubeante, esperó a que el gancho de acero viniera hacia él. Inclinandose temerariamente hacia delante, sus dedos se cerraron en torno al frío acero, pero, en ese preciso instante, notó un tirón desde arriba. La cuerda empezó a izarlo... no...

Durante un segundo, Tom osciló peligrosamente en el pasamanos... ¿Debía soltarse? ¿Y si la cuerda no estaba atada? Demasiado tarde...

Antes de darse cuenta, Tom cayó hacia delante y se quedó colgando de la cuerda, balanceándose por encima de los animales. Retorciéndose frenéticamente, cargó todo el peso en un brazo y utilizó el otro para intentar subir por la cuerda, pero la mano le resbaló. ¿Cómo lo había hecho el ladrón? Parecía que no le hubiera costado ningún esfuerzo. Volvió a intentarlo varias veces, pero no logró izarse por la cuerda. No había a qué agarrarse. No podía hacer nada. Entre jadeos, miró abajo y vio el suelo, a seis metros por debajo de él. Si se soltaba ahora, se rompería una pierna como mínimo, probablemente el espinazo, y no iba a poder seguir sujetándose durante mucho más tiempo. El gancho de acero se le estaba clavando en los dedos y los músculos de los hombros le dolían muchísimo...

—Por favor —susurró casi sin aliento a los mudos animales que lo rodeaban—, que alguien me ayude.

En ese momento llamaron ruidosamente a la puerta de la entrada. Tom intentó hacer caso omiso del intenso dolor de los brazos y miró hacia el vestíbulo, donde vio el haz de una linterna por la ventana. La luz peinó el museo en busca de algo, antes de detenerse debajo de...

«Oh, no...».

Mirando abajo, Tom se horrorizó al ver que le estaba alumbrando los calcetines. Despacio, el haz fue recorriéndole el cuerpo hasta enfocarle directamente en la cara, cegándolo. Tom se retorció violentamente, intentando volver la cabeza. Sabía que debía de ser la policía; debían de haber oído los pasos en el tejado, visto incluso al ladrón encaramándose a él, y ahora lo habían sorprendido allí dentro, como si fuera él el ladrón.

Los golpes en la puerta se reanudaron, con más insistencia esta vez, seguidos de

un fuerte timbrazo.

—Un momento... Ay, Señor.

Tom sofocó un grito. La sombra de tío Jos pasó por debajo de él camino de la puerta. En un santiamén, la policía estaría dentro y las luces se encenderían. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía justificar su presencia allí? Miró frenéticamente a su alrededor y vio el lomo del mamut a tres metros de distancia. Desde el lugar donde se encontraba, la oscura mole marrón parecía tentadora, como una gruesa manta vellosa. Quizá pudiera ocultarse en ella.

—Llave, llave, llave —masculló Jos, y Tom lo oyó abrir la puerta de la entrada. Solo le quedaban unos segundos. Estirando las piernas lo más posible, se dio lentamente impulso hacia delante, no sin antes observar que la puerta ya estaba medio abierta y oír las interferencias de una radio policial.

—Buenas noches, señor Scatterhorn.

Tom intentó dejar la mente en blanco. Estaba columpiándose hacia atrás. «Concéntrate». Otro impulso más, y lo lograría...

—¿Allanamiento? —oyó que decía Jos—. Espere un segundo...

Jos se dirigió al interruptor de la luz, y era ahora o nunca. Tom se dio tanto impulso como pudo y se soltó... La alfombra oscura del lomo del mamut vino a su encuentro. ¡Paf! Tom se dio tal golpe al caer sobre ella que se quedó sin respiración, pero se aferró con fuerza, hundiendo los dedos en el largo pelaje. En ese momento, la luz se encendió.

—Dios bendito —exclamó Jos mirando la cuerda que oscilaba en el centro del recinto.

—El chiquillo se nos ha escapado —gruñó otra voz conocida.

Tom alzó un milímetro la cabeza y vio a los dos policías mirando hacia el tejado. Uno tenía bigote; el otro, cara de niño.

¡Ahora sí que la había hecho buena!

¿Y si lo encontraban allí? Intentó pensar en una sola razón para explicar lo que estaba haciendo, pero no encontró ninguna.

—Ajá —dijo Bigotes dirigiéndose a la vitrina que contenía el pangolín. Agachándose, cogió el círculo perfecto de cristal que le habían recortado en un lado.

—Parece hecho con un disco de diamante.

Jos se acercó y miró por el agujero.

—Esto sí que es raro.

—¿El qué? —preguntó Bigotes.

—No falta nada.

—¿Está seguro? —dijo Bigotes observando ajos con recelo.

—Completamente. Está todo.

Bigotes enarcó una ceja.

—Entonces, ¿por qué ha hecho el agujero?

Jos se encogió de hombros. Tenía los pelos de punta y parecía más loco que

nunca.

—A lo mejor... hemos... pillado al ladrón en plena faena —sugirió adormilado. Bigotes entornó los ojos y miró suspicazmente a su alrededor. Aquel hombre podía parecer medio loco, pero lo que decía tenía sentido. Y si habían sorprendido al ladrón, era probable que aún siguiera en el museo.

—Usted quédese aquí —dijo ajos—. Y no vaya a ninguna parte, porque luego vamos a tener que hablar con usted. ¡Moon! —gritó.

—¿Señor? —dijo Moon, quien tenía la voz excepcionalmente aguda para ser tan corpulento.

—Arriba, Moon. Busca en todos los rincones. Nuestro hombre puede seguir en el recinto.

—De acuerdo, señor. —Y Moon subió las escaleras, trotando como un hipopótamo.

—A ver, ¿dónde se ha metido ese malhechor? —susurró Bigotes mientras se ponía a inspeccionar detenidamente cada vitrina. Al principio, Jos pensó en unirse a él, pero luego decidió no hacerlo. En cambio, se dirigió con paso cansino a una silla próxima a la vitrina de los colibríes y se sentó para observar a los policías. Tenía la expresión resignada de quien ya ha pasado muchas veces por lo mismo.

Desde su atalaya en el lomo del mamut, Tom consideró sus opciones. Su situación no podía ser peor. Solo era cuestión de tiempo que los policías se asomaran al barandal del primer piso y lo vieran subido al mamut. El único motivo de que aún no lo hubieran hecho era probablemente que su forro polar era casi del mismo color que el pelaje del animal. Quizá pudiera deslizarse hasta el suelo por una pata y escapar. Pero ¿cómo iba a hacerlo con tanta luz?

—¡Señor!

Moon salió precipitadamente de la sala de las aves y Bigotes sacó la cabeza por detrás del oso.

—¿Qué pasa, Moon?

—Señor —dijo él—. Aquí falta algo. Una cucaburra. Si no me equivoco. ¿Qué opina?

Bigotes se puso muy serio. Salió lentamente de detrás del oso, se enderezó la gorra y subió las escaleras con mucha decisión.

—Una cucaburra, ¿eh? —repitió, como si aquello fuera una pista.

—Sí, señor, una cucaburra aliazul. Un pájaro con una pinta bastante rara.

—Bien, Moon.

Los dos policías entraron juntos en la sala de las aves. Cuando los hubo perdido de vista, Tom miró el lugar donde tío Jos estaba sentado, junto al árbol de los colibríes, y vio que tenía la cabeza apoyada en la vitrina. Había vuelto a quedarse dormido. «Ahora o nunca —pensó Tom—. ¡Sal ya!».

Empujándose hacia atrás con las manos, se deslizó por el lomo del mamut hasta quedarse colgado de su muslo izquierdo. Luego, medio deslizándose, medio

cayéndose, bajó hasta el suelo. ¿Y ahora qué? ¿Debía arriesgarse a atravesar la sala y regresar corriendo a su cuarto? Sí, tenía que escapar. «Corre...».

Pero solo había dado unos pasos cuando oyó que los policías regresaban.

—Un robo de antigüedades, Moon. ¡Qué mala suerte tengo! —refunfuñó Bigotes.

—¿Señor?

—Papeleo, Moon. Montones de papeleo. Época, valor, descripción, de todo...

De puntillas, Tom volvió a refugiarse detrás del mamut tan aprisa como pudo, notándose el corazón a punto de estallar.

Y ahora, ¿dónde iba? Detrás de él, debajo de las escaleras, había un armario con una puerta triangular. Sin pensárselo dos veces, corrió hasta ella y agarró el tirador. ¡Estaba abierta! Tom entró rápidamente y cerró la puerta sin hacer ruido. Dentro estaba oscurísimo. Notó gotas de sudor en la frente.

¡Aquello era una locura!

¿Por qué estaba jugando al ratón y al gato con dos policías cuando era inocente? ¿Qué estaba haciendo? Pero había demasiadas cosas que explicar. Lo habían visto en la calle en circunstancias sospechosas; probablemente, también lo habían reconocido colgado de la cuerda. Contara lo que les contase, jamás lo creerían. Había puesto en marcha una secuencia de acontecimientos que ya no controlaba. Ahora había decidido esconderse, y eso debía hacer.

Forzando la vista, distinguió la silueta de una cesta blanca de mimbre en un rincón. Ese era el sitio; si lograba meterse en la cesta, nadie lo encontraría y él podría quedarse durmiendo allí hasta la mañana siguiente. Sí, esa era la mejor forma de actuar. Ahora solo le quedaba llegar hasta ella.

Alargó los brazos por delante de él y, con cautela, dio un paso hacia la cesta. Bien. Luego dio otro; bien también. Ya estaba a medio camino. Tenía la vaga impresión de que había fregonas y escobas por delante de él, pero en realidad no podía verlos. Aún no había terminado de dar el tercer paso cuando supo instintivamente que aquello era un error. Notó que metía el pie en algo duro, un cubo de acero posiblemente, y al intentar sacarlo vio que se le había quedado trabado. Antes de que pudiera evitarlo, se estaba cayendo, dándose de bruces con escobas, fregonas y botellas. El estruendo fue terrible. Se quedó tendido en medio del desorden, con el corazón palpitándole con fuerza.

«¡Estúpido!».

Seguro que ahora venían a por él. No tenía escapatoria. Todo estaba en silencio... A lo mejor no lo habían oído...

De pronto oyó el eco de unas fuertes pisadas en las losas del suelo. Girando violentamente el pie, se libró del cubo y se metió en la gran cesta de mimbre. Justo cuando la tapa se cerraba, la puerta del armario se abrió y por ella asomó la silueta de Moon. Tom intentó no respirar. ¿Y ahora qué? Estaba tendido sobre un montón de trapos y estropajos.

—Una rata, probablemente, señor —dijo Moon. Había una nota de alivio en su

VOZ.

—¿Estás seguro de que ahí dentro no hay nada? —vociferó Bigotes desde afuera.

—Bueno... hay una cesta en un rincón, señor —añadió Moon—. Pero...

—Pues venga, Moon. Ábrela. Puede que esté escondido dentro.

Moon soltó un agudo silbido.

—Tiene razón, señor.

El oficial Moon comenzó a abrirse paso ruidosamente entre aquel caos.

—No hagas ninguna tontería, chiquillo —susurró nerviosamente al detenerse justo delante de la cesta—. Nada de trucos, ¿lo oyes?

Moon estaba resollando cuando se agachó para levantar la tapa. Se encontraba tan cerca que Tom oía su respiración. Desesperado, comenzó a retorcerse, intentando ocultarse bajo los trapos. Excavando con los brazos, se dio cuenta de que el fondo de la cesta no estaba donde esperaba, y pronto había conseguido enterrarse bajo el montón de trapos. Bien. Por encima de él oyó cómo se abría la tapa de mimbre. El policía debía de estar mirando dentro. ¿Podía enterrarse aún más hondo bajo los trapos? Buscó a tientas los lados de la cesta para ayudarse a bajar, pero allí no parecía haber nada... La cesta debía de ser enorme, pensó, mucho más ancha de lo que le había parecido, y también más profunda. Quizá tuviera un doble fondo, o estuviera colocada en lo alto de una montaña de trapos y condujera a un sótano...

De pronto notó que se caía como si lo hubieran arrojado desde un trampolín. Agarrándose frenéticamente a los trapos que lo rodeaban, intentó frenar la caída, pero no había nada a que sujetarse. Estaba cayendo, como en un sueño, por un espacio vacío y oscuro...

7 El otro lugar

Paf.

La caída fue bastante suave y no le pareció en absoluto una caída, porque, más que haber llegado a algún sitio, tenía la impresión de haber dejado de moverse. Cuando abrió los ojos, solo vio oscuridad. Quizá se hubiera caído por el hueco de algún ascensor subterráneo en desuso. Quizá estuviera muerto. No. Un momento...

Cuando sus ojos se habituaron a la luz, vio siluetas de jinetes a lo lejos, cabalgando hacia una duna de arena. ¿Qué era aquel lugar? Un desierto... de noche... cómo... Alzó la mano para frotarse los ojos y, justo delante de su cara, rozó algo que le resultó familiar. Papel. A su alrededor, vio más caballos galopando hacia más dunas de arena. Eran todos idénticos. Se trataba de un dibujo. Papel pintado. Empujando la superficie que tenía encima, notó que cedía y se abría hacia fuera. El papel forraba la tapa de un baúl y él estaba tendido en su interior.

Incorporándose, descubrió que se encontraba en un cuartito cuadrado con las paredes revestidas de madera. Era como estar dentro de una nuez. Mirando hacia el techo, casi esperó ver el agujero por el que había caído, pero la madera estaba intacta. Tom se dijo que aquello debía de ser algún sótano situado debajo del museo, del que Jos no le había hablado. ¿Cómo había llegado hasta allí? «No te preocupes por eso, Tom —se dijo—. Piensa en cómo vas a salir de aquí». Bueno, aquello era fácil. En un rincón había una portezuela de madera.

Una vez fuera del baúl, fue hasta la puerta y aguzó el oído. No oyó nada, por lo que giró cautelosamente el picaporte. La puerta crujió de un modo alarmante, pero, en vez de dar a una oscura escalera que lo conduciría de regreso al museo, se abrió a un largo pasillo. Al final había una ventanilla por la que se colaba la luz de la luna, y Tom vio formas blancas moviéndose detrás. ¿Eran copos de nieve? No parecía probable. Si estaba debajo del museo, seguro que se encontraba bajo tierra. ¿Por qué no le había hablado nunca Jos de aquel lugar? El museo era un verdadero laberinto. A la policía jamás se le ocurriría buscar allá abajo.

Con cautela, salió del cuartito y fue de puntillas hasta la ventana. En vez de ver la calle por encima de él, se encontró contemplando un paisaje iluminado por la luna. Debajo de la ventana, había una terraza nevada que daba a un jardín francés salpicado de tejos y, al pie de la colina, Tom vio farolas y casitas, apiñadas en torno a un río plateado que serpenteaba hacia el mar. Aquello le resultó familiar, pero por un momento no supo ubicarlo; entonces lo reconoció. Era Dragonport, tenía que serlo. Reconocía las vistas de ayer. Allí estaba la ciudad, extendida a sus pies, y el río era idéntico. Y si estaba viendo aquel jardín, aquello debía de ser... ¿era posible?... ¿Catcher Hall? Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Se había caído por algún túnel subterráneo? ¿Y el baúl...?

De pronto oyó una fuerte vibración y se apartó de la ventana justo cuando un pequeño dirigible pasaba por delante del cristal en dirección al río. Debajo del globo

había un motor que arrojaba humo negro y, detrás, un hombre sentado en una góndola, con gafas de piloto y envuelto en pieles. Le saludó alegremente. ¿Qué era aquello?

—¡Ahí está!

—¡Dios mío! ¡Estábamos empezando a pensar que te habías volatilizado!

Tom se dio rápidamente la vuelta y vio a dos personas en el pasillo sonriéndole. Una de ellas era una mujer rubicunda con un vestido largo y un delantal, que llevaba una bandeja con una tarta a medio comer. A su lado había un niño igual de rubicundo con un gorro y calzones.

—Te hemos estado buscando, Tom —dijo el niño—. Creíamos que ya te habías ido a la feria. —Tenía un acento extraño y la sonrisa fácil, y parecía conocerlo.

—N-n-n-no —farfulló Tom—. Yo...

—Entonces, ¿vas con el señor August? —dijo amablemente la mujer. También ella hablaba como si cantara, convirtiéndolo todo en una pregunta—. Porque acabo de verlo en su taller y sé que te está esperando.

—Sí... creo... creo que sí. Esto... —Tom se ruborizó. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Por qué iban vestidas de aquella forma tan extraña? ¿Y cómo sabían su nombre?

—Muy bien. Pues nos vemos allí —dijo el niño sonriendo—. Voy a ponerme los patines. —Sin dejar de reír, lo dejaron en el pasillo y siguieron su camino. Tom los vio alejarse, mudo de asombro. Estaba segurísimo de no haber visto nunca a ninguno de los dos. Quizá debiera regresar inmediatamente al baúl y hallar un modo de salir de allí. Pero algo lo detuvo: la mujer había dicho que August lo estaba esperando. ¿Podía tratarse de... August Catcher? Alzando la vista, miró la estrecha escalera que había al fondo del pasillo y vio una lucecita al final. ¿Era aquel el taller? Solo había un modo de averiguarlo.

Una vez arriba, se encontró en un pequeño descansillo que parecía estar bajo el tejado. Asomándose a una portezuela, vio una estrecha habitación alargada que llegaba hasta el otro extremo de la casa, donde había una enorme ventana redonda. Las paredes de ambos lados estaban ocupadas por estantes repletos de bandejas y botes que contenían líquidos de diversos colores. Y de animales: había maquetas de aves y mamíferos por doquier, algunos disecados, otros aún sin rellenar, pulcramente dispuestos en hileras en las mesas de trabajo. Al final del taller, había un hombre con un gorro y una pelliza negra, inclinado sobre una mesa cosiendo algo. Entonces alzó el objeto para examinarlo a la luz y Tom vio que era un lustroso martín pescador azul, con un pececito plateado en el pico. Tragó saliva. Aquel debía de ser August Catcher. «Pero eso no es posible —insistía su voz interior—. August Catcher está muerto. Vivió hace más de un siglo». Y acto seguido se dijo: «Tú haz como si nada. Actúa con normalidad. Todos los demás lo hacen».

En ese momento, August se dio la vuelta y Tom vio que en un ojo llevaba una especie de lente mecánica. Se la quitó y le sonrió.

—Ajá. Pero si es mi nuevo aprendiz Tom. Me estaba preguntando cuándo ibas a llegar. Bueno, ¿qué opinas? —dijo alegremente enseñándole el martín pescador. Tom se removió en su sitio y sonrió con nerviosismo—. El pez se ha pescado esta mañana.

Tom seguía sin atreverse a acercarse.

—Creo... esto... Creo que ha habido...

—¡Anda, ven, Tom! —August le hizo una seña para que se acercara—. Desde ahí es imposible que lo veas.

Tom respiró hondo y entró cautamente en el taller. Advirtió que estaba impregnado de una mezcolanza de olores, tanto empalagosos como nauseabundos, y que en todas partes olía a animal. Haciendo caso omiso de aquel olor tanto como pudo, se acercó a August y miró el pájaro. Ya lo había visto antes, en alguna parte del museo. Entonces recordó dónde: era el martín pescador posado en la esclusa del gran paisaje fluvial de la sala de las aves.

—¿Te gusta?

August alzó el martín pescador para que Tom lo viera y lo giró en sus manos.

—Creo que me ha quedado bastante bien, aunque sea yo quien lo diga.

Efectivamente, el martín pescador parecía casi vivo. August le había incluso ladeado un poco la cabeza, como si aún le costara sujetar en el pico al pez todavía vivo.

—Pero me cuesta muchísimo pensar en una ubicación —continuó—. Podemos ponerlo en un árbol en una vitrina para él solo, o puede ser un padre que vuelve al nido para alimentar a sus polluelos. ¿Qué opinas?

Tom se preguntó si debía revelar lo que ya sabía.

—Quizá —masculló—, quedaría bien... esto... ¿en un gran paisaje fluvial? —dijo intentando hablar con la mayor naturalidad posible—. Quizá... esto... posado en... ¿una esclusa? —August lo miró con desconcierto. Tenía las facciones aguileñas y unos ojos inquietos cuyas comisuras se volvían hacia arriba como si estuviera sonriendo de forma permanente.

—Vaya, Tom. Parece que me lees el pensamiento —respondió alegremente—. Creo que me inclino a coincidir contigo. —Dejó cuidadosamente el pájaro en la mesa. Luego dio un salto y cogió un paquete alargado del último estante—. Tenía ganas de enseñarte esto. —Sacándose una navajita del bolsillo, partió el papel en dos, y le mostró un largo estuche de cuero marrón—. Es un catalejo —dijo con entusiasmo abriendo el estuche por un extremo y sacando un esbelto catalejo de latón—. El más moderno que existe.

Tras colocárselo en un ojo, miró por la gran ventana redonda que tenía delante.

—Hay tantas cosas que podemos casi ver, pero no del todo —se quedó un momento callado, graduando el catalejo—, hasta ahora. ¡Mira! El paquete viene de Holanda. Oh, y los pasajeros también. Señora, ¡está usted a punto de perder el pañuelo! —Soltó una risita.

—Ten —dijo mientras se lo pasaba—. ¿Por qué no lo pruebas? Aumenta

muchísimo la imagen.

Tom se llevó el catalejo al ojo. Aunque era de noche, el puerto rebosaba vida. A lo largo de todo muelle había capataces dando órdenes a los estibadores que descargaban el barco de vapor que acababa de atracar. Caballos de tiro aguardaban en parejas, sacando vaho por el hocico y con el lomo casi enteramente cubierto de nieve, mientras los hombres subían grandes barriles de madera a sus carretas. Más allá, un grupo de fornidos pescadores con grandes impermeables amarillos descargaban en el muelle su resbalosa captura plateada. Los peces coleteaban, separándose del montón, y los niños corrían a cogerlos, metiéndolos en cestas de mimbre que llevaban a la espalda. Tras todo aquel alboroto, Tom vislumbró la inmensa mole de un gran transbordador gris amarrado al final del puerto.

—¿Los ves? —preguntó August—. Turistas de invierno, en su mayoría. Han venido para la feria.

Tom observó a los pasajeros mientras bajaban uno a uno del barco, arrebujiándose en sus ropas para protegerse del viento glacial. Siguió la procesión de mujeres gordas y hombres menudos que bajaban por la pasarela envueltos en toda clase de abrigos de pieles y bufandas, caminando por el muelle... De pronto le pareció que se le helaba el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó August, que dejó de mirar su martín pescador.

Tom no pudo responder. De hecho, apenas era capaz de respirar. Allí, justo detrás de un grupo de andrajosos niños apiñados en torno a un brasero, había un hombre muy alto con un abrigo negro de piel de foca y una pequeña bolsa de cuero. Estaba dando órdenes a un mozo, agitando los brazos de un modo tan violento que el muchacho estaba encogido de miedo, como un perro apaleado. Junto al hombre alto había una niña de cabello oscuro, envuelta en pieles blancas, que parecía una bailarina. Los dos estaban de espaldas a él, resguardándose del viento, pero Tom los reconoció instintivamente; reconocería esas siluetas en cualquier lugar. Eran don Gervase Askary y Lotus. Sin ningún género de dudas. Entonces, como si presintiera que lo estaban observando, don Gervase se volvió y miró en su dirección. Gracias al potente catalejo, era como si su enorme cabeza estuviera justo delante de Tom, mirándolo a los ojos. Tenía la piel enrojecida debido al frío y sus grandes ojos amarillos parecían aburridos. Tom se alejó de la ventana y se estremeció. ¿Qué estaban haciendo allí?

—Chico, te has puesto blanco como el papel. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? —August lo estaba mirando con cierta preocupación.

—Sí —farfulló él—. Solo, solo... tengo un poco de frío. Eso es todo.

—Sí, aquí arriba hace un frío de muerte. Y dicen que aún viene más frío. ¿Por qué no bajas a la cocina para calentarte un poco?

—Gracias. Creo que lo haré —dijo Tom, contento de tener una excusa para marcharse. Tenía tantas cosas en que pensar; diría que demasiadas.

—Bien —dijo August, que había regresado a su mesa y estaba otra vez

concentrado en el martín pescador—. Me gusta mucho la idea del paisaje fluvial. Está claro que necesitamos algo enorme para la sala de las aves. Y veo a este sujeto posado en una esclusa.

—Bien —masculló Tom mientras pasaba entre los frascos de sustancias químicas de camino a la puerta.

Un minuto después, volvía a estar en el cuartito de madera. El baúl seguía en un rincón, justo como él lo había dejado. ¿Era aquella la vía para regresar al presente? Quizá. Tenía que averiguarlo. Tenía que regresar a su época. Debía contárselo todo a tío Jos nada más llegar y ver qué opinaba. Pero ¿y si no había forma de regresar? Apartó aquel desagradable pensamiento de su mente e intentó no darle más vueltas. La perspectiva lo aterraba demasiado. «Habrà una forma de volver. Tiene que haberla».

Tom alzó la pesada tapa y se metió en el baúl, no sin antes mirar a su alrededor. Como la cesta de mimbre, también estaba lleno de trapos viejos. ¿Qué debía hacer?, ¿cubrirse con ellos? Probablemente. No recordaba si al llegar estaba oculto o no bajo los trapos. Cerró suavemente la tapa, se tendió en la oscuridad y comenzó a retorcerse, metiéndose gradualmente bajo los trapos hasta estar totalmente sumergido en ellos. Ya estaba. Lo había hecho, ¿Y ahora qué? ¿Debía esperar a que sucediera alguna cosa? ¿O debía seguir enterrándose bajo los trapos y confiar en que, de algún modo, volvería a caerse por el fondo como había hecho antes? Debía ser lo mismo para ir que para venir, ¿no?

Estaba empezando a enterrarse más hondo cuando se le ocurrió otra cosa. ¿Y si lograba regresar pero el tiempo no hubiera avanzado en absoluto? ¿Qué estaba sucediendo en el momento en que se había ido? El oficial Moon había abierto la cesta de mimbre. Quizá estuviera buscándolo dentro...

Pero antes de poder asimilar siquiera aquella idea aterradora, el fondo del baúl cedió y Tom se precipitó al vacío. Momentos después, notó que caía a menor velocidad y que comenzaban a envolverlo los trapos, cubriéndolo por completo y amortiguándole la caída. Cuando dejó de caer, se quedó inmóvil, respirando con dificultad. ¿Había regresado ya?

Por encima de él, oyó una tapa que se cerraba con mucha rapidez.

—Aquí no hay nada, señor —dijo una voz muy aguda—. Nada de nada.

Luego, la puerta del armario se cerró.

Muy lentamente, Tom sacó la cabeza de entre los trapos y miró arriba. Volvía a estar dentro de la cesta de mimbre, en su época. Sintió un gran alivio, y de pronto también se notó agotado.

Salió de la cesta, fue sigilosamente hasta la puerta del armario y pegó la oreja a ella.

—¿Ya está? —preguntó Jos con voz soñolienta.

—Por ahora —respondió Bigotes—. Obviamente, necesitaremos una declaración escrita, concretar los detalles, etcétera.

—Obviamente.

—Señor Scatterhorn, imagino que no podrá usted tasar esa cucaburra, ¿verdad? Jos ladeó la cabeza y se frotó la nariz con aire pensativo.

—Una vieja cucaburra... esto... bueno...

—¿Pongamos cien libras?

—Si usted lo dice.

—Lo digo —respondió Bigotes—. A estas horas de la noche, prefiero redondear. ¿Moon?

—¿Señor? —dijo Moon, que estaba con la nariz pegada a una vitrina.

—Nos gustan los pequeños mamíferos, ¿eh, Moon?

—Muchísimo, señor. También me gusta fotografiarlos. De hecho, soy socio del Club de los Ratonos de Campo. Todos los meses...

—Es suficiente, Moon.

Bigotes lo fulminó con la mirada. No estaba de humor para los ratones de campo de Moon, ni para ninguna otra cosa, de hecho.

—Señor.

Poniéndose muy serio, Moon volvió a ponerse la gorra.

—Buenas noches, señor Scatterhorn —dijo Bigotes mientras abría la puerta—. Y, si me permite un consejo, nos haría a todos un favor si reparara ese tejado.

—En eso tiene razón —musitó Jos mientras cerraba la puerta.

—No es que no nos guste buscar cucaburras disecadas a estas horas de la noche.

—Buenas noches —dijo malhumorado Jos, y tras correr el pesado pestillo fue a acostarse.

Tom esperó a que su tío se hubiera marchado para salir del armario. Todo estaba en calma, como debía ser. Pero él tenía un montón de preguntas rondándole por la cabeza, una de las cuales destacaba sobre todas las demás. Dirigiéndose a la vitrina con la maqueta del Dragonport de hacía un siglo, se agachó e inspeccionó Catcher Hall. De inmediato, reconoció la gran ventana redonda situada justo debajo del tejado. Luego, su mirada se detuvo en el concurrido puerto, donde había un barco de vapor amarrado al final del muelle. Allí era donde él había estado hacía solo unos minutos; no le cabía la menor duda. El muelle estaba atestado de figuras en miniatura, pero ninguna de ellas se parecía a don Gervase ni a Lotus. No obstante, ellos estaban allí, se dijo; él los había visto, así como también había visto a August Catcher. ¿Era posible que se hubiera encogido e introducido en la maqueta y que esta hubiera de algún modo cobrado vida? ¿O era una vía para acceder al pasado? Y, además, estaban los animales, inmóviles en las vitrinas que lo rodeaban. ¿Cómo habían revivido?

Había muchas preguntas para las que no tenía respuestas, pero se hizo una promesa: iba a encontrarlas.

8 Una leyenda interesante

No obstante, por alguna razón, la promesa que Tom se había hecho no prosperó. Transcurrió una semana y él seguía sin contar a tío Jos su aventura en el otro lugar. Por algún motivo, le parecía demasiado absurdo preguntarle por un agujero temporal que conducía del armario situado bajo las escaleras hasta el Dragonport de hacía un siglo. Ni él mismo lo tenía claro. ¿Lo había imaginado? Ya no estaba seguro. Se había pasado dos días enteros buscando algún rastro de un sótano o una trampilla que condujera bajo tierra y no había encontrado nada. Había inspeccionado el mamut, el pájaro dodo y el resto de los animales que le habían hablado aquella noche, buscando algún rastro de cables eléctricos o engranajes semiocultos entre sus descoloridos pelajes, pero tampoco había encontrado nada. Todos parecían justo lo que eran: animales disecados que necesitaban restaurarse de forma urgente.

Cuando no había estado buscando sótanos o cables, Tom se había pasado muchas horas mirando la maqueta de la ciudad nevada, absorto en sus detalles. ¿Cómo era posible que hubiera estado allí? Aquellas cosas solo ocurrían en los cuentos de hadas, no en la vida real. Y, además, estaba la cuestión que más le preocupaba: don Gervase y Lotus. Él los había visto.

El único lugar al que Tom no había regresado era el armario situado bajo las escaleras. Por alguna razón, no quería volver a mirar en el interior de aquella cesta de mimbre. Solo quería que todo fuera normal.

Y, en cierto modo, todo era normal. Casi demasiado normal. Todas las mañanas, Jos abría las puertas del museo y Melba se sentaba detrás de la caja registradora envuelta en una manta, esperando el enjambre de visitantes que nunca llegaba. A la hora de comer, la única persona que había venido era el cartero, con sus montones de facturas, y casi siempre también parecía haber algún pálido inspector del gobierno merodeando por el vestíbulo. Tom no sabía de dónde venían aquellos individuos, probablemente de algún ministerio enorme y gris, porque todos eran hombres macilentos y mujeres jóvenes con pálidas gabardinas de piel y enormes carpetas repletas de absurdos cuestionarios acerca de todo, desde el tamaño de los picaportes hasta el estado de los peces disecados. La única cosa singular de aquellos visitantes extrañamente suspicaces era que parecían más que dispuestos a tragarse cualquier respuesta que Melba decidiera darles.

—¿Dice usted que lavan los animales disecados?

Una mujer joven y delgada miró a Melba a través de sus gruesas gafas verdes. Prendido de la solapa llevaba un gran distintivo proclamando que pertenecía al «Equipo Nacional de Inspección de Museos».

—Necesitamos saberlo, ¿sabe?

—Solo los... jueves.

—Solo los... jueves —repitió ella—. ¿Con qué?

Melba, que estaba leyendo el manual de instrucciones de la caldera, alzó la vista y

vio a aquella insistente joven garabateando enérgicamente en su cuestionario.

—Bueno, depende. Preferimos utilizar el jabón de lavanda para los pájaros, la trementina para los antílopes y las gacelas, y para los osos hormigueros y los pangolines jabón de nuez.

—Lavanda... trementina... nu... ez. —La joven frunció el entrecejo, anotando cada palabra como si contuviera algún significado oculto. Melba contuvo una sonrisita.

—¿Y cómo ha dicho que limpian el suelo?

—Esto... Eso lo hacen las chicas.

—Lo siento, necesito detalles. ¿Las chicas?

—Germaine y Gertrude. Son puercoespines, las dos. Atadas a los pies son fabulosas para fregar el suelo. Nos deslizamos con ellas puestas por todo el museo. Ahora me ve... ¡zum! —Melba extendió el brazo como si estuviera resbalando por todo el vestíbulo—. Y ahora ya no.

—Puercoespines... atados... a... los... pies... cepillos... —repitió lentamente la joven, rellenando el impreso.

—¿Le ha quedado claro?

Aquellos pequeños interrogatorios sucedían con tanta regularidad que Melba apenas se inmutaba y solo duraban el tiempo que el inspector tardaba en rellenar todas las casillas de su impreso, antes de mirar suspicazmente la oscura sala del museo y marcharse a toda prisa. La locura de Melba podía ser muy convincente.

Solamente unas pocas familias de audaces turistas, atraídas al Museo Scatterhorn por alguna guía de viajes poco fiable cuyas páginas estaban ya amarilleando, se atrevían a pasar del vestíbulo.

—¡Oh, caramba, mamá, mira! —gritaban los pequeños, viendo el mamut en un rincón y haciéndole una fotografía—. ¡Es genial!

No obstante, cuando veían el resto de las raídas criaturas acechando en la oscuridad, los padres agarraban un poco más fuerte la mano de sus hijos.

—Mamá —preguntaban los más pequeños—, ¿por qué nos están mirando todos esos animales?

—No seas tonto, cariño. Menudas bobadas dices —respondían las madres, no sin mirar nerviosamente las polvorientas vitrinas y a sus raídos habitantes (todo colmillos, ojos y garras), hasta que de pronto sacaban rápidamente a sus queridos hijos del museo, marchándose con la expresión preocupada de quien acaba de visitar otro planeta.

La única persona decidida a disfrutarlo era Goteras Logan, el fontanero.

—No va usted a cobrarme nada, señora Scatterhorn —decía al pasar por delante de Melba—. Me deben tanto dinero que creo que voy a venir siempre que me apetezca. Todos los días, si quiero, aunque esto esté húmedo y oscuro y sea francamente desagradable. Estoy en mi derecho.

Goteras visitaba deprisa la sala principal, clavándole a veces el dedo al lobo o

tamborileando con los dedos sobre la nariz del esturión antes de volver a salir, satisfecho de haber dejado las cosas claras. Pero una visita diaria acabó siendo demasiado, incluso para Goteras. El jueves, ya se lamentaba de que «solo a un sapo podría gustarle aquel ambiente tan húmedo» y de que «aquel ambiente enrarecido lo estaba poniendo enfermo».

—Pues entonces no vuelva —dijo Melba estornudando ruidosamente.

—No crea que va a librarse de mí tan fácilmente, señora Scatterhorn —respondió él.

Ese viernes, Goteras estaba pasando por delante del gorila cuando notó claramente una patada en el trasero.

—¡Ay! ¿Qué demonios...?

Al volverse, vio que el gorila estaba completamente inmóvil. Pero podría jurar que el oso hormiguero se estaba riendo con disimulo. Y el puercoespín. Y también el mono narigudo.

—¡Muy bien! ¡Se acabó! —afirmó, y salió rápidamente del museo quejándose de que «un duende muy agresivo» la había tomado con él. Goteras Logan ya no volvió más.

Por su parte, a tío Jos no parecía importarle que nadie visitara el museo. El robo lo había activado y se pasaba gran parte del día haciendo bricolaje en sus mal iluminadas salas, arreglando esto y lo otro, pero hasta Tom veía que estaba perdiendo la batalla. Aquel lugar era como un viejo buque de guerra que se había mantenido a flote tras muchas escaramuzas en alta mar pero que ahora estaba comenzando finalmente a hundirse.

—El lema de mi padre era: «La paciencia es la madre de la ciencia» —refunfuñó mientras se peleaba con una tubería de hierro en lo alto de las escaleras—. Ahora bien, cuando tu padre dice eso, tú tienes un problema —añadió apesadumbrado—, porque, para cuando él saca las herramientas y tú te pones a trabajar, lo más probable es que la situación ya no tenga remedio.

Pese a todas sus «reparaciones de mantenimiento», como le gustaba llamarlas, Jos parecía obviar deliberadamente el agujero del tejado, así como los cristales rotos de las vitrinas. De hecho, rara vez mencionaba el robo.

—¿Se sabe algo de la policía? —preguntaba Tom todas las mañanas después del desayuno—. ¿Han cogido ya a alguien?

—No se sabe nada —murmuraba Jos sin dejar de leer el periódico—. Nada de nada.

—¿Ni siquiera tienen sospechosos?

—No tienen ninguna pista. Ningún sospechoso. Nadie.

Después de lo cual Jos cambiaba rápidamente de tema. Tom no alcanzaba a entenderlo: era como si su tío se hubiera olvidado por completo de que les habían robado. Eso, o bien estaba intentando fingir, de un modo muy convincente, que le daba igual.

Así pues, Tom decidió cambiar de táctica una mañana. Tío Jos acababa de eludir su pregunta diaria e iba a enfrascarse en la página de deportes del *Dragonport Mercury*.

—¿Tío Jos?

-¿Sí?

—¿Sabías que en Catcher Hall hay una cuerda floja?

—¿Ah sí?

—Colocada a unos dos metros del suelo. Vi a Lotus haciendo laterales en ella la semana pasada.

—Eso está bien —murmuró Melba, enfrascada en su labor de punto—. Me encantaba hacer laterales cuando era pequeña.

—Pero esto es en el aire. ¿No os parece un poco... raro?

Tío Jos se rascó la cabeza.

—No, la verdad —murmuró volviendo la página del periódico. Tom se notó al borde de la exasperación. Volvió a intentarlo.

—Pero... pero ¿no creéis que, si Lotus es gimnasta y puede hacer cosas increíbles en una cuerda floja, bueno... me refiero a que no os parece una enorme coincidencia?

Tom no estaba seguro de cómo podía decírselo con más claridad. Melba parecía no haberlo oído, pero Jos se quedó mirándolo con la cabeza ladeada. Era imposible que no advirtiera su expresión contrariada.

—Creo que tú y yo, Tom, necesitamos urgentemente un cambio de aires —dijo por fin—. Melba, ¿dónde está la llave de Ratoncito?

—¿Ratoncito? —repitió Melba—. Dentro, si no me equivoco —respondió, mirando a Jos por encima de sus gafas para la vista cansada—. Gracias a Dios que vas a llevártelo a hacer algo más estimulante, para variar. Debo de haberme pasado años viéndote arreglar cosas y puedo decir que no tiene nada de divertido.

—Tienes razón —admitió Jos sonriendo a Tom—. Por eso, chaval, tú y yo vamos a tener una pequeña charla esta mañana. Y lo que es más importante, vamos a ver si podemos pescar unos cuantos peces.

—Es magnífico, ¿verdad? —rugió Jos entre el estruendo del diminuto motor fueraborda. Estaban en una pequeña lancha de plástico, dirigiéndose velozmente hacia un barco atracado casi en el centro del río. En la niebla gris, a Tom le pareció un viejo barco de pesca de una fotografía en blanco y negro, pero, conforme se acercaron, vio que tenía los costados bajos y redondeados y era tubular en el centro: bastante parecido a un ratón. Y, curiosamente, estaba pintado de un vivo color rosa.

—Está varado la mayor parte del tiempo, por supuesto —gritó tío Jos—. Es ideal para todos los riachuelos que hay por aquí, porque tiene muy poco calado.

Tom asintió con la cabeza, pero no tenía la menor idea de a qué se refería tío Jos.

—Significa que puede navegar en aguas muy poco profundas —le aclaró alegremente su tío, apagando el motor y agarrándose a la barandilla del barco cuando se colocaron junto a él—. Muy apropiado para estas aguas. Antiguamente tuvo

mucho éxito entre los pescadores. A los contrabandistas también les gustaba. —Le guiñó el ojo con complicidad—. Aún les gusta.

Amarró rápidamente la lancha a la barandilla del barco, subió a bordo y tendió la mano a Tom para ayudarlo.

—Dios mío, qué desastre —exclamó mirando la sucia cubierta salpicada de guano de gaviota—. Pensaba que tu misión era disuadirlas —dijo dirigiéndose a un gran búho de plástico atado al mástil—. Tontaina.

Soltando una risita, desató el búho y bajó a buscar un cepillo. Veinte minutos después, la cubierta de Ratoncito estaba limpia y su motor de gasóleo ronroneaba felizmente mientras se dirigían al estuario gris.

Tom no pudo evitar darse cuenta de que, nada más subir a Ratoncito, Jos parecía haber rejuvenecido diez años. Se movía con un brío desconocido mientras le gritaba órdenes navales y luego se las traducía.

—Coge el timón y dirígete hacia esa zona de aguas más oscuras de allí. —Le señaló un punto casi en el mismo centro del río—. Allí es donde los encontraremos. Si tienes que cambiar de rumbo, imagínate que es como dar marcha atrás con un coche. Para ir a la izquierda, gira a la derecha. Para ir a la derecha, gira a la izquierda. Hazlo todo al revés, ¿de acuerdo? Voy a ver si encuentro las cañas. —Justo después, desapareció bajo cubierta.

Tom cogió el timón y lo sostuvo con firmeza, y pudo notar el fuerte ronroneo del motor bajo sus pies. ¿Cómo conducir marcha atrás? Él no había conducido nunca marcha atrás. Pensándolo bien, apenas le habían dejado sentarse al volante de la furgoneta. Y, desde luego, no la había conducido nunca.

Ratoncito parecía bastante feliz de seguir avanzando en la misma dirección, pero Tom enseguida se dio cuenta de que iba a tener que girar. Ir a la izquierda para girar a la derecha. Vale. Moviéndolo lentamente el timón y aguardó. Al principio, no ocurrió nada, como si Ratoncito estuviera reflexionando sobre lo que él le había pedido que hiciera. Luego, muy despacio, el bauprés comenzó a cambiar de rumbo. ¡Daba resultado! Tom sonrió, pero pronto advirtió que seguía girando. Tiró del timón hacia sí pero no sucedió nada. El barco seguía virando. «Está bien —pensó—. Demos una vuelta completa. Jos no se dará cuenta». Tom mantuvo el timón fijo y Ratoncito trazó lentamente un amplio círculo en mitad del río.

—Ajá —dijo Jos tras reaparecer en cubierta con una caña en cada mano, al ver cómo giraba lentamente el horizonte—. Cogiéndole el tranquillo, ¿eh? —dijo sonriéndole picaramente.

—Más o menos.

—Bien. —Jos se acercó a él—. Ahora, apagaré el motor y dejaré que la corriente nos arrastre.

En la media hora siguiente, Jos enseñó a Tom los puntos básicos de pescar con cebo artificial: cómo atar los anzuelos y cómo lanzar la caña lo más lejos posible utilizando el plomo. No costaba tanto como parecía, y de hecho era muy divertido.

—Eso está mejor —dijo Jos con aprobación—. ¿Ves?, no hace falta tener mucha técnica. Esto no es ninguna batalla de ingenio con ningún astuto salmón. Solo esperamos que algún besugo hambriento se crea que tu cebo es su comida.

Tom volvió a lanzar la caña y la recogió despacio, pero vio que los cebos plateados rebotaban vacíos en la superficie del agua. Por alguna razón, se había imaginado que pescaría un pez de inmediato.

—¿Nada? —preguntó Jos—. Inténtalo otra vez, chaval. —Volvió a lanzar la caña—. Pescar tiene eso. Hay que ser paciente. Podríamos pasarnos el día entero aquí y no pescar nada de nada.

Después de pasarse otros veinte minutos lanzando y recogiendo la caña, Tom notó que su entusiasmo comenzaba a menguar. Estaba convencido de que debía de estar haciendo algo mal.

—¿Cómo se sabe si tienen hambre?

—Bueno, pueden no tenerla, claro está —respondió Jos. Sacudió la cabeza y miró las turbias aguas—. De hecho, puede que ni siquiera estén aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, los besugos comen peces pequeños. Arenques, alevines, ese tipo de cosas, y a las gaviotas también les encantan los peces pequeños. Así que, si ves una bandada de gaviotas metiéndose en el agua y saliendo con peces en el pico, lo más probable es que abajo haya un banco de besugos que también se los esté comiendo.

Tom contempló el estuario. El único pájaro que vio fue un cormorán volando a poca distancia del agua.

—Lo sé —dijo Jos mirándolo a los ojos—. No hay pájaros. Aun así, este es un buen sitio. El solo hecho de estar aquí ya es divertido. Si siempre tuviéramos la certeza de que íbamos a pescar algo, sería un aburrimiento, ¿no crees?

Tom no estaba totalmente seguro de eso. Volvió a lanzar la caña y observó los oleaginosos reflejos rosas que lamían el costado del barco. Quizá fuera hora de explicar a Jos todo lo que le había ocurrido. Quizá, lejos del museo, no parecería una locura. Se volvió hacia su tío, que contemplaba el débil sol de invierno intentando abrirse paso entre la bruma baja.

—Una vez pesqué aquí un viejo farolillo —dijo con aire distraído— y una herradura. Dos cosas bien raras para encontrarlas en mitad de un río, ¿no crees?

Tom no respondió. Percibiendo su frustración, Jos dejó la caña y sacó un viejo paquete de caramelos de café.

—Ten —dijo dándoselos—. Tengo comprobado que te quitan el aburrimiento.

Del otro bolsillo, sacó una pipa y una lata de tabaco envuelta en una bolsa de plástico. Tom lo observó mientras cargaba expertamente la pipa con un dedo.

—Melba cree que lo he dejado —dijo con los ojos brillándole bajo sus pobladas cejas—. Así que vas a tener que guardarme el secreto. ¿Me lo prometes?

Tom asintió con la cabeza, masticando el duro caramelo rancio.

—Buen chico —dijo Jos poniendo la mano ahuecada delante de la pipa para

encenderla—, porque... —Dio unas cuantas caladas y se puso a toser tan violentamente que los hombros se le agitaron. Tom se preguntó si fumar en pipa merecía realmente la pena, pero al final Jos se repuso y se enjugó los ojos con un pañuelo.

—No empieces nunca a fumar en pipa, Tom —dijo resollando—. Es una costumbre antisocial en el mejor de los casos, pero lo peor es que arruina la conversación. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Viendo que vas a guardarme el secreto, voy a contarte otro mayor. —Jos dio otra calada a la pipa y se quedó mirando el agua blanquecina—. Sé que llevas un tiempo queriéndome hacer ciertas preguntas. Pues bien, yo puedo darte la respuesta.

—¿Puedes?

Jos asintió con la cabeza.

—Sí.

A Tom le dio un vuelco el corazón. Quizá había alguien más que conocía su secreto. Jos quizá sabía lo de los animales y ya había viajado en el tiempo a través de la cesta de mimbre... Su tío se acercó a él con complicidad.

—Sé lo que estaba buscando el ladrón.

—Ah. —Tom intentó no parecer decepcionado—. ¿De veras?

—Sí. De veras. Antes solían robarnos cada diez años. Ahora lo hacen cada cinco. Pensándolo bien, tuvimos un ladrón el año pasado. En cualquier caso, siempre es lo mismo.

Tom notó que volvía a avivársele la curiosidad. Aquello era francamente extraño.

—Pero ¿por qué no vas a la policía?

—¿Por qué, Tom? Pues voy a decirte por qué. Porque si les dijera lo que creo, lo más probable es que me encerraran en un manicomio durante el resto de mi vida. Así que no se lo he dicho nunca ni... —Y añadió con vehemencia—. Tampoco lo hizo mi padre. Todo tiene que ver...

Jos se quedó callado y volvió a encender la pipa. A aquellas alturas, Tom ya sabía que esa era su forma de contar las cosas. Le gustaba hacer una pausa en el momento crucial, solo para asegurarse de que todos le escuchaban.

—Todo tiene que ver —repitió, volviendo a dar otra enérgica calada y entornando tanto los ojos que parecieron dos pequeñas ranuras— con un zafiro. El zafiro en bruto más grande que se conoce.

Tom se rió entre dientes sin poder evitarlo.

—¿Lo ves? Te estás riendo —dijo Jos sonriéndole abiertamente—. ¿Entiendes ahora por qué no se lo he dicho a la policía?

—¿Un zafiro? —se rió Tom.

Jos enarcó las cejas, disfrutando claramente de cada minuto de suspense. Tom sonrió y negó con la cabeza, sin saber si debía o no creerlo.

—Está bien —dijo despacio—. Venga, cuéntamelo.

—¿Sabes el gran tigre de Bengala que hay al final de las escaleras?

Tom asintió con la cabeza.

—Bueno, hace muchos años habían puesto un alto precio a su cabeza. Cuando estaba vivo, mataba seres humanos. Había matado a más de cuatrocientas personas, incluyendo a la hija del marajá de Champawander. El marajá estaba tan afligido por la muerte de su hija que ofreció su mayor zafiro como recompensa a quien matara aquella bestia. Como era de esperar, aquel gran premio atrajo a todos los grandes cazadores de la época. El capitán Ernest Eagleburger, Boniface Quixote... —Jos sacó una espesa nube de humo por la boca—, incluso el legendario Kalus von Grit... Ninguno de ellos pudo rastrearlo. El tigre era listo, ¿sabes?, y vivía en una zona remota del país, una tupida selva surcada por numerosos barrancos.

—Entonces, ¿cómo...?

—¿Cómo llegó al museo? —interrumpió Jos—. Bueno, Tom, no vas a llevarte ningún premio por adivinar que sir Henry Scatterhorn fue uno de esos cazadores. Viajó a la India con August Catcher y una hermosa joven aventurera llamada Mina Quilt. Naturalmente, quería el tigre para su museo, pero hubo un gran problema. —Jos se acercó más a Tom y bajó la voz, como si no quisiera que nadie lo oyera—. Según cuenta la leyenda, y, Tom, recuerda que esto no es más que una leyenda, no hubo nadie capaz de explicar qué pasó realmente. —Jos volvió a aclararse la garganta—. Según cuenta la leyenda, el tigre estaba poseído por un espíritu maligno. Los nativos lo llamaban *shaitan* —dijo Jos enarcando una ceja para crear más expectación.

—¿*Shaitan*?

—Significa «demonio disfrazado de tigre». Un monstruo que echa fuego por la boca y todo eso. Las balas rebotaban en su piel, ¿sabes?, y nadie podía matarlo. Cuando aquel *shaitan* supo que ellos querían cazarlo, se acercó una noche al lugar donde estaban acampados en la selva. Captando primero el rastro de Mina, se introdujo en la tienda donde dormía. Mina consiguió chillar una vez, pero... —Jos dio otra calada a su pipa— aquel fue su último suspiro. Su grito despertó a August, que, al salir de su tienda, vio al *shaitan* alejándose con el cuerpo de Mina. Cogiendo una tea encendida, lo desafió, pero aquel tigre enorme, que no le tenía miedo a nada, recuerda, soltó a Mina como si fuera una patata caliente y se abalanzó sobre él. Se tragó la tea encendida entera y lo derribó. August perdió el conocimiento, y el tigre estaba a punto de romperle el pescuezo también a él cuando apareció sir Henry y lo desafió. El *shaitan* avanzó hacia él. Los dos se pusieron a andar en círculos, despacio, buscando el momento de atacar —Jos gruñía como un felino, bajando la cabeza como un boxeador—, cuando, de pronto, el tigre dio un salto y —Jos extendió el brazo por delante de él— sir Henry se defendió con su daga de plata, ¡clavándosela en el corazón! Muerto. Fiambre. Pero...

Jos dio una larga calada a su pipa y se dio cuenta de que se le había apagado.

—No antes de lanzar una terrible maldición.

—¿Qué quieres decir?

—El *shaitan* maldijo el zafiro, la recompensa por su muerte.

Jos se calló para volver a cargar la pipa y Tom se preguntó si algo de lo que acababa de oír era cierto.

—Y... ¿qué relación tiene esto con los robos?

—El zafiro —susurró tío Jos con impaciencia—. Sir Henry no era supersticioso, pero descubrió que no podía hacer nada con aquel maldito pedrusco; no pudo venderlo y ni siquiera pudo tallarlo. Traía mala suerte, ¿comprendes? Estaba maldito. Por eso... —y aquí Jos hizo otra de sus teatrales y largas pausas—, hay quienes piensan que lo escondió.

—¿Dónde? —preguntó Tom.

—En el museo. Dentro de uno de los animales disecados. ¿Qué otra razón se te puede ocurrir para que un ladrón se tome tantas molestias para robar una vieja cucaburra apolillada?

Tom tuvo que admitir que aquello parecía plausible. ¿Era eso tras lo cual andaba don Gervase? Alzó la vista y, por primera vez, vio que tío Jos tenía la mirada risueña.

—¿Lo has buscado?

—Hace mucho tiempo —dijo Jos irguiéndose—, cuando tenía más o menos tu edad. Cogía un pequeño destornillador y me ponía a buscarlo. Me pasé unos diez años buscándolo a ratos, y lo que encontré... —Jos bajó la voz hasta casi susurrar— fue... nada. ¡Nada de nada! —Empezó a agitar los hombros. ¡Es una leyenda, Tom! La maldición del *shaitan*. Pero es una buena historia, y muchas personas cuerdas la creyeron. Incluyendo a mi padre, ¡precisamente! Malgastó años buscando aquel maldito zafiro, y ¿qué encontró?— Jos se calló para dar otra calada a su pipa, que se le había vuelto a apagar. —Lo cierto es, Tom, que no tengo ni idea de por qué entran a robar en el museo. Pero dudo mucho que sean nuestros amigos de Catcher Hall. Ellos saben que aquí no hay nada. Quizá, y es una idea muy radical —Jos entornó tanto los ojos que parecieron dos balines—, quizá se trate únicamente de un puñado de ladrones de la vieja escuela que roban viejos animales disecados para sacarse algo. Y, de ser así, mejor para ellos. Yo no puedo impedirlo. —Dio a Tom una fuerte palmada en la rodilla—. Pero sería una historia genial de ser cierta. ¿No crees?

Tom se quedó mirando el agua gris mientras pensaba. Sería una historia genial, desde luego. Pero ¿acaso podía explicar todo lo que había sucedido hasta el momento?

9 Una vieja historia

—¿Cuántos años dices que tienes?

—Trece —mintió Tom.

—Hummm.

El desaliñado hombretón siguió en la puerta observando a Tom mientras este tiritaba en la acera. Se había puesto a llover.

—¿Y tu madre va a venir a buscarte?

—Eso es lo que ha dicho. Le he explicado que había perdido el tren y ella me ha dicho que la espere aquí —respondió Tom, sonriendo tan inocentemente como pudo—. Ha dicho que a usted no le importaría.

—¿Eso ha dicho?

El hombre, que, por su modo de hablar, parecía ruso, se rascó el mentón sin afeitarse.

—Está bien —dijo sin parecer muy convencido—. Pasa.

Tom entró en el pequeño café cargado de humo y se sentó en la silla más próxima. El local tenía monitores de ordenador a lo largo de todas las paredes y estaba vacío salvo por una pareja de mochileros, que tecleaban ruidosamente un correo electrónico en un rincón. Tom se había fijado en aquel cibercafé próximo a la estación a su llegada a Dragonport y, como tío Jos no tenía ordenador y él no sabía dónde estaba la biblioteca, aquel le pareció el mejor lugar para encontrar lo que buscaba. No obstante, iba a tener que ser paciente. El hombretón ruso se desplomó en la silla contigua y se restregó violentamente los ojos. Parecía que llevara una semana sin dormir.

—¿Puedo buscar una cosa mientras espero? —preguntó Tom tan inocentemente como pudo.

—La hora vale cinco libras, un dinero, chico, que probablemente no llevas encima porque te lo has dejado en casa. ¿Acierto?

—No —se apresuró a decir Tom—. Es solo que en casa no tenemos ordenador y necesito buscar una cosa para un trabajo escolar.

Al menos, una parte era cierta.

—¿Por favor?

El ruso clavó en él sus ojos vidriosos.

—¿Cuándo has dicho que venía tu madre?

—Dentro de un cuarto de hora. No tardaré. Se lo prometo.

El ruso negó con la cabeza y luego, haciendo un enorme esfuerzo, acercó la silla a la pantalla. Escribió algo en el sucio teclado.

—¿Qué quieres saber? —dijo sin entusiasmo.

—Quiero información sobre el zafiro en bruto más grande del mundo.

—*Bozhe moi* —exclamó el ruso. Escribió «zafiro» «en bruto» «más grande del mundo», inició la búsqueda y esperó—.

Ahí tienes —dijo con indiferencia, y giró la silla para mirar por la ventana. Tom vio que la pantalla parpadeaba un momento. Luego se quedó fija.

Resultados: 94.800.

Tom abrió el primer documento.

Hasta 1900, año en que el señor J. P. Morgan regaló el Estrella de la India (563 quilates) al Museo Estadounidense de Historia Natural, el zafiro estrella en bruto más grande del mundo fue el ahora extraviado «zafiro de Champawander». (471 quilates), encontrado por Raski Swarminarthan, un minero analfabeto que excavaba el lecho del río Ulongapan en 1856. Su primer propietario fue el marajá de Champawander, quien pretendía regalárselo a su hija en el día de su boda, pero el destino quiso que la muchacha fuera devorada por un tigre. En vez de regalar la piedra a su hija, el marajá ofreció una recompensa al hombre que matara al felino. En 1906, un cazador y coleccionista inglés llamado sir Henry Scatterhorn lo consiguió y fue premiado con el zafiro de Champawander. La piedra no se ha visto desde esa fecha y se cree que ha sido robada. Continúa siendo uno de los zafiros más grandes del mundo.

Así pues, parte de la leyenda era cierta: el zafiro existía. Tom observó que el ruso seguía absorto con los regueros que las gotas de lluvia dejaban en el cristal de la ventana. ¿Tenía tiempo de buscar algo más? Sí. Merecía la pena arriesgarse. Volviendo al ordenador, escribió con tres dedos las palabras «agujero temporal» tan deprisa como pudo. Inició la búsqueda.

¡Había 57 millones de resultados! Eso quizá significara que había 57 millones de agujeros temporales en el mundo, pero, después de consultar la primera página, Tom se dio cuenta de que los resultados no guardaban ninguna relación con el agujero temporal que él tenía en mente. Había agujeros negros, blancos y de gusano y personas con agujeros en la cabeza.

«De acuerdo. Voy a probar otra cosa». Tom escribió «reducción de tamaño» seguido de «vuelta al pasado» e inició la búsqueda. Esta vez, solo obtuvo 14 millones de resultados. Aquello estaba mejor, pero casi todos se referían a rayos láser reductores o a la Biblia. Luego probó con «animales parlantes» y se encontró en una página web para gente que disfrutaba hablando por teléfono con sus animales de compañía: «¿Se ha preguntado alguna vez qué significa realmente “guau guau”? ¿Hola? ¿Adiós? ¿Tengo hambre? ¿Te quiero? ¡Error! Aprenda la lengua de los perros en cinco sencillas lecciones. ¡Es facilísimo!».

Todo era inútil. Puede que, después de todo, su padre tuviera razón: el mundo moderno era un asco.

—¿Es esa tu madre? —preguntó el ruso señalando un coche blanco que estaba aparcando en la otra acera.

—Sí, esa es —se apresuró a responder Tom—. Debe... esto... debe de haberse olvidado de que estoy aquí.

—Sí, claro.

El ruso estaba demasiado cansado para inmutarse.

—Bueno, gracias de todas formas —dijo Tom abrochándose el abrigo y dirigiéndose a la puerta.

—¿Sabes?, tendrían que poner ordenadores en la escuela. —¿Qué?

Tom se había olvidado momentáneamente de su excusa para estar allí.

—Sí, chico. Ayer vino alguien más para hacer un trabajo escolar.

—¿Eh?

Tom estaba francamente desconcertado.

—Tampoco tenía dinero.

—¿De veras? ¿Quién era?

—Una niña de pelo oscuro. Delgada. Un poco mayor que tú. Parecía una bailarina. —El ruso lo miró con recelo—. Me sorprende que no la conozcas.

—No —masculló Tom—. Esto... esto... es una escuela muy grande. Creo que no la conozco.

El ruso continuó mirándolo fijamente y Tom notó que se le subían los colores. ¿Podía tratarse de...?

—De acuerdo, chico. Vete. —El ruso lo despachó con un gesto de la mano.

Tom salió a la lluvia, con la mente hirviendo. ¿Era Lotus? La descripción encajaba. Quizá lo fuera. Apretó el paso mientras intentaba atar cabos. Se sentía como un detective queriendo resolver un caso nada claro, que cambiaba con rapidez. ¿Era el zafiro lo que buscaban don Gervase y Lotus? Entonces eran ladrones, después de todo. Pero Jos se había pasado diez años buscándolo y nunca había encontrado nada, y su padre lo había hecho durante toda su vida. Seguramente, allí no había nada.

A menos... a menos que don Gervase y Lotus hubieran descubierto algo que Jos desconocía. Algún documento extraviado quizá, alguna nueva pista en Catcher Hall. De hecho, Jos no sabía nada del agujero de la cesta de mimbre ni de la maqueta. Don Gervase y Lotus sí lo sabían, ¿no?

Cuando dobló por Museum Street, cruzó la calle y se dirigió al Museo Scatterhorn, donde había un grupo de niños reunidos fuera. Parecía que estuvieran esperando a alguien, una estrella pop quizá. No obstante, cuando estuvo más cerca, vio que estaban reunidos alrededor de un gran coche aparcado delante del museo. Tom reconoció de inmediato el color marrón chocolate: era el Bentley de don Gervase. Debía de estar dentro hablando con Jos. Se quedó en la otra acera, sin estar seguro de querer entrar, y entonces empezó a percibir un olor delicioso y familiar. Chocolate, menta, azahar, crema de plátano... los sabores fueron envolviéndolo uno a uno, tan reales que casi le pareció estar comiéndoselos. Reconocía aquel olor: el que salía por la ventana del estudio en Catcher Hall; el que impregnaba la cocina el día que don Gervase trajo su tarta peruana. Ahora volvía a olerlo en la calle, casi rezumando del mismo Bentley. «Esto es lo que ha impulsado a los niños a salir de casa con esta lluvia, a esperar aquí sin ningún motivo concreto. Este olor mágico y delicioso».

De pronto, la puerta del museo se abrió y por ella salió don Gervase con su largo abrigo de lana, seguido inmediatamente de Lotus.

—Ah, niños, ¡qué bonito! —bramó don Gervase.

Una niña dio un chillido involuntario. Don Gervase se agachó y le pellizó la mejilla.

—Muchísimas gracias, cielo, por cuidar de mi coche.

La pequeña estaba demasiado aterrorizada para hablar.

—Oiga, usted —preguntó un niño rubicundo con más agallas que el resto—. ¿Es famoso de verdad?

—Yo creo que no —respondió don Gervase—. ¿Acaso te recuerdo a alguien famoso?

El niño miró al extraño hombre que le sonreía, enseñándole sus amarillentos dientes cariados.

—No sé —dijo con cautela—. ¿Al conde Drácula?

Algunos de los niños que tenía detrás se rieron con disimulo.

—Hummm. Al conde Drácula —repitió don Gervase totalmente serio—. Creo que no he oído hablar nunca de él. ¿Le gusta el chocolate tanto como a mí?

Y, dicho aquello, abrió la pesada puerta del coche y, metiendo la mano en la guantera, sacó una gran tableta de chocolate casero. El aroma fue casi irresistible. Los niños se acercaron a él, incapaces de contenerse.

—A ver, como premio, seguro que os gustaría un poco de esto —dijo sonriendo—. ¡De uno en uno, por favor! —Fue colocando una pequeña pastilla de chocolate en cada mano tendida hacia él.

Tom observó atentamente mientras los niños se apiñaban alrededor de don Gervase, peleándose y dándose empujones para conseguir más chocolate. Una voz aterciopelada lo arrancó de sus pensamientos.

—Hola, Tom.

Tom se sobresaltó; no se había dado cuenta de que Lotus estaba justo a su lado.

—Oh... er... hola —dijo incómodo.

—Jos ha dicho que habías ido a usar el ordenador al café.

—Así es —respondió Tom, pensando deprisa. Lo había cogido totalmente desprevenido—. Quería enviar un correo... a... mis padres.

—Oh. ¿Dónde están?

—En Mongolia.

—¿En Mongolia? —repitió Lotus en voz baja.

—Sí... No sé. Puede. En un sitio por el estilo.

—¿Por qué Mongolia?

—Mi padre... están en una expedición buscando... gusanos de seda, o ciempiés, no estoy seguro exactamente de qué —dijo forzándose a sonreír—, algún tipo de bicho.

Pero Lotus no sonrió; ni tan siquiera parpadeó. Sus ojos verdes le horadaron los

suyos como dos rayos láser.

—Fascinante —susurró ella—. No me habías dicho que les interesaran los insectos.

—No —respondió incómodamente Tom—, pero es que no me lo habías preguntado.

—¿Sabes que adoro los insectos? Y mi padre. Nosotros...

—¡Lotus!

Don Gervase estaba sentado impaciente en el coche, rodeado aún de niños.

—Ven, cariño.

Al ver a Tom, alzó su larga y huesuda mano y le sonrió fríamente.

—Bueno, hasta la próxima —dijo Lotus, y esbozando una sonrisa cruzó rápidamente la calle y se subió al coche. El Bentley se puso en marcha con un ronco ronroneo.

—Adiós, Tom. —Lotus le dijo adiós con la mano y él le devolvió el saludo hasta que se perdieron de vista.

Siempre preguntas y jamás respuestas. Tom estaba incluso más desconcertado que antes, y cuando abrió la puerta del museo descubrió que no era el único. Tío Jos estaba en el vestíbulo paseándose de aquí para allá en un estado de profunda agitación. Probó a sentarse en las escaleras, pero no le sirvió de nada. Luego se dirigió al banco del otro extremo, pero tampoco le dio resultado.

—Es un Catcher, supongo —dijo entre dientes, tirándose de los mechones de pelo que le salpicaban la calva.

—Y tiene montones de dinero, por lo que es ideal —dijo una voz desde arriba arrastrando las palabras. Era Melba, que estaba sentada en lo alto de las escaleras, y Tom advirtió que se bamboleaba un poco.

—Si no viniera aquí con sus paletadas de chocolate, quizá opinarías diferente —refunfuñó Jos mirándola.

—Bueno, ha sido muy considerado por su parte traerlo —respondió ella en tono desafiante—. Y yo he disfrutado cada bocado, para que lo sepas.

«Está borracha», pensó Tom.

—Maldita sea —gruñó Jos levantándose de golpe y metiéndose bruscamente las manos en los bolsillos. Al volverse, vio a Tom parado en la penumbra.

—Malas noticias, chaval —dijo con cautela—. Las peores, me temo.

Tom no estaba seguro de qué decir. ¿Se trataba de sus padres? ¿Sabían algo? No, eso era imposible...

—¿Qué ha pasado?

—Don Gervase quiere comprar el museo. Enterito.

Tom se sintió como si alguien lo hubiera dejado sin respiración de un golpe. ¡Claro! El zafiro estaba en el museo. Ahora, todo tenía sentido.

—Pero... pero... ¿cuándo? —farfulló—. O sea... ¿cómo?

—Acaba de hacerme una oferta y quiere una respuesta antes de Navidad.

—Pero no puede —protestó Tom—. Don Gervase no puede hacer eso, ¿verdad?

—Me temo que sí, Tom. Si yo se lo vendo.

—Pero tú no puedes vendérselo. Quiero decir que... tú no lo harías.

Jos estaba volviendo a pasearse de acá para allá, rascándose violentamente la cabeza.

—¿Lo harías?

—El dispone de unos recursos ilimitados, por lo visto. Dice que le encanta este sitio y que tiene intención de restaurarlo ...

—Y, además, es un Catcher —lo interrumpió Melba desde lo alto de la escalera.

—Eso también. Lo cual, en cierto sentido, no podría ser peor, pero, por otra parte, August tuvo mucho que ver con el Museo Scatterhorn, como todos sabemos.

—Claro que lo tuvo —añadió Melba.

Súbitamente, Tom notó una ira cada vez mayor. El museo ni siquiera era suyo, pero, aun así, estaba enfadado. Quería dar un puñetazo a algo.

—Entonces... ¿vais a dejar que lo compre, solo porque tiene dinero? No parece justo.

—En eso tienes razón, chaval: no es justo. La vida tampoco es justa. —Jos dejó de pasearse y se quedó mirando el charco de agua de lluvia que había en el suelo—. Pero ¿qué quieres que haga yo? ¿Que esconda la cabeza y deje que todo se desmorone a mi alrededor?

Jos lanzó una mirada de odio al tragaluz y a los raídos animales que lo rodeaban. De pronto, parecía igual de desesperado que si hubiera naufragado en una isla desierta.

—Este museo se merece mucho más de lo que yo puedo darle —dijo por fin—. De eso estoy seguro. Nada es nunca fácil, ¿no?

Y se marchó con paso cansino. Tom tragó saliva; estaba intentando fingir que lo entendía, pero no era así.

—Estoy segura de que, si don Gervase lo compra, lo primero que hará es ofrecernos trabajo —dijo alegremente Melba mientras bajaba las escaleras bamboleándose.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Tom, que dudaba mucho que don Gervase fuera a ofrecer trabajo a nadie. Seguramente, lo único que quería era destrozar aquel lugar.

—Bueno, nosotros conocemos el negocio —respondió ella—. Dios sabe cuánto tiempo llevamos aquí. Y, a fin de cuentas, llevamos el apellido Scatterhorn. Eso debe tener algún valor.

—¿Ah sí?

El apellido Scatterhorn jamás había significado nada para Tom. Salvo que rimaba con Matterhorn.

—Pues claro —dijo tía Melba sonriendo—. No te preocupes por este viejo sitio. Sabe cuidarse solo. Siempre lo ha hecho.

Melba casi parecía feliz cuando se alejó tambaleándose por el pasillo y cerró la pesada puerta al salir. Tom se sentó en mitad de las escaleras, profundamente abatido. Por fin estaba comenzando a verlo todo con claridad. Zafiros y animales parlantes, de eso se trataba, y de la cuestión sin importancia de una maqueta que parecía estar viva. Era así de simple, de hecho.

—Supongo —dijo oyendo el eco de su voz en el museo vacío—, supongo que lo habéis oído todo.

No obtuvo respuesta. A lo lejos se disparó la alarma de un coche. Era como si estuviera hablando solo, pensó: no había nadie escuchando. ¿Y por qué tendría que haberlo? Estaba en un museo lleno de raídos animales disecados. Iba a levantarse cuando oyó un cavernoso gruñido al pie de las escaleras. Parecía alguien intentando contener la risa. Aguzó el oído y volvió a oírlo. Risas, inequívocamente. No había ninguna duda. Luego oyó unas palabras amortiguadas.

—Vaya, vaya.

Tom apenas veía nada, pero era consciente de que se estaban riendo de él.

—¿Qué? —dijo en voz alta—. ¿Qué tiene tanta gracia?

Al volverse, vio que el mamut estaba temblando, intentando contener la risa.

—Te lo digo por una guinea —dijo desenroscando su larga trompa peluda para enjugarse una lágrima del ojo.

—¿Y bien? —dijo Tom, que estaba cada vez más enfadado—. ¿De qué os estáis riendo? Yo no lo haría si estuviera en vuestra piel.

—Bendito seas —dijo el pájaro dodo suspirando. Desplegó la cola y se bajó del estrado—. Oh, Tom. Tu preocupación nos conmueve. Mucho, de veras.

—Debes recordar —anunció el gorila— que la mayoría de nosotros ya se ha visto en peores situaciones.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, yo no —dijo el pájaro dodo—, no personalmente. Pero eso es porque soy especial, ¿comprendes?, como mi buen amigo el mamut. La extinción te confiere distinción. Pero todos estos...

—A nosotros ya nos han matado una vez, ¿no? —dijo el mono narigudo acercándose ágilmente a Tom.

—Así que ¿por qué preocuparnos? —añadió el gorila.

Tom no podía discutirles aquello. Tenían razón, por supuesto. Estaban todos muertos, en cierto modo.

—Y me gustaría añadir —susurró el mamut acercando la trompa al oído de Tom— que algunos de los socios más pequeños de nuestro club, sobre todo los roedores, los conejos, las liebres, las musarañas, etcétera, son muy religiosos. No se les puede decir nada.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Creen que hay vida después de morir, ya sabes —dijo el mamut con la mirada risueña—. Que el cielo existe. Compruébalo tú mismo.

El mamut se dirigió pesadamente a la vitrina de los pequeños mamíferos y abrió un cajón con la trompa.

—Padre Nuestro, que estás en los cielos —cantó un chillón coro de voces. Tom miró dentro y vio veinte ratones tendidos boca arriba cantando al unísono.

—Bravo —susurró el mamut.

—Gracias, hermano mamut —dijo un ratón— y que la paz sea contigo.

—De nada. —El mamut asintió con la cabeza y cerró cuidadosamente el cajón. Alargó la trompa y abrió otro, dentro del cual había una congregación de musarañas pigmeas escuchando a un predicador subido a un dedal.

—¿Y qué hemos encontrado, hermanos, al otro lado? ¡Sí, el león se sienta junto al cordero!

—¡Aleluya! —gritaron las musarañas al unísono.

—¡Sí! ¡El ratón come con el mamut!

—¡Aleluya! —volvieron a gritar.

—¡Aleluya! ¡Hermanos —clamó la musaraña predicadora—, estáis salvados!

—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados! —chilló el coro de voces.

—¿Lo ves? —susurró el mamut—. Estos pequeñines estuvieron muertos y ahora están vivos. Y, lo que es más, se encuentran en un sitio lleno de tipos aterradores, de los que se pasaron toda la vida huyendo. —El mamut bajó su inmensa cabeza peluda para poder hablarle al oído—. Pero, cosa rarísima, aquí dentro nadie se los quiere comer. Se sienten a salvo.

Y de ahí deducen —dijo sonriéndole con la mirada— que esto debe de ser el cielo.

Tom recordó su conversación con Jos en el cobertizo del jardín. ¿Qué había dicho de la cavidad cerebral de la liebre polar? Estaba llena de páginas de la Biblia.

—¿Y es eso lo que también piensas tú? —preguntó inseguro.

—¿Yo? Bueno, la religión no ha sido nunca mi fuerte. Lo mío es el deporte. ¡Superarse, participar! Oh, sí. Pero como ha dicho el pájaro dodo, la extinción confiere cierta distinción. Uno es... una construcción, más bien, dado que, técnicamente, no ha estado nunca vivo. Pero, en cualquier caso —continuó—, comernos entre nosotros sería extremadamente incivilizado, ¿no crees? Es decir, esto ya no es la Edad de Piedra. Esto es el siglo XX, muchacho.

—El XXI, por si no lo sabías, querido —le corrigió el pájaro dodo.

—Eso mismo.

—¿Significa eso que a ninguno de vosotros le importa lo que vaya a pasar? ¿Y si el zafiro...?

—¡El zafiro! —interrumpió el lémur de cola anillada—. Oh, sí, el zafiro. Menuda cosa.

—No está aquí, Tom. Nunca lo ha estado —dijo categóricamente el pájaro dodo—. Y Dios sabe que lo han buscado todos.

—En los sitios más embarazosos, te lo aseguro —dijo el armadillo con

sentimiento.

—Pero... ¿estáis seguros de que no está aquí? O sea, ¿cómo lo sabéis?

—Bueno, no lo ha encontrado nadie, por lo que no puede estar aquí, ¿no? —respondió el mono narigudo mientras se limpiaba las uñas—. Por lo general, la gente sabe dónde buscar esas cosas.

Tom no estaba seguro de eso.

—¿Se lo habéis preguntado alguna vez al tigre?

Tom se dio cuenta de que todos los animales enmudecían. Intuyó que acababa de hacer una pregunta espinosa.

—Bueno, de hecho no, ya que lo preguntas —susurró el gorila.

—¿Por qué no? —preguntó inocentemente Tom—. ¿No fue ese zafiro el precio que pusieron a su cabeza? —El incómodo silencio continuó y el gorila miró con desasosiego al suelo.

—El hecho es —susurró el pájaro dodo lanzando una mirada a lo alto de las escaleras—, el hecho es que el tigre no ha hablado nunca. Con ninguno de nosotros. Jamás.

—Mataba seres humanos, ¿comprendes? —susurró el mamut—. Mal asunto —añadió sacudiendo su inmensa cabeza—. No nos gusta hablar de ello.

—Entonces... ¿estáis diciendo que le tenéis miedo?

Tom miró a su alrededor y vio que así era, aunque ninguno quisiera admitirlo. Hasta el gran oso pardo le rehuyó la mirada.

—Se comió a más de cuatrocientas personas —silbó la anaconda—. Cuatrocientas...

Tom no lo entendía. Allí estaban reunidos los animales más peligrosos del mundo, entre los cuales, podrían haber matado a miles de personas. Y, no obstante, un único tigre los tenía aterrorizados. ¿Por qué? Y entonces se le ocurrió una idea. Si seguían en cierto modo vivos —y él eso ya lo había aceptado—, era increíble que aún no se hubieran matado entre sí. ¿Qué les impedía hacerlo? Lo que el mamut había dicho de los roedores quizá fuera cierto para todos ellos. Puede que todo el papel con que les habían rellenado la cabeza —artículos de periódico sobre agravios y desagravios, sermones, moralejas, páginas de la Biblia, lo que fuera— se lo hubiera impedido. Ahora ya no pensaban que estuviera bien matarse unos a otros. Y como no tenían hambre, no necesitaban hacerlo. Pero el tigre quizá fuera distinto. A lo mejor era enteramente animal, por fuera y también por dentro, y por eso no había hablado nunca: no sabía. Puede que el tigre fuera la única criatura de todo el museo que no tenía la cabeza rellena de periódicos Victorianos. No obstante, de ser así, también podía ser la única criatura del museo que sabía dónde se encontraba el zafiro. Y en ese momento, Tom supo instintivamente qué debía hacer. Debía averiguarlo. Volviéndose, comenzó a subir lentamente las escaleras.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —musitó el pájaro dodo.

—¡Vuelve, Tom! —susurró el mono narigudo con preocupación—. No seas tonto.

Pero Tom no respondió. Delante de él vislumbró una difuminada silueta rayada donde sabía que debía de estar el tigre. El museo se había quedado mudo y Tom notó los ojos de los animales clavados en su espalda mientras subía las escaleras. Por fin llegó arriba, y allí, ante él, vio al inmenso animal, con su descolorido pelaje marrón, tendido cuan largo era como si estuviera tomando el sol en una roca. Dio un par de pasos y se detuvo bruscamente cuando vio que el tigre bajaba las orejas y movía la punta blanca del rabo. «Quieto ahí», parecía estar diciéndole. El gran felino volvió su enorme cabeza hacia él y lo miró con sus ojos inyectados en sangre: medio aburrido, medio curioso. No había en su actitud el menor atisbo de cordialidad.

—Perdone... esto... señor —se oyó decir con un hilillo de voz—. ¿No sabrá usted... esto... por casualidad... dónde está el zafiro?

No obtuvo respuesta. El gran tigre asesino lo observó con curiosidad, como si lo reconociera, pero no dijo nada. En el museo reinaba un incómodo silencio. Ni un solo animal se movía. Tom escrutó la oscuridad y vio que aquellos ojos llameantes ya no estaban clavados en él. Observaban algo que correteaba por el suelo. Un pequeño escarabajo negro. Con indolencia, el tigre alargó una garra y la colocó sobre la diminuta criatura. Al cabo de un momento la alzó y el escarabajo se levantó y siguió su camino. El tigre esperó. Luego repitió el juego.

—Admiro al humilde escarabajo —gruñó, viendo cómo volvía a levantarse el animalillo negro, sin modificar nunca su curso—, un ejemplo para todos nosotros, ¿no crees?

Tom no dijo nada. Se estaba preguntando cuántos segundos de vida le quedaban al escarabajo. Abajo oyó atemorizados gritos sofocados.

—Habla —susurró una voz—. ¡Es un tigre parlante!

—¡Tú eres un oso hormiguero parlante!

—¡Tú eres un pangolín parlante!

—¡Chist! —dijo otra voz.

El tigre hizo caso omiso de los murmullos y volvió a mirar a Tom.

—Un escarabajo no le teme a nada, ni a nadie —dijo—. Ni siquiera a mí.

De pronto bajó violentamente la pata, aplastando al escarabajo. Luego, el gran felino se levantó y se desperezó con indolencia, antes de bajarse del estrado y ponerse a andar por la sala. Al llegar al final, se volvió para inspeccionar el museo al completo.

—Hummm —gruñó—. Justo lo que sospechaba.

El silencio era absoluto. El tigre escrutó a los animales con sus ojos llameantes. Todos estaban esperando alguna cosa, pero no sabían muy bien qué.

—Nada salvo un montón de animales ridículos —dijo altivamente el tigre—. Tan civilizados y tan completamente inútiles.

Y pensar que podría haberme comido a cualquiera de vosotros.

Sus ojos se detuvieron en el inmenso mamut peludo, que apartó nerviosamente la vista de él.

—Sobre todo a ti.

El mamut tragó saliva.

—Un día puede que lo haga.

—Dios mío —susurró el mono narigudo—. Es una tigresa parlante.

—Exactamente —gruñó el felino—. Soy hembra. Y qué típico de vosotros suponer que, porque soy superior en todos los aspectos, debo ser macho. No lo soy. Aunque podéis llamarme «jefe», si queréis. Me gusta bastante. —La tigresa se rió entre dientes y un murmullo de voces asustadas recorrió todo el museo.

—A lo mejor es una de esas sufragistas...

—Una anarquista, más bien.

—Querrá tener derecho a voto...

—La sociedad se desmoronará...

—Habrá una revolución...

—¡Señora! —gritó una voz aguda—. ¡Señora!

Un puercoespín corrió al centro de la sala.

—Debo disentir. Usted no se me habría podido comer nunca.

Se hizo un silencio sepulcral. La tigresa miró con curiosidad al animal blanco y negro.

—¿Y se puede saber qué eres tú?

El puercoespín sacudió violentamente las púas.

—Eso mismo. Tú solo eres púas y aire. Nada más. ¿Por qué iba a querer yo comerme una púa?

—Es una pregunta que también me hice yo —respondió audazmente el puercoespín— la vez en que me atacó.

La tigresa entornó los ojos; no estaba segura de si acababan de insultarla o no. Alzando perezosamente una pata, se rascó el hocico, como si estuviera intentando recordar algo.

—Ten cuidado, puercoespín —dijo en tono amenazador—. A veces pasan cosas. Incluso aquí, en la «sociedad civilizada». —Levantó los negros belfos, enseñando sus enormes colmillos que brillaban como dagas en la oscuridad—. ¡Grrr!

El puercoespín chilló y corrió a refugiarse en su vitrina, mientras la sala se llenaba de gritos sofocados. La tigresa sonrió entre dientes. Luego se volvió y miró malhumoradamente a Tom, que seguía de pie junto a las escaleras.

—Me has preguntado por un zafiro —dijo en tono desdeñoso—. Esa sí que es una vieja historia. No obstante, creo que esa especie de pollo de ahí abajo podría tener razón. No está aquí y, quién sabe, puede que hasta el fisgón de don Gervase Askary se dé cuenta. Yo tengo una teoría, pero... —Se volvió para dirigirse a todo el museo, como si todos fueran sus súbditos y ella fuera su reina—, ¿por qué motivo debería compartirla con vosotros? Creo que os vais a enterar todos bien pronto.

Sus ojos llameantes se detuvieron en Tom y él notó que se le ponía la carne de gallina.

—Sobre todo tú, Tom «Scatterhorn» —resopló, como escupiendo la palabra.

Instintivamente, Tom dio un paso atrás en busca del pasamanos. ¿Iba a atacarlo? No podía. No allí. Aunque tal vez lo hiciera. La tigresa se acercó indolentemente a él. Aquel animal hablaba, pero Tom presentía que era imprevisible; era real. Podía hacer cualquier cosa. La tigresa siguió acercándose, como un gato acechando a un ratón.

—A ver cuánto aguantas, crío...

Súbitamente, Tom dio media vuelta y corrió escaleras abajo.

—Hummm.

La tigresa pareció más interesada y miró la sala principal con curiosidad. El resto de los animales se habían retirado a sus vitrinas y Tom estaba completamente solo; solo con aquella tigresa asesina. Miró a su izquierda y vio la portezuela del armario situado bajo las escaleras. ¿Cuánto podía llevarle llegar hasta él? ¿Tres segundos? ¿Dos segundos? Para entonces, ya la tendría encima. Alzando la vista, vio su larga silueta marrón bajando por las escaleras hacia él. Le pareció que el corazón iba a salirse del pecho mientras refrenaba su impulso de echar a correr. «No te dejes dominar por el pánico... no te muevas... eso es lo que ella quiere que hagas... es un juego».

Pero ya era demasiado tarde. La tigresa había percibido su miedo. Se quedó parada en las escaleras, con las orejas levantadas y la musculatura tensa, alerta. Ya no era ninguna extraña antigualla parlante. Ahora era un felino asesino que había salido de caza. Y Tom era su presa. Podía matarlo si quería. Tom lo sabía. Pero también sabía que no podía luchar contra su instinto, que era esconderse, esconderse en algún lugar al que ella no pudiera seguirlo jamás.

De pronto echó a correr. En cinco pasos, alcanzó la portezuela del armario y la abrió, justo cuando unas garras de acero arañaban las losas del suelo y un destello marrón surcaba el aire a sus espaldas. ¡La tigresa había fallado! Pero por muy poco; el ratón estaba a salvo. Entonces, una gran garra marrón abrió la puerta de un empujón y la tigresa metió su enorme cabeza por el hueco.

—Ajá —dijo despacio—. Así que este es tu escondrijo.

La tigresa emitió un gruñido tan grave que Tom tuvo la sensación de que lo atravesaba. Intentó respirar, pero no pudo. Jamás en su vida había estado tan aterrorizado. Sin pensar en las consecuencias, corrió hasta la cesta de mimbre y se metió dentro. Estaba exactamente como él la había dejado y, excavando en los trapos, comenzó a retorcerse frenéticamente en un intento de enterrarse en ellos. La última vez que estuvo allí había desaparecido por casualidad. Esta vez era cuestión de vida o muerte.

—Dejadme entrar, por favor, dejadme entrar —gritó, y entonces la notó, una pequeña abertura entre los trapos que tenía debajo. Se estaba ensanchando. Se retorció, excavando como un topo, y antes de darse cuenta, ya estaba cayendo de cabeza por un agujero, precipitándose al vacío.

No intentó frenar la caída. Relajó el cuerpo y esperó, hasta que, por fin, una

plumosa blandura lo envolvió como una manta al tocar el suelo. Luego, cuando los ojos se le hubieron acostumbrado a la oscuridad, vio las siluetas grises de jinetes cabalgando hacia una duna lejana. Lo había conseguido. Se quedó completamente inmóvil durante un momento, respirando hondo e intentando serenar su corazón desbocado. Todo iba bien. Había regresado. Regresado en el tiempo, al otro lugar, dentro de Catcher Hall, hacía un siglo. Y estaba a salvo, de momento. Eso le bastaba.

10 El poder de la vida y la muerte

Tom salió al pasillo vacío y, aguzando el oído, oyó voces por debajo de él en algún lugar de la casa. Esta vez se sentía mucho más audaz. Ahora sabía que Catcher Hall no era una cárcel: había un modo de regresar, si él decidía hacerlo.

Y también sabía que, por mucho tiempo que pasara allí, en el museo, en su época, el tiempo no iba a transcurrir. Jos y Melba no notarían su ausencia. ¿Y ahora qué? Tom no quería encontrarse con nadie más, no por el momento. Pero quería averiguar más cosas sobre cómo había llegado hasta allí. Eso quizá le diera pistas acerca de cómo habían conseguido don Gervase y Lotus viajar también al pasado.

Sin saber realmente por qué, subió la tortuosa escalera que conducía al amplio taller de August situado bajo el tejado. Llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, la abrió sin hacer ruido y encontró la larga habitación de techo alto prácticamente como la había dejado. Una pálida luz invernal se colaba por la gran ventana redonda del fondo y el fuego crepitando en la chimenea. August no estaba. Tom se acercó al fuego y miró a su alrededor. En todos los rincones, en todos los estantes, e incluso colgadas del techo, había maquetas de animales en diversas etapas de ejecución. Tom reconoció de inmediato el pájaro dodo y el pizote, ambos a medio rellenar. En un rincón había un gran maniquí de madera con un cráneo de antílope en un extremo de un alambre y enfrente, colgado de la pared, un par de alas inmensas que, más altas que él, y que dedujo que debían de pertenecer a alguna clase de pájaro gigantesco. Debajo había una gran construcción; de madera, probablemente. Aquello le resultó extrañamente familiar, al igual que el resto del taller y, conforme fue aventurándose en su interior, pasando junto a hileras de armiños y algalias, le llamó la atención un armario de madera con cajones de todas las formas y tamaños.

«Ojos: grandes felinos», decía un rótulo. Tom abrió cuidadosamente el cajón y encontró hileras de almohadillas de terciopelo azul con pares de globos oculares de cristal de distintos colores. «Leopardo», «Puma», «León» y, al fondo, un gran par de ojos llameantes donde ponía «Tigre». En el cajón inferior rotulado «Cuac», había esbeltos moldes de picos ordenados por tamaños y alineados como cucharas de plata en una caja. En todas las superficies había frascos de sustancias químicas, periódicos y toda clase de utensilios, dejados en desordenados montones. Tom se maravilló de lo extraño que era todo. El taller era la guarida de un extraño fabricante de juguetes, o de un mago, y, cuanto más tiempo pasaba en él, más le parecía estar violando un santuario. Estaba intentando abrir un armario rotulado «Curiosidades» cuando oyó que llamaban a la puerta.

Al darse la vuelta, vio que entraban dos niños cargados con un pesado saco. Ambos llevaban gorros de pieles y gruesas chaquetas de tweed atadas con una cuerda.

—¿Dónde querrá el señor August que lo dejemos? —preguntó el más alto de los dos—. ¿Aquí? —Señaló el único trozo de mesa vacío junto a la puerta.

—Supongo —masculló el más bajo mirando el fuego—. Pero no debe descongelarse antes de que vuelva.

Los dos niños levantaron el saco y lo dejaron cuidadosamente en la mesa. Lo que había dentro, fuera lo que fuese, tenía alrededor de un metro de altura y una forma muy extraña. Solo cuando se volvieron reconoció Tom al niño más bajo. Se lo había encontrado en el rellano en su primera visita. En cuanto lo vio, el niño le sonrió.

—¿Va todo bien, Tom? No te había visto ahí a oscuras.

Tom le sonrió con nerviosismo. Había olvidado que aquel niño sabía cómo se llamaba.

—¿Sabes cuándo va a volver el señor August?

Tom se encogió de hombros.

—Lo siento, yo...

—Mi hermano Abel ha encontrado algo interesante.

—Algo por lo que a lo mejor nos paga —añadió Abel soplándose en los dedos helados.

Abel le sacaba un palmo a su hermano y era alto y delgado. Era obvio que se sentía incómodo en aquel entorno extraño.

—Lo hemos encontrado esta mañana en el pantano Skeet —dijo con entusiasmo el hermano menor—. ¿Quieres echarle un vistazo?

—Pero ten cuidado —añadió hoscamente Abel.

—Ven —dijo el hermano menor haciendo una seña a Tom para que se acercara. Deshizo el nudo y bajó cuidadosamente el saco hasta la mitad, dejando al descubierto el plumaje congelado de una gran ave gris.

—Una garza real —anunció—. Congelada. Dura como una piedra. Hemos tenido que sacarla del barro con un hacha.

—Tú no, Noah —gruñó Abel.

—Qué más da. Solo se lo estoy contando.

—Es mi pájaro —afirmó Abel haciendo una mueca. Le dio un fuerte codazo en las costillas.

—¡Está bien! —dijo Noah torciendo el gesto—. De todas formas, sola, una garza real no es nada. Aquí está lo que falta.

Noah terminó de bajar el saco y Tom vio que la gran ave gris estaba de pie en una base de barro congelado, con la cabeza vuelta hacia el suelo. Al principio, le pareció que tenía un largo tubo gris enrollado alrededor del cuello, acoplado de algún modo al pico. Pero, fijándose mejor, vio que el tubo tenía unos ojos vidriosos y una boca llena de dientes, dividida en dos por el afilado pico amarillo de la garza real. El tubo no era un tubo, sino una anguila.

—Una lucha a muerte, supongo —dijo altivamente Abel mientras admiraba aquella escena insólita.

—Pero ¿y si la anguila mató a la garza real justo cuando la garza la mató a ella? —dijo una voz desde lo alto.

Al mirar arriba, los niños vieron a August Catcher bajando por una escalera desde la claraboya. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío y llevaba un gorro de mapache ligeramente ladeado.

—Luego sobrevino una niebla glacial marina, congeló el barro en el que estaba la garza real, uniendo al ave y a la angüila en un combate a muerte. Para siempre. — August se agachó para acercarse más—. Qué hallazgo tan extraordinario —dijo en voz baja—. ¿En el pantano, decís?

—S-sí, señor August —farfulló Abel—, a solo unos cincuenta metros de los buitrones.

—La naturaleza nunca deja de sorprenderme. Abel, lo has hecho muy bien.

August sonrió, y Abel pareció azorado.

—Y tú también, Noah, por hacer que tu hermano me lo traiga.

El niño sonrió con orgullo.

—Aquí tenéis el premio. —August se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó dos monedas de oro. Puso una en la mano de Abel y la otra en la de Noah. Tom no tenía la menor idea de qué monedas eran, pero a los hermanos se les iluminó la cara nada más verlas. Aquello debía de ser mucho dinero.

—Gracias, señor —se apresuró a decir Noah, mirando primero a August y luego a su hermano.

Abel no podía despegar los ojos de la reluciente moneda que tenía en la mano.

—Señor August —dijo titubeando—. Me preguntaba, es solo que... como lo he encontrado yo, si...

—¿Si podía darte algo más que a Noah? —sugirió August enarcando las cejas. Abel se ruborizó y se miró las botas. August sacó otra moneda de oro y se la puso en la mano.

—¿Te basta esto, Abel?

El muchacho abrió los ojos de par en par sofocando un grito. Ahora tenía dos soberanos de oro en la palma de la mano. ¿Qué podía comprar con aquello? ¿Qué no podía comprar con aquello?

—Es usted muy generoso, señor August —farfulló mirándolo.

—No es nada, Abel. Este es un hallazgo francamente insólito y os lo merecéis los dos. Pero, chicos, recordad —añadió, en un tono más severo— que esto no os da carta blanca para cazar pájaros comunes o domésticos, robar plumas caudales ni birlar huevos. ¿Lo comprendéis?

Los dos niños asintieron con la cabeza y se miraron las botas.

—Sí, señor August —respondió Noah en voz baja.

—Muy bien —dijo August sonriendo—. Y ahora marchaos los dos.

—Gracias, señor.

Abel se puso su grueso gorro negro y retrocedió hasta la puerta, seguido de su hermano menor. Tom oyó de pronto un grito de alegría amortiguado mientras bajaban ruidosamente las escaleras.

—Es extraordinario, ¿no crees, Tom? —dijo August, inclinado sobre la escena congelada dejada en la mesa—. ¿Quién crees que ganó?

Tom miró los dos animales. No estaba seguro.

—¿Ninguno de los dos?

—Exacto. Ha ganado la naturaleza.

Tom sonrió para sus adentros aliviado. Parecía que había acertado la primera pregunta.

—¿Va a poder disecarlos así? O sea, ¿es posible?

—Una buena pregunta —dijo August mirándolo—. Y es una pregunta que tú, siendo mi nuevo aprendiz, estás en todo tu derecho de hacer.

August arrugó la frente y se puso a estudiar la garza real y la anguila.

—Un taxidermista debe ser muchas cosas. Naturalista, carpintero, químico, herrero, anatomista, pintor, pero, por encima de todo, debe ser capaz de mirar, de observar, de ver esa cualidad salvaje que hay en todo lo natural. Esa es la primera y única regla de oro en una profesión sin reglas.

Inclinándose hacia delante, escrutó la garza real como un médico que examina a un paciente. Habló en un tono frío y profesional.

—¿Sabes?, si yo me hubiera inventado esta escena, estoy seguro de que nadie me hubiera creído. Me habrían tachado de fantasioso. Pero esto, Tom, es naturaleza en estado puro; el hielo la ha perpetuado para nosotros. Y la clave está en los detalles.

Se colocó detrás estudiando todas las líneas y contornos.

—Fíjate en cómo los músculos le están echando la cabeza hacia atrás a la garza real. Observa la ira que le enciende la mirada. Y aquí —señaló la anguila—, fíjate en cómo cambia la forma de su resbaladizo cuerpo gris conforme se enrosca alrededor del cuello de la garza real, estrangulándola.

Se detuvo para examinar la inclinación del ala de la garza real.

—¿Sabes, Tom?, creo que esta garza real se dio cuenta, en el último momento, de que iba a morir. Mira. —Señaló la gran ala gris. Ligeramente despegada del cuerpo—. Está intentando alzar el vuelo, escapar. Pero es demasiado tarde.

Miró a Tom, con los ojos brillándole de entusiasmo.

—Aquí hay una historia, Tom. Debes grabártela en la memoria como una fotografía tridimensional. Eso es crucial, porque, cuando las hayas conservado y hayas hecho tu maqueta, ese momento fugaz, congelado en el tiempo, es con lo que quieres terminar. Si lo consigues, y me temo que no es fácil, habrás creado algo natural y auténtico. Si no, solo será un juguete, y uno muy anodino, además. Ven. — August cogió un candil y, dándose la vuelta, fue rápidamente hacia la larga mesa que había bajo la ventana redonda. Allí, erigiéndose entre el caos de raspadores y agujas de punto, había un arbolillo florido, salpicado de diminutos colibríes de vivos colores.

—¿Te gusta? —preguntó August. Era obvio que sí.

—Luego pasamos a eso. Pero antes, huele estas y dime qué opinas. Alargó la mano y cogió del alféizar un botecito blanco con un ramillete de violetas.

—Espero que aún estén frescas, las he cogido esta mañana.

Tom cogió el bote y se lo llevó a la nariz. Por mucho que se empeñara, no lograba oler nada.

—¿No notas ningún olor?

Tom negó con la cabeza sin comprender. Solo olía a polvo.

—¿Ni siquiera un olorcillo? ¿Estás seguro?

—Lo estoy.

August enarcó las cejas.

—¿Estás seguro de estar seguro? Qué raro. Qué insólito. Eso es justo lo que pensó la reina Victoria.

Tom lo miró profundamente desconcertado; y sospechó que así era como debía estar.

—¡Cuando olió ese ramillete de violetas en la exposición internacional de ictiología que se celebró en Dragonport hace veinticinco años! —August le sonrió ampliamente.

—¿Ves, Tom? Estos son los primero objetos que hice. Con mi hermana; por aquel entonces yo tenía siete años y ella once. La inauguración de aquella exposición era un evento tremendamente importante y vino todo el mundo. Nuestras instrucciones eran muy sencillas: en cuanto su alteza se apeara del tren real, mi hermana y yo teníamos que adelantarnos, regalarle un ramo de flores y hacerle una reverencia. Pero —August se rió entre dientes recordando la escena— yo, mucho me temo, era un niño muy descarado, así que, en vez de regalar a su alteza el ramo de violetas que mi madre nos había dado, decidí imitarlo, utilizando papel y cera. Solo para ver si la reina se daba cuenta.

—¿Y lo hizo?

—Bueno —admitió August—, hubo un breve momento de confusión cuando la reina se llevó las violetas a la nariz para olerías, para descubrir, como acabas de hacer tú, ¡que no había nada que oler! Y no estoy seguro de que aquello le hiciera mucha gracia al alcalde.

Tom miró las violetas. Eran increíbles: incluso veinticinco años después, seguían pareciendo tan frescas y auténticas como si estuvieran vivas. Era fácil imaginarse la confusión de la reina, pero luego se acordó de que la reina Victoria siempre parecía bastante gorda y malhumorada en sus retratos.

—¿No se enfadó?

—¿Enfadarse? —exclamó August—. ¡Qué va! En cuanto vio que no eran auténticas, se echó a reír. Y, naturalmente, el alcalde se rió, así como los demás asistentes. Y luego, cuando le dije que las violetas las había hecho yo, se negó a aceptarlas. Me las devolvió y me premió allí mismo con una medalla de oro por modelar flores.

—¿Una medalla de oro por modelas flores?

—En efecto. Una de las ventajas de ser reina de medio mundo es que puedes

repartir medallas de oro por prácticamente todo lo que te apetezca. Y así es como mi hermana y yo nos convertimos en los primeros modeladores de flores oficiales de todo el Imperio británico. ¿No es increíble?

—Uau.

—¿Lo ves, Tom? La taxidermia no consiste únicamente en diseccionar animales; la taxidermia lo es todo. ¡Todo! —exclamó agitando los brazos—. Fíjate en este árbol, estas briznas de hierba. Ten. —Inclinándose sobre la mesa, cogió un puñado de ortigas y lo dejó delante de Tom—. Anda, coge una.

Con mucha cautela, Tom cogió el tallo más largo entre los dedos índice y pulgar, casi esperando que fuera a urticarle.

—Convincente, ¿verdad? De hecho, la ortiga es una de las plantas más difíciles de conservar, y todo un hito en la carrera de cualquier taxidermista que se precie.

August sonrió. Era obvio que aquel trabajo seguía satisfaciéndole.

—Las hice cuando tenía más o menos tu edad.

Tom miró las ortigas maravillado. No podía siquiera imaginarse cómo las había hecho August.

—¿Y qué pasó después de que recibiera su medalla de oro?

—Bueno, seguimos modelando flores, naturalmente, mi hermana y yo, hasta que yo tuve unos doce años, creo. Entonces dejé los estudios y me puse a trabajar. Pasé de las violetas y las ortigas a las orquídeas y las aspidistras; luego a los ratones y los tejones, los antílopes y las serpientes, los cocodrilos y, por último, un mamut. A mis padres no les importó que me dedicara a este oficio tan estafalario, porque mis dos hermanos mayores tenían empleos serios. Combatir en África, cultivar azúcar en las Antillas, ese tipo de cosas. De hecho, creo que les gustaba bastante, sobre todo cuando mi nombre aparecía en los periódicos y todo eso. —August le guiñó un ojo y se acarició la barba—. Lo único que no les gustaba era mi mejor amigo y mecenas, sir Henry Scatterhorn.

—¿Por qué?

—Bueno, obviamente, porque él es un Scatterhorn y yo soy un Catcher. ¿No has oído la letra?

Es esta una vieja disputa sin par que ningún bando quiere olvidar.

Tom asintió; la había oído: tío Jos solía murmurarla durante el desayuno, pero nunca pasaba del primer verso. August continuó:

Dios dispuso, por siempre jamás, que ni uno ni otro hallara la paz.

Dos feas bestias resolvió crear,

Scatterhorn una, Catcher la otra.

La una felina, la otra cabruna, ninguna dispuesta a ceder su laguna.

Ambas lucharon con uñas y dientes, cual dos feroces contendientes.

Donde hace siglos estuvo su fangal, se asienta ahora esta humilde ciudad.

*Y sus familias no dejan de pelear, aunque ya no haya laguna que ganar.
Su vieja disputa a nadie importa ya.
Por mí que se maten, ¡qué más da!
Como fue será y nunca sucederá que unos y otros traben amistad.
August sonrió de oreja a oreja al concluir la poesía.*

—¿Comprendes, Tom? Una tradición antiquísima y, como todas las tradiciones, insufriblemente tediosa, ¿no crees? Yo sí lo creo, me temo. Siempre he sido una de esas personas a la que les gusta hacer justo lo contrario de lo que les dicen y lo cierto es que ese viejo dinosaurio de Henry Scatterhorn no solo es mi mejor amigo. También es, casualmente, el mejor cazador de Inglaterra, posiblemente incluso del mundo. Lo cual ayuda muchísimo.

—¿Por qué?

August se quedó un momento callado. Seguía sonriendo, pero, por primera vez, Tom advirtió que se le ensombrecía la mirada.

—Lo cierto es —dijo— que yo soy un inútil con las armas de fuego. Siempre lo he sido. No tengo puntería, ni tampoco me entusiasman. Lo cual, como te puedes imaginar, no ayuda en este oficio. Así que siempre he dependido de sir Henry Scatterhorn para que me proporcione especímenes, y de jovencitos emprendedores como Abel y Noah para que me traigan lo que encuentran. Y, naturalmente, está la procesión aparentemente interminable de campesinos que vienen a traerme «rarezas».

—¿Rarezas?

—Oh, sí. —Le guiñó un ojo al tiempo que se sacaba una llavecita del bolsillo del chaleco—. Rarezas interesantes.

Abriendo el armario alargado donde ponía «Rarezas», August metió la mano y sacó dos animalillos, dejándolos en la mesa delante de Tom.

—La naturaleza es siempre desconcertante, ¿no crees?

Tom tardó un momento en ver qué les pasaba. El patito tenía cuatro patas y el gatito dos cabezas.

—No, no los he construido yo —sonrió August—, aunque debo admitir que, de vez en cuando, me permito dar rienda suelta a mi faceta «creativa». Me salva de aburrirme. Pero estas insólitas criaturitas fueron concebidas y alumbradas así. Por supuesto, no podían vivir mucho tiempo, así que... aceleré su tránsito, por decirlo de alguna manera.

—¿Con qué?

—Con sustancias químicas —respondió August sin inmutarse—. Soy un asesino, Tom. Eso es innegable. Tengo que serlo, para conservar e inmortalizar. Y, cuando llegue el momento, también lo serás tú.

August cruzó el taller hasta el lugar donde había una hilera de búhos chicos, con las plumas envueltas en alambre. Apartó los dos más grandes y corrió una cortina negra de terciopelo. Detrás había un estrecho armario metálico.

—Mi caja mágica —dijo en tono reverencial y, con una llavecita de plata, abrió la puerta del armario, tras la cual se reveló una colección de frasquitos transparentes de tamaños diversos.

—Ven —le dijo indicándole que se sentara en la silla junto a él.

Tom hizo lo que le pedía y miró los frasquitos de vidrio y los pequeños paquetes marrones que ocupaban los estantes.

—Es el poder de la vida y la muerte lo que contienen estos frascos y paquetes —murmuró August—, por lo que debemos mostrar el máximo respeto a todos ellos. A ver... por dónde empiezo... veamos, ah, sí, el cloroformo, para matar a los vertebrados de forma indolora.

—Cloroformo. Sé lo que es —dijo Tom con seguridad.

—Bueno, me alegro de oír eso, muchacho, pero ¿sabes qué es esto? —August giró un frasquito para que Tom pudiera leer la etiqueta.

—¿Líquido de Cabrat? —leyó Tom.

—Eso es —respondió August—, pero debes recordar que el doctor Ezekiel Cabrat es un maníaco que nos mataría a todos si pudiera. Contiene estriknina, un veneno demasiado peligroso para manipularlo. Este es interesante.

—Cianuro de potasio —leyó Tom— para ranas y roedores.

—Eso es. Ni siquiera se dan cuenta. Rápido e indoloro.

—Bicromato de potasio, para cazonas y esturiones, nicotina líquida para narcotizar a los cangrejos ermitaños y las anémonas de mar... Jabón de arsén... arséni...

—Arsénico —dijo August dándole un grueso paquete de papel lleno de blanquecinos copos verdes—. Imprescindible.

—¿Para qué es?

—Sigue leyendo y lo sabrás.

—Para su uso —continuó Tom—, humedecer un pincel fino con alcohol y remover hasta que el jabón haga espuma. Luego, aplicar a la superficie interna de todas las partes de la piel para prevenir daños por polillas y escarabajos.

—Mantiene a las plagas a raya, pero su manipulación también es muy peligrosa —añadió August—. Esos copitos tienen la costumbre de meterse en los cortes más finos.

Tom tragó nerviosamente saliva; el mero hecho de pensar en utilizar jabón de arsénico lo aterraba.

—A ver —dijo August volviendo los frasquitos uno a uno—. Entre todos estos venenos hay un pequeño invento mío.

Sus dedos se detuvieron en un frasquito azul que estaba casi oculto en la parte de atrás.

—Ah, sí... el frasco azul. Se me había olvidado.

August se lo metió cuidadosamente en el bolsillo del chaleco y volvió a cerrar el armario con llave.

—Esto —dijo acercando una silla y despejando una parte de la mesa— es algo extraordinario. Tan extraordinario, de hecho, que es, y debe continuar siéndolo, un secreto. —Lo miró entusiasmado, con expresión expectante.

—¿Crees que sabrás guardar un secreto así?

Tom ya tenía secretos más que suficientes que August no averiguaría nunca. Asintió resueltamente con la cabeza.

—Sé que puedo.

August le escrutó el rostro en busca de algún indicio de vacilación, pero no halló ninguno. El niño estaba diciendo la verdad.

—Bien —dijo por fin—, porque estás a punto de presenciar algo verdaderamente asombroso.

Alargó la mano y, con mucho cuidado, cogió un diminuto colibrí del árbol y se lo puso en la palma de la mano. Apenas era más grande que su dedo pulgar.

—Es un colibrí zunzunito, Tom, el ave más pequeña del mundo. —August lo observó con admiración.

—Extraordinario, ¿verdad? Cuando es adulto, apenas mide cinco centímetros, y sus huevos son más pequeños que un guisante.

Tom se extrañó de que aquella minúscula criatura pudiera ser un ave. Se parecía más a un insecto con plumas.

—¿De dónde proviene? —preguntó.

—Este vivía en la isla de Pinos, próxima a Cuba, hasta hace seis meses, cuando un marinero lo encontró. Cuando llegó a Dragonport, el pobrecillo ya estaba muerto, así que lo desollé, lo conservé lo mejor que supe y luego le rellené el cuerpecillo con lana. Conseguí conservar su cráneo y, para los ojos, utilicé las cuentas de cristal más pequeñas que encontré.

August estaba profundamente concentrado en el minúsculo pájaro.

—Ahora —dijo—, observa esto.

Con mucho cuidado, August quitó el tapón al frasquito azul y lo pasó por la cabeza roja del pajarillo. Tom captó fugazmente el extraño olor que desprendía. Era un aroma fuerte y acre, como de jacinto, mezclado con alguna otra cosa... algo químico que le recordó a sus tediosas horas de clase. A los pasillos de su escuela, quizá. ¡Cera de suelo! Eso era: jacinto y cera de suelo. Pero, justo cuando comenzaba a regresar mentalmente a su otra vida, miró la mano de August y casi le dio un vuelco el corazón.

El colibrí zunzunito se crispó en su palma. Abrió los ojos. Luego se dio la vuelta y se puso trabajosamente en pie. Tom se quedó boquiabierto cuando el minúsculo pajarillo comenzó a andar tambaleándose.

—Está reviviendo —susurró excitadamente August—. Observa.

Al cabo de un momento, el colibrí alzó el vuelo. Batiendo las alas a una velocidad vertiginosa, se detuvo ante la nariz de Tom, inspeccionándola como si fuera una flor.

—Quédate muy quieto.

Tom intentó no respirar. Solo veía un pico negro tan fino como un lápiz, con una cabeza roja detrás. El aire que el pajarillo levantaba con sus alas diminutas le hizo cosquillas en las mejillas. Cerró los ojos, sin estar seguro de si lo iba a picar o a lamer. Pero, entonces, el zumbido se alejó y, cuando volvió a abrirlos, vio que el colibrí se dirigía al bote con las violetas de August. Con inseguridad, metió el pico en ellas, buscando néctar.

—Eso sí que es un cumplido —murmuró August completamente hechizado.

—Es increíble —susurró Tom—. ¿Cómo actúa?

—El olor. Es el olor lo que los despierta.

—Pero ¿cómo?

Ahora, el colibrí se había dado por vencido con las violetas y estaba picoteando las florecillas blancas del árbol de August. Pronto se había perdido entre la variedad de coloridos pájaros.

—Para serte franco, yo mismo estoy un poco perplejo. De hecho, estoy totalmente desconcertado. Es una imposibilidad científica.

August seguía mirando el pajarillo revoloteando entre las ramas con los ojos brillantes.

—Pero tú acabas de verlo, Tom, así que esto es lo que sé. Siempre utilizo una versión de este líquido con mis especímenes. Antes de decidir la postura del animal, lo extiendo en la cara interna de la piel. Originalmente, lo inventé como conservante adicional, para protegerlos contra los estragos del tiempo, pero, conforme pasaron los años, observé que mi preparación conseguía que los animales parecieran más vivos, aunque no estoy seguro de cómo lo logra. Todos los taxidermistas tienen su pequeño secreto, supongo, y este es el mío.

Se quedó un momento callado para ordenar sus pensamientos.

—Anoche estuve experimentando con los ingredientes, modificándolos ligeramente; un poco más de mercurio, estricnina, alumbre, un poco menos de ácido bórico, cera de abeja, no voy a aburrirte con los detalles, pero descubrí que, al elaborar mi conservante de un modo ligeramente distinto, añadiendo unas cuantas flores, calentándolo un poco, enfriándolo unas cuantas veces más, de pronto se volvía mucho más concentrado. Y luego, de un modo bastante fortuito podría añadir, descubrí que mi poción producía unos vapores bastante singulares.

Cogió el frasquito azul y se aseguró de que estaba bien tapado.

—Estos vapores son tóxicos, pero también tienen una potencia increíble. Como puedes ver.

Tom observó el minúsculo pajarillo de cabeza roja mientras revoloteaba velozmente de flor en flor.

—Pero... no está realmente vivo, ¿no? O sea, está relleno de lana, alambre y...

—Lo sé —susurró August—. Lo sé. No tiene ninguna lógica. Yo lo creía imposible. Pero, Tom, si esta criatura no está en cierto modo viva, entonces, ¿qué es esto? —Lo miró fijamente rostro—. ¿Y bien? ¿Qué opinas?

Tom se quedó mirando el colibrí. Estaba vivo, sin ningún género de duda, y él tenía tantas preguntas rondándole por la cabeza que no sabía por cuál empezar.

«Mantén la calma. Intenta pensar lógicamente». Pero no podía.

—¿Y si —dijo intentando expresarse con la mayor claridad posible—, solo como una suposición, y si dentro de un siglo, cuando todos sus animales estén apolillados y un poco viejos...?

—¿Apolillados y un poco viejos? —resopló August—. Desde luego, espero que no sea así.

—No, por supuesto que no —dijo Tom tragando nerviosamente saliva—, pero ¿y si, en el caso del jabón de arsé... arsí...?

—¿Jabón de arsénico?

—Sí. Su efecto se pasa, por algún motivo.

August entrelazó los dedos y lo miró con curiosidad.

—En efecto. Es una posibilidad, lo admito. Continúa.

—Pero ¿y si, en el caso de esta poción, de su invento secreto, el efecto no se pasara nunca? ¿Y si sigue manteniéndolos... vivos, de algún modo?

August lo miró sin comprender.

—Bueno, quizá. Las sustancias químicas se degradan a distintas velocidades. ¿Qué te ronda por la cabeza, Tom?

Tom estaba sonriendo de forma incontrolada, intentando contener su creciente excitación. Quería gritar.

—Oh, no... no es nada.

Así que era real. ¡No lo había soñado! Cera de suelo y jacinto, eso era... ese olor... August no tenía la menor idea de que su poción, o lo que fuera, era mucho más potente que cualquiera de sus otras mezclas químicas. Las había sobrevivido a todas. ¿Y era posible que aquella poción también hubiera vuelto a los animales conscientes? ¿Había dado vida a sus cerebros, que estaban rellenos de viejos periódicos y recortes de la Biblia? ¿Por eso eran capaces de pensar, e incluso de hablar? Se quedó mirando el frasquito azul dejado en la mesa, cada vez más atónito. Si así era, August había descubierto algo tan potente que era casi inabarcable. Y él ni siquiera lo sabía.

—¿Cree que el vapor podría resucitar a cualquier animal? —preguntó por fin Tom.

August cogió el frasquito azul y lo hizo girar en sus manos.

—Hummm. ¿Te refieres a un animal de carne y hueso, un animal muerto? ¿No uno que yo haya tratado y disecado?

Tom asintió con la cabeza.

—Menuda pregunta... —Sin haber terminado la frase, August miró por la ventana, donde el pálido sol de invierno estaba a punto de ponerse—. No estoy muy seguro de querer saber la respuesta. ¿O... sí lo estoy?

Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa, aparentemente confuso. Tom

se dio cuenta de que la idea le había parecido interesante.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto—. ¿Sabes patinar?

Tom lo miró sin comprender.

—Esto...

—No importa. Enseguida aprenderás.

August se levantó enérgicamente de la silla y cuando ya casi estaba en la puerta le dijo:

—Coge mi abrigo de pieles y un gorro; afuera hace un frío que pela.

—¿Dónde vamos?

—Afuera, por supuesto.

Le arrojó un gorro y se enrolló una gruesa bufanda alrededor del cuello.

—A buscar la respuesta a tu pregunta —dijo entusiasmado. Tras lo cual, cogió su abrigo y bajó las escaleras corriendo.

11 En el hielo

Cuando llegaron al río estaba anocheciendo y la luna llena ya había asomado por el horizonte.

—No te separes de mí —dijo August adelantándose y abriéndose paso entre la ruidosa muchedumbre de vendedores ambulantes y carruajes que se empujaban y resbalaban por el grueso manto de nieve—. Hay gente de toda Europa y no quiero perderte. Por aquí. —Dobló por una lúgubre callejuela para evitar el gentío que se dirigía al río.

—¿Qué se celebra? —preguntó Tom jadeando, deslizándose por la nieve para no quedarse rezagado.

—¿Me estás diciendo que nunca has oído hablar de la Feria del Hielo de Dragonport? ¿De dónde demonios sales, Tom? Mira esto.

Al doblar la esquina, fueron recibidos por una gélida ráfaga de aire proveniente del río y, sujetándose bien el gorro, Tom vio que el amplio tramo de río que tenían delante estaba completamente helado. A lo largo de toda la orilla, junto a los bares y tiendas de velas, había puestos de feria alumbrados por braseros. Había casetas de tiro al blanco pintadas de vivos colores, organillos y monos danzantes con sombreros de copa, castañeros y, al fondo, un guiñol rodeado de niños riéndose a carcajadas. Más allá de los puestos, una multitud de figuras surcaba el hielo. Parecía que la ciudad entera estuviera patinando. Había parejas cogidas del brazo, ancianos con gruesas capas que patinaban a zancadas largas y elegantes y grandes perros que arrastraban trineos tripulados por niños. Hombres con farolillos de papel colocados en un aro alrededor de la cabeza patinaban lentamente entre la multitud.

—¡Dulces, chocolate! —gritaban llevando bandejas repletas de humeantes tazones de chocolate, naranjas confitadas y dulces de mazapán. Y en el centro del río se erigía un castillo, con almenas, banderas y torretas incluidas, hecho enteramente de hielo verde. Tom jamás había visto nada igual. Era como una imagen sacada de un sueño.

—Es extraordinario, ¿verdad? —preguntó August cuando volvió con dos pares de patines en los brazos—. Cada cinco años más o menos, el río se hiela por completo. Bueno, casi por completo. En el centro, el espesor del hielo es menor. Y esta es nuestra forma de celebrarlo. Viene gente de todo el país. Ten, pónelos.

Tom se anudó los patines y, antes de que se diera cuenta, estaba deslizándose entre la multitud, bien agarrado al brazo de August. Patinar era mucho más difícil de lo que imaginaba y miró con envidia a un grupo de niños que estaban empujándose y haciendo carreras alrededor del castillo.

—Te echo una carrera, Tom —dijo una voz familiar a sus espaldas y, súbitamente, Noah frenó en seco delante de ellos.

—Hola.

—¿Ha visto mis nuevos patines, señor August? Son el modelo del año que viene,

los mejores —dijo el niño, y ejecutó un giro perfecto delante de ellos.

—Impresionante, Noah.

—¿Qué me dices, Tom? ¿Te apetece hacer una carrera?

Tom le sonrió con aire de culpabilidad.

—Casi no me tengo en pie, me temo. Es la primera vez que patino en mi vida.

—No te preocupes —contestó alegremente Noah—. Yo te enseño.

—Luego, Noah —dijo August en voz baja, poniéndole una mano en el hombro—. Antes, Tom y yo tenemos cosas que hacer.

Noah pareció decepcionado y también Tom de repente se sintió un poco decepcionado. Le habría apetecido patinar con Noah.

—Dime, ¿qué ha hecho tu hermano con todo el dinero que le he dado? —preguntó afectuosamente August, cambiando de tema.

—Oh, está pensando en comprarse un caballo con otras personas o en alguna otra cosa igual de sensata. No como yo —dijo Noah riéndose—. Cuando veo algo, señor August, tiene que ser mío, sea lo que sea.

—Me alegro por ti —observó August.

—Hasta luego, señor —dijo Noah descubriéndose—. Y no creas que no voy a ir a buscarte, Tom —añadió guiñándole un ojo—. La carrera sigue en pie. —Acto seguido, se dio la vuelta y se alejó a toda velocidad.

—Bien —dijo resueltamente August—. Ahora, veamos qué encontramos. —Cogiendo a Tom por el brazo, se dirigió a la franja de hielo gris que se había formado detrás de los puestos de feria y enseguida se puso a inspeccionar la orilla del río, donde había una confusa mezcla de restos flotantes atrapados en el barro helado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Tom cuando vio a August hurgando en el barro con los patines.

—Algo bastante grande... como esto, quizá. —Fue hasta un pequeño saco marrón que sobresalía del hielo. Excavando a su alrededor con las cuchillas de los patines, tiró de él hasta que finalmente se rompió, quedándosele en las manos. El saco estaba tan congelado que parecía un trozo de cartón y Tom vio que tenía un bultito en el fondo. ¿Qué podía querer August de un viejo saco que alguien había dejado en la orilla del río? Aquello no era lógico.

—La gente puede ser muy cruel, Tom —dijo gravemente August—. Por ese motivo sé lo que hay dentro de este saco. —Abriéndolo, metió la mano y sacó un pequeño objeto blanquinegro.

—Ten. —Se lo puso en el regazo. Tom le quitó los carámbanos y, súbitamente, supo qué era.

—Un cachorro de bull terrier —dijo August—, calculo que de unos dos meses. Los crían para pelear y los más débiles de la camada, como este pequeñín, sobran. Está congelado. Como una piedra. Increíble.

Parecía que aquella pobre criatura se hubiera quedado dormida y se hubiera transformado en hielo. August le quitó el hielo del hocico con aire pensativo.

—Recuerda ahora, Tom, que, pase lo que pase, esto debe quedar entre tú y yo. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto.

—Bien. ¿Sabes?, no tengo nada claro que esté bien hacer esto... —August no terminó la frase y Tom percibió cierta vacilación en su mirada. Por un momento, pareció dudar—. El conocimiento es un arma poderosísima... pero, supongo... bueno, da igual. Acabemos de una vez.

Volviéndose para cerciorarse de que estaban completamente solos, metió la mano en el bolsillo interior y sacó el frasquito azul. Vertió rápidamente unas gotas de líquido en un pañuelo violeta y volvió a guardarlo.

—¿Listo?

Cuando Tom asintió con la cabeza, August se agachó y colocó el pañuelo violeta en el hocico del cachorro. Se quedaron callados, observando.

—¿Notas algo?

Tom apretó el duro cuerpecillo del cachorro congelado, que yacía inerte en sus manos. Era como sostener una piedra.

—Nada.

—Ninguna reacción —dijo August suspirando, visiblemente aliviado—. Como sospechaba. No surte ningún efecto en un animal de carne y hueso.

Justo entonces, Tom notó un pequeñísimo movimiento. Era muy débil, como unos tenues latidos, pero estaba ahí, no había duda.

—Espere —susurró excitado—. Espere. Está pasando algo.

Los latidos se estaban volviendo más fuertes e insistentes y el cachorro comenzó a cambiar lentamente de color. Lo que había estado gris, congelado e inerte se estaba tornando rápidamente blando, cálido y vivo. Tom notó el pulso del cachorro latiéndole en los dedos y, poco después, el perrillo comenzó a mover las patas; despacio al principio, luego cada vez más aprisa, como si estuviera intentando cazar una mosca en sueños. De pronto abrió los ojos.

—¡Arfl ¡Arrrf!

Tom sofocó un grito. No había podido contenerse. ¡El cachorro estaba vivo! Y estaba enfadado. Lo agarró con más fuerza.

—¿Lo ve? ¡Lo ha conseguido! —dijo en tono triunfal—. ¡Sabía que daría resultado! ¡Lo sabía!

August sonrió débilmente, demasiado atónito para hablar. Había empezado a aperibirse de las enormes consecuencias de lo que acababa de presenciar.

—¿Nos lo podemos quedar? —preguntó Tom esperanzado, sonriendo a la enfadada pelotita blanquinegra—. Quedémonoslo, llamémoslo Fénix, dado que ha resucitado y...

—¡No vamos a hacer tal cosa! —espetó August y, quitándole el cachorro de las manos, lo arrojó bruscamente al hielo.

—¡Vete! —gritó frenético—. ¡Lárgate!

El bull terrier, que tenía motivos más que suficientes para estar asustado, gimoteó y, levantándose, salió corriendo hacia la feria. Tom miró a August estupefacto, herido por su extraña reacción.

—Lo siento, Tom —dijo roncamente August, mirando al cachorro hasta que se perdió entre el gentío—. Ha tenido que ser una casualidad. Solo... un golpe de suerte.

—¡A mí me ha parecido muy real! —respondió Tom con incredulidad.

August negó con la cabeza. Le estaba costando aceptarlo.

—No, no lo ha sido. Estaba equivocado. No debía de estar muerto, puede que estuviera en coma... sumido en algún sueño profundo...

—Ese cachorro estaba muerto y usted lo sabe —lo interrumpió Tom enfadado—, pero, si cree que ha sido una casualidad, de acuerdo, volvamos a probarlo con otra cosa. Las casualidades no ocurren dos veces, ¿no?

August se quedó mirando el gentío, torciendo el gesto. Era evidente que no quería creer lo que acababa de presenciar.

—Venga —insistió Tom—. Vuelva a hacerlo. Demuéstrame que no funciona.

August murmuró entre dientes y observó a aquel despeinado niño rubio que lo estaba mirando ferozmente con sus ojos oscuros. ¿Por qué se dejaba intimidar por su aprendiz? Era grosero y terco, pero había algo en él que le resultaba familiar. Pero lo peor de todo era que tenía razón.

—Muy bien —respondió malhumorado—. Por ti, Tom, voy a volver a probarlo; y esta vez lo haré con algo que esté mucho más muerto que un cachorro congelado. Y ya no habrá más que hablar. Ven.

Cogiendo a Tom por el brazo, regresó rápidamente a la feria. De nuevo volvían a encontrarse rodeados de una muchedumbre y Tom se fijó en una señora gruesa y rubicunda que estaba haciendo aspavientos en el puesto de pescado. Amontonados en él había infinidad de caballas, arenques, rayas y caracoles de mar, junto a bandejas de anguilas enroscadas sobre un lecho de gelatina.

—¿A cuánto van? —gritó la señora.

—A una libra la bandeja.

—¡Una libra! ¡Una libra por una bandeja de anguilas cocidas! ¿Habéis oído, niñas?

Las tres niñas que tenía detrás sin duda lo habían oído, pero estaban demasiado avergonzadas para decir nada.

—Eres un caradura, Ned Badger. Dado que, de entrada, no has sido tú quien las ha pescado, ¿no? Ni siquiera sabía que tuvieras un buitrón.

Ned Badger miró incómodamente a su alrededor.

—No sé a qué te refieres —susurró—. Una libra. Ese es mi precio y lo mantengo.

—Yo no soy una turista, ¿sabes? ¿Qué tal seis peniques?

—A mí me ha costado más que eso cogerlas.

—Siete.

—No gastes saliva.

—No me vengas con esas, Ned Badger. Todos sabemos que aquí se regatea.

August miró a la gruesa señora que estaba dando aquel espectáculo.

—La señora Spong está vivísima, de eso no cabe la menor duda —dijo con aire pensativo—, pero las anguilas cocidas de Ned Badger llevan muertas casi un año. — Una sonrisa picara le iluminó la cara—. Sígueme.

Tras lo cual, fue patinando hacia la señora Spong. Ella había conseguido regatear, pero seguía refunfuñando cuando se metió la bandeja de anguilas en la cesta.

—Vamos, niñas —cloqueó al alejarse patinando, con sus hijas siguiéndole como una hilera de patitos. August se colocó detrás de ellas fingiendo desinterés. Luego aceleró y metió disimuladamente el pañuelo violeta en la cesta de la señora Spong, asegurándose de que cubría las cabezas de las anguilas.

—Buenas tardes, señora Spong —saludó colocándose a su lado.

—¡Oh, señor Catcher! —graznó ella—. Qué susto me ha dado. Hace frío, ¿verdad?

—Desde luego, y dicen que todavía hará más.

—Eso dicen, sí.

—Oiga, señor —dijo una de las niñas adelantándose. —¿Sí?

—Se le ha caído el pañuelo, señor. —Metiendo la mano en la cesta, lo sacó.

—Oh, es cierto. Vaya golpe de suerte. Gracias, hija.

Inclinando cortésmente la cabeza, August cogió el pañuelo violeta y volvió a metérselo en el bolsillo. La niña sonrió tímidamente.

—Seguro que va a necesitarlo con este tiempo —dijo riéndose la señora Spong—. Las niñas y yo llevamos todo el día estornudando y carraspeando, ¿verdad, niñas? ¡Somos como barrilitos de mocos! —Y volvió a reírse.

—Desde luego. Bueno, que pase un buen día, señora Spong.

—Hasta pronto, señor Catcher. Ha sido un placer verle.

—Venga, Tom —susurró August, y juntos se alejaron hasta hallarse a una distancia prudencial—. Ahora veremos si esto ha sido una casualidad.

Apenas había terminado la frase cuando oyeron un chillido ensordecedor. La cesta de la señora Spong comenzó a moverse y ella se volvió justo a tiempo de ver cuatro largas formas grises escurriéndose al suelo y alejándose por el hielo.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Mis anguilas! ¡Mis anguilas han huido! ¡Que alguien las coja!

Se oyeron gritos de pánico y risotadas cuando las viscosas criaturas grises se alejaron velozmente por el hielo, dejando una estela de patinadores derribados y puestos volcados. Las hijas de la señora Spong y unos cuantos perros sin dueño se pusieron a perseguirlas.

—¡Badger! —chilló la señora Spong regresando resueltamente al puesto de pescado—. ¡Las anguilas que has robado no están cocidas!

A Ned Badger se le descompuso la cara.

—¿Qué estás diciendo? —protestó—. Claro que están cocidas. ¡Yo mismo las he

hervido!

—Entonces, ¿cómo es que acaban de salirse de la cesta, eh? Y, con un certero movimiento del brazo, le dio un cestazo en la cabeza.

—¡Eh! ¡Para! —gritó él, y la gente se reunió alrededor de la indignada señora Spong mientras seguía dando cestazos al pobre Ned Badger, insultándolo entre las carcajadas de los espectadores. Tom no pudo evitar sonreírse ante aquel alboroto, pero August Catcher no dijo nada. En vez de eso, se alejó y se quedó callado, viendo cómo perseguían a las anguilas los perros y las niñas. Tom tenía razón: aquello no podía ser una casualidad. ¿Qué terrible poder había inventado?

—La chispa divina —murmuró incrédulo—. El elixir de la vida. —Abrió los ojos de par en par—. La chispa divina.

Tom ya había oído aquellas palabras en alguna otra parte hacía mucho tiempo; pero antes de poder recordar dónde, le llamó la atención una figura negra que pasó patinando junto a la indignada señora Spong en dirección al centro del río. Estaba realizando hermosos pasos de ballet y, al llegar a la pista de hielo, saltó ágilmente y giró sobre sí misma como una bailarina. Era Lotus, seguro. Tom se estremeció y se arrebujó en el abrigo. ¿Qué podía hacer? Nada. Era inevitable que ella estuviera allí, y eso significaba que también lo estaba don Gervase. Quizá justo detrás de él, observándolo; incluso en aquel mismo instante.

—¿El señor August Catcher? Usted es August Catcher, ¿verdad?

Tom se puso a temblar y giró sobre sus talones, pero, en vez de a don Gervase, vio a una joven alta y esbelta que llevaba un largo abrigo blanco y se encaminaba hacia ellos entre los braseros encendidos. Tenía una sonrisa radiante y unos chispeantes ojos azules e, incluso en la oscuridad, Tom vio que era muy hermosa.

—Tenía que venir a saludarle. —La joven sonrió alargando la mano—. Me llamo Mina Quilt.

En un instante, August se había olvidado por completo de su gran problema y se estaba concentrando en la hermosa aparición que tenía delante. Estrechó la mano a Mina e inclinó la cabeza.

—¿La conozco?

—Todavía no —respondió ella—, pero lo hará enseguida. Voy a quedarme unos días en casa de sir Henry para la inauguración del museo. Soy su prima, ¿sabe?

August estaba totalmente cautivado.

—Bueno, eso es maravilloso, de veras.

Mina miró a Tom y soltó una risita.

—¡August, amigo mío! ¿Dónde te habías metido?

Junto a Mina apareció un hombre alto con un traje de pata de gallo. Era rubio, de constitución fuerte, y tenía la mirada despierta y penetrante de un águila. Sir Henry Scatterhorn, no podía ser otro.

—Buena vista, querida. ¿Dónde estabas, amigo mío? Te hemos estado buscando.

—Oh, ya sabes —respondió August—. He estado experimentando, como

siempre.

—¿Experimentando? —repitió sir Henry enarcando una ceja—. ¿Aquí afuera, en la feria del hielo? ¿Sabes, Mina?, August no puede evitarlo. A diferencia de otros mortales, su mente no está nunca satisfecha. Siempre anda absorto en problemas trascendentales. Eso le pasa por ser uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra.

—Eso he oído —dijo Mina.

August se ruborizó.

—Y mi mejor amigo —añadió sir Henry dando a August una jovial palmada en la espalda. Sus despiertos ojos se detuvieron en Tom, apenas visible bajo el abrigo de pieles de August.

—Supongo que tú debes de ser Tom.

Tom asintió con la cabeza. Por alguna razón, no quería mirar al hermano de su tatarabuelo con demasiada fijeza.

—Bueno, espero que estés vigilando al señor Catcher. Es una caja de sorpresas, ¿sabes?

—Oh, lo está haciendo, no te preocupes —respondió August—. Tom tiene las ideas muy claras.

—Me alegra mucho oír eso —dijo afectuosamente sir Henry—. Me gustan las personas con las ideas claras. Dudar no sirve de nada.

—Desde luego.

—Bien, bien. Oye, Mina, ¿vamos a ver si podemos encontrar la fuente de chocolate? Me han dicho que tiene forma de dragón y que saca chocolate por la boca.

—Qué emocionante.

—Pero debemos encontrarla antes de que lo haga August.

—¿Por qué?

—Bueno, querida. Estoy seguro de que, en cuanto la vea, se le va a ocurrir algún ingenioso modo de conservarla. O peor aún, de convertirla en un dragón de carne y hueso que echa fuego por la boca en vez de chocolate. Y, en ese caso, ¿qué sería de nosotros?

Por un momento, Mina no estuvo segura de si sir Henry bromeaba o hablaba en serio. Entonces, él guiñó un ojo a Tom y August sonrió.

—No os preocupéis —les tranquilizó—. Esperaré a que os hayáis ido.

—Gracias, amigo mío —dijo sir Henry riéndose y estrechándole la mano—. Hasta luego.

—Encantada de conocerle, por fin —dijo Mina con una sonrisa radiante—. Adiós, Tom. —Y, saludándoles con la mano, se agarró al brazo de sir Henry y los dos se alejaron patinando enérgicamente hacia el castillo de hielo.

—Es increíble, ¿no crees? —dijo August, mirando a la elegante pareja mientras se abría paso entre el gentío—. Qué curioso que sir Henry no me la haya mencionado nunca.

Tom no respondió. Estaba pensando en cuán extraño era haber viajado al pasado, y haber acabado conociendo a todas aquellas personas que él había imaginado a partir de lo que Jos le contaba.

Ya había anochecido y la feria del hielo estaba concurridísima. Tom y August se quedaron un rato mirando a un prestidigitador y luego se fueron a visitar el castillo de hielo, donde había niños haciendo carreras de patines. Tom buscó a Noah entre la multitud que rodeaba la fuente de chocolate, pero no logró encontrarlo, aunque sí descubrió que Fénix había encontrado un hogar. Dos niñas estaban sentadas junto a un brasero sosteniendo un cuenco con leche para que el perro se la bebiera.

—Tenías razón, Tom —dijo August tras ver al perro sorber ruidosamente—, está vivísimo; y feliz de estarlo, por lo que parece. Esperemos que tenga mejor suerte esta vez.

Tom no podía estar más de acuerdo con él. Patinaron en silencio durante un rato.

—¿Ha pensado qué va a hacer con su poción? —preguntó Tom—. Ahora que sabe que surte efecto.

August no respondió de inmediato. Obviamente, aquella era una pregunta sobre la que había estado reflexionando.

—No estoy totalmente seguro de que surta efecto —respondió rehuyéndole la mirada—. Pero es muy potente, sin duda. Y puedes apostar lo que sea a que muchas personas querrían que fuera suya.

Se habían alejado del castillo de hielo y estaban parados, contemplando la ciudad, donde había una gran hoguera encendida en la playa.

—Y las personas que ansian una cosa suelen estar dispuestas a hacer lo que sea por conseguirla.

Tom miró las chispas de la hoguera volando como cohetes, y supo que August tenía razón. A fin de cuentas, su padre lo había sacrificado todo por ir en busca del elixir de la vida, la chispa divina. ¿Era posible que August la hubiera encontrado?

Justo entonces se produjo un tumulto alrededor de la hoguera. Al principio parecía que se hubiera iniciado una pelea. Luego se oyó un fuerte relincho y apareció un caballo aterrorizado y encabritado, seguido de un hombre que intentaba cogerlo por la brida.

—¡Tranquilo, chico! ¡Tranquilo! —gritó—. ¡TRANQUILO!

¡ZUUUM!

Se oyó un fuerte silbido de aire en movimiento y el gentío que rodeaba la hoguera se abrió bruscamente, dejando paso al trineo al que estaba uncido el caballo, que se alejó por el hielo con el caballo totalmente desbocado. A bordo, Tom vislumbró un niño de pie, tirando frenéticamente de las riendas.

—¡No puedo dominarlo! —gritó.

El caballo tenía los ojos desorbitados y estaba aterrorizado; y con motivo, porque la cola del trineo estaba ardiendo. Una chispa; un petardo, quizá. El trineo en llamas pasó como un rayo por el mismo centro de la feria del hielo, volcando puestos,

chocando con los braseros y ahuyentando a los patinadores, que se apartaban dando gritos de horror. Cuanto más aprisa galopaba el caballo, más rugían las llamas y, muy pronto, el fuego prendió el asiento del trineo.

—¡Salta, chico! ¡Salta! —gritaban los tenderos y los pescadores, interponiéndose audazmente en el camino del caballo desbocado, blandiendo abrigo y faroles, solo para acabar apartándose en el último segundo para que el trineo en llamas no los arrollara.

—¡Socorro! —gritaba el niño tirando desesperadamente de las riendas mientras las llamas devoraban el trineo. Pero el hielo crujía, el fuego crepitaba y el caballo enloquecido seguía galopando, más aprisa aún, desesperado por huir del fuego que rugía detrás de sus orejas, y no había nada que el niño ni ninguna otra persona pudieran hacer por detenerlo. Haciendo pedazos el guiñol, el caballo corrió despavorido hacia el río. Algunos hombres se pusieron a perseguirlo, pero tuvieron que limitarse a observar cómo el trineo en llamas se internaba en la oscuridad, cada vez más pequeño, de camino al hielo quebradizo...

Segundos después, un fuerte crujido recorrió la superficie del río cuando el hielo se requebrajó. De repente, se abrieron unas fauces enormes y, un momento después, el caballo, el niño y el trineo en llamas cayeron a las gélidas aguas, que los engulleron entre chisporroteos.

Un grupo de hombres con antorchas corrió hasta el agujero y pronto se les unió una multitud sin aliento, que se apiñó alrededor del dentado borde del hielo y escrutó las turbias aguas.

—¿Dónde está...? ¡Ruego a Dios que esté bien!

Una angustiada mujer se abrió paso entre el gentío y, cuando llegó al borde del agua, Tom la reconoció al instante. Era la rubicunda sirvienta con quien se había encontrado en el pasillo durante su primera visita a Catcher Hall. La mujer miró las grises aguas con desesperación.

—¿Está ahí? ¿Está ahí dentro? ¡Sacadlo, por lo que más queráis! —chilló.

Los hombres que llevaban las antorchas se agacharon hasta el nivel del agua, intentando ver algo en la oscuridad.

—¡Ahí está! —gritó alguien—. ¡Ahí!

Al final de la grieta, se veía una forma gris dándose contra el borde del hielo. De inmediato, un hombre se tendió boca abajo y, arrastrándose, metió el brazo en el agua.

—Por-favor, Dios mío, que Abel esté bien... por favor, Dios mío, que no se haya ahogado —gimió la mujer—. Por favor, Dios mío...

El hombre agarró la forma gris por el pescuezo.

—¡Madre!

La voz de un muchacho atravesó la multitud.

—¡Madre, estoy aquí! Estoy aquí...

La mujer se volvió rápidamente y dio un pequeño grito cuando Abel apareció en

el borde del agua, resollando y con las mejillas coloradas.

—Estoy aquí.

—Oh, gracias a Dios —gritó ella, y corriendo hacia él lo estrechó entre sus brazos—. Cuando he visto ese trineo con tu caballo nuevo, he pensado... he pensado...

Pero Abel no la escuchaba; estaba aterrorizado, mirando a los hombres mientras sacaban el pequeño cuerpo gris del agua y, cuando lo hubieron hecho, gritó y se tapó la cara con las manos. Entonces, su madre dejó de sollozar y miró también el cuerpecillo tendido en el hielo. Era Noah.

—No...

La mujer se desplomó inconsciente. El médico ya estaba arrodillado junto a Noah, aporreándole el pecho, intentando vaciarle los pulmones de agua.

—A ver, déjeme a mí —gruñó un hombre corpulento, apartando al médico de un empujón. Comenzó a aspirar grandes bocanadas de aire y a soplar rítmicamente en la boca del niño. Pero Noah no se movía. Estaba blanco como el papel y sus labios habían adquirido una tonalidad azulada.

—Yo solo le he dicho que lo probara. No sabía que se iba a encabritar, lo juro por Dios —farfulló Abel. Estaba temblando inconsolablemente.

El corpulento hombre se apartó y, a continuación, el médico volvió a golpear el pecho a Noah, pero, al cabo de uno o dos minutos también él se sentó exhausto. Se hizo un silencio sepulcral mientras todos miraban el cuerpo sin vida de Noah. El médico negó con la cabeza. Una mujer se puso a llorar entre el gentío.

Tom lanzó una mirada a August, que se encontraba en la parte más alejada de la grieta. Tenía la frente arrugada y estaba mirando gravemente la pálida cara de Noah, tendido en el hielo. «¿Por qué no usa su poción? ¿Por qué?». Tom tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse y no ponerse a gritar. Quería obligar a August a resucitar a Noah. Pero cuando August alzó la vista, lo miró y le transmitió, negando casi imperceptiblemente con la cabeza, todo lo que necesitaba saber. No estaba dispuesto a utilizar su poder en público. Era demasiado peligroso.

Y allí, de pie entre las sombras detrás de Tom, estaba Lotus Askary. También ella miró el cuerpo sin vida de Noah. Luego, sus ojos recorrieron la multitud con curiosidad, observando a las muchas personas que se habían puesto a llorar. Tenía una expresión de desconcierto, como si nunca hubiera visto llorar a nadie hasta entonces y fuera incapaz de entenderlo. ¿Por qué diablos lloraban?

El cadáver de Noah fue cubierto con una áspera manta, y poco a poco la multitud comenzó a dispersarse, alejándose en pesarosos grupos de pocas personas. En la feria del hielo reinaba ahora el abatimiento mientras los tenderos recogían los restos de sus puestos y las madres reunían a sus hijos para llevárselos a casa. Tom y August regresaron a Catcher Hall sin decir una palabra. Durante todo el trayecto, Tom estuvo intentando comprender, razonar; pero no pudo. La frustración lo quemaba por dentro.

—Cierra la puerta, Tom —dijo August en voz baja cuando entró en el estudio y se desplomó en un sillón. Llevándose la mano a los ojos, se los restregó y miró

desanimadamente al suelo, absorto en sus pensamientos. Tom hizo lo que le pedía, pero estaba demasiado enfadado para sentarse. Ya no podía seguir conteniéndose.

—¡Debería haberlo salvado! —gritó—. ¿Por qué no lo ha hecho?

—No podía salvarlo, Tom.

—¡Eso NO ES CIERTO! Usted sabe que no lo es.

August lo miró indignado.

—¿Te imaginas qué pasaría si todo el mundo lo supiera? —le espetó—. La muerte, el azar, el destino, todos forman parte de la vida. Nosotros no podemos cambiar eso. No podemos cambiar las reglas de la naturaleza.

—¡Pero usted la utiliza con los especímenes de su museo! ¿Qué tiene eso de distinto?

—¡Eso es por efectismo! No están realmente vivos como individuos, porque los he creado yo. Están hechos de alambre, madera y periódicos. ¡Son títeres, Tom! ¡No están vivos! ¡No son reales!

—¡El cachorro sí era real! ¡Las anguilas sí eran reales!

—Sí, lo eran, lo eran —respondió August, que parecía haberse olvidado transitoriamente de lo que había sucedido hacía una hora—, pero ¡son... animales pequeños! ¡Que yo sepa, podrían volver a estar muertos!

—Siguen vivos, estoy seguro —respondió Tom con indignación. Conocía perfectamente la potencia de la poción de August, pero incluso ahora, con la sangre bulléndole en las venas, seguía sin poder reunir el valor necesario para decírselo.

—Además —dijo August con voz cansada—, no estoy seguro de que surta efecto en un ser humano. ¿Y si algo saliera mal?

—¿Cómo va a averiguarlo si no está dispuesto a probarlo?

August se asomó a la ventana, miró las luces del puerto y negó con la cabeza. Por alguna razón, los sucesos de aquella noche lo habían cambiado todo. De pronto, aquella poción era como una pesada piedra que le hubieran colgado de una soga alrededor del cuello.

—Yo no quiero poseer el poder de la vida y la muerte —dijo por fin—. Soy taxidermista, químico, incluso inventor; sí, lo soy. Pero no soy juez. Y no quiero esa... responsabilidad. ¿La querrías tú?

Tom quería decir que sí, pero no estaba seguro. Si aquello hubiera sido un cuento de hadas, él habría sabido la respuesta. Debía aceptar el poder y utilizarlo como una fuerza del bien para cambiar la naturaleza, cambiar el mundo. Pero aquello no era un cuento de hadas, y Noah estaba muerto de verdad. ¿Era legítimo cambiar el destino? ¿Debía morir Noah? Tom no lo sabía; de lo único que estaba seguro era de que podía haberlo salvado y, ahora, por algún motivo, su muerte le pesaba en la conciencia. Con eso le bastaba.

12 La noche de la inauguración

A la mañana siguiente, el clima de tristeza continuó en Catcher Hall. Tom estuvo sentado a la mesa con aire abatido, jugueteando con el desayuno. En el otro extremo, August se tomó su café en silencio, con la cabeza enterrada en una publicación científica. Para cuando dieron las nueve, Tom se estaba preguntando si no sería hora de regresar a su mundo. ¿Tenía algún sentido seguir allí? No mucho, a su juicio. Distraídamente, deslizó el chuchillo por debajo de una tostada. Iba a echarlo a cara o cruz. Si caía por el lado quemado, se iría; si lo hacía por el de la mantequilla, se quedaría. Alzó el puño y estaba a punto de dejarlo caer sobre el mango del cuchillo cuando llamaron enérgicamente a la puerta. Se oyeron pasos en el vestíbulo y, un momento después, sir Henry irrumpió en el comedor con las mejillas coloradas.

—¡August! —gritó—. ¡Tienes que venir conmigo ahora mismo!

August alzó distraídamente la vista, absorto en cálculos químicos. Era como si una enorme bola de fuego hubiera irrumpido en la puerta.

—Siéntate y tómate un café.

—Me temo que el café va a tener que esperar. Insisto en que vengas inmediatamente al museo.

Sir Henry comenzó a pasearse de un lado al otro frotándose las manos con impaciencia.

—¡Inmediatamente!

—¿Ha pasado algo? —preguntó August preocupado.

—¡Ha pasado todo! ¡Todo, August! El museo está por fin terminado, y es formidable. ¡Formidable! Insisto en que lo veas antes que nadie, y tú también, Tom. Salgamos pitando, amigos. El carruaje nos está esperando.

Tom vio que sir Henry era un hombre con un entusiasmo desbordante que no estaba habituado a admitir un no por respuesta. Suspirando, August se levantó de la mesa y salió obedientemente al vestíbulo.

—Tú sabes perfectamente que ya lo he visto todo —dijo poniéndose pacientemente el sombrero.

—¡Pues claro, amigo mío! Pues claro: lo has hecho tú. ¡Pero ahora está terminado! ¡*Finito!* Bueno, casi.

—¿Casi? —repitió August—. Pero ¡la inauguración es esta noche!

—Se me ha ocurrido una idea más; luego te la cuento. ¡Venga, venga!

Sir Henry los instó a bajar las escaleras y subirse al carruaje que los estaba esperando. Tras cerrar la puerta, golpeó el techo con su bastón y el cochero comenzó a bajar la colina a una velocidad de vértigo. Sir Henry se pasó todo el trayecto hablando del museo y del suntuoso baile de inauguración que iba a celebrarse esa noche y Tom sintió que su vitalidad comenzaba a derretirle el hielo que notaba en el corazón. Era como estar cerca del sol y cuando llegaron a las puertas del museo Tom casi había olvidado la tragedia de la noche anterior y estaba también lleno de

expectación.

—¿Emocionados, amigos? —Sir Henry sonrió con satisfacción—. Dios sabe que yo sí lo estoy.

El carruaje se detuvo y, abriendo enérgicamente la puerta, sir Henry saltó a la acera. Al alzar la vista, Tom vio la familiar fachada del Museo Scatterhorn, pero no estaba preparado para lo distinta que parecía ahora que estaba nueva. Se perfilaba nítida y reluciente bajo el centelleante sol de invierno.

—¿Dios salve al rey? —dijo August leyendo la placa de piedra que los trabajadores estaban colocando entre los dos dragones que coronaban la entrada.

—¡Pues claro! ¿Por qué no? —exclamó sin Henry subiendo las escaleras al trote—. Es muy importante obtener la aprobación real.

—¿La tienes?

—¡No, no, no! Pero la intención es lo que cuenta. Anda, ¡daos prisa!

Dentro era un hervidero de actividad mientras se ultimaban los preparativos para la suntuosa fiesta. Guirnaldas de tela adornaban el techo y en el vestíbulo estaban erigiendo pirámides de copas de champán. Sir Henry comenzó a dar órdenes mientras hacía simultáneamente una visita guiada relámpago por el museo con August y Tom.

—Primero, el visitante se encuentra con la inmensidad ártica de Groenlandia, que da paso a las frondosas selvas del Amazonas y, seguidamente, a las interminables llanuras de África —dijo con entusiasmo, abarcando la sala con las manos—, y allí...

Pero Tom no lo escuchaba. Solo estaba mirando boquiabierto a su alrededor. No podía creer lo vibrante y deslumbrante que estaba todo. Los colores eran excepcionales. La selva lluviosa tropical tenía un intenso color verde botella, el zorro polar era de un blanco cegador, casi invisible en la nieve. El árbol de los colibríes vibraba y centelleaba con todos los colores del arco iris e incluso el mamut parecía real. Tom miró todo lo que él conocía tan bien como si lo estuviera viendo por primera vez, justo como quería August. «Qué potente debe de ser la poción», pensó.

—Es un triunfo —dijo August con admiración.

—Un triunfo de los dos —lo corrigió sir Henry. Y estoy seguro de que a los escritorzuelos de la prensa va a encantarles.

—Sir Henry Scatterhorn, el gran explorador y coleccionista —anunció August con una sonrisa escribiendo letras imaginarias en el aire.

—Y August Catcher, el gran taxidermista —continuó sir Henry—, han creado la que es casi con toda seguridad una de las mejores colecciones de especímenes de Inglaterra. —Sir Henry miró con admiración las vitrinas que los rodeaban.

—Realmente, no sé cómo has conseguido que parezcan tan vivos, August. Es magia.

Se detuvo delante del gorila, sentado en la horcadura de su árbol.

—Un día, espero que este museo se utilice como un cofre de rarezas. Para que las personas vengan a admirar animales que quizá ya no existan en estado salvaje.

—O animales que, de hecho, no han existido nunca en estado salvaje —dijo

August sonriendo—, dando una cordial palmadita al mamut.

—En efecto —dijo sir Henry riéndose—, pero es idéntico a un mamut de verdad y, además, ¿quién va a saberlo? Venid, quiero enseñaros una cosa a los dos.

Sorteando a cocineros y camareros, sir Henry subió las escaleras hasta un receso vacío del rellano. Estaba ocupado por un macizo de flores, pero faltaba algo y, por un momento, Tom no recordó qué era.

—¿No os parece —dijo sir Henry, entrando en el receso— que esto queda un poco vacío, comparado con los deslumbrantes paisajes de abajo?

August se encogió de hombros. Pensándolo bien, parecía un poco pobre.

—Yo también lo creo. Entonces, ¿qué os parece poner un animal salvaje, feroz y asesino como un...?

—¿Tigre? —sugirió solícitamente Tom.

Acababa de acordarse y no había podido contenerse. Sir Henry lo miró con curiosidad: aquel niño era francamente perspicaz.

—Eso es, Tom, eso es —dijo—. Imagínatelo, August, un felino enorme, fulminando a los visitantes con la mirada cuando suben por las escaleras.

No le hizo falta convencer a August.

—Una sugerencia brillante —comentó él riéndose—, pero ¿dónde diablos vas a encontrar...?

—Aquí.

Sir Henry se metió la mano en la chaqueta y, sacando un pequeño recorte de periódico doblado, se lo dio a August para que lo leyera.

—Cuatrocientos aldeanos, incluyendo a la hija del marajá de Champawander —dijo él con incredulidad—. Salvaje parece, desde luego.

—Todavía hay más —añadió sir Henry guiñando un ojo a Tom—• Hay más.

August leyó el final del artículo.

—¿La recompensa es un zafiro en bruto, el más grande de su colección?

—¡Imagínatelo! —A sir Henry le brillaban los ojos—. Vamos a ir, amigo mío, vamos a ir. Yo lo mataré, tú lo disecarás y Mina escribirá el relato de nuestra aventura.

—¿Mina?

—Por supuesto. ¿Te acuerdas de Mina?

—¿Cómo iba a olvidarla?

—Bueno, ella se crió en la India. Lo sabe todo sobre tigres, serpientes, elefantes, todo. Es mucho más valiente que tú o que yo, ¿sabes?

August no supo qué decir. Hasta entonces, nunca había acompañado a sir Henry en ninguna de sus expediciones. Ahora tenía la oportunidad... y, naturalmente, estaba la deliciosa Mina.

—¿Y bien? —dijo sir Henry expectante.

August se dejó contagiar por el entusiasmo de sir Henry.

—¿Cuándo nos vamos?

—¡Mañana, por supuesto! —dijo jubilosamente sir Henry, dando a August una palmada en la espalda—. Después del baile, amigo mío. Después del baile.

Mientras subía las escaleras del Museo Scatterhorn aquella noche, Tom se hizo la promesa de llamar la menor atención posible. Se había pasado casi toda la tarde mirando en los armarios de August, buscando ropa apropiada para la suntuosa inauguración, y finalmente había encontrado un incómodo traje viejo que August había llevado en la escuela. Tenía un chaleco y un rígido cuello blanco, y era tan incómodo y ridículo que Tom se preguntó si sería capaz de aguantar durante toda la velada sin quitarse alguna pieza. Y para empeorar aún más las cosas, August había insistido en que se peinara hacia atrás con gomina. Tom tenía la sensación de estar asistiendo a una horrible fiesta de disfraces. Pero no debería haberse preocupado, porque, al entrar en el vestíbulo, vio que no era el único. Allí había gente con disfraces de todo tipo. Había mercaderes con fajas rosas y bigotes de foca, rubicundos granjeros con inmensas patillas que llevaban trajes de tweed con polainas azules, soldados con casacas rojas y pantalones de cuadros, con damas del brazo. En el centro del vestíbulo estaba sir Henry, tan ágil y elegante como un león, aceptando cortésmente las felicitaciones de sus invitados. Y también estaba August, que en ese momento gritaba a la trompetilla de un hombre anciano que llevaba un abrigo azul de terciopelo.

Pasando del perfumado vestíbulo a la sala principal del museo, Tom descubrió que la habían transformado en un salón de baile. Había parejas bailando alrededor del mamut al vertiginoso son de una banda pequeña pero muy entusiasta. Allí estaba el pájaro dodo, con una guirnalda alrededor del cuello, y el gorila, sentado en su árbol con un sombrero de paja en la cabeza. ¿Estaba moviendo los dedos al son de la música? De ser así, nadie lo había notado. Tom se apoyó en una columna, desde donde podía contemplarlo todo. El pasado era un lugar mucho más animado y colorido de lo que había imaginado. Quizá parecía serio y melancólico porque todas las viejas fotografías eran en blanco y negro, pero estaba resultando ser algo completamente distinto. El pasado era peligroso, sin duda, y también brutal, pero también era colorido y animado. De hecho, le gustaba bastante.

—Burdo Yarker es todo un personaje.

August había aparecido al lado de Tom.

—¿Quién?

—El señor mayor de la trompetilla. No hay nada que le guste más que subirse a los árboles por la noche y meterse huevos de pájaro en la boca.

Tom miró al escuálido caballero, que estaba mirando el pájaro dodo. Era una de las cosas más insólitas que había oído en su vida.

—¿Por qué lo hace?

—Dios sabe por qué. Por la emoción, quizá. Y luego vuelve a dejar los huevos en el nido y el pájaro sigue incubándolos. —August se rió entre dientes—. Desde luego, me ha enseñado de pájaros más que nadie. El fue quien me dio los dibujos del pájaro

dodo, de hecho. —Miró hacia el lugar de la pista de baile donde un joven alto estaba bailando con una muchacha vestida con un centelleante vestido azul turquesa.

—Es hermosa, ¿verdad?

Tom siguió su mirada y vio que se refería a Mina Quilt. August la saludó y, en un instante, ella se había acercado hasta ellos como una golondrina.

—August Catcher, ¡eres un genio! —afirmó, y antes de que tuviera tiempo de responder, ya lo había sacado a la pista de baile.

—Estoy impresionadísima.

—Yo no sería nada sin mi mecenas.

—Bah, eres demasiado modesto —bromeó ella—, y tú lo sabes.

August se inclinó ante ella y, colocándole una mano en el hombro, comenzaron a bailar. Al mirarse la manga, August se dio cuenta que se había metido distraídamente en ella su pañuelo violeta. Daba igual.

—Sir Henry me ha explicado lo de nuestra aventura. Es muy emocionante.

—Lo es.

—Y ya me ha prometido que me regalará el zafiro —añadió Mina riéndose—. ¿Crees realmente que lo conseguiremos?

—Por supuesto.

—Y si lo hacemos, ¿me sentaría bien? —Mina giró sobre sí misma, una nebulosa de vivo color azul—. ¿Qué opinas, August?

August se quedó deslumbrado. Estaba completamente seguro de no haber visto a nadie tan hermoso en toda su vida.

—Querida, te sentaría mejor que nada en este mundo —dijo. Y, en ese momento, se le ocurrió una idea. ¿Qué pasaría si fuera él, y no sir Henry, quien se lo regalara? Mina lo miró y le sonrió.

—Eres muy amable. A lo mejor combinará con este vestido. Es un regalo de sir Henry, ¿sabes? Míralo con más atención: es bastante curioso.

August le miró el hombro. Bajo el delicado encaje, había centenares de pequeñas mariposas azules iridiscentes.

—*Evenus coronata* —susurró maravillado por las criaturas ocultas bajo el encaje.

—De la selva lluviosa sudamericana, lo sé —dijo Mina—. Sir Henry me ha estado hablando de ellas.

—Qué extraordinario. De veras, es...

Entonces, August se acordó de su pañuelo violeta. ¿Y si el olor...? Pero ya era demasiado tarde, porque notó que la mariposa que tenía bajo la mano comenzaba a aletear.

—Precioso —dijo August, sonriéndole con nerviosismo e intentando tapar discretamente con la mano la diminuta criatura que se estaba abriendo paso hasta el borde de su vestido—• Vaya fiesta.

Mina sonrió educadamente e intentó ignorar la mano de August, cada vez más próxima a su cuello, hasta que, de pronto, la mariposa halló un hueco en el encaje y,

colándose entre los dedos de August, alzó el vuelo en dirección a la araña de luces. August se quedó desconcertado.

—¡Cielos! Esto... —se rió incómodamente—. Tu vestido, Mina, parece...

Estaba a punto de disculparse cuando la expresión de asombro de Mina lo detuvo. La muchacha estaba boquiabierta mirando la mariposa.

—Parece que, después de todo, no estaban tan muertas —farfulló él—. Las sustancias químicas pueden ser tremendamente inestables. Creo que el calor ha debido de despertarlas.

Mina estaba demasiado hechizada para responder. Siguieron bailando, observando a aquellas brillantes criaturitas mientras alzaban una a una el vuelo como un haz de lucecillas azules. Nadie más pareció darse cuenta. Por fin, Mina se volvió hacia August y lo miró con curiosidad.

—No estoy segura de si creerte, ¿sabes?

—¿Qué?

—Cuando dices que las ha despertado el calor —dijo soltando una risita—. Creo que tú has tenido algo que ver con esto, August Catcher.

—¿Yo? —respondió August obligándose a sonreír—. Yo diseco animales, Mina, no los resucito.

Mina se sonrió.

—¿Estás completamente seguro de eso?

—Por supuesto —vociferó él ruborizándose—. ¿Cómo no iba a estarlo? Es científicamente imposible.

Pero incluso mientras lo negaba, se le pasó por la cabeza otra idea más siniestra. Su invento podía ayudarle a conseguir lo que quería...

—Sí, lo siento —dijo Mina ruborizándose—. Por supuesto, tú debes saberlo mejor que nadie. Qué tonta soy.

—No eres nada tonta, querida. —August se inclinó cortés-mente ante ella—. Solo imaginativa. Y eso no tiene nada de malo.

Y se perdieron entre el resto de los bailarines.

—¡Ah, Tom! Estás ahí.

Tom estaba volviendo abajo con un vaso lleno de sorbete de limón cuando vio a sir Henry saludándolo alegremente y abandonando la pista de baile para ir a su encuentro.

—Una fiesta por todo lo alto, ¿no crees? —Sonrió haciéndole una seña para que se acercara, y Tom estaba a punto de responderle cuando una alta silueta emergió de detrás del gorila.

—Caramba, pero si es sir Henry Scatterhorn en persona —dijo una familiar voz cavernosa—. ¿Me permite que me presente?

Tom se estremeció al notar que el aire se enfriaba bruscamente a su alrededor. Se ocultó aprisa tras una columna. ¿Podía ser...?

—Me llamo don Gervase Askary.

—Encantado —dijo cortésmente sir Henry, estrechando la mano larga y huesuda de aquel hombre tan peculiar que le sacaba un palmo.

—He llegado de Holanda hace unos días y, al saber de su nuevo museo y sus extraordinarios especímenes, me he sentido en la obligación de hacerle una visita.

—Bueno, me... esto... me siento halagado, señor.

—Dígame, sir Henry —continuó don Gervase—, ¿cómo es que todos parecen tan... vivos?

—Si me permite hacerle una sugerencia, don Gervase —respondió sir Henry sonriendo—, se lo está preguntando al hombre equivocado.

—¿Ah sí?

Don Gervase arrugó la frente y se esforzó por parecer lo más confuso posible.

—Pero creía que este era el Museo Scatterhorn.

—Lo es, mi querido amigo —lo corrigió sir Henry—, lo es. No obstante, yo solo soy el coleccionista. August Catcher es el artista, y aquí viene.

Tom se asomó por la columna y vio a August salir de la pista de baile sin aliento.

—¡August! —exclamó sir Henry al tiempo que le daba una palmada en la espalda—. Permíteme que te presente a don Gervase Askary.

Don Gervase se inclinó ante él y sonrió, enseñándole sus dientecillos cariados.

—¿Cómo está usted?

—Don Gervase acaba de llegar procedente de Holanda —explicó sir Henry— y está tan impresionado con tus creaciones que quiere conocer todos los secretos de tu oficio. ¿Qué te parece, eh?

August seguía con la atención puesta en Mina, que estaba dando vueltas en la pista de baile en brazos de una nueva pareja.

—Sí, señor Catcher —levantó la voz don Gervase—. La química es una de mis aficiones. Sus preparaciones deben de ser muy complejas.

—Oh, realmente no —respondió August con aire distraído—. Una pizca de esto, otra de aquello. Lo habitual. Es una combinación de paciencia, suerte y técnica.

Mina se cruzó con su mirada y lo saludó, y August le devolvió el saludo.

—Solo paciencia, suerte y técnica.

—¿Y ya está?

—En efecto. Es cuestión de ir probando, amigo mío.

Don Gervase ladeó su enorme cabeza, no creyéndose, claramente, ni una sola palabra. No le gustaba nada que se lo quitaran de encima de aquella forma.

—Entonces, tendrán que tener mucha paciencia y mucha suerte —continuó un poco irritado—, y quizá también algo de técnica, cuando maten a ese tigre asesino.

Ante la mención del tigre, tanto August como sir Henry se volvieron y lo miraron con asombro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó sir Henry, claramente intrigado.

—Yo...

—¿Y cómo es posible que se haya enterado? —añadió August.

Le picaba la curiosidad.

—Bueno, un pajarito... mi... esto... hija, de hecho —farfulló don Gervase, dándose cuenta enseguida de que acababa de colocarse en una situación muy embarazosa.

—¿Su hija?

—*Jawohl. Meine Tochter.*

Don Gervase acababa de meter la pata un poco más hondo. August y sir Henry estaban completamente desconcertados.

—¡Menuda imaginación tiene! —afirmó—. ¡Increíble! Me ha dicho: «Papá, imagínate si se fueran a la India a matar a ese tigre asesino, lo bien que quedaría al final de las escaleras. ¿Sí? ¿No?». —Don Gervase se encogió de hombros y siguió parlotando—. Yo le he dicho que claro que sí, *meine Liebe*, pero que también quieren conseguir el zafiro, ¡caramba, cómo no! ¡Sí! ¡O sea, sí! ¡Conseguir el zafiro! Hacerle un *cadeau* en secreto a la chica. Pero solo se lo puede regalar uno. *Ein. Un.* Y eso va a ser *eine Katastrophe. Desastro per tutti. Absoluto tragicissimo.* ¿No?

Sonrió jovialmente y se rascó el pecho. Sir Henry y August se quedaron boquiabiertos, mirando a aquel hombre de lechosos ojos amarillos y enorme cabeza bulbosa.

—Disculpen —don Gervase se inclinó ante ellos—, pero hablar de banalidades no es mi fuerte. Hasta luego.

Girando sobre sus talones, se perdió entre la multitud.

August y sir Henry se quedaron un momento callados, intentando hallar alguna lógica a la insólita actuación de don Gervase. Había muchas probabilidades de que fuera un loco y, no obstante, ¿cómo era posible que supiera lo del tigre y lo del zafiro? ¿Y que los dos habían prometido regalárselo a Mina a escondidas?

—Qué tipo tan curioso —dijo sir Henry rompiendo por fin el silencio—. No sabrá leer el pensamiento, ¿verdad?

—No tengo ni idea —respondió August, igual de perplejo—, pero algo me dice que vamos a volver a verlo.

Nada más irse don Gervase, una mujer gruesa enfundada de pies a cabeza en un vestido de tafetán morado fue resueltamente al encuentro de sir Henry.

—Ah, señora Spong, siempre es un placer.

—¡Sir Henry! —gritó ella tan fuerte como una cacatúa—. Este museo suyo está muy bien, pero tengo una queja.

—¿Y cuál es, señora?

—El pájaro dodo, señor. ¡Es clavadito a mi hermana! —Y se rió a carcajadas.

—Mucho me temo que tiene usted razón —admitió August disimulando una sonrisa irónica. Escurriéndose por detrás de la columna, casi se tropezó con Tom, que lo había estado escuchando todo.

—¿Tom? ¿Qué diablos estás haciendo aquí escondido?

—Esto... yo... esto... no lo sé, la verdad —farfulló Tom poniéndose de pie—. Lo

siento. Solo estaba echándome una cabezadita.

—¿Echándote una cabezadita? ¿Con todo este barullo? ¿Qué te pasa, chico?

Tom bajó incómodamente la mirada. No estaba preparado para admitir que se escondía de don Gervase. Y tras escuchar la conversación, ahora había otra cosa que le pesaba en la conciencia.

—Señor August...

—¿Qué pasa, Tom?

Tom vaciló: era muy difícil saber qué iba a suceder a continuación... Si tío Jos estaba en lo cierto... ¿Y si no lo estaba?

—He estado pensando y creo que... esto... quizá no sea buena idea que usted, Mina y sir Henry vayan a la India.

Ya estaba. Lo había dicho. August lo miró sin comprender.

—Dime, ¿por qué demonios crees eso?

Tom se esforzó por encontrar las palabras justas. El ceñido traje le picaba más que nunca.

—No sé... Es solo... es solo que tengo la sensación de que va a pasar algo malo, eso es todo. Algo de lo que quizá luego se arrepientan.

August enarcó las cejas.

—¡No puede ser! ¿Cómo es que estoy rodeado de personas que me leen el pensamiento? Hace solo un momento, un tipo rarísimo al que no había visto en mi vida parecía saberlo todo sobre el tigre y sobre el zafiro.

Tom no tenía nada que decir. Se limitó a encogerse de hombros.

—Sí, es un hombre un poco raro.

August lo miró con asombro.

—¿Quieres decir que lo conoces? ¿A don Gervase no sé qué?

—Oh, nos vimos hace mucho —se apresuró a decir Tom—. Yo... bueno... no lo conozco muy bien.

—Vaya.

August se quedó mirándolo fijamente. Aquel niño tenía algo muy poco corriente, algo que se le escapaba. Tom le rehuyó la mirada.

—Bueno, pese a tu premonición, voy a ir —dijo firmemente August, volviendo a mirar hacia la pista de baile—. Y, además —añadió bajando la voz—, yo me ocuparé de que no pase nada malo.

Tom no supo a qué se refería.

—¿Qué quiere decir?

—Justo eso, Tom. Justo eso.

August siguió mirando a los bailarines con los ojos de par en par. Tenía una expresión extraña que Tom no había visto jamás.

—Ahora las cosas han cambiado. Tenlo por seguro.

Con una sonrisa en los labios, fue hasta un grupo de granjeros que estaban admirando el pájaro dodo.

Tom lo siguió con la mirada, preguntándose qué había querido decir. ¿De qué forma había cambiado todo? Quizá estuviera relacionado con Mina y el zafiro, o con alguna otra cosa. Pero antes de poder decidir qué era, notó un escalofrío en el espinazo.

—Ejem.

Alguien se había aclarado la garganta justo detrás de él y, girando sobre sus talones, Tom se encontró cara a cara con don Gervase. Se sorprendió tanto que se le escapó un grito y retrocedió hasta pegarse a la columna.

—Vaya, vaya.

Don Gervase se agachó para inspeccionarlo con sus enormes ojos lechosos.

—Tom Scatterhorn, ¿verdad? Volvemos a vernos. Qué sorpresa tan inesperada.

13 La curiosidad mata al gato

Tom se removió incómodamente en su sitio. Aquello era precisamente lo que esperaba que no ocurriera.

—Hola —dijo en voz baja.

Don Gervase se encorvó para ver mejor al delgado niño rubio que tenía frente a él y Tom se pegó aún más a la columna. Aunque don Gervase lo estaba inspeccionando concienzudamente de arriba abajo, Tom presintió que no terminaba de ubicarlo. Quizá se debiera a lo cambiado que estaba con aquel traje. Y a eso había que sumar el pelo, que no llevaba revuelto, sino alisado y pulcramente peinado hacia atrás por insistencia de August.

—Creo que ya nos conocemos, ¿verdad? —dijo don Gervase con cierta vacilación en la voz.

—No creo.

—Qué cosa más rara. Quizá seas otro Tom Scatterhorn.

—Quizá.

—Hummm. Eso sí que sería una coincidencia. Dos Tom Scatterhorn, ¿qué te parece?

Don Gervase se enderezó sopesando qué hacer a continuación. Entonces probó con otra táctica.

—¿Sabes?, el Tom Scatterhorn que yo conozco es un mocoso delgaducho y testarudo cuyos padres lo han dejado con su viejo tío loco. El está muy preocupado por ellos, y debería estarlo. —Don Gervase se quedó callado para que sus palabras surtieran más efecto y miró altivamente a Tom—. Entonces, ¿ese no eres tú?

Tom notó que estaba a punto de estallar, pero sabía que eso era precisamente lo que quería don Gervase. Haciendo un gran esfuerzo, se contuvo.

—No —dijo con indiferencia—. No tengo ningún tío. No tengo ni idea de a quién se refiere usted.

—Me alegro —respondió don Gervase bajando la voz en un susurro—, porque, si lo fueras, yo te aconsejaría que anduvieras con mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Porque podrías estarte entrometiendo en asuntos que no te incumben.

—Ah, ¿sí?

Don Gervase se pasó la lengua por los labios resecos.

—Si lo fueras... sería una lástima.

Don Gervase le sonrió amenazadoramente y Tom estaba a punto de intentar poner fin a aquella conversación tan incómoda cuando ocurrió algo extrañísimo... Una mariposilla de hermosas alas azules apareció justo sobre la cabeza de don Gervase y comenzó a volar a su alrededor con curiosidad. El hombre alto se quedó momentáneamente sin habla, siguiendo a la minúscula criatura con sus enormes ojos amarillos mientras la mariposilla trazaba círculos descendentes que eran cada vez

menores hasta que acabó posándose en la punta de su nariz.

—¿Qué clase de magia es esta? —refunfuñó en voz baja.

«August... —pensó Tom—. Un nuevo truco».

—¡Aaayyy!

Se oyó un fuerte chillido en el otro extremo de la sala y, al volverse, Tom vio a la señora Spong cayendo al suelo como un árbol talado. Los bailarines se acercaron de inmediato a abanicarle el ancho cuello, por el que ahora caminaban al menos una decena de mariposas azules.

—¡La señora necesita aire! —gritó una voz entre el gentío—. ¡Dejen paso!

Varios hombres fornidos se adelantaron y, cogiendo a la pobre señora Spong cada uno por una extremidad, se la llevaron hacia la puerta como si fuera un fardo. Mientras lo hacían, más y más mariposas comenzaron a bajar desde las vigas del techo, buscando alimento en los coloridos vestidos de las mujeres. Muy pronto las mariposillas azules habían llenado la sala cual confeti y los chillidos de pánico dieron paso a gritos de «¡Bravo!», «¡Viva!» y «¡Tres hurras por sir Henry!», como si todo respondiera a alguna clase de truco maravilloso.

Sir Henry saludó y sonrió cortésmente sin tener la menor idea de lo que había ocurrido. Y entonces, cuando una audaz mariposa se la posó en la mano con la que estaba saludando, el público comenzó a aplaudir espontáneamente. Era el momento ideal para escapar. Dejando a don Gervase hipnotizado con la mariposa azul que tenía posada en la nariz, Tom se perdió entre el gentío y se abrió paso hasta la puerta. Cogió su grueso abrigo de lana y su gorro, bajó las escaleras del museo y echó a correr por las nevadas calles.

¿Dónde debía ir? Donde fuera, daba igual. Subiéndose el cuello del abrigo, se puso a caminar contra el viento mientras intentaba encontrar sentido a lo ocurrido. Don Gervase lo había amenazado, de eso estaba seguro, y su ridícula actuación no había engañado a nadie. Pero ¿qué era lo que realmente le interesaba? ¿Los secretos de August? ¿O el zafiro? ¿O entre ambas cosas había alguna relación? Tom barajó varias posibilidades, pero no supo con cuál quedarse y, antes de darse cuenta, volvía a encontrarse junto al río helado. De no haber estado tan absorto en sus pensamientos, quizá habría reparado en que lo seguía una esbelta figura con un abrigo blanco de pieles.

El panorama que tenía ante él era muy parecido al de la noche anterior. Los puestos de feria estaban muy concurridos y el castillo de hielo estaba repleto de niños haciendo carreras y arrojándose bolas de nieve. La única diferencia se encontraba en el centro del río, donde habían colocado una guirnalda de luces. Debajo, Tom vio las siluetas de unos operarios que cercaban el inmenso agujero en el hielo que se había tragado al caballo y el trineo. Y a Noah. Súbitamente, volvió a recordar aquellas grises fauces y las pálidas caras mirando el cuerpo sin vida tendido sobre el hielo. Noah debía de tener más o menos su edad. Tom se estremeció y se arrebujó en el abrigo. Qué cruel parecía el destino. Sabía que deberían haber intervenido. August

debería haber hecho algo. Justo cuando la frustración comenzaba a embargarle de nuevo, miró hacia los patinadores y sus ojos se cruzaron con los de un muchacho demacrado y encogido que llevaba a una mujer del brazo. Eran Abel y su madre. Alzó la mano e intentó sonreír, pero Abel siguió mirando al frente, como si Tom no estuviera allí.

Él y su madre pasaron en silencio por delante de él, mirando ciegamente al frente, como si estuvieran en un sueño.

—Es extraño, ¿verdad? Que algunas personas sobrevivan y otras... no.

Tom reconoció la voz. Era Lotus detrás de él. Lo estaba mirando fijamente.

—Tú eres el aprendiz de August Catcher, ¿verdad?

—Así es —masculló Tom calándose más el gorro—. ¿Quién quiere saberlo?

«Seguramente me ha reconocido».

Pero, por alguna razón, Tom tuvo la impresión de que no lo había hecho. Era como si Lotus, al igual que don Gervase unos momentos antes, no supiera ver más allá de la ropa que llevaba puesta. Parecía otro.

—Oh, me llamo Lotus Askary —dijo ella enérgicamente, y le tendió la mano. Él se la estrechó brevemente. Estaba tan fría como un carámbano de hielo—. He venido a la feria con mi padre —continuó Lotus—. Vi lo que pasó anoche. Fue horrible. ¿Conocías a ese niño?

—Sí —musitó Tom mirándose los pies—. Sí que lo conocía.

Se fijó en que Lotus llevaba unos patines blancos con pulidas cuchillas de acero. Le parecieron excepcionalmente largas.

—Eran familiares suyos a los que acabas de sonreír, ¿verdad?

—Así es.

Tom no podía despegar los ojos de sus patines. Aquellas cuchillas parecían peligrosas, con las puntas tan afiladas como cuchillos.

—Por supuesto que lo conocías —continuó Lotus—, porque ¿no trabajaba Noah para el señor Catcher como tú?

—Hummm.

Decididamente, aquellas cuchillas eran lo bastante afiladas como para cortar el hielo, de eso no le cabía duda. Entonces, un escalofrío le recorrió el espinazo y comenzó a hacerse preguntas. ¿Y si la muerte de Noah no había sido accidental? ¿Y si hubieran hecho el agujero a propósito? Don Gervase y Lotus, compinchados, el uno prendiendo fuego al trineo y la otra abriendo un agujero en el hielo... ¿No había visto Tom a Lotus patinando por en medio del río antes del accidente? ¿No había visto a don Gervase entre los puestos de feria? No podía asegurarlo. Pero ¿por qué? ¿Por qué habrían de hacer una cosa así? Tom no tenía la menor idea. Mirando aquellas largas cuchillas negras, notó que se le helaba la sangre. «No reacciones, no reveles nada —se dijo—. Ella todavía no sabe quién eres».

—¿Y qué haces en Catcher Hall? —preguntó Lotus—. August Catcher es un hombre inteligentísimo. Debe de ser fascinante.

—En realidad no. Solo estoy empezando. Es un galimatías, básicamente.

—¿Galimatías? ¿Galimatías?

Lotus se aferró a aquella palabra tan poco habitual como si fuera algún tipo de pista.

—Sí. No entiendo nada.

—Oh. —Lotus pareció un poco decepcionada—. ¿Y qué hacías antes de trabajar para el señor Catcher?

Tom la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—¿Eras su deshollinador, su mozo de cuadra o qué? Solo me preguntaba cómo has terminado trabajando con él, eso es todo —dijo Lotus atravesándolo con sus ojos lechosos—. Al fin y al cabo, es un trabajo estupendo. A mí me encantaría ser la aprendiz del señor Catcher.

Tom notó que se ruborizaba. ¿Qué podía decir a eso? «No le cuentes una mentira completa, ella jamás te creerá». Solo una media mentira, o una media verdad, como le gustaba decir a su padre.

—Mis padres lo conocen. Son cartógrafos... esto... geógrafos, más bien, y me han dejado a su cargo hasta que regresen. Ya hace un tiempo de eso.

—Comprendo —dijo ella con cautela—. Y tus padres, ¿se han caído por un glaciar o algo así?

—Creo que no.

—¿Están muertos?

—No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Lotus seguía atravesándolo con la mirada.

—Me refiero a que, si no has tenido noticias tuyas, ni conoces su paradero, ¿cómo sabes que no han muerto?

Tom notó la sangre palpitándole en las sienes.

—Simplemente lo sé —respondió con la máxima calma posible. Aquel interrogatorio ya había durado suficiente.

—Entonces, ¿va a quedarse August Catcher contigo, indefinidamente? —insistió Lotus.

—Quizá. Si él quiere. —Tom se encogió de hombros, fingiendo indiferencia—. Eso depende de él, ¿no?

—¿Qué suerte tienes.

Lotus estaba justo delante de él, cerrándole el paso. Si hubiera sido una completa desconocida, Tom estaba seguro de que ya le habría dado un puñetazo y habría salido huyendo; pero, naturalmente, era Lotus, y él no podía hacer eso. Y, además, había algo en su modo de actuar que le decía que no lo reconocía, o al menos que no estaba segura. Mejor seguir disimulando y encontrar otra salida. Decidió probar con el truco más viejo del mundo.

—¿Te gustaría conocer al señor Catcher?

A Lotus se le iluminó la cara.

—¿Podría?

—Sí. Estoy seguro de que te lo contaría todo sobre cómo diseña y conserva los animales, si estás interesada.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Él me cuenta un montón de cosas, pero yo no las entiendo. ¿Por qué no se lo preguntas? Está justo ahí. —Tom señaló detrás de ella—. ¡ Señor August!

En cuanto la tuvo de espaldas, Tom corrió a ocultarse tras un puesto de tiro al blanco y, cuando un arrugado anciano pasó por delante con un trineo lleno de ramas, él saltó dentro. El hombre refunfuñó un poco pero no se detuvo, y cuando estuvo lo bastante lejos de la orilla del río Tom miró rápidamente atrás. Allí estaba Lotus, paseándose de acá para allá como una avispa enfadada, inspeccionando el gentío. No lo había visto. Entonces apareció junto a ella la alta figura de don Gervase. Tom saltó del trineo y se coló en el castillo de hielo, mezclándose con la multitud de niños justo a tiempo de ver a Lotus y a don Gervase pasar patinando por delante de la ventana.

—Tienes que prestar más atención —la regañó don Gervase, que seguía buscando a Tom entre el gentío.

—No estoy segura de que sea él —resopló Lotus con indignación—. ¿Cómo se supone que voy a saberlo? Tú no puedes hacerlo.

—Bueno, no debemos volver a perderlo de vista. Ordena a Humphrey que vigile la casa.

—Ya está allí. No soy idiota, ¿sabes?

Rodearon el castillo de hielo y se perdieron de vista. Tom tenía el corazón desbocado; había escapado, pero saber que seguían buscándolo no era ningún consuelo. Se pegó a la pared de hielo, esperando a que reaparecieran.

—Y si es uno de ellos, ¿qué harás? —susurró Lotus cuando volvió a pasar por delante de la ventana.

—Lo que hay que hacer, por supuesto —bramó don Gervase en tono amenazador—. Los viajeros no se toleran, ya lo sabes. Da igual quiénes sean.

Y volvieron a perderse de vista.

Tom ya había oído más que suficiente para estar preocupado. ¿Qué debía hacer? ¿Era él un viajero? No estaba seguro, pero sí sabía que no debía quedarse en la feria del hielo ni un minuto más. Solo era cuestión de tiempo que lo encontraran. Debía regresar a un lugar seguro. Cruzando la multitud como si fuera un fantasma, dobló por una oscura callejuela y comenzó a subir la cuesta nevada camino de Catcher Hall.

La casa estaba totalmente en calma cuando Tom llegó. Iba a entrar en el camino particular para llamar a la puerta cuando vio por el rabillo del ojo una forma delgada asomando por detrás de los tejos. ¿Quién era? August no, desde luego; él seguía en el baile. Ocultándose entre las sombras, esperó y observó. La forma volvió a aparecer y esta vez la reconoció: era el ala de un sombrero de copa, perteneciente a un hombre

corpulento con un largo abrigo negro que se estaba frotando las manos para combatir el frío. Tom no le veía la cara, solo el cuello ancho y musculoso y el cruel contorno de la mandíbula. Parecía muerto de frío. ¿Era Humphrey, el conductor mexicano de los Askary?

Puede que lo fuera. Estaba vigilando la casa, justo como Lotus le había ordenado. Tom se puso a pensar. ¿Cómo podía entrar sin ser visto? Entonces recordó que la segunda vez que había visto a August había aparecido como por arte de magia en la claraboya del tejado. Quizá tuviera una entrada secreta que solo él conocía.

Ciñéndose a las sombras de los árboles, Tom fue de puntillas por la nieve hasta el otro lado de la casa, donde estaba el estudio de la planta baja. Al llegar encontró las ventanas cerradas, pero en la esquina había una vieja cañería de hierro que subía directamente hasta las almenas. Quizá fuera la ruta de August; desde luego, la cañería parecía suficientemente sólida.

Cuando se encaramó por ella, Tom encontró, efectivamente, apoyos para los pies y asideros para las manos en las baldosas de la pared. Aquel era el camino privado de August hasta su taller. ¿Por qué mantenerlo en secreto? Tom no imaginaba por qué habría August de necesitar entrar por aquella vía en su propia casa, si bien ahora le resultaba de lo más útil. Encaramándose a las almenas, encontró una escalerita de madera apoyada en el tejado que conducía hasta una claraboya. Subiéndola con cautela, se asomó a la claraboya y supo que lo había logrado. Se encontraba justo encima del taller, y el pestillo de la claraboya estaba abierto.

Un rato después, Tom estaba sentado en la mecedora de August, calentándose los pies fríos delante de las brasas que ardían en la chimenea. Por fin estaba a salvo. Y August pronto volvería del baile y seguro que ellos no se atreverían a atacarlo entonces. Aun así, no podía terminar de relajarse. No se podía quitar de la cabeza la conversación que acababa de oír.

«Y si es uno de ellos, ¿qué harás?».

«Lo que hay que hacer. Los viajeros no se toleran...».

Pese a las muchas vueltas que le dio, no logró saber qué significaban aquellas palabras.

Acercándose a la gran ventana redonda, contempló la ciudad a la luz de la luna. Allí abajo, en algún lugar, había personas que él sabía que estaban conspirando contra él. Quizá fuera hora de huir, de abandonar aquel lugar y regresar a su mundo. Pero Lotus y don Gervase también estaban allí; de cualquier forma, lo encontrarían, si era a él a quien realmente buscaban. Y Tom no estaba nada seguro de que así fuera. A fin de cuentas, ¿qué demonios podía contarles él?

Se puso a tamborilear distraídamente con los dedos sobre una de las mesas mientras se preguntaba qué debía hacer. Entonces, mirando los objetos varios que tenía delante, le llamó la atención un movimiento casi imperceptible. Fijándose más, vio que se trataba de un pequeño escarabajo negro que, después de abrirse paso entre el amasijo de alambres, clavos y agujas, se encaramó a una llavecita de plata. Tom la

reconoció de inmediato: era la llave del armario metálico, la caja de las sorpresas de August. Se le debía de haber caído. Qué raro, porque él siempre tenía la precaución de guardársela en el bolsillo. Pero allí estaba, un objeto corriente, dejado descuidadamente en la mesa. Y, no obstante, por alguna razón, lo estaba invitando a cogerla.

Por un momento, Tom vaciló. ¿Debía olvidarse de la llave? No, ¿cómo habría de hacerlo? Se trataba del santuario de August, y acceder a él estaba estrictamente prohibido. August jamás le permitiría abrirlo por su cuenta. Por eso precisamente debía abrirlo ahora. A fin de cuentas, él solo quería echar un vistazo, y ¿qué mal había en eso? Solo un vistazo, eso era todo. Dejándose vencer por su curiosidad innata, se dirigió al estante de los búhos chicos y, apartándolos, descorrió la cortinilla negra. Allí estaba, el armario metálico negro.

Con cautela, insertó la llave en la cerradura y la puerta se abrió con suavidad, revelando los frascos de vidrio alineados en los estantes. Parecían tan inofensivos... Costaba creer que todos contuvieran un veneno mortífero. Todos, salvo uno; de hecho, el único que le interesaba. Alargando la mano, buscó en el estante superior el frasquito hexagonal azul que contenía la poción de August y lo encontró detrás, en una esquina. Cogiéndolo con ambas manos, miró el líquido incoloro a través del vidrio. ¿Era realmente el elixir de la vida? ¿Un rayo embotellado? ¿La chispa divina? ¿Para eso había recorrido su padre medio mundo? ¿Era ese líquido el que podría haber salvado a Noah?

Despacio, giró el frasco entre sus dedos, observando el líquido que contenía. Era solo una pizca de esto y otra de aquello; parecía todo tan increíble...

«Además, no estoy seguro de que surta efecto en un ser humano. ¿Y si algo saliera mal?».

«¿Cómo va a averiguarlo si no está dispuesto a probarlo?».

La discusión de la noche anterior con August volvió a ocuparle el pensamiento. ¿Y si...? De pronto se le ocurrió una idea disparatada. ¿Y si lo probaba en su propia persona? Entonces lo sabría, entonces podría dejar de sentirse culpable por Noah.

«No...». Tom sonrió y negó con la cabeza; era una idea absurda y, además, si daba resultado, ¿qué demostraría? Ahora, ya nada podría devolverle a Noah.

Pero entonces cayó súbitamente en la cuenta de que la poción de August quizá podía devolverle a otras personas: sus padres. A fin de cuentas, ¿no era precisamente eso lo que buscaba su padre? Si Tom se llevaba la poción a su época a través del baúl del tiempo y podía informarles de que la había encontrado, ellos estarían de regreso en un santiamén. ¡Qué cara pondría su padre cuando se enterara!

Tom volvió a mirar el frasquito azul, fijándose en cómo danzaba el reflejo de las llamas en el vidrio. Qué poderoso era; ahora que conocía la fuerza que albergaba... tenía que llevárselo y marcharse de inmediato. Pero ¿y si August echaba de menos la poción? No le importaría, concluyó. Siempre podía fabricar más. ¿Y si lo echaba de menos a él? Bueno... mala suerte.

—Hola, socio.

Tom se quedó paralizado; se le erizaron todos el vello de la nuca. ¿Quién había dicho eso? La voz era rasposa y parecía provenir de arriba... Mirando las vigas del techo, Tom vio que la claraboya seguía abierta, tal como él la había dejado, pero, en la viga central, vio la silueta de un gran pájaro posado en un extremo.

«Oh, no...».

Notó un nudo en el estómago y, acto seguido, echó a correr hacia la puerta, pero nada más empezar, el gran pájaro desplegó las alas y se posó delante de él.

—Tienes un poco de prisa, ¿no?

Era el águila, la gran águila negra que lo había perseguido por el pasillo. Y ahora estaba justo delante de la puerta del ta-11er. Tom retrocedió instintivamente un paso, con los nervios a flor de piel. Aquello era justo lo último que esperaba.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar—. ¿Y por qué me persigues?

—Yo no te persigo, Tom. Es justo al revés.

—Entonces... entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí?

El águila clavó en él su ojo amarillo.

—Yo provengo de aquí, ¿recuerdas?

Tom miró al enorme pájaro sin saber muy bien qué pensar. Quizá tuviera razón. A fin de cuentas, aquel era el taller de August en el pasado, donde habían sido creados todos los animales. Pero, aun así, aquella criatura tenía algo muy extraño. De algún modo, no le parecía del todo real...

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué no estás en el museo con los demás? —le preguntó en tono desafiante—. ¿No deberías estar en la inauguración?

—Oooh —graznó indignado el pájaro, negando con la cabeza—. Te gusta poner el dedo en la llaga, ¿eh? Oye, nadie es perfecto, ¿no? O sea, mírate tú. ¡Nunca me habría imaginado que fueras un ladrón, Tom Scatterhorn! —El enorme pájaro comenzó a pasearse de acá para allá, mascullando extraños juramentos. Era evidente que estaba muy ofendido por no haber sido incluido en el museo.

—Está bien —dijo Tom con la máxima calma posible—. Siento mucho que no estés en el Museo Scatterhorn, de veras, pero...

—¡Yo soy como soy! ¡No es culpa mía!

—Vale. Pero, por favor, déjame pasar. Me voy a casa.

Tom avanzó un paso y, de inmediato, el águila le cerró amenazadoramente el paso.

—No con ese frasco.

Pese a ver únicamente su sombra en la oscuridad, Tom supo que aquella gran ave rapaz era mucho más grande que él y que no iba a poder llegar a la puerta sin tener que pelearse con ella.

—¡No puedes ir robando estas cosas! —graznó el águila, sin quitarle el ojo al frasco—. Devuélvelo, hijo. ¡Va a volverte loco! ¡Chiflado!

Tom tragó saliva. ¿Qué opción tenía? Era obvio que el águila hablaba en serio.

—Pero... es que no lo comprendo. ¿Qué tiene esto que ver contigo? —protestó enfadado—. ¿Quién eres tú, una especie de...?

—Pato —lo interrumpió el águila.

Tom parpadeó varias veces.

—¿Pato...?

—¡¡¡PATO!!!

Un segundo después, Tom vio un objeto plateado que pasaba volando y silbando junto a su cabeza, se clavaba en el armario de los venenos de August y arrojaba todos los frascos al suelo haciéndolos añicos. ¿Una navaja...? Horrorizado, se dio la vuelta rápidamente y vio una gran silueta negra empujando la ventana redonda desde fuera y saltando al interior del taller.

—¡Eh! —gritó el águila—. ¿Qué...?

Pero no llegó a terminar la frase, porque en ese instante la enorme figura se abalanzó sobre Tom con la fuerza de un rinoceronte, levantándolo en el aire antes de caer con él al suelo. Tom notó un terrible dolor en la nuca y, al alzar la vista, aturdido, vio sobre él una máscara gris de acero con una rejilla por boca y dos orificios negros por ojos. Un peso aplastante le vació los pulmones de aire y, acto seguido, dos manos inmensas lo agarraron por el cuello y comenzaron a apretar. Intentó gritar frenéticamente, pero se había quedado sin voz.

—¿Aún no estás muerto, amigo? —gruñó la máscara—. ¿Aún no?

Las dos manos enguantadas lo levantaron por el cuello y comenzaron a golpearle la cabeza contra el suelo. Tom sintió que el pánico y la impotencia se apoderaban de él y el taller comenzó a darle vueltas. Notó en la mejilla un aliento caliente que olía a chocolate.

—Oh, sí, amigo. Pronto lo estarás.

Tom notó que la nuca volvía a crujirle. El taller se estaba oscureciendo por segundos. Vagamente, vio que la máscara de acero se volvía y la oyó desenvainar una navaja.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gritó una voz—. ¡Oh, no! ¡No! ¡OH! ¡NO! ¡NO!

Entonces, un graznido espeluznante atravesó la oscuridad.

De repente, Tom notó que los guantes de cuero habían dejado de apretarle el cuello y, boqueando, vio que en los ojillos de la máscara la sorpresa era rápidamente sustituida por el más puro horror.

—¡VETE AHORA MISMO DE AQUÍ!

Una especie de sombra negra golpeó al hombre con tanta fuerza que lo levantó del suelo y lo arrojó hacia atrás, estampándolo contra la ventana redonda. Un segundo después, el enorme pájaro se le subió a los hombros y le arañó la cara con la garras, arrancándole la máscara. El hombre chilló y se cayó de espaldas contra el cristal, haciendo girar la ventana...

—¡Dios mío!

August abrió la puerta de su carruaje justo a tiempo de ver una figura cayendo pesadamente de espaldas por la ventana de su taller, seguida de cerca por un pájaro inmenso, que se alejó volando en la oscuridad.

—¿Qué pasa aquí, por el amor de Dios?

El hombre se dio un horrible golpetazo contra los escalones de piedra, pero Tom no lo oyó. Resollando, la cabeza se le cayó flojamente hacia un lado y, con la vista nublada, solo pudo ver las formas de los frascos hechos añicos, con sus venenos derramados deslizándose hacia él por las tablas del suelo. Detrás, en alguna parte, había un frasquito azul, pero, en cuanto lo vio, el azul comenzó a tornarse negro...

14 Azul

—¿Sigues dormido? —dijo una voz de mujer.

—Sí, sigue descansando.

—Bien. A esta hora hace demasiado calor para cualquier otra cosa.

Tom abrió los ojos y la intensa luz blanca lo cegó. Volvió a cerrarlos. Por un momento creyó que había vuelto a casa. Era temprano por la mañana y el sol de estío entraba a raudales en su dormitorio por una rendija de las cortinas. Sus padres aún no se habían levantado y parecía que fuera hubiera miles de pájaros parlotando y piando... Tom bostezó e intentó recordar lo que había soñado. Estaba sentado, envuelto en una manta, en la cubierta de un gran barco que se bamboleaba lentamente con el fuerte oleaje. Se oían gaviotas y risas, y había un joven de pelo oscuro sentado junto a él, leyéndole unos relatos increíbles que parecían no terminarse nunca... Tom volvió a abrir los ojos y vio que se había confundido. No se hallaba a bordo de ningún barco, ni tampoco en su dormitorio: estaba tendido en un baúl, en cuyos lados había dibujos de hombres a caballo dirigiéndose a una lejana duna de arena. Era el baúl de Catcher Hall, pero él ya no se encontraba en el cuartito de madera. La tapa estaba abierta y, por encima de él, había unas cortinas blancas de gasa ondeando al viento. Entonces oyó por primera vez un rítmico ronroneo por debajo de él. Se parecía mucho al sonido de un motor. Apoyándose en un codo, vio que estaba envuelto en sábanas de muselina.

—¿Dónde estoy? —dijo en voz alta.

—¿Tom? Tom, cielo, ya casi hemos llegado. ¡Mira!

Una mujer tocada con un sombrero de ala ancha corrió las cortinas y le sonrió dulcemente bajo su parasol. Era Mina Quilt.

—Te has pasado varios días durmiendo, cielo. Tienes que ver esto. ¿A que es maravilloso?

Mina señaló tres hombres de piel oscura y un elefante parados en la orilla del río. Les saludó y los hombres les devolvieron el saludo.

—¿No es el paraíso la India?

«La India...». Súbitamente, el presente devolvió a Tom a la realidad, arrancándolo de sus sueños. Estaba en un barco pequeño, navegando por la selva, ¡en la India! Pero ¿qué había de...? De pronto sintió pánico.

—¿Dónde está el tigre?

—¿El tigre? —preguntó otra voz familiar—. Bueno, aún no lo hemos encontrado.

Al alzar la vista, Tom vio cómo un hombre con un elegante traje blanco y sombrero venía a sentarse junto a él. Era August.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? ¿Mejor?

August lo miró con cierta preocupación y Tom no supo qué decir. ¿Había estado enfermo?

—Creo que sí. No... no sé.

—Has estado bastante mal, Tom —le dijo August en voz baja—. De hecho, has estado extremadamente enfermo.

—¿Ah sí?

—Así es. Has estado delirando, muchacho. —August se inclinó hacia delante y le susurró al oído—: Y contando unas historias increíbles.

Tom intentó recordar. ¿Qué había hecho? No se acordaba de nada en absoluto. Miró a August y Mina sin comprender.

—¿Está despierto nuestro aventurero? —bramó otra voz familiar. Allí estaba sir Henry, con un raído gorro militar, de pie en la proa junto a un delgado indio de facciones aguileñas que llevaba turbante. Viendo que Tom se había despertado, vino resueltamente hacia él sonriendo de oreja a oreja.

—Eres un niño muy audaz, Tom —dijo dulcemente Mina.

—Demasiado audaz, quizá —añadió sir Henry, mientras se sentaba junto a ella—. No sé si a tu edad yo hubiera tenido el mismo arrojo que tú. ¡Menudo viaje!

Tom se quedó mirando su atractivo rostro sonriente. No tenía la menor idea de a qué se refería.

—¿Viaje? ¿Qué viaje ha sido ese?

—¿Me estás diciendo que no te acuerdas? —August lo miró con curiosidad.

—¿Acordarme de qué?

Los tres lo miraron con asombro y Tom solo pudo sonreírles con impotencia. ¿De qué querían que les hablara?, ¿de sus sueños?

—¡Maldita sea, chaval! ¡Pues nada más y nada menos que de uno de los viajes más grandes emprendido jamás por un niño de once años! —exclamó sir Henry.

—A lo mejor no se ha repuesto del todo —dijo dulcemente Mina cogiéndole la mano.

—Sí, parece que aún tiene fiebre —añadió August tocándole la frente.

—Bueno, viendo que no te acuerdas —dijo enérgicamente sir Henry—, creo que vamos a tener que recordártelo, porque es un relato digno de un Scatterhorn.

—O un Catcher —añadió August.

—También —dijo sir Henry guiñándole un ojo—. Te hiciste polizón, Tom. Tan desesperado estabas por venir a cazar el tigre. Te escondiste en el bote salvavidas de un vapor que viajaba a Bombay. Te hiciste amigo del grumete, que te llevó comida y te mantuvo con vida. Soportaste un huracán en el cabo de Buena Esperanza y, cuando llegaste a la India, abandonaste el barco. Te embadurnaste el cuerpo de jugo de saúco, te pusiste betún en el pelo y, haciéndote pasar por un vendedor de bananas, ¡hiciste mil kilómetros en el techo de un tren hasta Delhi!

—Donde te uniste a una caravana de mercaderes de especias que se dirigía a Champawander —continuó August—. Pero la caravana no llegó a su destino porque fue asaltada por bandidos. Hubo una violenta batalla en la selva, y solo tú lograste escapar. Te quedaste escondido hasta que se hizo de noche, y entonces intentaste cruzar un río muy peligroso por un puente colgante...

—Donde perdiste pie y te caíste —continuó sir Henry—. Un error fácil de cometer en la oscuridad. Pero bastante desafortunado, porque el río estaba infestado de cocodrilos. Tú no podías saber eso, naturalmente. Aun así, conseguiste nadar hasta un tronco y encaramarte a él. Y allí te quedaste dormido.

—La corriente te arrastró río abajo durante días y días, Tom —dijo August—, hasta que al final te despertaste y descubriste que estabas atrapado en una red de pesca.

—Así es —continuó sir Henry—. Te pusiste a pedir socorro, dando un susto de muerte a los pescadores que te habían capturado.

—Y ellos saltaron al agua, creyendo que eras alguna clase de espíritu fluvial —dijo Mina sonriendo—. Me gusta esa parte. Y luego, por una increíble coincidencia, justo cuando estabas de pie en el tronco pidiendo socorro...

—Te vio un grupo de personas que viajaba río arriba para dar caza a un infame tigre asesino...

—Que resultamos ser nosotros.

Tom los miró, mudo de asombro.

—¿Yo he hecho eso?

—Si tú lo dices —dijo August guiñándole un ojo. Y sir Henry también se estaba riendo.

—Pues claro que sí, cielo —exclamó Mina dando a Tom un recorte de periódico. Era de *The Times of India* y el artículo decía: «La increíble aventura de un niño de once años. Narrada por Mungo Natteijee».

Allí estaba, toda la historia impresa. Entonces, debía de ser cierta...

—¿Quién es... Mungo Natteijee?

—Vino a vernos la semana pasada, Tom. Un periodista, un joven muy agradable —dijo August—, con muchas ganas de triunfar. Bastante impresionable.

Tom seguía sin terminar de entenderlo. Tenía una confusa película de imágenes rondándole por la cabeza.

—Pero... no es cierto, ¿verdad?

—No, querido —dijo Mina soltando una risita—. Has estado muy enfermo, y venías con nosotros desde el principio.

—Solo que, en el momento en que recobraste el sentido, te sentaste en la cama de golpe, delirando, y lo soltaste todo.

Y Mungo Natteijee tuvo la suerte de estar ahí, lápiz en mano, para escribirlo todo como si fuera la palabra de Dios —dijo August.

—Así que ahora toda la India lo cree —añadió picaramente sir Henry— y tú eres famoso, muchacho. Todo el mundo habla de ello.

—Pero... ¿por qué?

—Dínoslo tú —respondió August enarcando las cejas—, porque recuerdo perfectamente que no terminabas de aprobar nuestra expedición de caza, ¿no?

Tom no dijo nada. Se quedó mirando las cortinas blancas ondeando al viento,

esforzándose por recordar. Despacio, comenzó a acordarse de todo. August tenía razón. Él había intentado convencerlo para que no fuera a la India, pero August no le había hecho caso y ahora, no sabía cómo, también él estaba allí. Debió de desmayarse aquella noche en el suelo del taller. Puede que aquellos hubieran estado a punto de acabar con él y, de algún modo, le hubieran llenado la cabeza de extrañas historias...

—Creo que ese joven tan serio del barco ha tenido bastante que ver —dijo sir Henry sonriendo—. Ese montón de relatos épicos que le leía a Tom en cubierta. ¿Cómo se llamaba?

—Elias no sé qué. Un apellido galés. Jones, eso es. Elias Jones.

—Ese mismo.

Elias Jones... el nombre no evocó nada en la confusa mente de Tom. ¿No escribía...?

—Lo cierto es, Tom, que durante la inauguración del museo desapareciste —continuó August—. Yo me pregunté si no te habrías ido con ese tal don Gervase, dado que parecías conocerlo.

—La verdad es que yo me alegré bastante de que no lo hubieras hecho —añadió sir Henry—. Era un tipo muy raro. Pero, nada más llegar a Catcher Hall, tuviste la mala suerte de encontrarte con un ladrón. Pero supongo que no te acuerdas de mucho, ¿no?

—Esto... no, no... exactamente.

—Bueno, no me sorprende. ¿Se llegó a saber quién era?

August frunció el entrecejo como si acabaran de recordarle algo bastante desagradable.

—Lamentablemente, no. Algún chiflado. Dios sabe qué quería. Nunca llegamos al fondo del asunto, y yo diría que no lo haremos nunca.

—No. Pero, Dios mío, tú te portaste como un valiente, Tom. De eso no cabe duda —dijo sir Henry riéndose—. Creo que ni siquiera August habría defendido su propio taller como lo hiciste tú. Fuiste como un león. ¿Sabías que arrojaste a un hombre adulto por la ventana?

—Un caso curioso, en efecto —convino August, recordando el enorme pájaro que había salido volando por la ventana—. Y, lo que es más, tú tragaste tanto veneno como para matar a un caballo.

—Bueno, gracias a Dios que ahora estás bien —dijo Mina—. No vamos a permitir que vuelvas a dejarnos, ¿sabes?

Tom dedicó su mejor sonrisa a los rostros que le estaban sonriendo afectuosamente.

—No os preocupéis. No lo haré.

—Me alegro mucho de oírlo —dijo August.

—En fin —continuó alegremente sir Henry—, dada tu sed de aventuras, Tom, no va a sorprenderte estar al principio de otra. Pulany es el mejor cazador de esta región y nos ha estado dando información.

En un idioma que Tom no entendió, sir Henry llamó al indio que estaba en la proa apoyado sobre una sola pierna como una garza real. Pulany volvió su ajado rostro hacia Tom y le sonrió, enseñando un solo diente. Luego dijo algo a sir Henry con mucha rapidez.

—Pulany dice que haberte despertado va a traernos buena suerte —tradujo sir Henry—. Y desde luego vamos a necesitarla, porque aquí —señaló las abruptas laderas que descendían hasta el río— es donde vive el tigre. Casi trece mil hectáreas. Será como buscar una aguja en un pajar.

Tom miró los achaparrados árboles que se aferraban a los lados del desfiladero. No había caminos ni claros de ninguna clase en la vegetación. La espesura era un compacto manto verde. Se preguntó si el tigre no los estaría observando en aquel mismo instante.

—Los aldeanos se parapetan en sus aldeas por las noches —explicó sir Henry—. Ya no se atreven a salir. Pulany dice que la semana pasada se llevó a una pobre mujer que estaba lavando los platos junto a la puerta de su casa. A plena luz del día. No teme a los humanos, ¿comprendéis?, sabe que están indefensos. Que no van armados.

—Me alegro de que nosotros sí vayamos armados —susurró Mina estremeciéndose mientras miraba la frondosa selva. El río había empezado a estrecharse, y enseguida los grandes árboles que lo bordeaban comenzaron a arañar el barco. Pulany se volvió, gritó una orden al timonel indio y el barco redujo la velocidad.

—Dice que la cabecera del río está después del próximo recodo —informó sir Henry—. Ahí se acaba el agua. Ahí es donde acamparemos esta noche.

Al salir lentamente del recodo, vieron un pequeño desembarcadero junto a una estrecha playa de guijarros blancos. Allí sentados al borde del agua, había dos niños harapientos, un niño y una niña, observándolos mientras se acercaban. El desfiladero se había estrechado tanto que casi parecía que estuvieran en el fondo de un profundo pozo, con solo un pedazo de cielo visible encima de ellos. Conforme se aproximaban al muelle, los sonidos de la selva fueron haciéndose más fuertes y, un espeluznante gruñido surgió de la espesura.

—La guarida del monstruo —susurró August, no sin antes dirigir una mirada nerviosa a las abruptas laderas y los viejos árboles que los rodeaban. Tom tampoco pudo disimular el miedo que le causaba aquel lugar. Los dos niños corrieron al desembarcadero para coger la amarra que Pulany les arrojó y, atándola a una estaca, tiraron del barco para arrimarlo al muelle.

—¿Viven aquí? —preguntó Mina.

—Lo dudo mucho —respondió August—. Probablemente llevan todo el día esperando aquí solo para coger esa amarra, porque saben que Pulany les dará una propina luego.

Pero August se equivocaba, porque, en cuanto el barco estuvo amarrado, los niños subieron a bordo y se pegaron a las piernas de Pulany, hablándole muy deprisa los

dos a la vez. El indio intentó calmarlos y Tom les oyó repetir la palabra *shaitan* mientras señalaban la selva. De pronto, Pulany mudó la expresión y pareció muy preocupado. Acercándose a sir Henry, le susurró unas cuantas palabras al oído y sir Henry asintió gravemente con la cabeza. Fue bajo cubierta y emergió con un rifle de aspecto antiguo y una cartuchera.

—Quizá estemos de suerte, si podemos llamarlo así.

—¿Qué pasa? —preguntó Mina preocupada.

—Su madre ha ido al valle a recoger frutos secos para el desayuno. Aún no ha vuelto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tom.

—Significa que August debería quedarse aquí con un arma cargada y que vosotros deberíais montar el campamento y esperar hasta que volvamos —respondió sir Henry mientras bajaba al pequeño desembarcadero—. No os preocupéis. No tardaremos.

Diciéndoles alegremente adiós con la mano, se internó en la selva a grandes zancadas, con Pulany corriendo a su lado.

Al cabo de una hora más o menos, August, Tom y Mina habían montado las tiendas en la estrecha playa de guijarros y el timonel había encendido una hoguera sobre la cual había un gran cazo echando humo. Ni August ni Mina mencionaron al tigre, prefiriendo, en cambio, hablar animadamente de la vida en la selva y la emoción de acampar en un lugar tan remoto, aunque, de vez en cuando, Tom los sorprendía mirando hacia la espesura con preocupación.

Entretanto, el niño indio y su hermana permanecieron sentados a cierta distancia, observando a los extranjeros. Estaban asustados, pero también fascinados por todos los accesorios que habían bajado del barco. Al final, Mina se acercó y les ofreció dos tazas de té con galletas, que ellos aceptaron y engulleron ávidamente, como si fuera lo primero que hubieran comido en todo el día. Pero no quisieron acercarse más.

Cuando sir Henry y Pulany regresaron, el pedazo de cielo azul de antes había adquirido un pálido tono morado. Los dos parecían muy preocupados y sir Henry dio un largo sorbo a su cantimplora antes de sentarse junto al fuego con aspecto abatido. Sacándose un puro del bolsillo de la chaqueta, lo encendió e inhaló profundamente, viendo cómo ascendían las volutas de humo acre en el cálido aire vespertino. August, Mina y Tom aguardaron en silencio, observándolo.

—¿La habéis encontrado? —preguntó August por fin.

—Por desgracia, sí. Seguimos su rastro durante casi un kilómetro hasta un desfiladero muy angosto.

Nadie abrió la boca; la sombría expresión de sir Henry les dijo lo que necesitaban saber.

—Dios mío —dijo Mina suspirando y mordiéndose el labio—. ¿Qué crees que ha pasado?

—Creo que la ha sorprendido por la espalda, probablemente, justo cuando se

estaba subiendo a un árbol. Así que, al menos, ha sido rápido. Tenía el cuello roto limpiamente. Pero el hecho de que la hayamos encontrado indica que también el tigre ha sido sorprendido.

—¿Por nosotros? —sugirió August.

—Eso es —respondió sir Henry—. Debe de haber oído el motor del barco viniendo río arriba y ha decidido abandonar su presa. Probablemente, incluso nos ha visto bajar del barco.

—Dios mío —dijo Mina en voz baja. Miró los árboles cada vez más oscuros que los rodeaban—. ¿Crees que nos está observando ahora?

—Lo dudo —respondió sir Henry—. Probablemente, la tigresa esperará a que nos hayamos ido antes de volver a buscar su comida.

—¿Tigresa?

—Eso creo. Pulany ha encontrado una huella. Se pueden saber un montón de cosas a partir de las huellas. La edad, el peso, ese tipo de cosas.

—¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó August, impresionado por los conocimientos de la selva que tenía su viejo amigo.

—Justo al lado de ese árbol —respondió sir Henry sin inmutarse, señalando un tocón a menos de dos metros de distancia—. De esta mañana, diría yo.

Tom tragó saliva nerviosamente y reparó en que August también parecía preocupado. De pronto, la selva que los rodeaba por todos lados parecía llena de centenares de ojos observándolos.

—¿No crees...?, ¿no crees que deberíamos ir tras ella esta noche? —preguntó August esforzándose por disimular su nerviosismo.

—Por desgracia, no conviene ir a ciegas por la selva después de que anochezca, amigo mío —dijo sir Henry dando una calada a su puro—. Los tigres ven siete veces más que nosotros, con lo que estamos en clara desventaja. No. Lo mejor es esperar a que amanezca y vigilar la presa, si sigue allí. Seguro que la tigresa vuelve a por ella.

Se quedaron en silencio durante un rato observando el fuego crepitante. Tom se devanaba el cerebro en un intento por recordar qué le había contado Jos aquella mañana de invierno en el barco. ¿Cuál iba a ser el desenlace de aquel drama? ¿Iba a ser el que Jos le había contado? ¿Vendría la tigresa hasta el campamento y se llevaría a Mina de su tienda? ¿Dejaría a August sin sentido y moriría finalmente a manos de sir Henry, víctima de su daga de plata? Tom miró los rostros reunidos alrededor del fuego y se estremeció. Aquello no podía ser cierto. Solo era una leyenda. Jos tenía razón. Pero, aun así, de algún modo aquella historia se había transmitido hasta su época. ¿Quién era el testigo? ¿Era Pulany? El arrugado cazador indio estaba en cuclillas removiendo el arroz del cazo. Debía de ser él. Pasara lo que pasase, Pulany debía de haberlo visto todo.

—Pulany —dijo sir Henry, y le hizo una pregunta en su idioma. Tom volvió a oír la palabra *shaitan*.

—El *shaitan* ya ha matado a cuatrocientas trece personas, *sahib* —respondió

Pulany en inglés—. Es el demonio. Si le disparan, ¡puf! —Se dio una fuerte palmada en el pecho, como si la bala hubiera rebotado—. Las balas no sirven. No matan al demonio. Algunas personas piensan eso, sí, *sahib*.

—Hummm.

—¿Tú lo crees? —preguntó Mina.

—Por supuesto que no —dijo sir Henry.

—Pero las supersticiones indígenas son muy poderosas —añadió August.

Mina miró a los dos niños, que se habían ido acercando paulatinamente al calor del fuego.

—Pobrecillos —dijo en tono compasivo—. ¿Saben que...?

—Aún no —respondió sir Henry—. Pulany va a llevarlos a la aldea de su tío cuando esto termine.

—¿Por qué no con su padre?

Sir Henry hizo otra pregunta a Pulany, quien le dio una breve respuesta. Sir Henry asintió con la cabeza y volvió a mirar el fuego con expresión grave.

—Me temo, querida, que nuestra tigresa también lo mató. El año pasado.

Mina se quedó mirando las llamas mordiéndose el labio. Tenía el hermoso rostro arbolado y la mirada cargada de ira.

—¡Pues quien mate a esa bestia va a hacer algo noble y decente! —exclamó con vehemencia—. Y si evita que más niños se queden huérfanos, ¡tanto mejor! —Miró a sir Henry y a August—. Uno de los dos tiene que hacerlo. Deprisa. Mañana.

Con lágrimas de ira en los ojos, Mina miró a los dos niños que dormían en la playa. Ni sir Henry ni August dijeron una sola palabra. Los dos estaban calculando sus posibilidades de ser el san Jorge que mataría al dragón y se quedaría con la damisela en apuros.

—Bueno, bueno, August, amigo mío —murmuró finalmente sir Henry—. Zafiros, tigresas asesinas, por no hablar de todo lo demás. Esto promete ser toda una aventura.

—Efectivamente —respondió August, calibrando la magnitud del desafío que les aguardaba.

Miró a su viejo amigo y supo en qué estaba pensando. Aquello era una competición y Mina había arrojado el guante. Sonrió irónicamente.

—¿Quién iba a decir que llegaríamos a esto?

—Desde luego.

Tom no percibió en ese momento lo que estaba ocurriendo entre sir Henry y August. De haberlo hecho, quizá hubiera ocupado la mente en asuntos distintos, pero, dadas las circunstancias, no podía dejar de preguntarse qué iba a depararles el día siguiente.

15 La cacería

Al despuntar el alba, Tom se despertó con un sobresalto. Apenas había amanecido, pero los sonidos de la selva eran ya ensordecedores. Parecía que todas las criaturas que sabían croar, graznar, bufar o silbar hubieran decidido hacerlo justo al mismo tiempo.

Vistiéndose lo más aprisa posible, sacó la cabeza de su tienda y vio un fino manto de niebla cernido sobre el campamento.

—Ah, buenos días, Tom —dijo sir Henry, que estaba arrodillado junto al cazo llenando su cantimplora. Incluso a la escasa luz del día, Tom vio que no se alegraba nada de verlo. Ni tampoco August.

—Te has despertado muy temprano —dijo August ciñéndose un pequeño revólver a la cintura.

—Bueno, sabía que íbamos a salir temprano —repuso alegremente Tom.

—¿A qué, exactamente?

—A cazar la tigresa, claro está.

Tom se había pasado toda la noche pensando en ello y había decidido que el mejor plan sería presenciarlo todo, por muy espeluznante que fuera.

—Sí —murmuró sir Henry poniendo el tapón a su cantimplora—. ¿Sabes, Tom?, el caso es que no sé si es buena idea que vengas con nosotros.

Tom vio que sir Henry y August ya lo habían hablado y estaban decididos.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no?

Los miró alternativamente, desconsolado.

—No es que no confíe en ti, Tom. Créeme, confío en ti —dijo sir Henry poniéndose el rifle al hombro—. Pero debes comprender que se trata de una tigresa que mata personas, de un animal extremadamente astuto y peligroso. No es ningún juego.

—Ya sé que no es ningún juego —respondió duramente Tom—. Yo no estoy jugando a nada.

Notó que la decepción se le trocaba en un enfado cada vez mayor. Sir Henry respiró hondo y lo miró. Aquel delgado niño rubio lo estaba mirando con tanta ferocidad que, de haber sido adulto, casi le habría asustado.

—Oye, chico —dijo August probando con otra táctica—, ¿por qué no te quedas aquí en el barco, donde no corres peligro, junto con los otros dos niños y el timonel?

Tom no tenía ninguna intención de hacerlo.

—Bueno, si quieren dejarme aquí, vale. Esperaré y luego les seguiré de todas formas. No es que puedan detenerme, ¿no?

Sir Henry negó con la cabeza. Maldita sea. Aquel crío era obstinado. Y eso sería mucho más peligroso.

—No creáis que vais a poder escabulliros también sin mí —dijo una voz detrás de él.

Volviéndose, sir Henry vio que Mina salía de su tienda vestida con unos pantalones de media caña, botas y una chaqueta de pana.

—No he hecho casi diez mil kilómetros solo para escuchar vuestros relatos. Quiero verlo con mis propios ojos.

Sir Henry miró primero a Mina y luego a Tom, y vio, por sus expresiones, que no iban a cambiar de idea. Los dos eran tercos como mulas.

—Entonces, ¿vamos todos?

—Sí —respondió Mina—. Todos juntos.

—Está bien —dijo él alzando las manos con aire de derrota—. Pero vais a tener que prometerme que no estorbaréis y haréis todo lo que yo os diga.

—¿Y cuándo no lo hacemos? —preguntó Mina con picardía, sonriendo victoriosamente a Tom.

—A menudo —respondió sir Henry poniéndose la cartuchera al hombro—. Pues venga. En marcha.

La selva estaba sumida en la oscuridad cuando se internaron en ella.

—Pisad donde yo piso, y no digáis una palabra —les instruyó sir Henry.

Con Pulany en la retaguardia, el grupo formó una larga fila y comenzó a recorrer lentamente el fondo del desfiladero, sembrado de grandes cantos rodados y árboles rotos.

De vez en cuando, sir Henry les indicaba que se detuvieran alzando una mano y ellos esperaban inmóviles y en silencio mientras él y Pulany escuchaban los chillidos y reclamos de los pájaros.

—Las criaturas de la selva la verán mucho antes que nosotros —susurró señalando las copas de los árboles— y, cuando lo hagan, se avisarán, y a su vez nos avisarán a nosotros.

Tom miró las oscuras copas de los árboles; era reconfortante saber que, de algún modo, todos aquellos extraños graznidos y gorjeos del mundo selvático estaban de su parte. Miró atrás y vio que August estaba hechizado por aquella extraordinaria variedad de flora y fauna. Siempre que se detenían durante el tiempo suficiente, sacaba su navaja y recogía una muestra de alguna planta interesante o conseguía que algún animalillo se introdujera en su caja de especímenes. No podía contenerse.

Cuando llevaban una hora de lento ascenso por el desfiladero, se encontraron con un montón de lisos cantos rodados y sir Henry los reunió.

—Ya nos queda poco —susurró, y cogiendo un palo dibujó una V en el suelo.

—Este es el valle —dijo, y dibujó una crucecita en la parte más ancha—. Nosotros estamos aquí, en la entrada. A medio camino, junto a un gran arbusto —dibujó otra cruz en mitad del cono—, es donde la tigresa ha dejado a esa pobre mujer. Seguro que vuelve, y el plan consiste en tenderle una emboscada cuando lo haga. Así que sugiero que nos separemos. August, tú llévate a Mina y subid por ese lado del valle. —Sir Henry señaló la abrupta ladera que tenían delante—. Id por la cresta hasta este grupo de rocas. —Dibujó una serie de pequeños círculos en un extremo de la V,

enfrente de la cruz—. Pulany os llevará hasta allí.

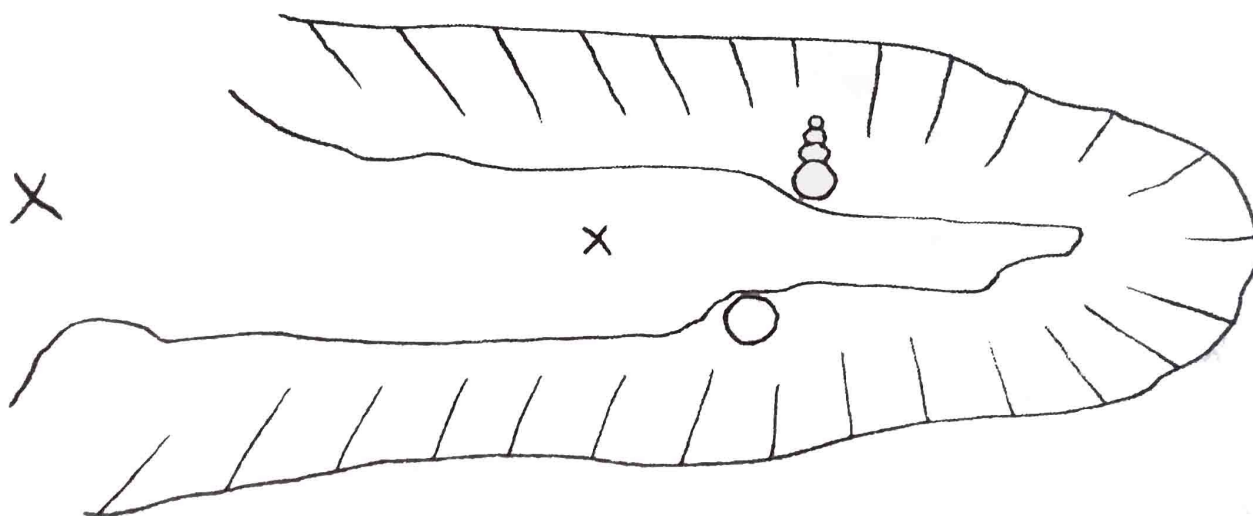
—¿Y qué harás tú? —preguntó August.

—Tom y yo —respondió sir Henry— subiremos la colina que tengo detrás y nos esconderemos debajo de una roca en este lado. —Sir Henry añadió aquella nueva roca a su mapa—. El valle es muy estrecho en este punto, por lo que tendríamos que poder vernos.

—¿Y luego qué? —preguntó Mina con entusiasmo.

—Hay que esperar —respondió rotundamente sir Henry—, puede que durante todo el día. Pero estoy seguro de que aparecerá.

August se quedó mirando el mapa del estrecho valle que sir Henry había esbozado en el suelo, que había quedado así:



—Solo tengo una pregunta —dijo por fin—. ¿Cómo sabemos que la tigresa vendrá hacia nosotros desde el fondo del valle? ¿No es posible que baje por aquí —señaló el principio del valle— o, incluso peor, por aquí —añadió indicando las laderas que había justo encima de la roca de sir Henry— y decida saltar sobre nosotros?

—Es una posibilidad, lo admito —respondió sir Henry volviendo a estudiar su plan—, pero creo que no es probable.

—¿Por qué? —preguntó Mina escrutando las líneas trazadas en el suelo—. Seguro que la tigresa es demasiado astuta para venir por el camino más obvio y llevarse su... su... —Mina no quería decir la palabra.

—¿Desayuno? —sugirió sir Henry. Mina tragó incómodamente saliva. Sir Henry se irguió y, olisqueando el aire, miró hacia los árboles.

—Los tigres son cazadores. Y como todos los cazadores, valoran el factor sorpresa por encima de todo lo demás. Por eso siempre se aproximan a sus presas en el sentido contrario al viento. No quieren que los huelan antes de verlos. Nosotros no podemos olería, naturalmente. Nuestro olfato no es lo bastante bueno, pero ella no lo sabe. Ella cree que también somos felinos. Hoy, el viento sopla en dirección a la boca

del valle —pasó el palo a lo largo de la V que había dibujado—, por lo que parece lógico que entre por aquí para recobrar su presa, en el sentido contrario al viento.

—Pero ¿y si ya ha llegado? —preguntó Mina—. ¿Y si ya está ahí y nosotros la molestamos?

Sir Henry se quedó un momento callado y escuchó los gritos de los pájaros procedentes del río.

—No lo creo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó August con curiosidad.

Sir Henry volvió a aguzar el oído.

—Porque está justo detrás de nosotros.

—¡Oh! —Mina sofocó un grito tapándose la boca.

Tom tragó nerviosamente saliva. Se volvió con rapidez.

—Las criaturas de la selva la han visto —dijo sir Henry sin inmutarse, señalando los árboles. Parecía tan sereno que por un momento Tom se preguntó si estaba realmente diciendo la verdad, pero en sus ojos no vio el menor atisbo de duda. Pulany, que no había dejado de escrutar los árboles, también asintió con la cabeza.

—El *sahib* tiene razón —susurró—. El *shaitan* viene hacia aquí —¡Cielos! —dijo Mina.

August toqueteó nerviosamente su revólver. Tom pensó en la feroz tigresa expuesta en la primera planta del museo y se estremeció al pensar en cómo debía de ser en carne y hueso. De pronto sintió un gran alivio de estar con sir Henry, el experto cazador.

—August —dijo este en voz baja—. Creo que es hora de que tomemos nuestras posiciones.

August asintió gravemente con la cabeza.

—Ten cuidado, amigo mío —dijo sonriendo—. Y buena suerte.

Los dos grupos se separaron. Sir Henry comenzó a subir la escarpada cuesta como si fuera una cabra, saltando de roca en roca sin apenas detenerse un instante.

—Pase lo que pase, Tom —dijo—, pégate a mí como una sombra y te prometo que no sufrirás ningún daño. ¿Entendido?

Tom apenas tuvo tiempo de responder antes de que sir Henry se pusiera de nuevo a brincar y, veinte minutos después, habían atravesado la cresta y bajado hasta la gran roca que sir Henry había dibujado en el suelo.

—¿No te parece emocionante? —le susurró cuando al fin se detuvieron. Tom estaba tan falto de aliento que apenas pudo asentir con la cabeza.

—Ahí están.

Sir Henry señaló al otro lado del desfiladero, donde Pulany, Mina y August estaban descendiendo al grupo de rocas por el abrupto pedregal de la cresta.

—Les hemos ganado por la mano —dijo sonriendo picaramente—. Venga, veamos qué se ve.

poniéndose a gatas, rodeó la base de la roca, ciñéndose a las oscuras sombras que

proyectaba, hasta alcanzar un amplio saliente rocoso desde el cual se divisaba todo el desfiladero.

—No está mal —dijo en voz baja mirando el valle que se extendía a sus pies como el escenario de un teatro—. No está nada mal.

Sin hacer ruido, apoyó en la roca el rifle de cañón largo que llevaba al hombro. Tom miró el arma. Jamás había visto nada tan usado y antiguo. Parecía sacada del salvaje Oeste.

—Un rifle Martini Henry Mark IV modificado para utilizar cordita —susurró sir Henry con orgullo—. Voluminoso, con un retroceso que te destroza el hombro. Pero descorcha una botella a doscientos metros, aunque espero que nuestro *shaitan* se acerque un poco más. —Sonrió y, apuntando, calibró la mira, girándola un par de veces.

—¿Por dónde vendrá? —preguntó Tom, que por fin había recobrado el aliento.

—No te lo puedo decir con precisión —respondió sir Henry—, pero, ten, mira dónde está su víctima.

Abriéndose el bolsillo interior de la chaqueta, sacó un pequeño catalejo y se lo dio.

—Hay una piedra gris muy grande en el centro del valle. Abajo a la derecha hay un tramo de arena y, a la izquierda, un arbusto.

Tom se llevó el pequeño catalejo al ojo y, después de calibrarlo, consiguió encontrar lo que creía que era la piedra. Luego localizó el tramo de arena y el arbusto.

—¿Lo tienes? —le preguntó sir Henry.

—Sí —respondió Tom sin estar enteramente seguro de haberlo hecho.

—¿Qué ves al otro lado del arbusto?

Tom dirigió el catalejo hacia allí y vio, en la esquina, algo amarillo ondeando suavemente al viento.

—¿Tela?

—Lo tienes. Es el dobladillo del sari de la pobre mujer —susurró sir Henry—. Ella está justo debajo. Ahí es donde irá la tigresa. —Se inclinó hacia delante y apuntó cuidadosamente el rifle a la piedra—. Pero tenemos que ser muy pacientes, porque esta tigresa en concreto es más cauta que la mayoría. Puede tardar mucho en aparecer.

Tom apuntó el catalejo al extremo más alejado del valle y comenzó a escudriñar el fondo de arriba abajo, buscando cualquier señal de movimiento. Al cabo de un rato, descubrió que concentrarse tanto en cada arbusto y piedra lo mareaba. Su posición era buena, pero vio que el valle tenía muchas más piedras y arbustos en su lado que en el de August. Mirando el grupo de rocas que tenía enfrente, vio el sol reflejándose en un pequeño catalejo de bronce. August también estaba escudriñando los arbustos, con Mina y Pulany a su lado.

Tom se reclinó en la roca y, dando un largo sorbo a su cantimplora, se maravilló de cuán extraña era la competición que sir Henry había establecido. ¿Quién vería primero a la tigresa? August tenía muchas más posibilidades de hacerlo, pero

entonces recordó que, hacía tiempo, su mentor le había dicho que era un inútil con las armas y odiaba cazar. Sir Henry quizá lo sabía y por eso había tenido la generosidad de ofrecerle el mejor enclave para darle una oportunidad. Aun así, Tom no estaba seguro de por qué se había dejado August convencer en primer lugar. ¿Cómo podía esperar ganar a sir Henry? Debía de haber algo más en juego aparte del zafiro, algo que lo había persuadido de que debía participar, pese a saber que podía ser un error...

Las horas transcurrieron con lentitud. Ahora el sol había alcanzado su cénit y hacía un calor sofocante.

Tom estaba comenzando a adormilarse y ya se le estaban cerrando los ojos cuando lo despabiló un chillido en el otro lado del desfiladero. Era Mina, señalando excitadamente el fondo del valle.

—Creo que ya viene —susurró sir Henry inclinándose sigilosamente hacia delante hasta tener el ojo en la mira del rifle. Tom cogió el catalejo y, después de localizar el dobladillo amarillo del sari, siguió bajando, por las piedras grises y los tramos de arena blanca, hacia las negras sombras de la maleza que cubría el extremo más alejado del valle. Nada. Luego hizo el recorrido en el sentido contrario. Todo seguía igual.

«Un momento...».

No era cierto. Algo había cambiado.

La mano comenzó a temblarle de la emoción y, respirando todo lo hondo pudo, dominó el temblor y volvió a escudriñar el fondo del valle. Parecía que una piedra se hubiera desplazado ligeramente hacia la izquierda. Solo que no era una piedra. Tenía un pelaje dorado que brillaba bajo el sol y venía hacia ellos con el vientre pegado al suelo muy lentamente. Tragó saliva.

—Dentro de nada despegará el vientre del suelo —susurró sir Henry, que también la había visto. Tom estaba hipnotizado. No quería mirar, pero, por alguna razón, tenía que hacerlo. ¿Estaba aquel magnífico animal que había devorado a más de cuatrocientas personas a punto de exhalar su último suspiro?

¡Crac!

El ruido provenía del otro lado del desfiladero y Tom vislumbró una borla de polvo justo detrás de la cabeza de la tigresa. Hubo un destello blanco y la tigresa corrió a refugiarse de nuevo en el verde muro de maleza, en cuyo interior desapareció.

—¡Ha fallado! —maldijo sir Henry, y en ese momento August abandonó su escondrijo y echó a correr ladera abajo, con el revólver desenfundado.

—¡August! ¡Vuelve, maldito chiflado! —gritó sir Henry. Pero August no lo oyó; ya se encontraba a media pendiente—. No me lo puedo creer. Está yendo tras ella —farfulló sir Henry—. Va a conseguir que lo mate... ¡August! ¡Vuelve!

August ya se había internado en la espesura y, un momento después, sir Henry había bajado la ladera y estaba corriendo tras él por el fondo del valle.

Tom no tenía la menor idea de qué debía hacer. Durante una milésima de

segundo, contempló la posibilidad de quedarse donde estaba, pero entonces recordó lo que le había dicho sir Henry: «Pégate a mí como una sombra», y se lo había dicho en serio. Sir Henry era cazador, sir Henry tenía un arma. Sabía lo que se hacía. «No te quedes solo en la selva, no con una tigresa asesina».

—¡Espere! —gritó Tom.

Deslizándose por las piedras, llegó abajo justo a tiempo de ver que sir Henry entraba a gatas en la espesa maleza. Sin pensárselo dos veces, corrió hasta la pequeña abertura entre los arbustos y se metió en ella.

Pero, nada más poner un pie en aquel lugar, presintió que había cometido un grave error. Los matorrales eran como un laberinto. Una tortuosa red de oscuros túneles no más grandes que él cruzaba la maraña de ramas en todas las direcciones. ¿Dónde habían ido? Aguzó el oído, pero no oyó nada. No podían estar lejos, ¿no? Acababan de entrar...

Respiró hondo y avanzó sigilosamente por el túnel más ancho, deteniéndose cada pocos pasos para volver a aguzar el oído. Parecía haber movimiento por delante de él, pero, antes de seguirlo, se volvió para orientarse. Todos los túneles le parecieron iguales; hacia delante, hacia atrás, eran idénticos. Parecía que no hubiera entrada ni salida. Si se topaba con la tigresa ahora, no tendría nada que hacer. No era más que otro humano indefenso, sin mucha carne que ofrecer, por cierto. —¡Chist!

¿Qué había sido aquello? ¿Una voz? ¿Un gruñido?

Notó que se le aceleraba el pulso. Parecía una voz, justo a su izquierda. Escrutó la tupida maleza del lado del túnel y, detrás de la maraña de ramas y hojas, distinguió la figura agachada de un hombre. Era August.

—August —susurró.

Pero August no se volvió. Parecía estar clavado al suelo, mirando al frente, tan quieto como una estatua. Debía de estar en un túnel paralelo, pensó Tom. Pero ¿por qué no lo oía?

—¡August! —volvió a susurrar, más alto esta vez.

Tampoco obtuvo respuesta.

«Esto es absurdo», pensó, y viendo una pequeña abertura un poco más adelante corrió hasta ella y se metió en un túnel más estrecho...

—Grrrrrrrr.

Se quedó paralizado.

—No te muevas ni un milímetro —le susurró una voz entre las sombras.

Tom se quedó completamente inmóvil, con las sienes palpitándole. Se encontraba en una especie de cámara, hecha enteramente de ramillas retorcidas. No había luz salvo por un fino haz de luz solar que atravesaba el techo por el centro como el plateado filo de una espada. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, vio a August a unos pocos pasos de él, agachado, como si estuviera jugando al escondite, con el revólver temblándole en la mano. Tenía perlas de sudor en las sienes y parecía hipnotizado por algo blanco que se movía en la oscuridad a poca distancia de él. Era

el rabo de la tigresa. Allí, a cuatro metros de él, estaba su inmensa silueta dorada, a punto de saltar. Al final de la cámara estaba sir Henry, también agachado, como si lo hubieran congelado en mitad de un movimiento, sosteniendo el rifle en una mano con el cañón apuntando al suelo.

—Que nadie se mueva —volvió a susurrar sir Henry.

Tom intentó mantener la calma, pero el corazón le latía tan aprisa que apenas podía respirar. La tigresa iba a saltar en cualquier momento, de eso estaba seguro. ¿Por qué no corría August? No podía. Estaba demasiado aterrorizado. Entonces, por el rabillo del ojo, Tom vislumbró algo gris moviéndose por delante de sir Henry. Era casi imperceptible, pero estaba trazando lentamente un arco. La boca del Martini Henry. Con una mano, sir Henry estaba levantando el cañón del rifle y girándolo para dirigirlo al lugar donde se agazapaba la tigresa. El resto de su cuerpo seguía tan quieto como una estatua. Los segundos pasaron y la tigresa continuó sacudiendo la cola... «¡Venga!», gritó Tom en su fuero interno. Apenas era capaz de mirar. En cualquier momento, la tigresa saltaría y August moriría. Pero el cañón del rifle siguió levantándose y girando, levantándose y girando, despacio, muy despacio... ya solo quedaba un cuarto de vuelta... y durante todo el tiempo, sir Henry no dejó de mirar al frente. Transcurrieron otros diez interminables segundos y, por fin, el cañón estuvo apuntando en la dirección correcta.

Justo a tiempo.

De repente, un destello naranja y amarillo surcó el aire cuando la inmensa tigresa saltó. En ese mismo instante, un estruendo ensordecedor reverberó en los matorrales. Y luego volvió a hacerse el silencio. Un fuerte olor a cordita impregnó la cámara. Allí estaba la magnífica tigresa de Champawander, tendida en el suelo cuan larga era. Sir Henry corrió a comprobar si tenía pulso. No lo tenía. Le había disparado directamente al corazón.

—Muerta —dijo categóricamente—. Del todo.

Emitiendo un hondo suspiro, August se apoyó en la pared de la cámara. Seguía temblando como una hoja.

—Gra-gracias —dijo resollando—. Creo que acabas de salvarme la vida.

—De nada, amigo mío —dijo tranquilamente sir Henry—. Estoy seguro de que tú habrías hecho lo mismo.

August sonrió con ironía y negó con la cabeza.

—Sé positivamente que yo jamás podría hacer nada igual. Has disparado ese riñe con una sola mano.

—Hummm. Sí, he tenido suerte, lo admito —respondió sir Henry con modestia—. A veces, un poco de suerte es necesaria.

La serenidad de sir Henry era pasmosa. Casi parecía que hubiera matado a una simple mosca. Volviéndose para dejar el rifle en el suelo, vio a Tom agazapado en las sombras.

—¿Qué, Tom, te alegras de haber llegado a tiempo?

Tom asintió con la cabeza, totalmente incapaz de articular palabra. El ruido del disparo seguía atronándole en el cerebro. Estaba seguro de que aquella era una de las escenas más aterradoras que había vivido nunca.

Cuando se hubo recobrado, August se adelantó para examinar el enorme felino. Aunque estaba muerto, seguía dando muchísimo miedo. Medía cuatro metros del hocico a la cola y tenía las garras tan grandes como palas. Sir Henry se arrodilló junto a su enorme cabeza para admirar los grandes colmillos, que brillaban como cuchillos en la oscuridad.

—Esto es muy raro —dijo mirándole la boca—. Parece que le faltan unos cuantos dientes.

Tom se acercó y vio que sir Henry tenía razón. En un lado del maxilar, donde debería haber tenido una hilera de grandes molares, la tigresa no tenía ninguna pieza dental.

—Qué extraño —susurró August examinando las encías.

Sacándose unas pinzas del bolsillo, hurgó en la boca de la tigresa hasta encontrar algo pequeño hincado en el maxilar. Luego, tirando con todas sus fuerzas, extrajo un pequeño objeto negro bastante parecido a la planta de una uña.

—¿Qué es? —preguntó Tom.

—Si no me equivoco, es la punta de una púa de puercoespín —respondió August—. Esta tigresa se peleó con un puercoespín.

—Y perdió, por lo que parece —añadió sir Henry—. Probablemente, intentó matarlo. Y luego perdió los estribos.

—Pero, de algún modo, la púa se le clavó en la encía y le produjo una infección. Por eso debieron de caérsele esos molares. —August se quedó un momento callado, poniendo el pequeño objeto achaparrado a contraluz—. ¿No creerás, por un casual, que...?

—Pues sí —respondió sir Henry mirando la púa de puercoespín—. De hecho, estoy seguro. Esta pequeña púa es responsable de muchas cosas.

Tom no entendía de qué estaban hablando.

—¿De qué es responsable esta púa?

—De que la tigresa comiera humanos —respondió enigmáticamente sir Henry—. Por lo general, los tigres no cazan humanos, Tom. No les gustamos y prefieren mantenerse lo más alejados posible de nosotros. Pero, a veces, no tienen elección. Cuando la tigresa perdió esos molares, estoy seguro de que ya no se pudo comer lo que cazaba. Así que, al final, llevada por la desesperación, recurrió a algo ajeno a su dieta. Algo blando, indefenso y fácil de matar.

—¿Se refiere a... personas? —preguntó Tom sin querer creérselo.

—Eso me temo. Cuatrocientos trece hombres, contando mujeres y niños, para ser exactos.

Tom miró el magnífico animal tendido en el suelo. Casi le daba lástima, pese a la infelicidad y el horror que había causado. Pero en ese momento le asaltó una duda.

¿Qué había dicho tío Jos acerca de la tigresa y el campamento por la noche? ¿Podía tratarse únicamente de una vieja superstición popular sobre un *shaitan* que, a fuerza de repetirse, había terminado aceptándose como verdadera? Quizá sí. Tenía que ser así, se dijo. Aquella espléndida bestia estaba tendida en el suelo, muerta. Eso era lo que había sucedido en realidad, no lo que él había anticipado. Se alegraba. La gran tigresa asesina de Champawander se había cobrado su última víctima. ¿No?

16 El diablo sale de noche

—No os mováis —dijo August—. Tres, dos, uno...

Mina, sir Henry, August y Pulany se quedaron callados, mirando gravemente a la cámara con la gran tigresa tendida a sus pies. Solo Tom, colocado un extremo del grupo junto al timonel y los dos niños indios, sonrió de oreja a oreja.

¡Clic!

Hubo un estallido de aplausos y una multitud de aldeanos se adelantó para felicitar al grupo. La noticia de que la tigresa había sido abatida se había difundido enseguida e, incluso en aquella región tan remota, ya había varias piraguas en la playa de guijarros, y estaban llegando más. Todos querían ver con sus propios ojos el magnífico animal que los había tenido aterrorizados durante tres largos años. De inmediato, un grupo de ancianos jefes rodeó a sir Henry, y se pusieron a hablar todos al mismo tiempo.

—¿Qué quieren? —preguntó Mina.

—La tigresa. Todos quieren un trozo para que les traiga buena suerte.

—¿Qué trozo?

—El que sea. —Sir Henry se rió—. Un *shaitan* es muy especial. Si te cuelgas un huesecillo suyo en el cuello, ahuyentarás a los espíritus de la selva.

Acto seguido, se sentó e indicó a los jefes que hicieran lo mismo. Con mucha diplomacia, les dijo que tenía intención de quedarse con el pelaje de la tigresa, pero que, si querían, ellos podían quedarse con todo lo demás. A cierta distancia, Tom y August medían el cadáver del enorme felino.

—¿En qué postura va a colocarla? —le preguntó Tom cuando hubieron terminado.

Al principio, August pareció no oírlo. Se quedó mirando con aire ausente el grupo donde sir Henry estaba escuchando pacientemente a los aldeanos, con Mina sentada a su lado. No pudo disimular su decepción.

—Perdona, Tom. ¿Qué decías?

—La tigresa. ¿En qué postura va a colocarla?

—Ah, sí.

August contempló el enorme felino tendido en el suelo.

—Hubo un momento, mientras yo estaba agachado en el matorral esperando a que saltara... Estaba agazapada, tensa, preparada, y yo me sentí... hipnotizado por ella. No me podía mover. Me sentía como un ratón delante de un gato.

Tom sabía exactamente cómo se había sentido August. El también había temblado como un ratón delante de la tigresa, pero eso no se lo podía decir.

—Supongo que esto de matar no es mi fuerte —murmuró August sonriendo cínicamente—. Irónico, ¿no crees? —Se puso a acariciar el lomo de la tigresa, absorto en sus pensamientos—. Pero quizá —continuó—, quizá haya otra forma.

—¿Qué quiere decir?

August estaba mirando la tigresa con una expresión particularmente decidida que Tom no supo interpretar.

—Otra... oportunidad —dijo por fin.

Justo entonces oyeron el grave eco de una sirena de niebla en el desfiladero, seguido de un fuerte grito. Tom se levantó y vio una pequeña flota de barcos doblando el recodo del río, todos engalanados con banderas y banderines. En el centro había un minúsculo barco de vapor con un ruidoso motor y, cuando la flota estuvo más cerca, Tom oyó el débil sonido de un gramófono.

Los harapientos aldeanos comenzaron a parlotear excitadamente, señalando al rechoncho hombrecillo tocado con un llamativo turbante verde que iba sentado en cubierta.

—¿Quién es? —susurró Tom a August.

—No tengo ni idea —respondió él, igual de intrigado—, pero parece bastante importante.

—El marajá de Champawander, *sahib* —exclamó Pulany sacudiéndose nerviosamente la tierra de su sucia camisa—. El marajá viene a ver si el *shaitan* está realmente muerto.

En cuanto el pequeño vapor llegó al muelle, tres criados saltaron al agua para tender una estrecha pasarela hasta la playa, seguida de una alfombra roja. Fueron tan rápidos que, apenas un minuto después, el marajá se levantó golpeando impacientemente la cubierta con su bastón, y Tom vio que, en efecto, era muy bajito. Parecía muy digno bajo su gran bigote de foca y llevaba un traje de rayas azules y blancas extrañamente ceñido, remetido en un par de botas de montar de caña alta. Con cierta ceremonia, recorrió la pasarela hasta la playa, donde los aldeanos se inclinaron ante él.

—¿Dónde está? —preguntó.

Nadie se atrevió a hablar, pero el gentío se separó, permitiéndole ver a la gran tigresa tendida en el suelo. De inmediato, su expresión se trocó en asombro. Un poco más cerca, se quedó contemplándola solemnemente durante un largo minuto. Nadie se movió. Luego, de pronto, su asombro dio paso a la furia, y alzando su bastón de bambú la golpeó en la panza.

¡Tras! ¡Tras! ¡Tras! ¡Tras!

Continuó apaleándola y las lágrimas comenzaron a rodarle profusamente por las mejillas. Más tarde dejó de hacerlo con la misma brusquedad con que había empezado. Sacándose un pañuelito blanco del bolsillo, se enjugó solemnemente los ojos.

—Eso ha sido por mi querida hijita Parvati —dijo con la voz quebrada—, y también por todas las demás personas que te has comido.

Tras recobrar la compostura, el marajá se volvió para dirigirse a los harapientos aldeanos reunidos en la playa.

—¿Dónde está el hombre que ha matado a esta bestia?

—Aquí, su majestad —dijo sir Henry, que había permanecido en un segundo plano observando. Se adelantó y el marajá le tendió su mano pequeña y rolliza.

—Sir Henry Scatterhorn, para servirle —dijo sir Henry inclinándose ante el hombrecillo de llamativos ropajes que tenía delante.

—Ah, sí. Sir Henry Scatterhorn. Lo he leído todo sobre usted y su museo en los periódicos. Es impresionante, por lo que me han dicho.

Sir Henry asintió cortésmente con la cabeza.

—Seguro que querrá llevarse a este tigre para sumarlo a su colección.

—Si es posible, su majestad; quiero decir, si no es mucha molestia.

—Hágalo si lo desea. Yo no quiero volver a ver esta criatura mientras viva.

—Gracias.

—Dígame, ¿se ha unido a su grupo el intrépido niño del que tanto he leído?

—En efecto, señor. ¡Tom!

Tom notó todas las miradas clavados en él y tragó nerviosamente saliva. Con cautela se abrió paso entre los aldeanos y se puso junto a sir Henry.

—Viajar en el techo de un tren, batallar con bandidos, escapar de los cocodrilos, ¿eh? ¡Una historia digna del mimo Phileas Fogg! —El rechoncho marajá lo miró de arriba abajo con curiosidad—. Bueno, jovencito, desde luego has recorrido un largo camino para cazar el tigre. Espero que hayas disfrutado de la cacería.

—Oh, sí, señor. Su majestad, quiero decir. Mucho.

—Bien, bien —dijo el marajá sonriendo—. Es una lástima que no llegaran ustedes un poco antes. Porque entonces mi hijita Parvati... —Se quedó callado y sorbió por la nariz—. No importa—. Lo hecho, hecho está, y nadie lo puede cambiar. —Se sonó ruidosamente la nariz—. ¡Biren! —gritó.

—¡*Sahib!*

Un hombre de aspecto feroz, con barba y armado con un rifle, corrió hasta él y le hizo una reverencia.

—Entrega a sir Henry lo que ha venido a buscar.

Biren se metió la mano en la túnica y sacó una bolsita de terciopelo atada con una cuerda. Miró al marajá, quien le indicó impaciente que se la entregara a sir Henry.

—Ábrala —le ordenó.

Sir Henry metió la mano en la bolsita y, con delicadeza, sacó lo que parecía un huevo de gran tamaño. Tenía una extraña tonalidad mate y era de un azul tan intenso que casi parecía que emitiera luz. Un excitado murmullo de voces recorrió la multitud.

—Era el zafiro más grande del mundo hasta la semana pasada —dijo el marajá algo incómodo—. Por desgracia, un magnate del ferrocarril de Estados Unidos acaba de descubrir uno más grande. Mis más sinceras disculpas.

Sir Henry sonrió cortésmente ante aquella broma.

—Pero ahora es suyo y usted debe hacer con él lo que desee —continuó el marajá—, aunque debo advertirle que algunas de mis gentes creen que semejante premio

trae mala suerte. Sin duda habrá oído hablar del *shaitan*.

—Sí, señor.

—No haga ningún caso —dijo el marajá acercándose más—. Es una vieja superstición india. Ese tigre es un tigre, nada más.

Y el zafiro es solo un zafiro, nada más. Lléveselo a casa y diviértase. Regáleselo a una muchacha, quizá. Ahí veo una muy bonita. —Miró con admiración a Mina—. Pero no se crea lo que le digan estos aldeanos —añadió bajando la voz en un susurro—. Esto es como el salvaje Oeste. Yo quiero traer coches y la electricidad, el mundo moderno, pero a esta gente todo eso le da igual. Lo único que le interesa son los *shaitanes* y las maldiciones. En nuestra época, ¿se lo imagina?

Tras lo cual el marajá se rió entre dientes, tendió la mano a sir Henry por segunda vez y él se la volvió a estrechar. Concluidos los formalismos, el rechoncho hombrecillo se volvió hacia los harapientos aldeanos y sonrió brevemente en su dirección. Ellos se inclinaron otra vez ante él. Luego, el marajá encabezó la solemne comitiva y recorrió la pasarela de regreso al vapor seguido de su séquito.

Justo antes de partir, susurró algo a Biren, quien gritó una orden a los jefes de las aldeas.

—Les he dicho a todos que se vayan y les dejen en paz —gritó el marajá—, así que ahora podrán disfrutar de mi maravillosa selva, ¡tranquilamente! —Señaló con aire triunfal las hermosas laderas verdes que lo rodeaban. Biren tradujo sus palabras y todos los aldeanos se pusieron inmediatamente a aplaudir. El marajá sonrió y volvió a arrellanarse en su cojín con una expresión de honda satisfacción. Un criado dio rápidamente cuerda al gramófono, pero la música enseguida quedó ahogada por el traqueteo del motor mientras el minúsculo vapor trazaba una majestuosa curva y se alejaba río abajo. En cuanto el marajá hubo zarpado, todos los aldeanos corrieron a sus canoas, salpicándose y gritando alegremente mientras se retaban unos a otros para ser los primeros. Una a una, las canoas fueron doblando el recodo del río hasta que, finalmente, la última desapareció tras las rocas como por arte de magia y ellos volvieron a estar solos en el estrecho desfiladero. Tom miró el morado pedazo de cielo que se divisaba por encima de los árboles y vio que pronto oscurecería. No obstante, ahora que la tigresa estaba muerta, la selva le pareció totalmente distinta. Ya no había ojos observándolo a cada instante. Las enmarañadas murallas verdes solo eran árboles, nada más. El reinado del terror había concluido.

—Dime, August, ¿por qué no has disparado tú a la tigresa? A fin de cuentas, tú has sido el primero en verla.

—Quería hacerlo, créeme —dijo August enérgicamente—, y estaba a punto cuando... cierto niño me ha jugado una mala pasada.

—¡Una mala pasada! —exclamó Mina, con los ojos brillándole—. Tom, eres un bruto. ¿Qué has hecho?

Tom sonrió cortésmente, siguiéndole el juego a August.

—Yo estaba a punto de disparar cuando él me ha susurrado: «¿Qué fue primero,

August, el huevo o la gallina?». Bueno, ¿qué podía hacer yo? ¡Es la eterna pregunta!

Sir Henry sonrió y Mina se rió a carcajadas.

—Vaya pregunta tratándose de ti, August —observó—, y justo en tu gran momento, además.

—En efecto —dijo August obligándose a sonreír.

Era de noche y estaban sentados alrededor del fuego, contando a Mina lo que había ocurrido dentro del laberinto de túneles.

—Ha sido una sensación extrañísima... —continuó sir Henry—, como estar dentro de un nido gigantesco. Para serte sincero, querido August, no puedo imaginarme qué se ha apoderado de ti para que te hayas atrevido a meterte ahí dentro.

—Pensaba que a lo mejor la había herido —respondió August. Seguía sonriendo, pero era evidente que lo que había sucedido le incomodaba—. Supongo que solo quería asegurarme.

—Una decisión muy audaz, y puede que un poco insensata también, dado que habías errado por completo el tiro —dijo sir Henry con una nota de reproche en la voz—. Has estado a punto de que te maten, amigo mío.

—Puede —reflexionó August encogiéndose de hombros—. No obstante, ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Hubo un momento de incómodo silencio mientras los dos hombres contemplaban las brasas, evitándose la mirada.

—Pero si tú no hubieras perseguido a la tigresa cuando volvía a su guarida —insistió Mina—, sir Henry no te habría seguido ni habría disparado a la bestia que ha causado tanto dolor y sufrimiento.

—En efecto —admitió sir Henry.

—Así que bravo por eso.

Se quedaron callados. Tom advirtió cuánto incomodaba a August que le recordaran lo que había sucedido en el laberinto de túneles. Estaba hundido en su silla, absorto en sus pensamientos. En cambio, Mina no podría haber estado más animada y, a la luz de las llamas, los ojos le brillaban de expectación.

—¿Y bien, sir Henry? —dijo dulcemente—. ¿Qué va a hacer usted con el hermoso zafiro que ha ganado?

—Bueno, creo que antes que nada lo haré tallar —respondió él con indiferencia— y luego, ¿quién sabe? Puede que cumpla un propósito.

—¿Y qué propósito es ese?

Sir Henry se rió.

—Bueno, ¿sabes?, puede que se lo haya prometido a alguien.

—Ah, ¿sí? —dijo Mina con aire inocente, sabiendo perfectamente que se trataba de ella.

—Quizá cumpla esa promesa.

—¿Quizá? —preguntó Mina sonriendo—. ¿Solo quizá?

—Ya veremos —dijo él negándose a ser más concreto.

Los ojos de Mina centellearon ávidamente.

—Yo creo que las promesas, una vez hechas, deberían cumplirse. Y recibir un regalo así le ablandaría el corazón a cualquiera.

—¿Lo haría?

—Estoy segura de ello.

Mina miró el fuego y las llamas le danzaron en los ojos.

—Del todo.

August no soportó más aquella conversación.

—Debo decir que, de pronto, me siento terriblemente cansado —anunció levantándose con tanta brusquedad que volcó la silla—. Me temo que debo daros las buenas noches.

—Buenas noches, August —dijo sir Henry sonriendo a su viejo amigo.

—Bu-buenas noches a todos —farfulló August, y sin apenas mirarlos se fue rápidamente a su tienda. Era evidente que estaba furioso.

—Esto... creo que yo también voy a retirarme —se apresuró a añadir Tom. Siempre que podía prefería evitar las discusiones.

—Buenas noches, querido Tom —dijo dulcemente Mina.

—Buenas noches.

Tom bajó la cortina de su tienda y, tendiéndose en la cama, se dio cuenta de cuán extraña era aquella situación. Lo que a él le había parecido una competición entre dos amigos no estaba resultando ser nada amistosa. Y no solo se trataba de la tigresa. Ahora, era evidente que también se trataba de Mina. Ambos debían de haberse prometido que iban a ser ellos quienes le regalaran el zafiro. Por eso se había dejado convencer August, pero era obvio que no soportaba haber sido derrotado, ni tan siquiera por sir Henry, su mejor amigo. El zafiro los había dividido.

Tom escuchó las risas de Mina y sir Henry, y de repente sintió más incertidumbre que nunca con respecto a su futuro.

Puede que se hubiera precipitado al descartar la historia de Jos, puede que aquello no hubiera terminado todavía. «El tigre era un *shaitan* y nadie lo podía matar... se acercó una noche al lugar donde estaban acampados...». No podía dejar de pensar en aquellas palabras. Pero ¿cómo? La tigresa estaba muerta. Muerta. Muerta. Muerta. El lo había visto con sus propios ojos. Haciéndose un ovillo, pegó el mentón al cuello y se sumió finalmente en una duermevela repleta de sueños y fantasmas.

Se despertó al cabo de un rato. Para entonces, la selva estaba mucho más silenciosa. Solo se oían el rumor del río y el suave canto de los grillos, interrumpido de vez en cuando por el canto de un pájaro solitario en las copas de los árboles. Todo estaba en orden. Entonces, ¿por qué se sentía tan intranquilo? La historia de Jos seguía atormentándolo, ardiendo en sus pensamientos como una cerilla que no termina de consumirse. No podía dejar de darle vueltas.

En un intento de volver a quedarse dormido, se dio la vuelta y pensó en Sam Scatterhorn, su padre. ¿Estaría, en aquel preciso instante, acostado como él en una

tienda de campaña en un remoto bosque? ¿Habría encontrado la chispa divina, o lo que fuera que estuviera buscando, y acaso lo habría encontrado la madre de Tom? Tom deseó que aquello fuera cierto. De pronto se descubrió extrañando terriblemente a sus padres. Quería saber que estaban sanos y salvos, quería saber eso más que ninguna otra cosa en el mundo. Su casa, su escuela, todas esas pequeñas cosas de su vida cotidiana, jamás le habían parecido tan lejanas como en aquel momento y se preguntó si alguna vez volvería a ellas. Pero mientras pensaba en todo aquello, lo distrajo un ruido de pasos amortiguados. Alguien estaba saliendo de su tienda.

Al principio intentó no hacer caso, pero no pudo evitar oír los pasos subiendo por la playa de gujarros hacia selva, donde se detuvieron. Luego, el ruido cesó. Tom aguzó el oído, pero no oyó nada.

¿Quién era?

Ahora estaba totalmente desvelado. No iba a poderse dormir. Arrodillándose junto a la cortina de su tienda, la alzó cautelosamente por un extremo y miró fuera. La estrecha playa desprendía un destello blanco a la luz de la luna y, cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, vislumbró una oscura figura en el extremo más alejado del campamento parada junto al cadáver de la tigresa. Era August y parecía estar hablando entre dientes. Tom no oía lo que decía, pero se volvía continuamente hacia las tiendas, como si estuviera haciendo algún cálculo mental. Por su modo de actuar, Tom supo que no debía revelar su presencia. Lo que August estuviera haciendo, fuera lo que fuese, era secreto y no quería ninguna intromisión.

A continuación, August se arrodilló junto a la cabeza de la tigresa y la inspeccionó. Seguía hablando entre dientes, pero más aprisa, casi balbuciendo, cuando se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un frasquito oscuro y un pañuelo blanco. Colocándose el pañuelo desplegado en la palma de la mano, destapó el frasco con los dientes y vertió cuidadosamente en el pañuelo unas gotas del líquido incoloro. Tom ya le había visto hacer aquello en otras dos ocasiones... De pronto, se le hizo un nudo en el estómago. Apenas podía dar crédito a sus ojos. ¿Qué estaba a punto de hacer August? ¿Iba a resucitar a la tigresa? Pero ¿por qué? ¿Por qué diablos querría hacer una cosa así? ¿Para poder volver a cazarla? ¿Tanto deseaba aquel zafiro? Debía de haberse vuelto loco...

Tapando el frasco, August se levantó de golpe, dando efectivamente la impresión de haberse vuelto loco. Tenía el pelo empapado de sudor y una expresión febril en los ojos cuando miró hacia el campamento. Arrojó violentamente el frasco al río, donde se hundió dejando un reguero plateado, y volvió a concentrarse en la tigresa.

Tom se notó el corazón palpitándole en las sienas. ¿Cómo debía actuar? August no sabía lo que estaba haciendo... se había vuelto loco... tenía que detenerlo antes de que... antes de que...

Pero ya era demasiado tarde. August se agachó y puso el pañuelo en el hocico de la tigresa.

—¡No! —gritó Tom saliendo de su tienda como una flecha.

En ese momento se oyó un ronco gruñido y la tigresa se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. August corrió hacia la hoguera, arrojando el pañuelo al fuego y cogiendo un palo humeante. Con la otra mano desenfundó nerviosamente su revólver. Se oyó otro gruñido, más fuerte esta vez, y la tigresa alzó su enorme cabeza y se sentó. Parecía confusa y mareada, pero no por mucho tiempo, porque estaba volviendo a la vida por segundos. Su pelaje estaba recobrando sus flamantes tonalidades anaranjadas y la llama de la ira estaba comenzando a arder en sus ojos amarillos. Levantándose con cierta dificultad, aquella bestia enorme inspeccionó la selva que tenía tras de sí. Luego, se volvió para encararse con August.

—¡Anda, vete! —gritó August blandiendo el palo—. ¡Vete! ¡Vuelve a la selva!

Pero la tigresa hizo caso omiso de sus gritos y se puso a avanzar hacia él.

—¡Vete! —volvió a gritar August, con voz más alta esta vez, intentando darle el palo como si estuviera ahuyentando a un perro.

La tigresa no le hizo caso. Siguió avanzando hacia él, agachando las orejas y levantando los belfos. August se mantuvo firme hasta que el miedo lo obligó a dar media vuelta y correr hacia su tienda. La tigresa irguió las orejas y comenzó a trotar tras él, pero, en cuanto vio a Tom, se detuvo. Clavó en él sus ojos llameantes, mirándolo con cierta vacilación, casi como si le tuviera miedo. Tom sabía que debía hacer algo, pero tenía el cuerpo paralizado. Estaba demasiado asustado incluso para hablar.

De pronto oyó un grito a su derecha. Mina estaba a la entrada de su tienda mirando horrorizada a la tigresa.

—¡Vuelve a la selva, bestia, fuera! —gritó August con desesperación, pero la tigresa ya no estaba interesada ni en August ni en Tom. Mina volvió a chillar y se metió en la tienda, perseguida por el animal.

—¡No! —gritó August—. ¡N-n-no! ¡Esto no tenía que pasar! ¡BASTA! —Y en ese momento cerró los ojos y disparó al aire.

¡PUM!

—¿Qué diablos está pasando? —Sir Henry salió súbitamente de su tienda en camiseta—. August, ¿qué estás haciendo con esa pistola?

August parecía aterrorizado e impotente.

—Yo... yo...

Se oyó otro grito de Mina en el interior de la tienda, seguido de un gruñido espeluznante.

—¿Qué demonios...?

Antes de que sir Henry pudiera terminar la frase, la enorme tigresa reapareció llevando a Mina entre sus fauces como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Mina! —gritó sir Henry horrorizado.

Pero Mina no respondió. No podía. Sir Henry corrió a coger un largo machete y llegó a la playa antes que la tigresa, cerrándole el paso.

—¡Ven, bestia! —rugió—. ¡Suéltala!

La tigresa gruñó, pero no soltó a Mina. Sacudiendo furiosamente la cabeza, se metió en el agua, intentando sortearlo.

—¡Eso sí que no! —gritó sir Henry metiéndose también en el agua—. ¡Suéltala AHORA MISMO!

La tigresa resopló.

—¡GRRR! —le respondió sir Henry. Con un fuerte rugido, comenzó a avanzar por el agua hacia ella, haciendo girar el machete por encima de su cabeza. La tigresa bajó las orejas y volvió a resoplar, claramente confundida por la conducta agresiva de sir Henry. Retrocedió hacia un lado, luego hacia el otro.

—¡Sir Henry! —gritó Tom—. ¡No!

Pero ya nada podía detener a sir Henry. Estaba avanzando por el agua como un hombre poseído, haciendo girar el largo machete por encima de su cabeza.

—¡VENGA! —gritó—. ¡VENGA!

La tigresa estaba furiosa. De repente, rugió y soltó a Mina, que cayó al agua. Sir Henry fue a cogerla y, en ese momento, la tigresa saltó para abalanzarse sobre él. Sir Henry solo tuvo tiempo de colocar el largo machete por delante de él antes de que la tigresa lo derribara. Hombre y felino cayeron estrepitosamente al agua. Durante un segundo, el tiempo se detuvo. Tom casi esperaba ver a la tigresa saliendo del río y corriendo hacia la selva, pero, después de arremolinarse, las plateadas aguas se calmaron, dando paso a un silencio sepulcral.

—¡*Sahib*! —gritó Pulany, rompiendo el hechizo y arrojándose al río—. ¿Sir Henry, *sahib*?

Momentos después, August y Tom se unían a él, corriendo por el agua hacia el lugar donde había sido derribado sir Henry.

—¡No tardará en ahogarse! —gritó August y, juntos, le quitaron de encima el cadáver de la gran tigresa, que yacía inmóvil en el agua con el machete clavado en el corazón. Cuando lo hubieron arrastrado a la playa, vieron que estaba blanquísimo. Tenía un delgado reguero de sangre en la nuca.

—¡Henry! ¡Henry, despierta, por el amor de Dios! —musitó August golpeándole desesperadamente el pecho. Sir Henry escupió agua unas cuantas veces y tosió, pero no abrió los ojos.

—Está vivo —susurró febrilmente August—. Gracias, Dios mío, por esto... Yo nunca...

—¡Señor August, *sahib*, venga enseguida!

August alzó la cabeza y vio a Pulany arrodillado junto a Mina en el agua. Cuando corrió hasta allí, la encontró flotando boca arriba con los ojos abiertos. Tenía una extraña expresión angelical en la cara, como si estuviera contemplando las estrellas con asombro. ¿Lo estaba haciendo? Delicadamente, Pulany metió la mano en el agua y palpó el largo zarpazo morado que tenía en el cuello. Luego miró a August y negó con la cabeza. Mina estaba muerta.

—N-no —farfulló él—. No, no lo está. ¡NO LO ESTÁ! ¡Puedo salvarla! Puedo...

—Poniéndose a gatas en el agua, comenzó a buscar frenéticamente el frasco.

Tom se quedó mirando el hermoso rostro de Mina y notó lágrimas en sus ojos. Él sabía desde el principio que Mina iba a morir, incluso antes de que pisaran la India, pero, con la poción de August, el poder de la vida, había confiado en que la historia pudiera cambiarse, invertirse de alguna forma. Jamás había imaginado que la poción de August pudiera ser la culpable de su muerte.

—¡Lo tengo! —exclamó August mientras salía del río con un frasquito azul en la mano.

—Todo va a ir bien, todo va...

La cara se le ensombreció al ver que el tapón no estaba. Dentro del frasco no había nada salvo agua dulce. Arrojàndolo de nuevo al río con impotencia, salió del agua arrastrando los pies. Tom tan solo pudo mirarlo con indignación. Estaba enfadado, triste, pero sobre todo muy, muy confuso. Aquello no era lógico.

—¿Por qué lo ha hecho? —le espetó—. ¿Por qué? ¿Ni siquiera ha pensado en lo que podía ocurrir?

August se encogió ante la feroz mirada de Tom. El niño debía de haberlo visto todo y ya no tenía sentido seguir fingiendo. El sudor le corría por las mejillas.

—Yo... yo... yo solo quería cambiar las cosas. Con mi poción, podía tener otra oportunidad —farfulló— y demostrar que podía hacerlo mejor... ¡porque podría haberlo hecho mejor! Podría haberlo hecho mejor, pero...

Desesperado, August volvió a mirar a Mina y a sir Henry, ambos tendidos en la playa sin moverse. Estaba deshecho.

—Créeme, Tom. ¡JAMÁS quise esto!

—Pensaba que usted no quería el poder de la vida y la muerte.

—¡No lo quería! —respondió apasionadamente August—. No lo quería. Pero... se ha interpuesto algo y... y... ¡mira lo que he hecho! Parece que lo haya destrozado todo. —Se dejó caer en una piedra profundamente desconsolado.

—Lo siento, Tom —dijo—. De veras. —Y cogiéndose la cabeza entre las manos, rompió a llorar.

Tom contempló la trágica escena que tenía ante sí y se preguntó cómo habían podido llegar a aquello. Resucitar colibríes y perritos era una cosa, pero ¿tigresas asesinas? August tenía razón cuando había dicho que el destino no se podía controlar. No se podía esperar que hiciera lo que uno quería. Y, no obstante, en un momento de locura, hasta él lo había olvidado. Y aquel era el resultado. Enojado, Tom miró el lugar donde Mina yacía sin vida junto a la orilla del río. A su lado, una pequeña forma negra flotaba en el agua. Allí estaba, el frasco azul... vacío. El frasco centelleó misteriosamente a la luz de la luna. La poción de August era poderosísima, quizá demasiado poderosa para confiársela a nadie, ni tan siquiera a él. Tom se encontró con los ojos de Pulany y reconoció la expresión de su rostro ajado. Aquello era también lo que el *shaitan* había querido. Aquello estaba destinado a ocurrir.

Cuando amaneció al día siguiente, sir Henry había abierto los ojos pero seguía sin

moverse, como si estuviera sumido en una especie de trance. Pulany y el timonel habían ido a la selva al despuntar el alba y de regreso traían consigo un árbol pequeño, la mitad del cual iban a utilizar para construir una camilla para sir Henry y el resto para el improvisado ataúd de Mina.

Entretanto, August se dedicó a desollar la tigresa. Era una tarea larga y ardua que a él parecía gustarle y, cuando hubo extraído la piel con la cabeza, la extendió en la playa y la frotó de arriba abajo con una mezcla de jabón de arsénico y sal. De vez en cuando se detenía para dar un largo sorbo a su cantimplora, pero, por lo demás, no decía nada, y prefería trabajar solo y en silencio. Quizá fuera más fácil de ese modo, pensó Tom mientras permanecía sentado a la sombra junto a sir Henry, enjugándole el sudor de la frente y dándole pequeños sorbos de agua de vez en cuando. No tenía sentido pensar en la noche anterior. Eso pertenecía al pasado. Era mucho mejor concentrarse en el viaje que les aguardaba.

Solo Pulany parecía incómodo con tanto silencio. Se pasó el día trabajando con el hacha, murmurando entre dientes y mirando de vez en cuando a su alrededor con una mezcla de miedo e indignación.

—¿Qué pasa, Pulany? —preguntó Tom en una ocasión, y el viejo indio se apoyó en su hacha y miró la tupida selva que los rodeaba.

—El *shaitan* sigue aquí —dijo entornando los ojos y escupiendo al suelo.

—El *shaitan* está muerto —afirmó August con irritación—. Tu *shaitan* está ahí. —Señaló el gran saco de lona cargado ya en el barco.

—No, *sahib*. El espíritu del *shaitan* sigue aquí, entre los árboles.

—No digas bobadas —le espetó August, si bien había una nota de incertidumbre en su voz. No podía negarlo. Aquella cárcel selvática tenía algo que lo aterraba.

—Sir Henry ha matado al *shaitan* dos veces —continuó Pulany, cortando dos veces el aire con sus dedos huesudos—. ¡Dos veces! —Pero él aún no está muerto.

—La tigresa está bien muerta, Pulany. Te lo garantizo.

El indio negó con la cabeza sin saber si creerlo o no.

—Usted tal vez crea que lo está, *sahib* —masculló enigmáticamente—, pero el *shaitan* ha maldecido el zafiro, *sahib*, y el zafiro está en el barco. Puede que nos ahogemos todos.

—Te aseguro que eso no va a pasar —dijo categóricamente August—. Créeme, Pulany.

—Como usted diga, *sahib* —masculló Pulany asintiendo con la cabeza—. Como usted diga.

—Venga. Salgamos de aquí.

—Vayamos a casa —dijo Tom suspirando, y lo decía en serio.

—Sí, *sahib* Tom. Eso será lo mejor. Vayamos a casa.

Cuando se puso el sol, terminaron de cargar el barco y estuvieron por fin listos para zarpar. El pequeño motor de gasóleo se puso ruidosamente en marcha y Tom sintió un enorme alivio cuando soltó las amarras y saltó al barco desde el

desembarcadero. Despacio giraron hacia el centro del río y comenzaron a alejarse.

—Gracias a Dios —dijo August con aire abatido, frotándose la cara con una mano. Por primera vez en aquel día hizo un amago de sonrisa, y de pronto pareció agotado.

—Sienta bien marcharse, ¿verdad?

Tom no dijo nada. Solo se volvió para contemplar las murallas de vegetación y la estrecha playa de guijarros que aún relucía bajo el pálido cielo rosa. Pese a la belleza de aquel lugar misterioso y salvaje, estaba totalmente seguro de que no quería volver a verlo en su vida. Y también sabía que jamás podría olvidarlo.

17 Una huida imprevista

Un día, seis semanas después, alguien llamó a la puerta en Catcher Hall.

—Tom, hazme un favor y ve a ver si es el médico.

Tom corrió al vestíbulo y, abriendo una rendija, encontró al cartero, con las mejillas cortadas por el frío y un montón de cartas y paquetes en los brazos.

—La entrega diaria del señor Catcher —masculló de malhumor.

Adelantándose, dejó el pesado montón en los brazos extendidos de Tom antes de coger su saca y alejarse por el camino nevado. Tom cerró la puerta ayudándose con la espalda, y fue bamboleándose al estudio con su cargamento. August alzó la vista de las montañas de cartas que ya inundaban su escritorio.

—No serán más, ¿no?

—Eso parece —dijo Tom resollando, añadiendo otra montaña a la cordillera—. Es el precio de la fama.

—Así es.

August abrió impacientemente el primer sobre del montón.

Querido señor Catcher, leyó,

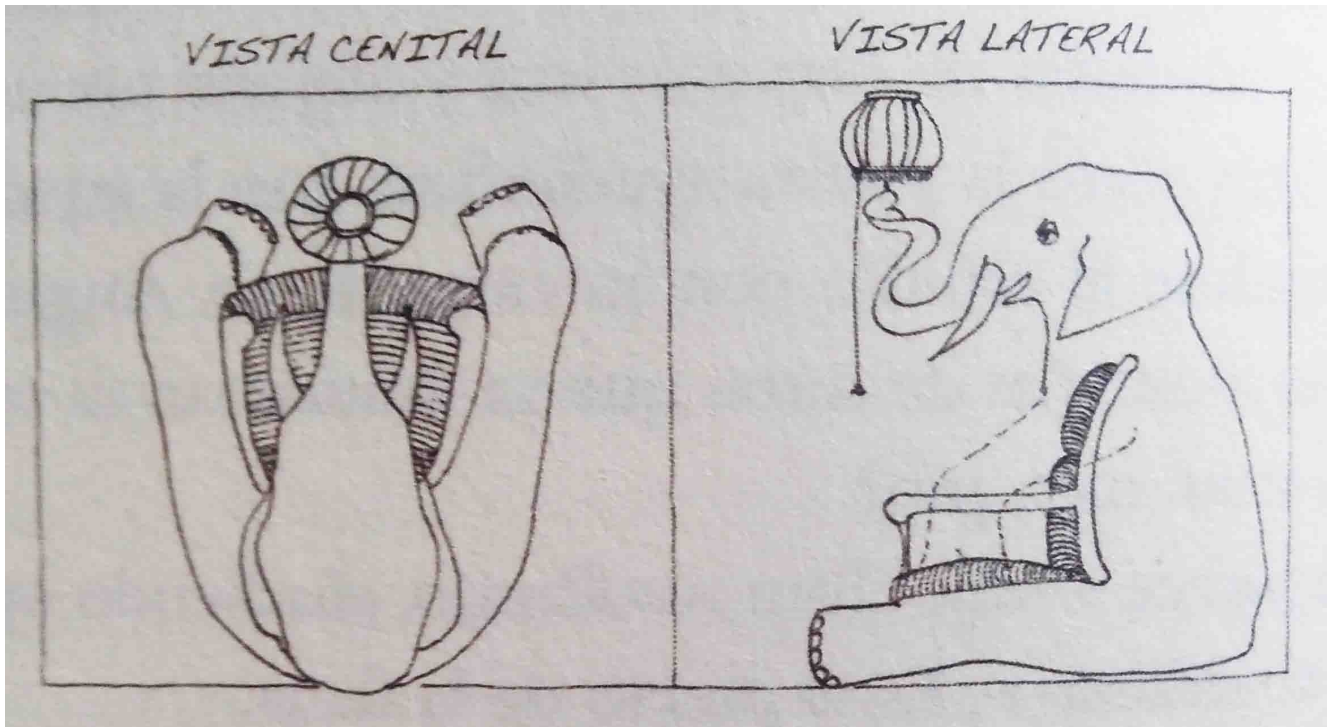
Le ruego que disculpe mi presunción, dado que jamás he escrito una carta de esta índole. Pero visité el Museo Scatterhorn la semana pasada y debo decir que ver sus insólitas piezas fue la mejor experiencia de mi vida. El mamut, el gorila, el antílope, los colibríes y el...

August desechó la carta y cogió un sobre que parecía oficial. —Del coronel Flowerdew Bone, secretario del Club de Caballería de la India. ¿Qué demonios puede querer?— resopló August mientras la abría.

Señor Catcher,

Fuentes fidedignas me han informado de que es usted el mejor taxidermista del Imperio británico. Por ese motivo, me he tomado la libertad de enviarle las pieles de dos pequeños paquidermos abatidos por mí, con el expreso propósito de convertirlos en sillones para nuestro vestíbulo. Espero que no le suponga mucha molestia.

—¡Nada menos que sillones! —exclamó August—. Mira, Tom. Hasta ha enviado un dibujo.



—¿Y qué demonios es esto? —preguntó leyendo un titular del *Dragonport Mercury*.

—LA NUEVA ATRACCIÓN DEL MUSEO SCATTERHORN —se apresuró a leer Tom—. ESPOSA DEL ALCALDE ALARMADA.

—Oh, Dios mío, la inestimable Ursula Spong —dijo August riéndose entre dientes—. Sigue.

Anoche, August Catcher descubrió la última adquisición del Museo Scatterhorn ante los numerosos asistentes. El tigre de Bengala, un feroz felino que se había cobrado más de cuatrocientas víctimas humanas, está colocado al final de las escaleras en una postura de gran dinamismo, a punto de saltar con las patas extendidas. El animal es tan espeluznante que la señora Ursula Spong, esposa del alcalde Spong, se desmayó al verlo, y sin duda se habría caído rodando por las escaleras de no ser por la rápida intervención del señor Ned Badger, quien, sin pensar en su propia seguridad, se arrojó a cogerla y frenó su caída. La señora no les guarda ningún rencor al tigre, al señor Catcher ni, por supuesto, al audaz señor Badger, pero desea que, en el futuro, esa clase de emociones fuertes lleve avisos de advertencia para las personas impresionables.

—Bien, bien. —August se quitó las gafas y sonrió—. Pobre Ned Badger. Es la segunda vez que la señora Spong se le echa encima.

Tom hojeó el resto de las cartas hasta fijarse en un gran sobre amarillo que tenía un colorido sello y matasellos de la India.

—Si es otra petición para convertir un cocodrilo en un humidificador o un lagarto en una boquilla de puro, tienes mi permiso para echarla al fuego —dijo enérgicamente August, volviendo a concentrarse en su montón.

Abriendo la carta, Tom vio, por el membrete dorado, que era del marajá.

Estimado señor Catcher,

mis cordiales saludos. Me complace informarle de que la lápida de la señorita Mina Quilt ya está por fin terminada a mi gusto y queda muy hermosa en un rincón del cementerio inglés, cerca de un baniano. Yo mismo escogí el lugar. Tiene sombra por la tarde y se encuentra enfrente de una gran buganvilla que ahora está en flor. Adjunto un dibujo de mi artista cortesano, el señor Hanratty, que capta perfectamente la escena.

Entre los pliegues de la carta había una acuarela del cementerio, mostrando el gran baniano gris y una bonita lápida con flores esculpidas en la parte inferior.

La carta continuaba:

Sea tan amable de saludar a sir Henry Scatterhorn. Si alguna vez se recupera de su monumental porrazo en la cabeza, dígame que me halagaría volver a recibirlo en palacio.

Atentamente, etc., etc.,

Marajá de Ckampawander

P. D.: Confío en que seguirán teniendo el zafiro a buen recaudo hasta que termine esta terrible desgracia. Por el bien de sir Henry, espero que sea pronto.

Tom dio la carta a August, quien la leyó en silencio. Cuando hubo terminado, se levantó y se quedó junto a la ventana, viendo cómo nevaba sobre la ciudad. Parecía estar muy lejos de allí.

—A veces me pregunto si Pulany no tendría razón, ¿sabes?

—¿A qué se refiere?

—A la maldición del *shaitan*, a todo ese misterio que rodea al zafiro. No nos ha traído mucha suerte que digamos, ¿no? Primero Mina, nuestra querida Mina, y ahora sir Henry, cuyo estado apenas mejora.

August miró a Tom con una expresión torturada.

—No logro entenderlo. Es como si algo se lo estuviera impidiendo.

Tom miró el fuego de la chimenea y supo que era cierto. Durante todo el viaje de regreso, sir Henry había permanecido en una especie de trance, y ahora que por fin habían llegado yacía arriba con los ojos totalmente abiertos, comiendo y bebiendo en pequeñas cantidades, pero mostrándose incapaz de hablar o alzar incluso la mano. Era como si estuviera sumido en un sueño profundísimo y nada pudiera despertarlo.

—Tal vez —comenzó a decir Tom—, es decir, si es eso lo que piensa realmente, tal vez debería deshacerse de él.

—¿De qué?, ¿del zafiro?

—Bueno, sí —sugirió Tom, que no había visto la piedra desde aquella tarde funesta—, si cree que trae mala suerte.

August volvió a mirar por la ventana.

—No podría hacerlo —respondió—. Aun cuando quisiera, no podría. El zafiro no es mío, Tom. Pertenece a sir Henry. Pero lo he escondido, por razones de seguridad. El marajá no tiene que preocuparse por eso.

Tom continuó separando las cartas en montones, absorto en sus pensamientos. Estaba buscando las palabras adecuadas para lo que quería decir.

—Entonces..., si no puede deshacerse del zafiro —continuó—, ¿no tiene... ninguna otra forma de ayudar a sir Henry?

Lo miró con cautela y August comprendió de inmediato a qué se refería.

—No, Tom —respondió firmemente alzando la mano—. Ni hablar. No voy a utilizarla nunca más. No puedo, y no lo haré. No merece la pena. La medicina va a tener que hallar la respuesta. Y estoy convencido de que lo hará. Debe hacerlo.

—Pero... ¿y si... y si no lo hace y sir Henry no despierta nunca?

Tom comenzó a revolverse nerviosamente en su sitio. August volvió a mirar por la ventana y la cara se le ensombreció. Era una perspectiva demasiado horrible para pensar siquiera en ella.

Llamaron a la puerta.

—¿El señor Catcher?

—¿Quién es?

—Han venido a verle el doctor Shadrack y otro caballero, señor.

—Ah —dijo August volviéndose rápidamente—. El nuevo. Por fin un experto. Esperemos que pueda darnos buenas noticias. —Y, sonriendo resueltamente, fue al vestíbulo.

Allí lo esperaban dos caballeros menudos y delgados con un aspecto bastante extraño. A primera vista, parecían casi idénticos, porque ambos tenían la cara estrecha y huesuda y la nariz pequeña y aguileña e iban vestidos con largos abrigos negros.

—¿Doctor Shadrack? —dijo August desconcertado, mirándolos alternativamente.

—Soy yo —anunció con una aguda voz nasal el hombre de la izquierda—. Y este es mi colega de Bélgica, el doctor Skink.

El hombre de la derecha asintió secamente con la cabeza.

—Skink, para servirle, señor —gritó, y cerró ruidosamente los talones.

—El doctor Skink tiene mucha experiencia con estos pacientes. Le he pedido que nos dé una segunda opinión.

—Bien —dijo August sonriendo a aquella extraña pareja—. Dos opiniones siempre son mejor que una.

—Desde luego —dijo secamente el doctor Skink.

—Sin duda —gorjeó el doctor Shadrack.

Los dos hombres lo miraron expectantes y, por un momento, August tuvo la curiosa sensación de estar viendo doble.

—Bien, caballeros, si... esto... son tan amables de seguirme.

August subió al dormitorio del primer piso, abrió la puerta, fue hasta las cortinas y las descorrió, con lo que la habitación se inundó de una pálida luz invernal. Allí, ante ellos, yacía la lamentable figura de sir Henry, apoyado en almohadones blancos. Tenía los ojos y los labios ligeramente abiertos y su respiración era lenta y ronca.

Parecía tan gris como la estatua de una tumba.

—¿Podemos? —preguntó el doctor Shadrack.

—Adelante, por favor —dijo August mientras se sentaba junto a Tom en el sofá.

Los dos médicos cayeron sobre sir Henry como un par de insectos, inspeccionándolo de arriba abajo. Primero, el doctor Shadrack le cogió la mano flácida y le tomó el pulso. Era muy débil.

—Lento lento, rápido rápido lento —murmuró. Luego, hizo un gesto con la cabeza al doctor Skink, quien se inclinó para mirar la boca a sir Henry.

—No —dijo—, no, no, no. —Y chasqueó bruscamente los dedos—. Una *allumette*, si me haces el favor.

El doctor Shadrack se sacó una caja de cerillas del bolsillo, encendió una y la acercó al ojo de sir Henry mientras el doctor Skink le levantaba el párpado. No hubo ninguna reacción en absoluto.

—Hummm —gruñó el doctor Skink claramente confundido—. Entonces, a ver el tic-toc.

Hurgando en su maletín negro de piel, sacó un estetoscopio y auscultó a sir Henry.

—¡Tic-toc! —ordenó.

El doctor Shadrack cogió un martillito y dio dos golpecitos en la rodilla de sir Henry mientras el doctor Skink seguía auscultándolo.

—Otra vez. ¡Esta vez, prueba el toc-tic!

Shadrack utilizó otra vez el martillito.

—Tic-toc.

Y otra.

—Toc-tic.

Y otra.

—Tic-toc, toc-tic, tic-toc.

—¿Y bien?

El doctor Skink siguió auscultando a sir Henry.

—Sí. El tic-toc se oye, seguro; pero ¿y el toc-tic?

Tom vio cómo subía y bajaba el martillo en la rodilla de sir Henry y se preguntó si alguno de los dos médicos tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Desde luego, aquello no se parecía en absoluto ninguna exploración médica que él hubiera visto.

—¿Alguna buena noticia? —preguntó August esperanzado. También él estaba bastante desconcertado por aquel proceder tan extraño.

El doctor Shadrack miró la pálida cara de sir Henry por encima de sus gafas para la vista cansada.

—Delgado. Es evidente que se está quedando muy delgado.

—Y débil —añadió el doctor Skink—. Muy débil. Y alguien debe cepillarle los dientes. ¡Los tiene de color naranja!

—Pero, aparte de eso, está bien.

—¿Bien? —repitió malhumorado August, cruzándose de brazos—. ¿Dice usted que está bien?

—Sí, por ahora sí. Vivo. Respirando. No está muerto, ¿sabe?

—Doctor Skink —dijo August intentando dominar su genio—, usted ya ha visto esta clase de afecciones antes. Dígame, sinceramente, ¿cuánto tiempo podría...?

—¿Durar? —lo interrumpió el médico anotando algo en su cuaderno—. Era un hombre sano y estaba en buena forma antes del accidente, ¿no?

August asintió con la cabeza.

—Entonces, lo más probable es que dure más que la mayoría. Puede que meses, puede que incluso años antes de que por fin sucumba.

—¿Sucumba?

—Señor Catcher —intervino bruscamente el doctor Shadrack—. Debe ser consciente de que el caso de sir Henry se halla en la frontera de la ciencia médica. Tiene el cuerpo consumido, el cerebro destrozado, los sentidos no le responden.

En este momento está más muerto que vivo, y encima esta ciudad es un nido de enfermedades. Mire usted, esta misma mañana el doctor Skink y yo hemos encontrado casos de difteria, tifus y cólera aquí mismo, en Dragonport. Al final, los débiles van a sucumbir a una de ellas, o a dos, o a las tres. Disculpe —dijo, y estornudó ruidosamente.

—Las enfermedades aquejan tanto a ricos como a pobres, señor Catcher —dijo el doctor Skink asintiendo gravemente con la cabeza—. No se salva nadie.

—Entonces, ¿qué nos sugieren que hagamos? —preguntó Tom. El tono de los médicos no le gustaba lo más mínimo.

El doctor Shadrack lo miró con indignación.

—No hay ninguna cura milagrosa para esa clase de afección, jovencito.

—A mí tampoco se me ocurre ninguna —añadió el doctor Skink entrelazando sus huesudas manos—, a menos... que se le ocurra algo a usted, señor Catcher.

Los dos médicos volvieron sus caras angulosas hacia August y lo miraron fijamente. Parecía que ninguno de los dos parpadeaba.

—¿Yo? —espetó August con incredulidad—. Yo solo soy taxidermista. ¿Qué podría hacer yo?

—Es una verdadera lástima —dijo el doctor Skink mirando brevemente a su colega—. Bueno, en ese caso, dado que nadie tiene la respuesta, le aconsejo que rece para que sea rápido.

Con cierta ceremonia, el doctor Skink abrió su maletín negro y entregó a August un librito encuadernado en piel.

—¿Sermones para el día del Juicio? —exclamó August leyendo las pequeñas letras doradas de la tapa.

—Léaselos en voz alta a sir Henry —le ordenó el doctor Shadrack—. El canon de los peces es muy reconfortante. Le será más útil a sir Henry en su último viaje que al

doctor Skink o a mí.

Los dos hombrecillos se levantaron a la vez y, tras cerrar sus maletines, se dirigieron a la puerta.

—Hasta la próxima —dijo el doctor Shadrack obligándose a sonreír—. Que tengan un buen día.

El doctor Skink se inclinó ligeramente y cerró los talones.

—Adiós —dijo—, y suerte. Creo que van a necesitarla.

Cuando los médicos se hubieron ido, Tom y August se quedaron un rato aturridos y en silencio. ¿Qué podían decir? Skink y Shadrack, los expertos —si realmente lo eran, Tom tenía sus dudas—, no podían haberlo dejado más claro. Lenta, pero inexorablemente, sir Henry iba a morir.

La enfermera no tardó en entrar con un cuenco de sopa aguada. Pacientemente, comenzó a dársela a sir Henry a cucharadas, limpiándole el mentón cada vez que él tosía. Tom recordó la primera vez que lo vio, con cuánta vida, energía y alegría había brillado. Ahora, en menos tiempo del que apenas parecía posible, aquella luz tan intensa había quedado reducida a una única llama vacilante y sir Henry no era más que un bebé enfermo. Verlo así resultaba penoso.

—Tiene que utilizarlo —susurró con contundencia. Lanzó una mirada a August, que parecía estar mirando la pared sin verla realmente, como si estuviera soñando—. No puede dejarlo así.

August no dijo nada, pero también estaba pensando en su elixir, solo que esta vez estaba intentando sopesar las consecuencias. Los nuevos médicos solo habían confirmado lo que él ya sospechaba desde hacía tiempo pero se había empeñado en no querer ver: la medicina no tenía respuestas para el estado de sir Henry. ¡Un libro de sermones! ¿Era eso lo mejor que podía hacer? Solo él podía conseguir que mejorara, ahora lo sabía. Pero si utilizaba el elixir, ¿qué ocurriría? Sir Henry recobraría la memoria casi con toda seguridad y sabría lo que había sucedido aquella noche en la selva. Inevitablemente se preguntaría cómo había resucitado la tigresa y ¿cuál sería la respuesta? Al final terminaría sospechando que August se había inmiscuido de alguna forma y que así era como la tigresa había matado a Mina. Era posible que sir Henry no se lo perdonara jamás. Su amistad se terminaría, seguro. Pero ¿cuál era la alternativa? Sir Henry tosió débilmente y se manchó la barbilla de sopa.

—Ya está, ya está —dijo la enfermera limpiándole la boca sin impacientarse.

August miró a su mejor amigo, enfermo en la cama. ¿Iba a ser capaz de ver cómo iba palideciendo hasta que un día simplemente se apagara como un fantasma? El sabía que no.

—Tienes razón, Tom —dijo por fin—. Otra vez. Creo que ya no nos queda otra alternativa.

August Catcher se pasó el resto del día encerrado en su taller, con órdenes expresas de que nadie, ni siquiera Tom, lo molestara. Para asegurarse de que Tom se

mantuviera ocupado, decidió proponerle el considerable reto de imitar un ramo de ortigas antes de que anoheciera.

—Este es el primer hito en la carrera de todo taxidermista, Tom —dijo sonriéndole con ironía, dándole una ortiga, cera, alambre y cartulina—. A ver si sabes imitarla. Y recuerda ser muy comedido con la cera. De lo contrario, vas a ponerlo todo perdido. Buena suerte.

Tom se retiró a su habitación, nada entusiasmado con la idea. Se pasó toda la tarde peleándose con el alambre y la cartulina, doblándola y retorciéndola de mil formas distintas. Cuando por fin consiguió imitar una ortiga medianamente bien, la metió en la cera líquida para imitar los pelos urticantes tal como August le había instruido, pero fue entonces cuando las cosas se torcieron. La cera caliente hizo que la cartulina se combara y se reblandeciera, y después de su quinto intento Tom tuvo que admitir la derrota. Por mucho que se esforzara, sus flácidos tallos de color pardo grisáceo se parecían más a velas derretidas que a cualquier ortiga y supo que jamás estaría a la altura de lo que August esperaba de él. Se tumbó en la cama y esperó con horror a que se hiciera de noche, preguntándose cómo iba a justificar aquel desastre.

No obstante, al final, para gran alivio suyo, no tuvo que hacerlo. Cuando sonó el gong que anunciaba la cena, fue abajo, y al entrar sumisamente en el comedor se llevó una sorpresa al descubrir que estaba solo. August seguía ocupado en su taller, así que engulló su cena lo más rápido que pudo y se escabulló a la biblioteca, donde se pasó unas cuantas horas jugando al billar con Tove, la nueva sirvienta que había sustituido a Noah en la cocina. Tove le ganó tantas veces que, alrededor de las once, tuvo que admitir otra derrota y regresó sigilosamente a su habitación para meterse en la cama. August seguía sin verse por ninguna parte.

—¡Ahhhhhh!

El grito invadió el sueño de Tom. Los lobos que lo perseguían estaban acortando las distancias y su trineo iba dando bandazos por la nieve, directo al precipicio... chas, chas, chas...

¡Pam!

Hubo un estruendo de cubiertos y platos rotos y Tom se incorporó bruscamente en la cama. Era por la mañana temprano y allí no había lobos, y aquel ruido no era del sueño, provenía del rellano. Frotándose los ojos, se levantó de la cama, fue hasta la puerta de su dormitorio y se asomó al pasillo. En el rellano, la enfermera de sir Henry estaba despatarrada en el suelo a la entrada de su habitación y los cuencos que llevaba en la bandeja estaban hechos añicos al pie de la escalera. «Qué raro —pensó Tom, aún atontado—. Debe de haberse desmayado. Oh». Apartándose la pelambreira rubia de los ojos, fue hasta el lugar donde la pobre mujer estaba tendida en el suelo y descubrió que aún respiraba. Eso era buena señal. Pero ¿por qué se había desmayado? Pasó por encima de su voluminoso cuerpo, entró en la habitación de sir Henry y tuvo que entornar los ojos de tanta luz que había. A primera vista, todo le pareció completamente normal. Las cortinas estaban abiertas, la luz del sol entraba a

borbotones, las medicinas estaban en la mesilla de noche, la cama estaba hecha...

Parpadeó y volvió a mirar: la cama estaba hecha, ¡pero dentro no había nadie! Sir Henry no estaba. El sobresalto lo despejó por completo.

—¡Señor August!

No obtuvo respuesta. Puede que aún durmiera... no... quizá ya estaba levantado. Bajó rápidamente las escaleras, procurando no pisar los cuencos rotos, y corrió al comedor.

—¡Señor August! —gritó—. Señor August, sir Henry...

—Buenos días, Tom.

Sir Henry estaba sentado a la mesa en pijama y bata. Tenía la barba recortada y el pelo bien peinado, y había colocado una larga hilera de huevos pasados por agua delante de él como si fueran soldados.

—Tengo un hambre feroz —dijo mientras abría uno y daba un mordisco a una tostada—. ¿Quieres acompañarme?

Tom se quedó en la puerta boquiabierto. No podía articular palabra.

—¿No? Como quieras.

—Pero... pero... usted, ¿está bien? —farfulló Tom—. Usted está...

—¿Bien? —resopló él—. ¡Perfectamente! ¡En plena forma! Solo que me comería un caballo. No recuerdo qué me habéis estado dando de comer vosotros dos, ¡pero me siento como si llevara meses comiendo únicamente un asqueroso caldo de col!

Tom se sentó. Quería sonreír, reír y gritar, todo al mismo tiempo, porque allí estaba sir Henry, más delgado y un poco más chiflado, pero consciente.

—Pero ¿cómo...? No entiendo cómo se ha despertado. Es decir...

—Oh, yo creo que sí lo sabes, Tom —dijo sir Henry guiñándole un ojo mientras engullía el tercer huevo—. Tú sabes perfectamente cómo me he despertado. August me lo ha contado todo.

—¿August se lo ha contado todo?

Aquello parecía muy poco probable.

—Casi todo. Pero me temo que nos ha dejado.

Sir Henry le pasó un sobrecito por la mesa y Tom reconoció de inmediato la letra de trazo delgado e inseguro. Sacó la carta que contenía y comenzó a leer:

Querido Henry, decía,

cuando leas esto, yo ya estaré a bordo del paquebote que se dirige a Holanda y, desde allí, emprenderé un viaje muy largo que puede llevarme varios años, o quizá incluso el resto de mi vida. Aún no lo sé. El motivo de mi partida es sencillo. La medicina moderna no tenía respuestas para tu enfermedad, amigo mío, así que, como último recurso, he utilizado un preparado mío. Quizá te preguntes qué es, pero lo único que estoy dispuesto a decirte es que utilicé el mismo preparado para resucitar a la tigresa, lo cual tuvo trágicas consecuencias para todos nosotros. Aquel fue un acto de locura que siempre me perseguirá y es por eso por lo que no me siento capaz de quedarme. Tom puede atestiguarlo, dado que ha visto personalmente qué puede hacer

mi poción. Por favor, salúdalo de mi parte, pues es —estoy seguro de que coincidirás conmigo— un jovencito de lo más extraordinario.

Tu humilde amigo.

Con todo mi cariño,

August

Tom acabó de leer la carta y la dejó en la mesa sin saber qué decir. Miró a sir Henry, que se había terminado el último huevo y se estaba tomando el té con aire pensativo.

—August tiene una poción mágica, ¿eh? —dijo.

Tom asintió con la cabeza.

—Debería habérmelo figurado. Siempre ha sido más listo que el aire. Lo curioso es que no me he enterado de nada.

Únicamente cuando me he despertado he encontrado esto en mi almohada. — Metiéndose la mano en el bolsillo, sacó el pañuelito violeta de su amigo—. A August se le debe de haber caído. Tiene un olor muy raro. Supongo que no significa nada, ¿no?

Tom sonrió y negó con la cabeza; así que aquel era el modo como lo había hecho August.

—Eso pensaba —dijo sir Henry doblando cuidadosamente el pañuelo, metiéndoselo en el bolsillo y tomando otro sorbo de té—. Dime una cosa, Tom. Si August pudo resucitar a la tigresa, y ahora a mí, ¿por qué diablos no pudo hacer lo mismo con Mina?

Tom respiró hondo y se quedó mirando incómodamente la mesa. ¿Cómo podía exponer los hechos de aquella terrible noche tal como sucedieron realmente?

—Sé que él quería, que lo quería de veras —dijo en voz baja. Se acordó de cómo August chapoteaba febrilmente a gatas en el río—. Creo que se quedó sin poción.

—Hummm —gruñó sir Henry mientras miraba el plomizo cielo invernal que se veía desde la ventana—. Fue una lástima, pero así son las cosas. Siento que se haya ido. No había ninguna necesidad. Yo lo habría perdonado.

Se quedaron sentados en un incómodo silencio. De pronto, Tom también se sentía bastante triste y vacío por que August hubiera salido huyendo sin siquiera despedirse. En cierto modo, era igual que cuando su padre, Sam Scatterhorn, se había marchado, y entonces, como ahora, él no había podido evitar preguntarse si no habría sido culpa suya. Luego cayó en la cuenta de que, sin August, en aquel mundo ya no había sitio para él.

—Dime, Tom, ¿qué vas a hacer? —preguntó educadamente sir Henry. Era obvio que sabía lo que estaba pensando.

—A fin de cuentas... tú eres su aprendiz, ¿no?

—Lo soy... lo era, quiero decir —respondió incómodamente Tom.

—Por supuesto, puedes quedarte el tiempo que te apetezca. Es decir, si tú quieres, aunque, para qué engañarnos, la vida en esta vieja casa no va a ser muy interesante

sin él.

—No.

Sir Henry se quedó un momento callado, clavando en Tom su perspicaz mirada. Parecía sopesar algo.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dijo de pronto—. Acabo de tener una idea brillante. ¿Qué te parecería convertirte en mi protegido?

Tom se quedó desconcertado.

—¿Qué? ¿Quiere decir como... cazador?

—Cazador, explorador, aventurero, algo así. Podría enseñarte a vivir en los pantanos, a seguir el rastro de animales en las llanuras africanas, a sobrevivir en el polo norte, a subir montañas, ese tipo de cosas. ¿Qué te parece? —preguntó enarcando las cejas—. Es obvio que te gusta.

Por un momento, Tom se quedó sin habla. ¡Menuda oferta! De repente se imaginó no teniendo que ir más a la escuela ni pasar por más apuros ni dificultades para salir adelante. Solo tendría años de intrépidas aventuras en los rincones más remotos de la tierra. Y no podía haber mejor guía en el reino animal que sir Henry, de eso estaba seguro.

—¿Interesado? —preguntó sir Henry guiñándole un ojo—. Bueno, piénsatelo, chaval. August era mi mejor amigo, ¿sabes?, y ahora que se ha ido no puedo evitar sentirme un poco responsable de ti. Además, hay algo en ti, Tom, que me recuerda a mí cuando tenía tu edad.

Sonrió al niño de enmarañado pelo rubio y penetrantes ojos oscuros que tenía delante.

—¡Más terco que una mula, más delgado que un espárrago y más vivo que el hambre! —exclamó riéndose—. Por cierto, Tom, ¿cuál es tu nombre completo? August no llegó a decírmelo. ¿Tom qué?

—Tom Scatt... —comenzó a decir Tom, pero se interrumpió justo a tiempo, y se puso colorado—. Tom Skatt. Con «k». Eso es todo.

—¿De veras?

Sir Henry lo miró con curiosidad.

—Un apellido extraño. Tom Skatt, ¿eh?

—Eso es.

—No crees que tú y yo podamos ser parientes, ¿no?

Tom miró al hermano de su tatarabuelo y sonrió.

—No, no lo creo.

—No —dijo sir Henry sonriendo—. Por supuesto que no.

Más tarde, Tom subió al taller de August para seguir pensando en la propuesta de sir Henry. ¿Y si decidía quedarse en aquel mundo? ¿Qué sucedería? La tentación era fuerte, entre otras cosas porque, como protegido de sir Henry, quizá tuviera una posibilidad de destacar en algo. Deteniéndose delante de la desordenada mesa de trabajo, cogió el increíble ramillete de violetas que August había regalado a la reina

Victoria hacía tantos años. Ni remotamente podía hacer él nada parecido, por mucha paciencia que August pusiera en enseñarle. Y allí, en un rincón, estaban la garza real y la anguila, unidas para siempre en un combate a muerte. Ante ellas, Tom se sentía insignificante. August Catcher era un genio como él jamás podría llegar a ser. Además, apenas sabía nada de las preparaciones químicas con las que August se pasaba tanto tiempo experimentando. Siempre se trataba de una pizca de esto y otra de aquello. Estaba seguro de no haber visto nunca una jarra medidora y aún menos una receta. Dirigiéndose al estante de los búhos chicos, descorrió la cortina negra de terciopelo que ocultaba el pequeño armario metálico con los secretos de August, pero detrás solo encontró la lisa pared. August debía de habérselo llevado, junto con el resto de las sustancias químicas, porque solo había un puñado de frascos medio vacíos diseminados por los estantes. Así pues, se había ido para siempre, pensó Tom mientras volvía a correr la cortina. Puede que, después de todo, lo mejor fuera irse con sir Henry...

Mientras estaba meditando su decisión, oyó pasos en la gravilla del camino particular. Poco después, llamaron bruscamente a la puerta.

—¿Y cómo te llamas, muchacha? —preguntó una voz aguda que le resultó familiar.

Se asomó a la gran ventana redonda y reconoció la enjuta figura del doctor Shadrack, que estaba parado delante de un pequeño carruaje negro.

—Tove, señor.

—¿Tove? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es finlandés, señor.

—¿Finlandés? ¿Finlandés? Bien, Tove de Finlandia, hazme el favor de recordar al señor de la casa que estábamos citados para hoy.

Tove se quedó en el umbral removiéndose nerviosamente en su sitio.

—Lo siento, pero el señor August no está, señor.

—¿No está? ¿Quieres decir que se le ha olvidado?

—No lo sé muy bien, señor.

—¿Y dónde está, si se puede saber? He venido a verlo con un colega mío muy importante.

—Se ha ido, señor.

—¿Ido? ¿Ido adonde, Tove?

—No lo sé, señor.

—No es que sepas mucho, ¿no, Tove de Finlandia?

—No, señor. Pero... sir Henry sí está.

—Eso ya lo sé. Vine a visitarlo ayer. Anda, hazme el favor de...

—No, señor. Me refiero a que se ha levantado.

El doctor Shadrack se quedó atónito.

—¿Qué has dicho?

—Así es, señor. Ha desayunado diez huevos, señor.

—¿Diez huevos? —farfulló el doctor Shadrack.

—¿De veras?— dijo otra voz cavernosa que Tom conocía bien, y del carruaje negro emergió la imponente figura de don Gervase. Tom se apartó instintivamente de la ventana. Don Gervase... ¿cómo era posible que conociera al doctor Shadrack? Pero, al verlos juntos, le pareció que guardaban un extraño parecido, como si uno fuera una versión más pequeña del otro.

—Entonces —bramó don Gervase mirando a Tove con los ojos entornados—, sir Henry se ha recuperado milagrosamente y August Catcher se ha esfumado. ¿Es eso lo que estás diciendo, muchacha?

Tove se encogió ante aquel atemorizante gigante que había aparecido delante de ella.

—Sí, señor... No, señor, quiero decir.

—Bueno, muchachita, hazme el favor de decir a sir Henry que don Gervase ha venido a verlo. Soy un viejo conocido suyo y me gustaría ser el primero en felicitarlo por su recuperación.

—Muy bien, señor. —Tove entró en la casa de inmediato, aliviada de poder escabullirse.

En cuanto la sirvienta hubo desaparecido de su vista, Tom oyó pasos en el tejado.

—Por esa ventana —dijo una voz suave—. Normalmente está abierta.

Alguien gruñó y comenzó a subir por la escalera de mano apoyada en el tejado. A Tom se le aceleró el pulso. ¿Quién podía ser? August no. No tenía intención de regresar. Era alguien intentando allanar la casa. Se quedó valientemente donde estaba, pero luego se lo pensó mejor y cambió de idea. Corriendo hasta el fondo del taller, vislumbró un rostro delgado y huesudo asomando por la claraboya. ¡Era el doctor Skink!

—¿Lo ve? —susurró la otra voz desde el tejado.

—Lo siento, señorita. No veo nada —susurró el doctor Skink mientras inspeccionaba el taller.

—Bueno, si no ve nada —repitió la voz en tono de urgencia—, entre.

De pronto, Tom reconoció aquella voz suave. Era Lotus, Lotus Askary. De repente, supo qué estaba ocurriendo. ¡Por supuesto! Era el clásico truco de los ladrones de casas. Don Gervase y Shadrack tenían que distraer al dueño en la puerta mientras Lotus y Skink entraban por detrás. Debían de saber que August se había marchado. Probablemente, lo habían visto en el barco y, como Tom sospechaba, aquellos dos extraños hombrecillos no eran médicos. También eran ladrones, o espías, o algo similar, al servicio de don Gervase.

Todo aquello se le pasó por la cabeza en el segundo que tardó en salir al rellano. Iban a registrar el taller, eso era evidente. Pero no sabían que él seguía allí. Tenía que huir, regresar al museo, a su época... Pero entonces pensó en algo que lo obligó a pararse en mitad de las escaleras. El baúl de viaje. El baúl de viaje de August... ¿Y si se lo había llevado?

Se dio cuenta de que no había ido al cuartito de madera desde la partida de August. Si el baúl no estaba, no habría forma de regresar y tendría que quedarse allí para siempre. «No pienses en eso —se dijo severamente—. No se lo habrá llevado. Estará ahí. Tiene que estarlo».

El corazón le palpitaba en las sienes cuando terminó de bajar las escaleras y entró en el pasillo. Ya estaba casi a medio camino cuando oyó pasos en la planta baja.

—Don Gervase Askary, cielos... esto... qué placer tan inesperado.

Al asomarse al barandal, Tom vio que don Gervase se adelantaba y le estrujaba la mano a sir Henry.

—¡Caramba, sir Henry! —exclamó brindándole una sonrisa espléndida—. Cuánto me alegro de volver a verle levantado.

—Efectivamente. Es maravilloso —respondió sir Henry, bastante sorprendido de ver a sus visitantes—. Solo desde esta mañana, de hecho.

—Es extraordinario —dijo desdeñosamente el doctor Shadrack.

—Desde luego —continuó sir Henry—. Como ya deben de saber, tuve un encontronazo con un tigre y, para desgracia mía, recibí un monumental porrazo en la cabeza. —Se rió educadamente.

—Eso me ha dicho mi buen amigo Shadrack —dijo don Gervase sonriendo—. Lo celebro. ¿Y August? ¿No está en casa?

—No, me temo que no.

—Es una lástima —dijo don Gervase—. Se le debe de haber olvidado. ¿Sabe?, nos habíamos citado hoy para que me enseñara su taller.

Sir Henry se quedó un poco perplejo.

—Oh, cielos. Bueno, esto...

—Quedamos la semana pasada. Cuando usted estaba dormido —añadió don Gervase.

—Bien. Bueno, lo siento, amigo. No tiene sentido que esperen, porque sé que va a tardar un tiempo en volver.

—¿Un tiempo?

—Sí —mintió sir Henry—. Probablemente bastante, sospecho.

—Es una lástima. —Don Gervase parecía ligeramente irritado—. Entonces, ¿no hay ninguna posibilidad de que podamos visitarlo sin él?

—Hummm... —Sir Henry se lo pensó un momento antes de sonreír a sus extraños invitados—. Lo siento, amigo. Hay toda clase de sustancias químicas ahí arriba, creo, y no querría que hubiera algún accidente.

—Ah. Sustancias químicas, por supuesto. Vaya.

Don Gervase crispó sus largos dedos. Parecía muy decepcionado. Entonces, el doctor Shadrack se puso de puntillas y le susurró algo al oído.

—¡Pues claro! —exclamó él sonriendo—. ¿Qué hay de ese aprendiz suyo? ¿Tom, verdad? Supongo que él no se habrá ido con su maestro.

—¿Tom Skatt? —gritó sir Henry—. No, claro. Tom sigue aquí. Sí, supongo que él

les podría acompañar.

—¿De veras? —dijo don Gervase sonriendo ladinamente—. Bueno, eso sería estupendo.

—Por supuesto, si ya se habían citado.

—Oh, sí —se apresuró a decir don Gervase—. Ya nos habíamos citado.

—Bueno, entonces no veo ningún mal en ello. Voy a buscarlo. ¡Tom!

Tom lo oyó subir las escaleras.

—¡Tom! —volvió a gritar sir Henry—. Está por aquí arriba.

Pero Tom no respondió. Ya estaba cerrando la portezuela del cuartito de madera y andando a tientas en la oscuridad. Sabía que el baúl estaba al fondo, en un rincón, y caminando pegado a la pared se arrodilló y palpó algo duro, frío y metálico. ¿Era el baúl? Sí... pero, un momento... Palpó otro baúl idéntico, y un tercero: había baúles de viaje por doquier.

—¡Tom! —gritó don Gervase, quien obviamente había decidido unirse a la búsqueda.

Tom maldijo entre dientes. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¡Estúpido! Aquello era un trastero. ¡Era lógico que estuviera lleno de baúles! Pero tenía que escoger uno, y hacerlo deprisa. Lo último que quería era ser interrogado por don Gervase, no ahora... Buscando a tientas el baúl del rincón, abrió la tapa y se metió dentro. Esperó, temblando en la más absoluta oscuridad. Cerrando las manos, cogió los trapos que tenía debajo, pero los notó distintos. Desesperado, comenzó a retorcerse, pero había pasado tanto tiempo desde la última vez que casi había olvidado cómo se hacía. Definitivamente, aquello era demasiado compacto, no estaba ocurriendo nada. Aquel no debía de ser el baúl. August se lo había llevado. Tenía que salir y probar otro...

—¿Tom Scatterhorn?

La portezuela se abrió y Tom supo que había entrado don Gervase. Con el corazón a punto de reventarle la caja torácica, rezó para que hubiera un centenar de baúles idénticos en el cuarto y don Gervase se viera obligado a abrirlos todos.

—¿Es aquí donde te escondes?

Entonces, inesperadamente, Tom palpó estropajos bajo los trapos. ¡Sí! Excavando con las manos, se enterró más hondo y, acto seguido, estaba surcando la oscuridad a una velocidad vertiginosa, no sabía si hacia arriba o hacia abajo, hasta que el fuerte viento cesó y los trapos lo asfixiaron.

Pum.

Al abrir los ojos, descubrió que estaba otra vez en el fondo de la cesta de mimbre. Volvió a cerrarlos y suspiró enormemente aliviado. Había conseguido regresar a su época, al museo. Estaba en casa. Bueno, casi.

Salió del armario y subió a su dormitorio como un sonámbulo. Apenas notó el frío, ni la humedad, ni, de hecho, nada en absoluto. Sentía que ya había tenido aventuras suficientes para el resto de su vida.

Se quitó los zapatos, se desplomó en la cama, y cogiendo todas las mantas se ovilló y se envolvió en ellas. Apenas se había quedado quieto cuando volvió a notar que caía, esta vez en un sueño profundo y tranquilo.

Tom estaba tan cansado que no había advertido que la ventana de su dormitorio volvía a estar abierta ni tampoco se había molestado en mirar a los pies de su cama. De haberlo hecho, se habría sorprendido, porque, allí, posada entre las sombras, había una silueta que quizá habría reconocido. La enorme águila lo observó mientras se quedaba dormido. Luego, poniéndose cómoda, miró recelosamente por la ventana hacia Catcher Hall.

18 La gran pregunta

Cuando Tom se despertó al día siguiente, encontró a tío Jos inclinado sobre él con una humeante taza de té.

—Buenos días, bello durmiente —dijo sonriéndole con la mirada—. ¿Te encuentras mejor?

Tom abrió los ojos y miró a su alrededor con aire aturdido. ¿Estaba realmente allí? Solo por un momento, no estuvo seguro.

—Oh, hola.

—Ya veo por qué no te molestaste en quitarte la ropa —dijo Jos sorteando una pila de libros y cajas para cerrar la ventana—. Con razón hace este frío de muerte. No entiendo por qué no se queda cerrada esta maldita ventana. —Empujando con todo su peso, la encajó bien en el marco—. Así está mejor —dijo resollando—. Melba te está haciendo huevos con beicon, así que andando, chaval. Tu tía y yo saldremos a hacer las compras de Navidad después de desayunar, así que vas a tener la casa para ti solo.

—¿Compras de Navidad?

—Exacto, chaval. ¿No me digas que se te había olvidado? Solo quedan dos días para hacerlas y Melba no deja de recordármelo. ¡Es ahora o nunca! —Y, riéndose, bajó torpemente las escaleras.

Sintiéndose bastante confuso, Tom se sentó en la cama y dio un sorbo a su té. Navidad... ¿Significaba eso que aún era...? Miró el reloj que tenía junto a la cama y vio que era el 23 de diciembre. ¿Cuándo había estado en su época por última vez? Cuando la tigresa lo persiguió por las escaleras, y eso debía de haber sido el 22 de diciembre, ¡tan solo anoche! Pero ahora le parecía que hiciera una eternidad.

Restregándose los ojos, se puso una sudadera y fue cansinamente hasta la puerta. Estaba a punto de bajar cuando se dio cuenta de que llevaba una camisa de estopilla, unos calzones marrones de tweed con tirantes y unos largos calcetines blancos. Aquella ropa no era apropiada para su época. ¡Cuánto se le había complicado la vida! Quitándose rápidamente, se puso una camiseta y unos vaqueros y ocultó las pruebas en su bolsa de lona.

—Buenos días, Tom —le dijo animadamente Melba cuando abrió la puerta de la cocina.

No estaba nada sorprendida de verlo.

—¿Qué me cuentas esta espléndida mañana?

—No mucho —masculló Tom sonriendo a duras penas.

Se sentó a la mesa aún aturdido, y Melba le sirvió un plato de huevos con beicon antes de volver a ocuparse en la cocina.

—Gracias.

Comenzó a comer distraídamente. Todo seguía igual que siempre. Casi parecía que no se hubiera ido jamás. ¿Se había ido?

—Las compras de Navidad —anunció Jos en tono pomposo, cogiendo una silla y

sentándose en ella a horcajadas— son una tradición en el calendario de los Scatterhorn. ¿Alguna idea de qué quieres que te regalemos?

Tom se concentró. Le parecía que hacía siglos que no pensaba en juguetes, juegos, ordenadores, equipos de fútbol ni, de hecho, ninguna de las cosas en las que pensaban los niños corrientes. Pero entonces se le ocurrió algo.

—¿Se pueden comprar sustancias químicas en esta época?

—¿Sustancias químicas? —repitió Jos rascándose la nariz—. ¿Qué clase de sustancias químicas, chaval?

—No sé... esto... ácido bórico, bicloruro de mercurio, un poco de jabón de arsénico, quizá. Esa clase de cosas.

Melba y Jos dejaron lo que estaban haciendo y lo miraron estupefactos.

—Y dime, ¿qué diablos quieres hacer con todas esas cosas? —preguntó Melba.

—Espero, chaval, que no estarás pensando en matarte —dijo tío Jos negando gravemente con la cabeza—. Las cosas pueden estar mal, pero no es para tanto.

—Oh, no —se apresuró a responder Tom—. No, no. Es solo que se me ha ocurrido... esto... aprender un poco de química, probar unas cuantas cosas... como August Catcher. Eso es todo.

—Bueno —dijo Melba respirando hondo—, hay juegos de química para niños. He visto uno en Catchpole s, Jos. ¿Crees que eso te servirá?

—Oh, seguro que es estupendo —dijo Tom sonriéndole con todo el encanto de que fue capaz—. Es decir, si no es muy caro.

—Lo dudo mucho —murmuró Jos arrugando la frente.

Melba seguía mirando a Tom con curiosidad. Qué regalo de Navidad tan insólito para un niño de once años. A lo mejor se drogaba, el pobre. Aunque, naturalmente, sus padres eran rarísimos. A lo mejor se drogaban todos. Tal vez debiera llamar a la policía.

La extraña petición de Tom los dejó sin muchas ganas de seguir conversando y, después del desayuno, él agradeció poder regresar a su dormitorio. Era obvio que Jos y Melba lo veían como un bicho raro, y hasta él estaba empezando a plantearse si no se habría vuelto un poco loco. ¡Jabón de arsénico! ¿En qué estaba pensando? Maldiciéndose, subió su vieja bolsa a la cama, sacó los calzones, la camisa de estopilla y los largos calcetines blancos y los miró mejor. Aquellas ásperas ropas le resultaban agradablemente familiares. Eran suyas. Él lo sabía. Eran tan reales como la feria del hielo, la inauguración del museo e incluso la trágica cacería. Todo eso había ocurrido y él había tomado parte en ello. Y, no obstante, ahora estaba allí, en aquel cuarto con corriente de aire que parecía un congelador, y también eso era real. ¿Cómo era posible vivir en dos sitios al mismo tiempo, casi como dos personas distintas? Miró la camisa de estopilla y de pronto se le ocurrió una buena idea; de inmediato, como sucede con todas las buenas ideas, se extrañó de no haberla tenido antes. ¡La cacería, naturalmente! A lo mejor podía encontrar alguna constancia de ella, o tal vez aquel recorte de periódico del *Times of India* describiendo sus increíbles aventuras.

Eso demostraría que había estado en el pasado. ¿Dónde podía encontrar una cosa así?

Entonces se le ocurrió su segunda buena idea. Saliendo de la casa por la puerta trasera, fue corriendo al destartalado cobertizo situado al final del jardín y encontró la puerta abierta, tal como él y tío Jos la habían dejado. Apartando las telarañas, se abrió camino entre los montones de viejas raquetas de tenis y banderas hasta la musaraña mecánica, que seguía preparada para saltar en un extremo de la estantería. Debajo, había varios cofres repletos de documentos, carpetas, recortes de periódicos, toda clase de objetos que el padre dejos había tirado hacía tiempo. Aquel debía de ser el mejor punto de partida.

Se puso a rebuscar cuidadosamente en un cofre, limpiando el polvo de cada carpeta con la manga de la camiseta y forzando la vista para leer la apretada letra impresa. Había libros de grandes dimensiones, viejas facturas y llaves de armarios que ya no existían. Entre los arrugados fajos de documentos, había algunas fotografías viejas que encontró realmente interesantes. En una aparecían la señora Spong y otra mujer, posando con bastante rigidez junto al pájaro dodo, y no pudo evitar fijarse en que los tres tenían un increíble parecido. En otra aparecía August muy serio, llevando al gorila por la calle en un carrito para instalarlo en el museo, seguido de dos hombres con enormes bigotes que llevaban la anaconda a hombros como si fuera un tronco. Por último, había una fotografía de sir Henry, montado a lomos del mamut y sonriendo alegremente a la cámara. Todo aquello era muy entretenido y, de no haber estado tan obsesionado por encontrar las pruebas que necesitaba, no le habría importado pasarse horas hojeando aquella extraña colección. Estaba a punto de guardar todas las fotografías y recortes de periódico cuando se fijó en un delgado álbum verde de recortes que estaba justo en el fondo del cofre. En la tapa habían escrito con letra de trazo delgado e inseguro la palabra «India». ¿Era lo que buscaba?

Excitado, lo sacó del cofre y sopló para quitarle el polvo. Quizá fuera lo que estaba buscando, pero, en cuanto lo abrió, se le cayó el alma a los pies. Las amarillentas páginas estaban todas vacías, como si alguien hubiera comprado el álbum hacía mucho pero no hubiera encontrado tiempo para llenarlo. No contenía ningún recorte de periódico. Decepcionado, lo dejó en su sitio, y estaba a punto de ponerse a buscar en el siguiente cofre cuando vio una fotografía caída en el suelo boca abajo que debía de haber estado guardada en la última página del álbum.

Cogiéndola, le dio la vuelta y miró la granulada imagen marrón. La reconoció enseguida. Allí estaban Pulany, August, Mina y sir Henry posando solemnemente unos junto a otros, allí estaba el timonel con los dos niños indios a su lado y, tendida delante de ellos, con la cabeza apoyada en el suelo como si estuviera dormida, estaba la enorme tigresa de Bengala. Y a la izquierda, en un extremo, había un niño con un sombrero de paja y pantalones cortos sonriendo.

—¿Era él?

Tragó saliva y se fijó mejor. La cara estaba en sombra, semioculta por el ala del

sombrero, pero, debajo de la fotografía, había una lista de nombres. «T. S.», ponía debajo del niño sonriente. ¡Era él! Lo ponía, tenía que serlo. Aquella era la prueba. Se quedó mirando la fotografía y no pudo evitar sonreír a su imagen. Así que, después de todo, no estaba loco, no lo había soñado todo. Allí estaba retratado. La fotografía era real, y también lo era él.

Sintiéndose mucho más seguro de sí mismo, dejó la fotografía aparte y se puso a buscar en el segundo cofre, sacando una gran fotografía enmarcada de lo que parecía la ceremonia de inauguración del museo. Quitándole el polvo, examinó el mar de rostros que miraban a cámara. Había muchas personas desenfocadas porque se estaban moviendo y, fijándose mejor en los bailarines, parpadeó al toparse de repente con el rostro de Lotus. Y unas cuantas filas por delante de ella estaba don Gervase, con su largo abrigo negro, justo como él lo recordaba. A su izquierda, asomada a una columna, se veía una cabeza borrosa. Aquel manchón era él, de eso estaba seguro. Aquel era justo el sitio donde se había escondido. Así pues, ahora había dos fotografías, dos pruebas que demostraban que aquello no había sido un sueño ni nada que remotamente se le pareciera. Él había estado en la India, así como en el museo, al igual que don Gervase y Lotus. Todos habían estado allí...

—¿Buscas algo?

Se sobresaltó. Alzando la vista, vio la silueta redondeada de tío Jos que lo observaba desde la puerta.

—¿Sustancias químicas quizá?

—No, no —respondió notando que se ponía colorado—. Solo unas cuantas fotografías viejas.

—Ya veo —dijo Jos enarcando las pobladas cejas—. ¿Y cuál es esa que has encontrado? Parece interesante.

Jos señaló la fotografía de la cacería.

—Es... esto... de hecho, no estoy seguro de lo que es.

Tío Jos se la cogió de la mano sin darle tiempo a pensar en algo que decir. «Ahora sí que la he hecho buena —pensó—. Seguro que me reconoce y tendré que explicárselo todo».

—Bueno, que me aspen si este no es nuestro tigre —dijo Jos resollando—. Esta no la había visto nunca.

Subiéndose las gafas a la calva, pegó el ojo a la fotografía.

—Está August, y sir Henry... y...

«Y Tom Scatterhorn», esperaba Tom que dijera, pero, por algún motivo, no lo hizo.

—¿Mina Quilt? —exclamó Jos con incredulidad—. Pero el tigre está... muerto. Creía que el tigre había matado a Mina Quilt.

Jos le devolvió la fotografía con aspecto de estar muy desconcertado.

—Ahora sí que estoy hecho un lío. Esa historia debe de ser totalmente falsa.

Y comenzó a limpiarse las gafas con un viejo pañuelo deshilachado.

—Esto es cada vez más interesante —dijo entre dientes.

Y aquí hay un niño algo desenfocado que se parece un poco a ti, Tom. Supongo que es eso lo que te ha llamado la atención, ¿no?

—Esto... sí. —Tom se rió incómodamente, mirando su imagen con el sombrero de paja—. Puede.

—Algún ayudante, imagino. Jamás sabremos quiénes son la mitad de estos personajes. Que nosotros sepamos, pudo ser él quien se inventó toda esa patraña sobre el *shaitan*. Vaya panda de fantasiosos eran. ¿Eh?

Tom no dijo nada. Solo se sentía aliviado de que sir Henry le hubiera prestado su sombrero de paja para la fotografía y él estuviera casi irreconocible con él.

—Venga, veamos a quién encontramos en esta.

Jos estaba mirando la gran fotografía de la inauguración del museo.

—Ajá. Veo a August y a Mina, justo en el centro.

Tom miró por encima del hombro de su tío y, efectivamente, allí estaba Mina, al final de su dedo rollizo, sonriendo radiantemente a la cámara. August estaba detrás de ella, pero parecía absorto en algo que Mina tenía en el hombro, como si le estuviera inspeccionando el vestido. Fuera lo que fuese, era obvio que había captado su atención, porque estaba completamente enfocado.

—Maldita sea —dijo entre dientes tío Jos—. Reconocería esa figura en cualquier parte. Mira, Tom.

—¿Quién es? —preguntó Tom con toda la inocencia de que fue capaz, sabiendo perfectamente a quién había visto tío Jos.

—¿Ves aquí? —preguntó él señalando la imagen desenfocada de don Gervase parado entre los bailarines—. Este debe de ser uno de los parientes peruanos de los Catcher. Es idéntico, ¿no? Y si no me equivoco... ¡Mira esto! También está doña Sabihonda. —Acercó más el ojo para estudiar la borrosa imagen de Lotus—. Qué raro. Bueno, admito que estaba equivocado, chaval. No terminaba de creerme que fueran primos lejanos, pero aquí están sus parientes, justo al lado de August. Supongo que debe de ser cierto.

Jos negó con la cabeza y volvió a dejar las fotografías en el cofre. Tom se preguntó qué feliz casualidad había desenfocado también la imagen de sus dos compañeros de viaje en el tiempo, don Gervase y Lotus, hasta el punto de que ni siquiera tío Jos podía reconocerlos. O quizá lo hubiera hecho, pero sencillamente no lo creyera. Y solo era una casualidad, ¿no? Y entonces pensó en otra cosa.

—¿Tienes alguna fotografía de sir Henry? —preguntó.

—Dios mío, hay muchas —respondió Jos—. Montones de ellas.

Jos bajó un puñado de pequeñas fotografías enmarcadas de la última estantería.

—Lo más raro de las fotografías de sir Henry es que siempre está igual. No cambia nunca. Ten, compruébalo tú mismo.

Quitándoles la mugre, las colocó en el aparador como una baraja de cartas.

—Sir Henry en la India, sir Henry en África, sir Henry en Tíbet, sir Henry en

Rusia, sir Henry en Alaska, sir Henry en Borneo... después de abrir el museo, viajó por todo el mundo. Casi no paró en treinta años.

Tom leyó ávidamente la lista de nombres y lugares. Así que aquellas eran las aventuras que él podría haber vivido si hubiera aceptado la oferta de sir Henry. Y qué grandes aventuras podrían haber sido... Jos tenía razón. En todas las fotografías, sir Henry estaba más o menos igual: aparte de llevar un sombrero o una chaqueta distintos, tenía el mismo rostro atractivo y de rasgos duros y los mismos ojos límpidos y perspicaces; daba la impresión de que nunca envejecía. El único elemento poco corriente de aquellos retratos, por lo demás enteramente convencionales, era el gran broche que sir Henry siempre llevaba prendido de su chaleco debajo de la chaqueta, que parecía tener forma de escarabajo. Aunque las fotografías eran todas en blanco y negro, Tom se fijó en que la piedra ahuevada que formaba el cuerpo del escarabajo era pálida y parecía emitir luz. Se le ocurrió una idea. ¿Podía ser...? Eso era imposible, ¿no?

—¿Qué es ese broche? —preguntó inocentemente, señalando el extraño objeto.

Jos pegó más el ojo a la fotografía.

—No tengo ni idea, Tom. Alguna manía, sin duda. Con la edad, sir Henry empezó a interesarse por todo tipo de cosas raras: mundos paralelos, viajes en el tiempo, la vida después de la muerte y todo eso. Probablemente, la insignia de alguna sociedad secreta a la que pertenecía. Se volvió bastante excéntrico, ¿sabes?

—¿Lo conociste?

—¿A sir Henry? Sí, faltaría más. Yo debía de tener unos cinco años, calculo —dijo Jos ladeando la cabeza—. Era un hombre afable y reservado. Era muy cariñoso conmigo. Siempre me acordaré de su piel.

—¿Por qué?

—Bueno, era viejo, debía de tener más de setenta años por aquel entonces, pero no tenía arrugas en la cara. Ni una.

—Qué raro.

—Sí que lo era. Eterno, casi. Un poco escalofriante, para serte franco.

—¿Y qué le pasó al final?

—Ojalá lo supiera, Tom. Con toda certeza, se fue de Dragonport hace años, dejó el museo a cargo de mi abuelo, que era un primo lejano suyo. Luego, un buen día, debió de ser en los años cincuenta, salió de casa y ya no volvió. Se esfumó. Ya nadie volvió a verlo. Según dicen, se fue en busca de su viejo amigo August Catcher, quien le había escrito diciéndole que estaba en una situación desesperada. Lo había sorprendido un terremoto fortísimo, o un volcán, creo. En algún lugar de la antigua Unión Soviética, en uno de esos países de Asia central, creo, parte del antiguo bloque comunista. Ahora no recuerdo los detalles. Un cuento chino en cualquier caso, decía mi padre. —Tosió ruidosamente haciendo otra de sus teatrales pausas—. Él siempre creyó que sir Henry había ido en busca de venganza.

—¿Venganza? —repitió Tom—. ¿Por qué motivo?

—Oh, por algo que había hecho August. Puede que fueran muy buenos amigos, pero un Catcher siempre termina quitándose la careta. —Jos hizo una mueca y miró en dirección a Catcher Hall—. Como esos que han venido ahora. Primero, son todo amabilidad, «encantado de conocerle» y todas esas chorradas. Luego, antes de que te des cuenta, te tienen entre la espada y la pared.

Tom no dijo nada. Había olvidado el ultimátum de don Gervase. Jos tenía dos días para decidir si le vendía el museo y seguía sin saber qué hacer.

—Lo cierto es, Tom —dijo Jos resollando—, que, aunque realmente se hubiera ido a Kirguizistán, Turkmenistán o algún otro sitio así de raro, eso era una empresa peligrosa en aquella época. No eran países lo que se dice accesibles y, además, a los soviéticos no les gustaba tener a ningún occidental fisgoneando. Y recuerda que era un hombre anciano. No me extrañaría nada que en algún sitio lo hubieran tomado por un espía, al que —inhaló ruidosamente— hubieran liquidado sin llamar la atención. Tirándolo por un precipicio, algo así. Sucedió, ¿sabes?

—¿Y el zafiro?

—Ah, sí. —Ajos le brillaron los ojos bajo sus enormes cejas—. El zafiro. Lo había olvidado. Bueno, nadie lo vio nunca, ¿no? Me pregunto si llegó siquiera a existir. Y, de haber existido, imagino que se lo llevaría consigo. ¿No lo harías tú?

Más tarde, cuando Jos y Melba hubieron salido a comprar, Tom entró en el museo y miró la gran maqueta de Dragonport. Era temprano por la tarde, pero la oscuridad ya se estaba apoderando del museo y él apenas pudo distinguir las minúsculas casas y calles. Su cabeza era un hervidero de ideas y posibilidades. Aunque no abrigaba ninguna duda de haber viajado al pasado, a un lugar parecido a aquella maqueta, seguían acosándole una serie de preguntas fundamentales. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué era aquella cesta? Y, quizá la más importante de todas, ¿por qué nadie salvo él pensaba que aquello era extraño? Casi parecía que se hubiera transformado en dos personas distintas —ambas casualmente con el mismo nombre y aspecto—, y ahora su vida se había convertido en una extraña fantasía que se estaba desarrollando en dos lugares al mismo tiempo, en el pasado y en el presente...

Se fijó en los raídos animales que lo miraban solemnemente desde sus vitrinas. Quizá ellos conocieran la respuesta. A fin de cuentas, debían de sentir curiosidad por saber cómo podía él —el niño de once años que ellos habían conocido como aprendiz de August Catcher— reaparecer de repente, sin haber cambiado, más de un siglo después. Quizá fuera hora de preguntarles qué estaba sucediendo, la hora de hacerles una serie de preguntas importantes.

—¿Hola?

Su voz resonó en la oscuridad del museo. No obtuvo respuesta.

—¿Hola? —repitió.

Oyó un ruido detrás de él.

—De hecho...

Tom se volvió y vio que el mamut le había acercado la trompa al oído.

—De hecho...

—¡Chist! —silbó la pared. Era la anaconda.

—De hecho —continuó susurrando la voz cavernosa—, aquí tenemos una regla, Tom, y es no hablar durante las horas de luz.

—Oh. Lo siento. —Tom bajó la mirada sintiéndose culpable.

—Pero, dado que el museo está cerrado y a las dos de la tarde esto ya está tan oscuro como la boca del lobo, personalmente yo no veo por qué no habríamos de hacer una excepción. Después de todo —dijo en voz alta—, ¿para qué están las reglas si no es para transgredirlas?

—Amén a eso —dijo el gorila desde su árbol.

Tom miró la inmensa mole del mamut y vio que le guiñaba uno de sus ojillos negros.

—Está bien —silbó la anaconda con desaprobación—, pero si entra alguien, la culpa será tuya.

—De acuerdo, amiga —bramó el mamut mientras se desentumecía las patas—. Dime, Tom, ¿en qué puedo serte de ayuda?

Tom se preguntó cuál sería el mejor modo de empezar... había tantas cosas. Más le valía ir al grano.

—¿Os acordáis de haberme visto antes?

El mamut se rió entre dientes.

—¿Que si nos acordamos de haberte visto antes? Oh, sí —bramó—. Sabemos quién eres, Tom.

—No me refiero a ayer —continuó Tom—, ni siquiera a la semana pasada. Me refiero a hace mucho tiempo, a cuando inauguraron el museo, por ejemplo, hace un siglo.

—Así es. Yo te recuerdo —dijo el gorila sonriendo—. ¡Menuda fiesta!

Aquello iba bien. Por fin parecía estar progresando.

—Muy bien —dijo ordenando sus pensamientos—. Entonces, si yo estuve en la fiesta y ahora estoy aquí, ¿por qué no soy más viejo? ¿No os parece raro?

—¿Por qué ibas a envejecer? —graznó el pájaro dodo—. ¿Acaso te parezco más vieja yo?

Tom miró al raído pájaro parecido a un pavo.

—Bueno, mucho más no —dijo titubeando—. Pero yo no soy como tú, ¿no? Yo estoy vivo.

—¿Y nosotros no? —preguntó el mono narigudo saliendo de su vitrina. Comenzó a recorrer el museo abriendo todas las vitrinas.

—Desde luego, tú llevas aquí tanto tiempo como yo, chaval —graznó el pájaro dodo desplegando las plumas y bajando del estrado— y yo estoy extinta, ¿sabes?

Tom no lograba entenderlo.

—Pero... eso es imposible. Es decir, yo solo tengo once años, mis padres están en Mongolia, he venido aquí a pasar una temporada. No conocía a tío Jos.

—Tú di lo que quieras —dijo el gorila poco convencido—. Continúas siendo el aprendiz del señor Catcher.

—Sí, lo soy. Es decir, lo era... entonces, pero yo... ¡yo no soy del pasado! He estado allí solo por casualidad. Yo... yo... —Tom se descubrió levantando la voz. ¿Cómo podía hacérselo entender? Quizá fuera mejor contárselo todo, quizá fuera ese el único modo.

—Está bien —dijo respirando hondo—. ¿Y si os explicara por qué me habéis visto antes?

Miró a su alrededor y vio que había captado la atención de todo el museo. Los animales estaban inmóviles dentro o encima de sus vitrinas, esperando pacientemente a que continuara.

—Adelante —bramó el mamut.

Tom señaló el armario.

—En ese armario que hay debajo de las escaleras hay una cesta de mimbre con un doble fondo.

El pájaro dodo alargó el cuello para mirar el armario.

—¿Doble fondo? —graznó—. ¿Qué significa eso exactamente?

—¡Ajá! Yo sé lo que es —exclamó el gorila—. No me digas que es una de esas cestas trucadas, como las que utilizan los magos para hacer desaparecer a la gente.

—Pero no es ningún truco —continuó Tom—, porque, si uno se mete dentro, se cae por el fondo, vuela y llega a otro sitio. A un baúl de viaje metálico.

—¿Un baúl de viaje metálico? —repitió el mono narigudo—. ¿Así que hay una cesta y un baúl, con un vacío entre los dos?

—Eso es —respondió Tom titubeando.

—¿Están uno encima del otro? —preguntó el mamut.

—No, no, no puede ser, porque el baúl está en un cuartito de Catcher Hall hace más o menos un siglo. Es como en la maqueta.

Señaló la gran maqueta nevada de Dragonport expuesta en un rincón del museo.

—Y así es como fui al pasado. Me caí por el fondo de la cesta por casualidad. Y me convertí en el aprendiz de August Catcher. Por eso estaba en la inauguración del museo. Esa es la razón.

Ya estaba. Lo había dicho. La noticia fue recibida con un silencio sepulcral, mientras los animales, nudos de asombro, miraban alternativamente del armario a la maqueta.

—Perdona —dijo el oso hormiguero—. Me parece que se me ha escapado algo. ¿Has dicho que hay un túnel?

—No.

El pájaro dodo lo miró interrogativamente.

—¿Y nos estás diciendo que te lo crees?

—Sí.

—¿Y no nos estás tomando el pelo?

—No.

—Pues entonces, Tom —graznó—, me temo que te has vuelto loco de remate. Qué decepción.

—Qué idea tan increíble —bramó el mamut.

Tom estaba exasperado. Miró a su alrededor con impotencia.

—Entonces... ¿no me creéis?

—¡Claro que no! —gorjeó el armadillo—. ¡Vaya disparate!

—¡Qué sandez! —trinó el pangolín.

—¡Está bien! —gritó Tom—. ¡Pues os lo enseñaré!

Enfadado, se dirigió resueltamente al armario y abrió la puerta.

—¿Quién quiere venir conmigo?

—¿Ir contigo adonde exactamente? —bramó el mamut.

—¡Ahí! —gritó Tom señalando ferozmente el rincón, con la sangre bulléndole en las venas—. A la maqueta, al pasado, ¡yo qué sé!

¿Por qué no lo entendían?

—Será mejor que te calmes, amigo —dijo el mamut—. No te sulfures.

—El pobre no está bien —susurró el oso hormiguero.

—Lleva aquí demasiado tiempo —convino el esturión—. He oído que los peces globo tienen el mismo problema. También creen que pueden hacerse pequeñitos.

—Pero, Tom, amigo —dijo el gorila mirando la maqueta y rascándose la cabeza—, incluso si te creyéramos, ¿no crees que somos un poco... bueno, grandes?

—No todos —dijo solícitamente el oso hormiguero—. ¿Qué hay de un ratón, o de una musaraña, quizá...?

—Pero no puedes llevarte únicamente a una sola musaraña —dijo el mono narigudo—. Van juntas a todas partes, y son demasiadas.

—¡Pero no tantas como las multitudes que recorrieron la tierra el día del juicio! —trinó una aguda vocecilla.

—¿Comprendes a qué me refiero? —dijo el mono suspirando.

Tom miró el cajón en cuyo borde había sentada una larga hilera de pequeños roedores.

—¿No visteis los millones de ratones, aguardando a las puertas del cielo? ¿No oísteis las trompetas? —preguntó la musaraña predicadora alzando una huesuda pata hacia el techo.

—¡Así es! ¡Sí! —repitieron al unísono ratones y musarañas.

—¡Muchos acudieron al llamamiento!

—¡Pero pocos fueron los elegidos!

—Hermanos —exclamó la musaraña predicadora—. Si un humano, mamut o marsupial necesita nuestra ayuda, se la prestaremos encantados. La unión hace la fuerza.

—¡Aleluya!

Ratones y musarañas alzaron simultáneamente el puño y su grito resonó en toda

la sala. El oso hormiguero sonrió.

—¿Lo ves, Tom? Tienes muchos voluntarios.

—Pero no hay que ser forzosamente pequeño —dijo Tom lamentando haber dado pie a aquel amplio tema de debate—. De hecho, no se va a esa maqueta, solo...

—¿Algo que imponga un poco más? —sugirió el puerco-espín con interés—. Entonces, la comadreja. No es muy grande, pero tiene unos dientes que dan miedo.

—¿Qué hay de una rana arbórea? Son venenosas, y no hay quien las pille.

—Muy buenas nadadoras, las ranas —convino el mamut asintiendo con su enorme cabeza—. Cuando se trata de deportes acuáticos, yo siempre voto por una rana.

—Pero Tom dice que se vuela. ¿No debería llevarse un pájaro?

—Los colibríes son diminutos...

—Ni hablar —interrumpió el puercoespín—. Tienen la cabeza hueca. Decidme, ¿habéis tenido alguna vez una conversación inteligente con un colibrí?

De repente, un murmullo de voces inundó el museo mientras se debatían a viva voz los méritos de todos los pequeños mamíferos, aves, reptiles y peces presentes, y Tom vio que no estaban progresando.

—Quizá yo pueda serte de ayuda —graznó una voz desde arriba.

La conversación cesó de inmediato y todos los animales miraron al techo.

—A fin de cuentas, tú y yo ya hemos vivido alguna peripecia en el pasado, ¿no, Tom?

Mirando el barandal del primer piso, Tom vio una familiar silueta posada en él. Era la gran águila, y él nunca se había alegrado tanto de verla.

19 El águila se explica

—Oh, Dios mío —dijo el mamut entre dientes—. Ha vuelto el trotamundos. Mantened la calma, chicos.

La liebre polar gritó horrorizada y corrió a esconderse tras la pata del oso pardo.

—Garras afiladas, pico afilado, cabeza de chorlito —dijo el pájaro dodo con desdén regresando cautelosamente a su podio.

—De mosca —lo corrigió el puercoespín— y, además, no es de los nuestros.

El águila obvió aquellos insultos y bajó volando desde el barandal, posándose ruidosamente en las lisas losas del suelo.

—Tranquilos, chicos. No hace falta que os pongáis así. No he venido a daros ninguna paliza —graznó—. De momento.

Y, volviéndose hacia Tom, clavó en él su furioso ojo amarillo.

—Solo quiero tener una conversación con Tom en privado.

Tom la miró con aire desafiante. Recordó que aquel pájaro tenía la costumbre de empujarlo a hacer cosas que no entraban forzosamente en sus planes.

—Fuera de aquí —añadió.

—¿Por qué?

—Solo necesito tener una charla contigo —dijo el pájaro con naturalidad, mirando a los animales disecados—, lejos del club de campo.

Tom debió de parecer poco convencido, porque el pájaro bajó la cabeza y le susurró en tono cómplice:

—Creo que ya va siendo hora de que sepas unas cuantas cosas referentes a... viajar. —Señaló la maqueta con la cabeza—. Si sabes a qué me refiero.

Tom pensó unos instantes. Lo último que quería era correr otra aventura más. Pero algo le decía que debía confiar en aquel pájaro, por muy feroz que fuera su aspecto. A fin de cuentas, parecía ser el único animal de aquel museo que sabía de lo que hablaba, además de haberle salvado la vida, ¿no?

—¿Me prometes que no va a pasar nada?

—Te doy mi palabra, socio —dijo animadamente el águila—. Sube a bordo y daremos un paseíto.

—¿Subir a bordo? ¿Es que vamos a volar?

—Si eres pájaro, lo normal es que vuelas. Y, además, nunca le he cogido el tranquillo a eso de andar.

Tom observó la enorme águila con aire indeciso, viendo cómo le resbalaban las grandes garras por las bruñidas losas del suelo.

—¿Me prometes que no vamos lejos?

—¡Sí, sí, sí! Anda, deja de lloriquear y súbete.

Tom respiró hondo. ¿Qué otra opción tenía?

—De acuerdo.

—Ten mucho cuidado, amigo —susurró el mamut—. Está como una regadera y

es un patán...

—¡Esa lengua! ¡Montón de paja! —le espetó la enorme rapaz.

Con cautela, Tom se encaramó al lomo de la criatura y se le abrazó al cuello.

—¿Así? —dijo con nerviosismo. No había mucho más a lo que agarrarse.

—Eso servirá, para empezar —dijo el pájaro—. Ahora, cógete bien y no te sueltes, por lo que más quieras.

Tom hizo lo que le pedía. Luego, batiendo unas cuantas veces sus enormes alas, la gran rapaz alzó el vuelo y se dirigió hacia el tragaluz. Momentos después, había salido por el hueco del vidrio roto y estaba sobrevolando los tejados mojados por la lluvia. Aferrándose bien a su cuello, Tom vio la gris ciudad pasando vertiginosamente por debajo de él. Habían encendido las luces de Navidad y las aceras estaban atestadas de figurillas cargadas de bolsas y encorvadas para protegerse de la lluvia. Unos cuantos niños se detuvieron boquiabiertos y señalaron el gran pájaro cuando los sobrevoló, pero nadie más pareció darse cuenta.

—Me temo que hace un tiempo horrible —observó malhumorada el águila—. Veamos si podemos deshacernos de él. Agárrate bien.

Súbitamente, el enorme pájaro se internó en el espeso manto de nubes bajas y Tom comenzó a notar el peso del cuerpo en los brazos mientras ascendían casi en vertical, azotados por el fuerte viento. Por fin, una deslumbrante explosión de luz lo cegó cuando emergieron a un paisaje completamente distinto. Ante ellos se extendían interminables lomas de nubes rosas, perfiladas de dorado sobre un intenso cielo azul. El águila dejó de encumbrarse y tomó una trayectoria horizontal.

—¡Creía que habías dicho que no iríamos lejos! —gritó Tom.

—¡Y no lo estamos haciendo! —respondió el águila—. Mira adelante.

Protegiéndose los ojos del sol, Tom vio una antena de radio con una luz roja intermitente en el extremo, sobresaliendo como un periscopio por encima del banco de nubes a unos quinientos metros de ellos.

—No es un mal sitio para tener una charla, ¿no crees?

Un minuto después, habían llegado. A Tom le alivió descubrir que lo que le había parecido tan endeble desde lejos era, de hecho, una gran estructura metálica lo bastante amplia como para poder sentarse. Cuando el águila se hubo posado en ella, Tom bajó las piernas a los soportes metálicos y, sujetándose bien, se dio la vuelta para contemplar el sol poniente. El águila tenía razón: aquel sitio era magnífico. Se sentía como si estuviera en la cima del mundo.

—Así está mejor —murmuró el águila acomodándose enfrente de él—. Prefiero quedarme en las alturas, si a ti no te importa. Me gusta ir de incógnito, si sabes a qué me refiero.

Ahora que estaban parados, Tom pudo fijarse mejor en aquel pájaro inmenso. Desde luego, no era como ningún águila que él hubiera visto y, bajo aquella dorada luz oblicua, le pareció majestuosa. Sus plumas eran grandes y anchas y tan negras que casi parecían moradas, con manchas blancas en los extremos, y tenía el vientre

moteado como un leopardo. La cabeza, enorme y de un apagado color gris, tenía unos penetrantes ojos amarillos y un largo pico blanco que le confería una expresión de enfado permanente. Alrededor de la base del cuello lucía una curiosa gorguera azul y sus inmensas garras anaranjadas eran tan grandes como rastrillos. Aquel pájaro parecía inmensamente fuerte y rápido y, por algún motivo, no parecía oriundo de ninguna parte del mundo que Tom conociera.

—Supongo que te estás preguntando qué clase de criatura soy, ¿verdad Tom?

Tom asintió con la cabeza. Nunca había visto ninguna gran águila tan de cerca, pero estaba bastante seguro de que no eran así.

—Entonces, tú eres un...

—Un pupurri, socio. Un cruce, si quieres. Avestruz, búho, águila real, casuario, cóndor, piconzapato, quebrantahuesos... de todo. Los mejores pedazos juntos. Y por eso no les gusto a esa gente de ahí abajo.

—¿Por qué no?

—Porque no soy de fiar. No soy una criatura que haya existido o pudiera haberlo hecho. Así que no soy digno de estar en su museo. Aunque, por otra parte, tampoco es que yo quiera quedarme encerrado en ese agujero infecto —espetó—. Y no soy de los que se quedan mucho tiempo en el mismo sitio.

—Entonces, August... te hizo...

—Efectivamente. En uno de sus mayores momentos de locura, supongo. Una fantasía es lo que soy. Y es increíble cuando lo piensas. Es decir, mírame. ¡Me funciona todo! Desde luego, ese August era bueno juntando cosas, ¿no?

Tom observó a aquella insólita criatura. Era increíble pensar que estuviera hecha a partir de muchos pájaros distintos y, no obstante, fuera tan, bueno, «real».

—¿Y por qué estás tan interesada en mí?

—Bueno, Tom Scatterhorn, tú viajas como yo. Nos parecemos. No hay muchos pájaros como yo ni muchas personas como tú.

Tom no sabía a qué se refería.

—¿Qué significa que viajo como tú? Tú y yo no somos iguales.

—Oh, sí. Sí que lo somos, socio. Yo sí me creo esa historia tuya de la cestita, porque yo también viajo. Solo que utilizo otras vías. —El pájaro clavó en él su furioso ojo amarillo y asintió con la cabeza—. Así es, socio.

—¿Cómo?

La inmensa criatura sacudió las plumas y miró hacia el sol poniente.

—¡Hirundo! —gritó—. ¡Compañera!

Una mota diminuta emergió de las nubes y vino hacia ellos a una velocidad vertiginosa. Trazando un arco sobre la antena de radio, bajó en picado y comenzó a volar en círculos a su alrededor. Cuando la diminuta forma azul pasó velozmente por delante de él, Tom vio que se trataba de una golondrina. El gran pájaro alzó la cabeza, se puso a hablar en una extraña lengua que Tom no había oído nunca y la golondrina le respondió.

—Es mi piloto, Tom —dijo el águila en voz baja—. ¿Ves? Nos entendemos.

El águila siguió comunicándose con la golondrina, que, de pronto, se posó en un soporte metálico por encima de ellos.

—Puede que te estés preguntando cómo diablos aprendí a hablar con esta pequeñina. Bueno, te contaré el secreto —graznó—. Cuando August Catcher me trajo a este mundo, me dio, fortuitamente, una ventaja sobre nuestros amigos de ahí abajo. Tengo el privilegio de hablar la lengua de las aves. Las aves auténticas, se entiende, no las disecadas. Está todo aquí dentro. —Alzó una enorme garra y se tocó la cabeza—. *Diccionario descriptivo de las lenguas aborígenes de Australia occidental*, 1891. Eso es. El diccionario contenía un antiguo dialecto, antiguamente conocido por los humanos, y ahora perdido para siempre.

Pese a su asombro, Tom la creyó. Había visto a August rellenar las cavidades cerebrales de sus especímenes con periódicos o cualquier viejo libro que tuviera a mano.

—Y viendo que en ese sitio no iban a terminar nunca de aceptarme y siendo de carácter aventurero, comencé a hablar con estos pequeñines en mis paseos —continuó diciendo el gran pájaro—. Y así es como descubrí que existen modos de ir hacia atrás. O hacia delante, si lo prefieres.

—Ir hacia atrás y hacia delante... ¿Te refieres a viajar en el tiempo?

—Eso mismo, sí.

El sol se había puesto tras las nubes rosadas y el cielo que lo rodeaba se estaba tiñendo de morado. A Tom le daba vueltas la cabeza, intentando asimilarlo todo.

—Entonces, ¿las aves pueden viajar en el tiempo?

—No, no, socio —graznó el águila—. No todas. Unas cuantas muy especiales que conocen los sitios adecuados. Hay que saber de fenómenos atmosféricos, de magnetismo y de un montón de cosas que vosotros desconocéis.

—¿Qué clase de sitios? —preguntó Tom.

—Bueno, veamos. —El gran pájaro se quedó pensando un momento, observando el mar de nubes rosadas que lamía la antena de radio por debajo de ellos—. El desfase entre un trueno y un relámpago, ese podría ser uno, o a veces percibes uno en el borde de un arco iris, o deslizándose por la pared de un ciclón. Tienes que estar alerta, no dormirte, todo eso.

Asombrado, Tom se quedó mirando aquel pájaro magnífico. Hablaba con tanta naturalidad que parecía estar diciendo la verdad.

—Entonces, ¿puedes ver esos sitios?

—Verlos exactamente no. Al cabo de un tiempo, intuyes dónde pueden estar. Sé que puede parecerte una fanfarronada, pero es cierto.

—Entonces, ¿has estado en el futuro?

—Sí, chico.

—¿Cómo es?

—Oh, ideal, socio —respondió sarcásticamente el águila—. Un paraíso.

Excelente.

—Y el pasado...

—Tú sabes que sí. Igual que tú, socio.

Tom miró el manto de nubes rosadas ribeteadas de dorado, intentando hallarle un sentido a todo aquello. Una cosa era que un pájaro recurriera a determinados conocimientos antiguos para encontrar un modo de volar de un mundo a otro, pero él se había caído por el fondo de una cesta en un armario. Así sin más. No podía ser lo mismo, ¿verdad?

—Sencillamente, no comprendo cómo llegué hasta allí, eso es todo. Es como la maqueta...

—Piensa en la maqueta como en una puerta, Tom —lo interrumpió el gran pájaro—. Es una entrada. Una vía de acceso. Un portal. Una vez que lo atraviesas, ese mundo se despliega ante ti y tú te sumerges en él. No soy ningún filósofo, pero, tal como yo lo veo, el tiempo no es una línea recta. No puede serlo. Es más bien como... millones de papeles, capas y capas, envueltos unos alrededor de los otros hasta formar una pelota inmensa. Hoy, mañana, hace un siglo, la semana pasada, todos los días que han sido y todos los días que serán, están ahí, uno junto al otro. Todos existen al mismo tiempo, pero no podemos verlos. Y entre todas esas capas, en ciertos sitios muy especiales, hay pliegues y dobleces, recodos, si lo prefieres, donde un mundo se comunica con el otro. Y es por ahí por donde creo que te caíste tú. Podría ser un agujero, un túnel, una escalera, a lo mejor hay tantos recovecos y grietas en la tierra como en el aire, Tom, no lo sé. Y puede que vosotros supierais de su existencia hace muchísimo tiempo. Puede. Pero, como dos y dos son cuatro, ahora lo habéis olvidado, igual que habéis olvidado todo lo demás. —El águila sacudió las plumas y miró el crepúsculo con enfado—. Ahora, solo nosotros los pájaros recordamos esas cosas. Y, ya sabes... esos otros.

Tom no dijo nada. Le parecía estar entendiendo lo que decía, aunque solo fuera por los pelos. El debía de haber sido muy afortunado, o desafortunado, según cómo se mirara, encontrando aquel agujero en la cesta. Y quizá el águila tuviera razón, quizá hubiera muchos lugares de esos y aquello le sucediera a la gente continuamente. Quizá... Contempló el mar de nubes que se extendía a sus pies y notó los furiosos ojos del águila clavados en él.

—Sí, socio. Definitivamente, has ido al pasado —murmuró escrutándolo— y debo decir que ese no es el único sitio donde irás.

—¿Qué quieres decir?

El gran pájaro se aclaró la garganta y miró a su alrededor, como si creyera que alguien podía oírlo. De pronto se había puesto muy serio. Por encima de ellos, la golondrina comenzó a cotorrear ruidosamente.

—Bueno, es un tema delicado, Tom, y no es fácil de expresar en palabras. Pero, dado que estoy cuidando de ti y soy una especie de mensajero, hay algo importante que deberías saber. Es...

El águila se interrumpió cuando la golondrina se puso a revolotear a su alrededor, piando más fuerte que nunca.

—Lo sé. Ten paciencia, ya voy —graznó el águila con irritación, y le respondió con un extraño ululato.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Tom mirando al agitado pajarillo.

—El caso es —continuó el águila, haciendo caso omiso de la pregunta— que tú vas a jugar un papel muy importante en los acontecimientos futuros, Tom Scatterhorn. Puede que un día hasta seas el eje.

Tom la miró sin comprender y se encontró con sus duros ojos amarillos. No tenía la menor idea de a qué se refería. ¿Qué quería decir con «el eje»? ¿El eje de qué? El no quería ser el eje de nada.

—Pero que... que haya viajado al pasado cayéndome por el fondo de una cesta no significa nada, ¿no? Fue por casualidad —protestó Tom.

—No lo dudo.

—Podría haberle pasado a cualquiera.

—Efectivamente, socio. Pero ese es el problema. Que no ha sido así.

—¿Y qué? —preguntó audazmente Tom, aunque cada vez se sentía más inseguro—. Continúo siendo como el resto de las personas, ¿no?

—Puede que en algún momento lo fueras —respondió enigmáticamente el gran pájaro—. Antes.

Tom notó sus penetrantes ojos amarillos escrutándole el rostro y se dio la vuelta. No estaba seguro de querer seguir oyendo nada de aquello.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Que no ha sido únicamente... suerte?

—Ah. Suerte. ¿Sabes?, yo no creo mucho en la suerte —respondió el águila—. Cuando se viaja en el tiempo como hago yo, es imposible no ver pautas en las cosas. Razones. Orígenes. No hay casualidades. Llámalo coincidencia, incluso destino, si lo prefieres. Pero no te equivoques: ahora tienes un destino, chico. —Se quedó un momento callada y contempló el sol poniente—. Ah, sí. Y, quién sabe, tal vez... tal vez por eso quieren matarte.

—¿Quiénes?

—No sé quiénes son exactamente. Pero creo que tú sí lo sabes, chico —respondió el águila negando con su enorme cabeza—. No me digas que te has olvidado de la última vez que nos vimos.

—No.

—Bien —dijo ferozmente—. Te conviene recordar eso.

De mala gana, Tom rememoró la noche del baile en el taller de August. Era como recordar los detalles de una pesadilla ya olvidada. La navaja casi rozándole la cabeza, el vidrio hecho añicos y el hombre de la máscara de acero, sus enormes manos enguantadas apretándole el cuello... su aliento con olor a chocolate. Estremeciéndose, recordó al águila subiéndosele a los hombros y quitándole la máscara con sus afiladas garras...

—Entonces, ¿era... quien yo pienso que era?

—Eso creo —masculló el gran pájaro.

Tom notó que se le aceleraba el pulso y se aferró al soporte metálico con mayor fuerza. Sabía exactamente qué estaba a punto de decir el águila, pero, de algún modo, él casi había conseguido borrar de su memoria lo ocurrido aquella noche en el taller de August. No quería que nada de aquello fuera cierto.

—El mexicano con el machete —graznó por fin el águila—. El hombre de don Gervase Askary. Y vaya que si gritó.

—Pero ¿por qué matarme? —gritó Tom—. Yo no sé nada. ¡Yo no he hecho nada!

—Lo sé, chico, lo sé —graznó el águila—. Tú sabes tanto como yo. Pero... —Se quedó bruscamente callada. Luego clavó en Tom su furioso ojo amarillo.

—Deberías comprender que esa gente va en serio, que va totalmente en serio. He visto más que suficiente para saberlo. Y puedo decirte que no van a echarse atrás. Jamás. Así pues, yo que tú me andaría con muchísimo cuidado. Porque ahora contamos todos contigo, socio. Mucho más de lo que te imaginas.

El águila emitió un largo reclamo dirigido a la golondrina, que había estado escuchando en silencio. Luego desplegó sus negras plumas caudales y se volvió.

—Aquí termina la primera lección, chico. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. Saca tus propias conclusiones. Ahora sube a bordo.

Ya había oscurecido cuando llegaron a Dragonport. Descendiendo en círculos cada vez menores, el águila se posó ágilmente en el tejado del dormitorio de Tom. Volviendo la cabeza, lo cogió con el pico y lo dejó delicadamente en el alféizar de la ventana para que él pudiera sujetarse al marco.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Es decir, gracias por... —Tom quería decir «por salvarme la vida», pero, por algún motivo, no pudo hacerlo.

—Todo.

El gran pájaro negó con la cabeza.

—Estoy cuidando de ti, Tom. Haré cuanto pueda, siempre que pueda hacerlo. Pero cuídate también tú —dijo asintiendo afablemente con la cabeza—. Y prométeme que no vas a ir contándole nuestra pequeña charla a todo el mundo.

—No te preocupes. No lo haré.

—Me alegro de oírlo —respondió el águila— porque, créeme, aquí abajo hay un par de personas que estarían encantadas de enterarse de todo.

Tras lo cual, la enorme criatura emitió un extraño grito y se puso a caminar torpemente por el tejado. La diminuta golondrina apareció como llovida del cielo y, juntas, se alejaron en dirección al río.

Tom se quedó mirando las dos motas negras hasta que desaparecieron entre las nubes. Luego se volvió, se encaramó a la ventana abierta y entró en su habitación vacía. No estaba seguro de si debía sentirse aliviado o preocupado por todo lo que

acababa de descubrir. En cierto sentido, era un consuelo que aquella águila enorme lo estuviera protegiendo, pero, cuando pensó en don Gervase y Lotus, un escalofrío le recorrió el espinazo como una ráfaga de aire frío. ¿Qué le había dicho don Gervase a Lotus en la feria del hielo hacía meses?

«Los viajeros no se toleran, da igual quiénes sean». ¿Era eso a lo que se refería con no tolerar? ¿A matar?

Se dejó caer en la cama y miró el techo abuhardillado con enfado, notando el escozor de las lágrimas en los ojos. Había una parte suya que no quería participar en nada de aquello. Casi deseaba no haberse metido nunca en el armario que había bajo las escaleras. Qué fácil sería volver a ser el Tom Scatterhorn de siempre, el que tenía un padre raro, vivía en la casa más destartada de Middlesuch Cióse y pasaba las vacaciones en una vieja caravana oxidada.

«Ahora tienes un destino, chico...».

¿Qué significaba aquello? «Tienes un destino». Todo el mundo tenía uno, ¿no?...

Justo entonces oyó pasos fuera de la habitación.

—Son muy empinadas, querida, así que ten cuidado —dijo la voz de Melba en las escaleras—. Y disculpa el desorden. Solo Dios sabe cómo se las apaña su madre en casa. Y te lo advierto, dentro también hace un frío que pela, una temperatura que no sé por qué, él contribuye a empeorar dejando la ventana abierta de día y de noche.

La puerta se abrió y Tom vio a Melba con abrigo y bufanda puestos.

—¡Tom! —gritó mientras se comía una pastilla de chocolate—. Cuánto me alegro de que estés aquí. Tengo una visita sorpresa para ti.

Una niña vestida con un abrigo blanco de lana apareció de detrás de Melba.

—Hola, Tom.

Tom sofocó un grito. No había podido contenerse. Lotus lo miró entornando sus grandes ojos amarillos como si fuera un gato, y un intenso olor a chocolate impregnó toda la habitación.

—Me preguntaba si volveríamos a vernos —dijo sonriéndole con dulzura.

—Ho-hola.

Tom intentó aparentar el máximo desinterés posible, pero, en su fuero interno, tenía el corazón desbocado. ¿Qué hacía Lotus allí? ¿Lo había reconocido? No estaba seguro... Desde luego, él sí la había reconocido a ella. Llevaba prácticamente la misma ropa que la última vez que se habían visto, pero, en vez de patines, ahora calzaba unas lustrosas botas negras muy ceñidas.

—Tom, esta es Lotus Askary, ¿te acuerdas?

Melba se sacó a Plancton del bolsillo y le dio una pastillita de chocolate. Los ojos rojos casi se le salieron de las órbitas cuando comenzó a roerla ávidamente.

—Sí. Sí que me acuerdo.

—Lotus ha venido a aprender. A conocer un poco el oficio, ver cómo dirigimos esto, ese tipo de cosas, antes de la venta.

—¿La venta? —Tom no estaba seguro de haberlo oído bien—. ¿Qué venta?

—La del museo, querido. ¡Bah! ¡Qué memoria la tuya! No te habrás olvidado de ayer, ¿no?

Melba le guiñó un ojo con complicidad sin que él supiera a qué se estaba refiriendo. Le parecía que había transcurrido mucho tiempo desde ayer.

—Bueno, tu tío ha estado yendo y viniendo como una pelota de ping-pong, pero, gracias a Dios, al final don Gervase ha conseguido persuadirle para que entrara en razón. Hemos estado en Catcher Hall hace un momento y ya lo hemos pactado todo. En Nochebuena, esa es la fecha, ¿no, querida?

—Así es —respondió Lotus con una sonrisa irresistible—. No sabe lo emocionada que estoy.

—También yo —gorjeó Melba.

—¡Vaya regalo de Navidad!

—Sí, Tom. Ese día don Gervase Askary va a convertirse en el orgulloso propietario del Museo Scatterhorn. ¿No te parece maravilloso?

20 En la tela de araña

Tom tardó unos minutos en asimilar la noticia de la venta del museo. Siguió tristemente a Melba y a Lotus mientras recorrían el museo, extrañándose de que Jos hubiera decidido rendirse tan pronto. Parecía totalmente impropio de él. Dentro de dos días, el museo pasaría a otras manos y todo se habría acabado. Se estremeció al pensar en qué le sucedería entonces.

—Viene aquí siempre que puede —estaba diciendo Melba mirando en su dirección—. Imagino que ya debes de haber explorado casi todos los rincones, ¿no, Tom?

Tom masculló alguna evasiva.

—Seguro que te has encontrado con sorpresas de toda clase —dijo Lotus sonriendo—. Este es un sitio genial para perderse.

—No lo dudes, querida —continuó Melba sacándose a Plancton del bolsillo y poniéndole otra pastilla de chocolate entre las patas rosas—. Ha estado revolviendo en todos los armarios, debajo de las escaleras, incluso en el cobertizo del jardín.

—Ah, ¿sí?

Lotus estaba intentando disimular su curiosidad.

—Oh, sí, fascinado por todo lo que cuentan de este sitio tan viejo y por el arte de la taxidermia. —Melba bajó la voz y le susurró al oído—: Hasta ha pedido un juego de química para Navidad.

Lotus abrió desmesuradamente los ojos.

—¿De veras?

—Le apetece adecentar un poco esto.

Lotus se volvió y Tom notó sus ojos clavados en él.

—Cuánto me gustaría saber qué has estado haciendo —dijo entusiasmada—. Seguro que, a estas alturas, ya eres todo un experto.

Tom se encogió de hombros y se puso a mirar el mono narigudo.

—En realidad, no sé mucho —dijo inexpresivamente—. Me temo que soy solo un principiante.

Aquello era cierto, por desgracia. August rara vez se había molestado en explicarle cómo elaboraba nada, en particular su poción, pero Lotus seguía mirándolo fijamente, sin estar segura de creerlo o no.

—Tu pariente August Catcher era un hombre muy listo —dijo Melba dando a Plancton un afectuoso achuchón mientras el roedor daba cuenta del chocolate que le quedaba—, pero estoy segura de que eso ya lo sabes.

—Eso decían. Aunque, naturalmente, siendo de Perú, apenas sabíamos nada de él. De hecho, solo descubrimos la existencia de este museo por casualidad.

—¿Ah sí? —Melba pareció levemente sorprendida—. ¡Cielos! Bueno, debió de ser una buena sorpresa.

—Oh, lo fue. Pero, a veces, cuando se busca algo muy concreto, hay que esperar

lo inesperado, y sir Henry y August Catcher fueron una pareja muy misteriosa, ¿no cree? —dijo Lotus volviendo a sonreír.

—Así es, querida —respondió Melba sin estar muy segura de a qué se refería—. Da igual. Estoy segura de que Tom te enseñará el oficio. Sabe dónde está todo casi mejor que yo. ¿Verdad, Tom?

Tom sonrió fríamente.

—Eso espero —dijo Lotus con una sonrisa radiante—. Me muero de impaciencia.

Tom las siguió hoscamente cuando empezaron a subir las escaleras, sabiendo que también él se estaba muriendo de impaciencia. Ya llevaba demasiado tiempo jugando al ratón y al gato con Lotus y don Gervase. ¿Eran únicamente una banda de sofisticados ladrones de joyas que habían descubierto el modo de viajar en el tiempo? Desde su conversación con la gran águila, aquella explicación ya apenas le parecía plausible. ¿Podía el zafiro justificar todo lo que había sucedido? Era inmensamente valioso, sin duda, pero Tom tenía la sospecha, honda y persistente, de que el gran pájaro estaba en lo cierto. Allí había algo más en juego, una fuerza mayor y más siniestra que Tom no comprendía del todo. Y estaba acechando sobre él y el museo como una enorme garra negra, aguardando para atacar.

Tom observó a Lotus mientras ella caminaba por delante de él en la penumbra, con el largo cabello negro recogido en una apretada trenza que relucía como una serpiente. ¿Por qué querían matarlo? El mero hecho de pensar en eso lo paralizaba, pero estaba decidido a poner fin a aquella persecución. No quería despertarse en mitad de la noche para encontrar a un asesino desconocido con un machete junto a su cama. El ataque era la mejor defensa, como siempre decía su padre. Para descubrir de una vez por todas qué estaban buscando realmente los Askary, para averiguar qué querían realmente, iba a tener que tomar la iniciativa. Iba a tener que entrar en Catcher Hall para hallar la respuesta, antes de que el museo se vendiera y ya fuera demasiado tarde. Lo cual significaba esa misma noche.

—Mel-bi-ta —canturreó Jos con voz de borracho cuando abrió la puerta—. Melbita, Melbita, Mel-bi-ta.

No obtuvo respuesta. Había salido tardísimo del bar y Melba ya llevaba horas acostada.

—¿Melbita? ¡Por las barbas de Neptuno! —dijo entre dientes y, andando a tientas por el pasillo a oscuras, comenzó a silbar una desafinada tonadilla mientras subía lentamente las escaleras.

Tom estaba en la cama, vestido y escuchando. Nada más oír que se cerraba la puerta del dormitorio, miró el reloj y comenzó a contar mentalmente los minutos. Estaba excitado y un poco nervioso por su misión de aquella noche y, para cuando hubo contado siete minutos, reinaba un silencio absoluto. Bien. Con un poco de suerte, Jos estaba tan ebrio que se habría quedado dormido al instante. Dirigiéndose sigilosamente a la ventana, se puso los guantes y miró los tejados de las casas. La fuerte lluvia que había estado cayendo durante todo el día se había convertido en

aguanieve y los grandes copos se arremolinaban desordenadamente en torno a las farolas naranjas. «¿Qué importa una ventisca de nada?», pensó, y sonriendo resueltamente se caló el gorro hasta las orejas, sabiendo que ahora ya no había vuelta atrás. Se había embarcado en aquella descabellada aventura en el momento en que cayó por el fondo de la cesta de mimbre, quizá incluso en el momento en que puso un pie en el Museo Scatterhorn. Había llegado la hora de zanzarla de una vez por todas.

Abriendo cuidadosamente la ventana, se encaramó al alféizar y, volviéndose, alargó un pie hasta tocar la cañería que descendía por un borde de la casa. Empujándola un poco, decidió que era lo bastante sólida como para soportar su peso y, con un ágil movimiento, se agarró primero con una mano y luego con la otra. Segundos después, se estaba deslizando por ella antes de caer al patio trasero dándose un buen golpe. La cañería estaba tan fría que las manos le quemaban. Frotándoselas en los pantalones, corrió hasta el muro del jardín y utilizó el cobertizo para encaramarse a él. Ahora estaba nevando copiosamente y, quitándose los grandes copos de los ojos, iba a descolgarse hasta la acera cuando notó un cosquilleo en la nuca, como si alguien lo estuviera observando. Al mirar el museo, vio la gran cara triste del gorila pegada al cristal. El primate alzó su inmensa mano peluda y abrió una rendija la ventana.

—Buena suerte —susurró.

—Oh, gracias.

Tom le dijo adiós con la mano sonriendo resueltamente.

—La fortuna sonrío a los valientes, amigo.

«La fortuna sonrío a los valientes». Tom se caló el forro polar hasta la nariz, bajó sigilosamente a la acera y comenzó a cruzar la ciudad. Era como caminar entre fantasmas, porque Dragonport parecía casi abandonada en la ventisca, sus edificios parecían nada más que sombras grises en el embravecido mar de copos. Salvo por unas cuantas chicas que tiritaban junto a un cajero automático y un taxi, llegó al pie de la colina de Catcher Hall sin ver a nadie. Se alegró. Como ladrón, no quería que hubiera demasiados testigos. Comenzó a subir por la empinada cuesta, y al pasar por delante de las hileras de casas adosadas que se apiñaban en la oscuridad, en cada ventana, vio árboles de Navidad cargados de luces y regalos. Fue como vislumbrar otro mundo, un lugar acogedor y familiar donde había rostros felices y sonrientes, igual que en un anuncio de televisión. Apretó los dientes y siguió adelante, esforzándose por obviar. Aquello era la vida normal. Aquel era el tipo de lugar donde él había vivido hacía muchos años. Ahora, Tom era distinto. Tenía que serlo.

Pero no era tan distinto. Pese al viento glacial que estaba comenzando a cortar las mejillas, se descubrió añorando a sus padres más que ninguna otra cosa. ¿Dónde estaban? Imaginó a su padre en su tienda de campaña rodeada de nieve al borde de un bosque inmenso, con el ojo pegado al microscopio, abstraído, mientras su madre se abría paso por un solitario puerto de montaña gritando su nombre. Y allí estaba él, a la intemperie en aquella noche desapacible a punto de allanar una casa. Los

Scatterhorn estaban dispersos por la faz de la tierra y él no podía hacer nada al respecto, salvo seguir adelante. El gran pájaro estaba en lo cierto: ahora tenía un destino, y era aquel.

Cuando alcanzó la cima de la colina, atravesó la calle y entró sigilosamente en el camino particular de Catcher Hall, listo para esconderse entre los laureles si veía el Bentley, a Zeus, el perro, o a cualquiera que estuviera vigilando la casa en aquella fría noche. No vio a nadie y pronto se encontró ante la inmensa mole de Catcher Hall, perfilada contra el pálido cielo nocturno. Dando un rodeo por los tejos, llegó al murete que discurría por delante del estudio y, asomándose a él, miró entre los huecos de los postigos. Vio los reflejos azules intermitentes de pantallas de ordenador en las vitrinas acristaladas y oyó un piano sonando a lo lejos. Tras quitarse los copos de los ojos, esperó ver pasar a Lotus o a don Gervase por delante de la ventana en cualquier momento, pero, al cabo de cinco largos minutos, seguía sin detectar ningún movimiento en el estudio. Tal vez no estaban. Tal vez debía intentar abrir la ventana. No, eso era demasiado peligroso. Lo mejor sería ceñirse al plan original y utilizar la entrada secreta de August.

Saltando el murete con mucho sigilo, se dirigió al borde de la casa y, buscando a tientas la vieja cañería de hierro, le alivió descubrir que seguía allí, ahora semioculta por un arbusto. Agarrándose a las enmarañadas ramas lo mejor que pudo, se puso a trepar por ellas hasta alcanzar la pared. Lentamente, comenzó a subir por la fría cañería metálica, poniendo los pies y las manos en los mismos apoyos y asideros de la pared que había utilizado la última vez, hacía más de un siglo. Era un ejercicio fatigoso, y también sofocante, y cuando llegó al segundo piso, estaba jadeando y el sudor le picaba bajo el gorro de lana. Con un último esfuerzo, se encaramó a las almenas y saltó al ancho canalón, donde se quedó sentado hasta recobrar el aliento. ¡Caramba, menuda subidita! Más le valía que la bajada fuera más fácil. Con el corazón palpitándole, miró el tejado y vio que la estrecha claraboya del taller de August seguía allí. Aquello lo alivió, pero le pareció que estaba muy arriba y pronto supo por qué: la corta escalera de madera que antes conducía hasta ella no estaba. Debía de haberse podrido. Se maldijo enfadado. ¿Cómo podía haber cometido un error tan simple? El tejado era demasiado empinado para subir por él sin la escalera y estaba cubierto de nieve. Sería como intentar ascender por una pared de hielo. Iba a tener que bajar y buscar otro modo de entrar. No. No ahora que ya había llegado hasta allí. Tenía que haber otro modo. «Piensa, Tom».

«¡Piensa!».

Volviendo a mirar el tejado azotado por la ventisca, se fijó en la chimenea que se alzaba hacia el cielo por encima de la claraboya. Parecía tener algo asegurado a un lado: una barra metálica. ¿Podía ser un pararrayos? «Los pararrayos están clavados en tierra —razonó—. Tienen que estarlo. Quizá...». —Metió la mano bajo la nieve y sus fríos dedos dieron con algo. Retiró la nieve y encontró un grueso cable de cobre, tendido sobre las tejas como una cuerda. Al quitar más nieve, vio que, cada pocos

palmas, había grandes abrazaderas sujetándolo al tejado. Respiró aliviado. Ahora podía seguir adelante. Lo único que tenía que hacer era trepar por el pararrayos hasta situarse por encima de la claraboya, bajar hasta ella y rezar para que estuviera abierta. ¿Y qué haría si no lo estaba? Miró abajo y sintió vértigo. Con toda probabilidad, resbalaría por el tejado, rebotaría en las almenas como una pelota y caería al suelo desde tres pisos de altura. Aquello era una auténtica locura. «Bien hecho, Tom; ¡buen plan!», se dijo negando con la cabeza. ¿Se había vuelto loco de remate? Quizá sí. Por alguna razón, desde que se había ido a vivir con tío Jos había descubierto su faceta intrépida y estaba seguro de que un día eso iba a traerle graves problemas. Pero no aquella noche. Aquella noche no iba a sucederle nada.

No podía sucederle nada.

Apretó los dientes y empezó a trepar por el resbaladizo cable de cobre. Cinco minutos después, lo había logrado y estaba inestablemente agachado en el borde de la claraboya. Pese al cortante viento nocturno, sudaba tanto que los ojos le escocían. No se atrevió a mirar abajo. Daba demasiado miedo. Parecía estar a kilómetros de altura, aferrándose al borde de un precipicio. Un resbalón en el tejado nevado y ya no lo contaría. Agarrándose bien al borde de la claraboya, corrió el pestillo y golpeó el marco de hierro con todas sus fuerzas. La oxidada bisagra chirrió y cedió un poco, luego otro poco y después dejó de hacerlo, dando la impresión de haberse trabado. Tom volvió a golpear el marco con el pie varias veces más, queriendo obligarlo a ceder.

—Por favor —susurró a la claraboya—, ábrete...

Pero el marco se negaba a moverse, como si dentro hubiera algo que se lo estuviera impidiendo. Tom tenía los dedos tan fríos que le dolían. Sabía que no iba a poder aguantar mucho más. La bajada lo mataría...

—¡Ábrete, puñetera! —chilló, y maldijo en voz alta. Desesperado, alzó ambos pies y comenzó a dar violentas patadas al vidrio. Si se cortaba, le daba igual, pero tenía que salir de aquel tejado... De repente, oyó un ruido amortiguado y cayó como una piedra.

¡Puf]

Se dio un golpe tan fuerte contra el suelo del taller que se quedó sin aire en los pulmones. Los vidrios rotos de la claraboya llovieron a todo su alrededor.

Permaneció mucho rato inmóvil, con la cara pegada al suelo. La cabeza le daba vueltas y, por un instante, se preguntó si no estaría paralizado. Abriendo un ojo, vio su mano delante de él, temblando de forma incontrolada. Solo ahora que se encontraba dentro de la casa estuvo dispuesto a admitir el riesgo que había corrido. Estaba muerto de miedo. Volvió a cerrar los ojos y respiró el aire frío y húmedo del taller, que seguía conservando un inconfundible olor a animal. Aquello había sido una locura y él había salido ileso, no sabía cómo. Puede que la próxima vez no tuviera tanta suerte.

«Puede...».

El olor a animal del taller le resultó curiosamente reconfortante, pero, poco a poco, comenzó a darse cuenta de que no tenía ningún motivo para sentirse seguro allí.

Sin August, Catcher Hall era un lugar peligroso. Una tela de araña en la que él había entrado voluntariamente.

Levantándose del sucio suelo, encendió su pequeña linterna plateada y miró a su alrededor. El taller era un caos. Habían arrancado las estanterías de las paredes, los armarios estaban destrozados en el suelo y había alambres y trapos esparcidos por doquier. La vitrina de las «Rarezas» estaba volcada en un rincón, con los despojos del patito de cuatro patas diseminados junto a ella. Casi parecía que un animal salvaje desbocado hubiera puesto aquel lugar patas arriba.

¿Y ahora qué? Tom no estaba seguro. Si don Gervase había estado buscando algo allá arriba, había sido muy descuidado, porque la destrucción era total. Por otra parte, cualquiera podía haber destrozado el taller en el último siglo. Eso no demostraba nada. Tenía que seguir indagando. Respiró hondo y fue hasta la puerta de puntillas para salir a la escalera sumida en la oscuridad. Oyó ruido de cañería a lo lejos, pero, aparte de eso, en la casa reinaba un silencio sepulcral. ¿Hacia dónde?

¿Abajo, al estudio? No, pensó rápidamente, aún no. No quería entrar todavía en el centro de la telaraña. Mejor quedarse arriba. Justo entonces oyó unos rápidos pasos en las losas del vestíbulo y, asomándose al barandal, vio fugazmente el abrigo blanco de Lotus en la puerta.

—¿Cuánto vas a tardar? —preguntó don Gervase desde el estudio.

—Una hora, a lo sumo.

—Asegúrate de no tardar más.

Lotus no respondió, pero Tom oyó un portazo y supo que había salido.

«Bien —pensó—. Una preocupación menos. Venga, concéntrate». A su izquierda estaba el largo pasillo que conducía al cuartito de madera por donde él había llegado al pasado. A su derecha, había otro pasillo que discurría por el ala este de la casa. Llevaba al dormitorio de August, pero Tom tenía únicamente un vago recuerdo de lo que había después. Solo se acordaba de que era una parte de la casa mucho más vieja que se abría rara vez o nunca. Miró rápidamente a ambos lados y optó por dirigirse al cuartito de madera. Puede que el baúl siguiera allí, puede que don Gervase y Lotus también lo hubieran encontrado. Al menos, eso explicaría algo.

Cruzando rápidamente el rellano, comenzó a recorrer el pasillo que conocía, procurando no salirse de la deshilachada alfombra para que sus pasos se oyeran lo menos posible. Cuando llegó a la puerta, giró el pequeño picaporte de ébano, pero, al abrirla, lo que vio le cogió totalmente por sorpresa: el cuartito lleno de baúles que esperaba ver se había transformado en un baño, con papel pintado en las paredes y una alfombrilla lanuda en el suelo. En el rincón, donde antes estaba el baúl, había una bañera de hierro fundido. Cerró la puerta sin hacer ruido y volvió al rellano con la cabeza a mil. Fuera cual fuese su vía para viajar a la maqueta, al pasado, definitivamente no lo hacían por allí. Tenían que haber encontrado otra forma... Al

llegar al final de la escalera, se detuvo, aguzó el oído y, una vez más, no oyó nada. El silencio significaba que don Gervase debía de seguir abajo en el estudio.

¿Y ahora qué? El otro pasillo. A lo mejor encontraba alguna pista allí. Puede que aquella vieja ala ya no estuviera cerrada. Armándose de valor, cruzó rápidamente el rellano y echó a correr por el tortuoso pasillo, pasando por delante del dormitorio de August y deteniéndose ante la puerta del fondo. Cautelosamente, probó el picaporte y la puerta cedió, abriéndose a una galería alargada y escasamente iluminada en la que Tom no había entrado nunca. Colgados a lo largo de toda una pared, había adustos retratos de miembros de la familia Catcher vestidos con armaduras y pelucas. Enfrente, bajo una serie de ventanales, había un lucio, un salmón y una trucha puestos en fila, todos pescados y disecados por August. Tom comenzó a avanzar muy despacio por aquella sala húmeda y mal ventilada, viendo el vaho de su respiración y mirando los austeros retratos uno a uno. Apenas había dado unos pasos cuando oyó un débil murmullo...

—H u mmmmmm-h u mmmmmm-hu nimmmmm.

Se quedó paralizado. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

—Grummmmm... Mummmmmm-hummmmmm.

Otra vez: parecía provenir de la pared. Alumbró el lucio con su linterna y vio que estaba moviendo los labios de forma casi imperceptible. ¿Era un efecto de la luz? Entonces oyó otro sonido, emitido por la trucha. Murmullos... como monjes recitando... De repente, supo qué era. Se trataba de los peces. ¡Estaban cantando! Sonrió para sus adentros y apagó la linterna. Así que August también debía de haber utilizado su poción allí. Despacio, fue internándose en la sala, escuchando los tristes murmullos que provenían de cada vitrina.

—Gloria haya en el último día —murmuró el lucio.

—En el día final, para ser más exactos —lo corrigió la anguila.

—Cuando suenen las trompetas y concluya la espera —añadió la trucha—. Y el canon de los peces clausure la era.

—Mandando al mar a unos, y a otros a las llamas.

—Para que en ellas ardan por siempre jamás.

—Por siempre jamás —canturrearon—, por siempre jamás, por siempre jamás, en las llamas del averno.

—Seáis pez, bestia, ave u obispo.

—Arderéis todos en las llamas del averno.

Tom contuvo una risita. ¡Así que era aquello lo que August había hecho con el librito de *Sermones para el día del Juicio!* Lo había utilizado para rellenarles la cabeza. Ojalá pudiera verlos ahora. Aquello lo habría hecho reír. Tom estaba tan absorto en la extraña canción de los peces que no oyó los pasos hasta que casi fue demasiado tarde.

¡Clip-clop! ¡Clip-clop! ¡Clip-clop!

Parecían piquetas golpeando piedra, cada vez más cerca... ¡Clip-clop! ¡Clip-clop!

Miró frenéticamente a su alrededor. ¿Dónde podía esconderse? Más adelante había una ventana con gruesas cortinas bordadas. Aquel era el lugar. Corrió hasta él y se ocultó tras la gruesa tela, pegándose a la ventana justo a tiempo para ver la alta figura de don Gervase caminando por la sala en su dirección, vestido con un largo abrigo negro. Parecía demasiado interesado en el papelito que llevaba para apreciar el bulto de la cortina, y pasó por delante de Tom sin detenerse hasta alcanzar el final del pasillo.

—Bueno, aquí está —refunfuñó con impaciencia.

Dobló el papelito, se lo metió en el bolsillo y abrió el armario que tenía delante. Agachándose, se metió dentro y volvió a cerrar la puerta.

Tom se quedó donde estaba, sin atreverse a mover un solo músculo. Seguramente, don Gervase reaparecería en cualquier momento. Esperó, aguzando la vista y el oído para captar el menor movimiento, pero no vio ni oyó nada. Poco a poco, los segundos dieron paso a los minutos, pero don Gervase seguía sin reaparecer. Quizá aquello no fuera un armario, pensó Tom, sino una puerta que comunicaba con otra parte de la casa donde él no había estado nunca; las nuevas dependencias de los criados, tal vez. Quizá fuera allí donde ahora vivían don Gervase y Lotus.

Después de esperar varios largos minutos más, ya no pudo seguir conteniendo su curiosidad. Salió de detrás de la cortina, fue sigilosamente hasta la hilera de armarios y se detuvo. Contó nueve puertas, y todas parecían idénticas. ¿Cuál era? Una de las centrales, pensó. Alargó la mano y cogió cuidadosamente el tirador. Pese al frío, le sudaba la mano. ¿Y si don Gervase salía? Entonces ¿qué? ¿Y si dormía en aquel armario o algún otro disparate parecido? Demasiado tarde: ya había abierto la puerta.

Dentro no había nada salvo cepillos de barrer y fregonas. Tragó saliva. Debía de haberse equivocado de armario. Con vacilación, probó los dos armarios contiguos, pero también parecían idénticos: nada, salvo cepillos y fregonas. Se le tenía que estar escapando algo. Don Gervase no podía haberse esfumado sin más, ¿no? Eso era imposible. Tras cerrar las puertas, volvió a mirar en el primer armario. Detrás de los cepillos y fregonas vio la oscura madera gris del fondo. Parecía maciza, sin duda. Entonces recordó que don Gervase había cerrado la puerta justo después de entrar en el armario. A lo mejor era eso, alguna clase de mecanismo con truco, donde había que cerrar la primera puerta para poder abrir la segunda. Quizá. A fin de cuentas, aquello era Catcher Hall y August era una caja de sorpresas. Esa sería otra más.

—Está bien —dijo en voz baja—. Puedo hacerlo.

Se secó el sudor de las manos, entró cuidadosamente en el armario y cerró la puerta. No sucedió nada. Estaba en la más absoluta oscuridad, el corazón palpitante. ¿Qué debía hacer ahora? Encontrar la otra puerta. Con los brazos por delante, avanzó a tientas hasta palpar la áspera madera del fondo del armario. Fue bajando lentamente los dedos hasta dar con una pequeña anilla metálica que le pareció que podía ser un tirador. La cogió con suavidad y la giró un cuarto de vuelta. La anilla se movió.

—¡Sí! —Le dio un vuelco el corazón. Tenía que ser aquello.

Sin pensárselo más, giró la anilla y empujó. Se oyó un crujido y, justo después, se abrió una portezuela de madera no más grande que él. Se parecía bastante a una vieja puerta dentro de otra puerta, como Tom había visto una vez en un castillo. Detrás había un oscuro recinto alargado que, a primera vista, le pareció un almacén. De serlo, era un almacén muy raro, porque parecía estar repleto de aperos de pesca y grandes toneles de madera. Se acercó a uno, levantó un poco la tapa y la nariz se le impregnó de un hedor a pescado rancio tan fétido que tuvo que ponerse la mano en la boca para no vomitar. Tapándose la nariz, alumbró el agua turbia con la linterna. Allí, flotando justo por debajo de la superficie, había cinco grandes esferas amarillas del tamaño de balones de fútbol. ¿Qué eran? Al principio, pensó que tal vez eran huevos gigantescos o alguna especie rara de medusa marina, pero el olor era tan repugnante que tuvo que cerrar la tapa para no vomitar. A lo mejor eran alguna clase de cebo.

Se esforzó por ignorar el olor a podrido que lo impregnaba todo y se abrió camino entre la maraña de boyas y redes hacia la gran puerta corredera del fondo. A cada paso que daba, estaba más convencido de hallarse en un almacén de pesca que se comunicaba de algún modo con Catcher Hall. ¿Cómo era eso posible? A menos que hubiera un edificio completamente nuevo en la parte de atrás... «A lo mejor no — pensó tras oír algunos graznidos de gaviotas y el débil gemido de una sirena de niebla —. A lo mejor ya ni siquiera estoy en Catcher Hall». La gran puerta corredera estaba cerrada, pero, a su izquierda, vio otra tosca puerta de madera, junto a la cual había colgada una larga hilera de fracs negros. Debía de haberlos a cientos y cogió uno para inspeccionarlo con curiosidad. Tenía dos elegantes bolsillos a cada lado y una larga hilera de lustrosos botones negros en la parte delantera. No parecía que aquellas prendas pudieran pertenecer a ningún pescador y, además, estaba seguro de haber visto fracs similares en alguna parte...

Afuera, la sirena de niebla volvió sonar. Abriendo una rendija la puerta, descubrió, para su sorpresa, que estaba en lo alto de unas desvencijadas escaleras de madera que bajaban a una estrecha callejuela nevada. Se encontraba en un almacén, cerca del mar. ¿Era aquella la maqueta de Dragonport? ¿Había regresado al pasado? Un frío viento levantó remolinos de nieve en la callejuela y fuegos artificiales estallaron en el cielo. A lo lejos oyó la música de un organillo y voces riéndose. Quizá fuera... Armándose de valor, bajó las escaleras cubiertas de nieve y se puso a andar por la callejuela en dirección al ruido. Casi había llegado al arco de la entrada cuando percibió el intenso olor a carbón de los castañeros.

—¡Mira por dónde vas, chaval!

Tom se subió a la estrecha acera justo antes de que un caballo uncido a un trineo pasara rápidamente por delante de él con un furibundo estruendo de campanas. Recobró el aliento, dobló la esquina y, allí, ante él, vio el río helado, repleto de patinadores en la feria del hielo.

Así que estaba en lo cierto. Para él, la vía para viajar al pasado era la cesta de mimbre del museo. Para don Gervase y Lotus, era un armario de Catcher Hall: dos

formas distintas de regresar a la maqueta.

El águila tenía razón: en la tierra había otros rincones y recodos donde un mundo se conectaba con otro. Pero ¿por qué en Catcher Hall? No podía ser una casualidad, ¿no? Tenían que estar relacionados de algún modo. Se quedó un momento bajo el arco, intentando descifrar el enigma, y estaba a punto de salir al puerto cuando el instinto le dictó no hacerlo. Alguien, o algo, lo estaba observando.

En la acera de enfrente vio dos hombrecillos con abrigo negro parados bajo una farola, dando patadas al suelo para evitar que se les congelaran los pies. Parecía que estuvieran esperando a alguien y, pese a estar tan arrebujados en sus abrigos, ambos tenían algo que le resultaba familiar. No obstante, antes de poder averiguar qué era, un tercer hombre con una larga capa negra cruzó la calle para unirse a ellos. Era don Gervase y, nada más verlo, los dos hombrecillos se encogieron y bajaron la cabeza mientras él los acosaba impacientemente a preguntas. Aunque Tom no oía ni una palabra de lo que decían, saltaba a la vista, por lo nerviosos que estaban los hombrecillos, que don Gervase era el jefe y ellos eran sus secuaces y habían cometido algún error. Al final, uno de ellos señaló sumisamente hacia el centro de la ciudad, después de lo cual don Gervase alzó las manos exasperado y se puso a andar a grandes zancadas, con los dos hombrecillos correteando detrás de él.

Lo primero que pensó Tom fue en seguirlos y averiguar dónde iban, pero luego se le ocurrió una idea muchísimo mejor: mientras don Gervase permaneciera en el pasado, él sabía dónde estaba. Aquella era una oportunidad ideal para registrar el estudio de Catcher Hall sin ser descubierto. Pero debía marcharse ya, antes de que Lotus regresara.

Volvió rápidamente a la callejuela, subió las escaleras de madera y se abrió camino entre los hediondos toneles hasta llegar al fondo del almacén. La portezuela se abrió con facilidad y, metiéndose rápidamente en el armario, la cerró y se puso a andar a tientas, buscando el tirador interior de la otra puerta. Por fin lo encontró y, girándolo, volvió a salir a la galería de retratos de Catcher Hall. ¡Era facilísimo! No había tenido que enterrarse bajo ningún montón de trapos, intentando encontrar una abertura. No había tenido que precipitarse al vacío, esperando caer en el lugar correcto. Volvió sobre sus pasos por los oscuros pasillos y enseguida llegó a las escaleras, donde se detuvo a escuchar por si Lotus había regresado antes que él. No oyó nada. La casa estaba tan silenciosa y quieta como él la había dejado. Debía de estar solo. Aún tenía tiempo.

Bajó sigilosamente las escaleras, cruzó el vestíbulo y entró en el estudio. Allí todo estaba bastante igual a como él lo recordaba de sus tiempos como aprendiz de August. Las paredes seguían revestidas de madera de roble y la chimenea de mármol aún estaba flanqueada por dos altas librerías repletas de antiguos volúmenes encuadernados en piel. Lo distinto era el desorden. Esparcidos por todas las superficies planas había centenares de papeles llenos de garabatos y ecuaciones y la gran alfombra persa estaba repleta de periódicos apilados. Tom se acercó al primer

montón y comenzó a leer. «Extraña desaparición de sir Henry Scatterhorn» decía el titular del *Dragonport Mercury*. fechado el 12 de mayo de 1953. Dejándolo en su sitio, Tom hojeó unos cuantos periódicos más. «Conferencia en la Sociedad Científica de Dragonport sobre los principios de disecar aves a cargo de August Catcher», «Sir Henry encuentra el guacamayo de Spix», «Mamut en grave estado de deterioro». La lista era interminable. Parecía que todos los artículos que se hubieran escrito sobre August, sir Henry o el Museo Scatterhorn habían sido recortados y recopilados en aquella habitación. Tom se quedó profundamente desconcertado. ¿Por qué habrían de molestarse en documentarse tanto si, de todas formas, estaban a punto de comprar el museo? ¿Qué podían contener los periódicos que no contuviera el propio museo? Fuera lo que fuese lo que estaban buscando, era obvio que iban a remover cielo y tierra.

Sorteando los montones de periódicos, Tom fue hasta la mesa de caballete que ocupaba el centro del estudio, donde encontró un par de pantallas de ordenador conectadas a una especie de sensor que emitía un débil zumbido. Nunca había visto nada parecido, pero estaba muy abollado y parecía haber recorrido mucho mundo. Quizá fuera un dispositivo militar de tecnología punta. Recorriendo la mesa con la mirada, reconoció objetos más familiares. Allí estaba la cucaburra (así que, después de todo, el ladrón de la claraboya sí había sido Lotus), ahora con la cabeza separada del cuerpo y partida por la mitad como una manzana. Detrás de los despojos del pájaro había fragmentos de la garza real y del anguila de August, diseccionados y dispuestos cuidadosamente en la mesa. En un extremo encontró unos montoncillos de plumas rojas que debían de haber pertenecido al colibrí zunzunito y, junto a ellos, estaba la bolita de lana que August había utilizado para rellenar la minúscula criatura. Tom se quedó mirando los despojos, rememorando el momento mágico en que el pajarillo de cabeza roja había revivido, tambaleándose en la palma de August como si estuviera ebrio. Y ahora estaba allí, presentado como un plato exótico para algún emperador romano demente. Tom comenzó a enfadarse. Si andaban tras el zafiro, ¿por qué molestarse en diseccionar un colibrí? Aquel animalillo apenas medía cinco centímetros y ellos debían de saber que el zafiro era el doble de grande. No. Era evidente que estaban buscando otra cosa. Ahora no le cabía ninguna duda. Y, por lo que parecía, aún no la habían encontrado.

Estaba a punto de regresar a la puerta cuando se fijó en un montón de periódicos dejados en un escabel junto a la chimenea. Eran de un color ligeramente distinto al resto y tenían algo peculiar: parecían estar impresos en algún tipo de plástico. Acercándose, cogió uno y palpó la extraña superficie encerada que casi parecía húmeda al tacto.

Debajo de un titular escrito en un inglés casi ininteligible, había una fotografía de lo que debía de ser un transbordador. No obstante, se parecía más a una enorme pastilla de jabón, flotando de lado en un mar embravecido. La imagen era extrañamente tridimensional, como un holograma más bien, y mientras la miraba, le

pareció que las olas se movían y, de algún modo, estuvo seguro de oír gritos de socorro. La noticia de la catástrofe estaba escrita en un inglés que no terminaba de entender, pero ni las palabras, ni la fotografía, ni tan siquiera el material en que estaban impresas eran lo más extraño de aquel periódico. Lo más extraño era la fecha. Aquel periódico no era del pasado, ni tampoco del presente. ¡Era del futuro! De novecientos setenta años más adelante, de hecho.

Se sonrió. Debía de ser una errata. ¿Cómo era posible? Agachándose, examinó los periódicos similares que había debajo: también estaban impresos en el mismo papel céreo, escritos en el mismo dialecto, en el mismo año. No podía ser una errata. ¿Cómo podían tener la misma fecha centenares de periódicos distintos? Eran demasiados. Se enderezó y se quedó mirando el verduoso montón de periódicos, totalmente desconcertado. ¿Cómo diablos habían conseguido don Gervase y Lotus hacerse con periódicos del futuro? A menos que... comenzó a ocurrírsele una idea a la que apenas osaba dar crédito... a menos que...

En ese momento, oyó un portazo.

—¿Papá? Papá, ya he vuelto.

Tom oyó los pasos de Lotus cruzando el vestíbulo.

—Papá, ¿dónde estás?

Tom tuvo el tiempo justo de esconderse bajo el escabel antes de que la puerta se abriera.

—¿Hola?

Lotus se detuvo en la puerta, llevando consigo una mochilita. Parecía extremadamente irritada.

—Por cierto, la tengo.

21 Un momento después

Tom Scatterhorn se quedó completamente inmóvil, intentando obviar la sangre que le latía en los oídos a un ritmo demencial. Desde su escondrijo, agazapado bajo el escabel, no podía ver nada salvo las botas negras de Lotus manchando de nieve la alfombra persa. ¿Qué estaba haciendo? Volvió la cabeza hacia la chimenea que tenía detrás y, alargando el cuello, alcanzó a ver el alto espejo colgado sobre la repisa, donde se reflejaba toda la habitación. Allí estaba Lotus, llevando un ajustado mono negro abrochado hasta el cuello, sacudiendo la nieve de su abrigo blanco y colgándolo cuidadosamente detrás de la puerta. Bajándose la capucha, se sacudió los largos cabellos sueltos. Luego cogió la mochilita azul y la arrojó a la mesa de caballete. Tom oyó un chillido amortiguado y la mochila se movió un poco, como si dentro hubiera algo vivo intentando salir.

—No te sulfures, bicho asqueroso —resopló Lotus—. Está a punto de llegarte la hora.

Enojada, se miró el dedo índice, donde tenía una pizca de sangre seca.

—Demonio.

Metiéndose el dedo herido en la boca, se lo chupó. Tom se estaba preguntando qué era lo que le había mordido cuando oyó unos pasos familiares bajando las escaleras y cruzando el vestíbulo. La puerta se abrió y apareció don Gervase, llevando una caja de madera llena de frascos.

—¡No se puede confiar en esos necios para que encuentren nada de nada! —bramó indignado—. Hasta una medusa habría tenido más iniciativa.

Lotus masculló algo. Luego se dejó caer malhumorada en una silla y observó a don Gervase mientras él iba dejando en la mesa los viejos frascos cubiertos de polvo.

—Creía que estos ya los habíamos mirado.

—Por desgracia, no, querida. Por muy tedioso que pueda parecerse.

Tom reconoció de inmediato aquella colección de frascos. Los había visto antes, en el alféizar de la ventana del taller de August. Don Gervase debía de haberlos robado de Catcher Hall en el pasado. Casi ninguno tenía etiqueta y la mayoría estaban vacíos. Obviamente, August había decidido que no eran tan importantes como para llevárselos cuando se marchó. Cuando terminó, don Gervase cogió la caja de madera y estaba a punto de dejarla en el suelo cuando vio algo rodando por el fondo.

—Un momento. —Con su mano huesuda, cogió un sucio frasquito azul, con el tapón aún intacto.

—Hummmmm.

Lo puso a contraluz y pegó uno de sus grandes ojos lechosos al vidrio azul. ¿Había algo dentro? Nada más ver el frasco, Tom se quedó lívido: era uno de los frascos que contenían la poción de August. ¿Por qué no se lo había llevado? No podía haber sido tan despistado como para dejarse uno de sus valiosos frascos, ¿verdad?

—Bueno, este podemos descartarlo —refunfuñó don Gervase, viendo que el

frasco estaba completamente seco y no contenía nada aparte de un residuo morado en el fondo. Gruñendo, lo arrojó descuidadamente a la papelera. Tom oyó un clinc amortiguado a sus espaldas y, alargando el cuello, vio la pequeña silueta azul intacta, volcada sobre unos viejos periódicos en el fondo de la papelera. El tapón no se veía por ninguna parte.

—Ahora, querida, a trabajar, si no te importa.

Con impaciencia, don Gervase abrió un cajón del escritorio y sacó un frasco de vidrio transparente en cuya etiqueta había una calavera y dos tibias.

—Voy a alegrarme muchísimo si esto no da resultado —dijo de malhumor Lotus, mirándose nuevamente el dedo herido.

—Venga, Lotus, un mordisquito no va a matarte —se burló don Gervase—. Si es fiero, destrózale las patas y sácale los ojos, como te he dicho una infinidad de veces.

Metiéndose la mano en el bolsillo, sacó un par de lustrosos guantes de piel y se los arrojó. Lotus se los puso sin decir palabra.

—¿Estás lista?

Lotus no respondió.

—Bien.

Inclinándose hacia delante, don Gervase desenroscó cuidadosamente el tapón del frasco de veneno con sus dedos largos y huesudos. Rápidamente, vertió tres gotas en un pañuelo e hizo una seña a Lotus con la cabeza, la cual metió una mano en la mochila. Se oyeron unos chillidos y quejidos desgarradores, pero Lotus los ignoró, rebuscando violentamente en la mochila hasta haber capturado a la aterrorizada criatura.

—Ya te tengo, amiguita —resopló, y apretando bien sacó al animalillo de la mochila.

—¡Puaj!

Don Gervase miró con repugnancia la pelota de pelo blanco y ojos rojos que se retorció frenéticamente en la mano enguantada de Lotus. Era Plancton.

A Tom nunca le había gustado aquella rata, pero, viendo la situación en que se encontraba, le dio lástima. Aterrorizada y con los ojos desorbitados, Plancton hincó los dientes en el guante de piel de Lotus en un intento desesperado de escapar. Pero ya era demasiado tarde para eso. Con un hábil gesto, don Gervase le puso el pañuelo envenenado en la cara y apretó. Plancton se debatía, sacudiendo las patas en el aire, pero sus movimientos pronto fueron más débiles. Luego, con una última convulsión, se quedó completamente inmóvil en las manos de Lotus.

—Excelente.

Sonriendo satisfecho, don Gervase volvió a tapar el frasco de veneno. Luego, encendió el ordenador y el sensor que había junto a él. La máquina se puso ruidosamente en marcha.

—Estás muerta, rata —susurró Lotus con la voz cargada de odio—. Más muerta que un pájaro dodo.

Don Gervase cogió el sensor y lo pasó lentamente por el cuerpo sin vida de Plancton. Se oyeron algunas interferencias, pero la máquina no registró nada más.

—Parece que tenías razón, querida —gruñó.

Lotus miró con repugnancia los ojos fijos y la boca retorcida de Plancton.

—¿No podemos... dejarla así?

—Sabes perfectamente que no podemos, Lotus, ¿o es que no estás aprendiendo nada? Los animales recién muertos son los mejores y hasta estos despojos pueden resultarnos útiles. —Chasqueó enérgicamente los dedos—. Algodones, si eres tan amable.

Lotus suspiró y apartó una silla de la mesa. Agachándose, cogió unos cuantos alambres y un rollo de algodón que había debajo. Arrancando un trozo de algodón, lo enrolló hábilmente alrededor de un alambre.

—Gracias —dijo él cogiéndolo—. Ahora crucemos los dedos. Número uno.

Empezando por el primer frasco de la fila, don Gervase lo destapó y metió el alambre para que el algodón se empapara del líquido transparente que tenía en el fondo. Sacándolo, lo pasó cuidadosamente por el hocico de Plancton, y cuando juzgó que ya era suficiente cogió el sensor y lo pasó despacio por su cuerpo inerte. La máquina zumbó, crepitó brevemente de un modo casi inaudible y no hizo nada más.

—¡Cáspita! —gruñó claramente frustrado.

Limpiando los restos de líquido del hocico de la rata, repitió el mismo proceso con el segundo frasco. El sensor tuvo una reacción idéntica, y también con el siguiente frasco. Don Gervase repitió el proceso con todos los frascos, enojándose por segundos.

—Espero de veras que tu deseo no se haga realidad, querida —murmuró descartando otro algodón—. El tiempo ya no está de nuestra parte.

A cada nuevo fracaso, a don Gervase se le desorbitaban más los ojos, como si estuviera hirviendo por dentro, pero Plancton seguía totalmente inerte, con una expresión fija de pavor en la cara. Lotus no abrió la boca, limitándose a anotar el tamaño y la forma del frasco y a escribir una cruz junto a los datos antes de preparar otro algodón y dárselo. Ya había visto aquello muchísimas veces y estaba más que harta. Siempre fracasaban.

Para entonces, el aire del estudio estaba impregnado de un mareante olor a sustancias químicas, pero ni don Gervase ni Lotus parecían haberse dado cuenta. Haciendo un gran esfuerzo por dominarse, don Gervase cogió el último frasco de la fila.

—Creo —dijo despacio— que si este no surte efecto se me habrá agotado definitivamente la paciencia.

Los ojos le brillaron con furia contenida mientras intentaba descifrar los fragmentos de etiqueta.

—¿Cabra?

—¿Esencia de cabra, quizá? —sugirió Lotus con sarcasmo—. Puede que August

Catcher quisiera que su cabra disecada tuviera un aspecto más cabruno, por lo que hirvió una, le añadió una ramita de romero, dos ojos de oveja cortados a rodajas, una cucharadita de cerebro de chorlito, hocico de vombat...

—Muy agudo, Lotus —la interrumpió don Gervase—. Menudo sentido del humor tienes.

Lotus se rió de su chiste mientras preparaba el último algodón y se lo pasaba. Líquido de Cabrat, pensó Tom. Contenía estircnina, ¿no? Observó mientras don Gervase extendía el veneno en el hocico de Plancton, sabiendo que si había algo que seguro que no resucitaba a la rata era eso. El sensor zumbó y luego se paró. Como era de prever, no había registrado nada en absoluto.

—¡MALDITA SEA!

Don Gervase se levantó bruscamente y arrojó el cuerpo inerte de Plancton a la papelera. La piel macilenta se le había enrojecido y tenía los ojos inyectados en sangre.

—Esto es... es... es... —Le faltaban las palabras.

—¿Una pérdida de tiempo colosal? —sugirió Lotus con expresión de hastío—. Entonces, ¿por qué no esperamos simplemente hasta que el museo sea nuestro y podamos hacerlo pedazos?

—¡Eso es! —exclamó don Gervase en español—. ¡Eso haremos, destrozarlo! ¡Pero incluso entonces es posible que no lo encontremos a tiempo! —Comenzó a pasearse de arriba abajo con rápidos pasitos—. ¿No te das cuenta, Lotus, de que apenas quedan unas horas para el Contagio? Van a reunirse millones de millones en todas partes. ¿Y qué se supone que voy a decirles? ¿Qué le digo a la Cámara? Que sí, que después de dedicar toda mi vida a buscarlo, en todos los siglos, en todos los rincones del planeta, yo, don Gervase Askary, he descubierto por fin la fuente, en Dragonport, un lugar totalmente improbable, ¡dentro precisamente del museo donde centenares de nuestros agentes ya han inspeccionado! Pero, por desgracia, no, sus ilustrísimas, no puedo aportar ni una gota, nada, ni siquiera el más mínimo átomo. Y, peor aún, debo admitir que el propio August Catcher se me ha escapado. ¡A MÍ!

Don Gervase dio una patada tan fuerte a la pared que la agujereó y comenzó a retorcer los dedos como si fueran serpientes.

—Ese tendría que ser mi gran momento —resopló—, ¡mi gran momento! Pero no, en vez de eso, estoy humillado. ¡Rodeado de necios e ineptos!

Lotus bostezó. Ya estaba acostumbrada a sus arrebatos.

—Aún puedes interrogar al niño antes de que lo matemos —sugirió con pretendida indiferencia—. Si es uno de ellos, seguro que sabrá algo.

—¡Exactamente, Lotus! ¡Lo cual podría haber hecho! ¡Hasta podría haberlo cortado en rodajitas y haber examinado cada milímetro de su cuerpo si tú no lo hubieras dejado escapar! —Don Gervase había alzado la voz y estaba a punto de perder los estribos—. ¿O es que ya lo has olvidado?

—No estaba segura...

—¡No estabas segura! Vamos a pagar un precio muy alto por ese fallo, Lotus, ¡un precio altísimo!

Don Gervase la miró con la frente aún más abombada que de costumbre. De pronto, la voz se le había teñido de amenaza.

—Alguien va a tener que responsabilizarse de esto. Habrá un ajuste de cuentas y no será agradable. ¿Debo recordarte que ahí fuera hay criaturas cuya existencia apenas podrías imaginar?

—¿Como qué? —resopló Lotus fingiendo que aquello le traía sin cuidado.

—Prototipos, híbridos, perversiones. Fenómenos. —Don Gervase abrió los ojos de forma exagerada—. Yo lo sé, Lotus. Los he visto. Conozco todas sus tretas. —Se pasó la lengua por los finos labios y entornó mucho los ojos—. Pero tú, querida mía... tú no los conoces.

Lotus miró a don Gervase, que se erigía sobre ella como un gigantesco murciélago. Por primera vez, Tom percibió un destello de miedo en sus ojos.

—¿Qué estás diciendo, papá? —le espetó—. ¿Que es culpa mía? ¿Que yo debo pagar por tu fracaso?

—Alguien debe hacerlo —razonó don Gervase—. Y deja de llamarme «papá», ¿quieres? Es una sensiblería.

Lotus lo miró con el ceño fruncido mordiéndose el labio.

—¿Y qué quieres que haga?

—Tráeme a Tom Scatterhorn —gruñó don Gervase casi en un susurro—. Ya es hora de que nos deshagamos de él para siempre.

Justo entonces, Tom oyó unos débiles arañazos tras de sí. Volviendo la cabeza para mirar la papelera, vio el cuerpo blanco de Plancton tendido sobre los periódicos.

Cric... cric... cric...

Otra vez. Tom se preguntó si no se estaría imaginando aquel ruido; apenas era audible bajo el de los troncos que crepitaban en la chimenea. Entonces, de repente, Plancton parpadeó. Tom contuvo la respiración. Luego, la rata parpadeó otra vez, y otra. Acto seguido, se incorporó y miró a Tom, que casi gritó de la sorpresa. ¡Plancton estaba viva! Pero... debía de haber sido el frasco azul. No contenía líquido, pero... ¡eso daba igual! Tenía aquel residuo morado cristalizado en la base... de algún modo, debía de seguir produciendo aquel intenso olor a jacinto y cera de suelo...

Ni Lotus ni don Gervase se habían percatado de lo que estaba sucediendo en la papelera, lo cual era una suerte, porque Plancton se había erguido sobre sus patas traseras y estaba olfateando el mareante cóctel de sustancias químicas que impregnaba el aire.

—Plancton —susurró Tom tan bajo como pudo—, ven aquí, bonita.

Se puso a hacerle señas frenéticamente mientras la rata lo miraba asomada al borde de la papelera. Al principio, parecía reconocerlo, aunque también parecía estar preguntándose qué diablos hacía agazapado bajo el escabel.

—Ven, bonita, ven...

Si pudiera convencer a aquella rata espantosa para que saliera de la papelera y fuera hasta él, podría cogerla y metérsela en el bolsillo hasta que todo hubiera terminado. Lo último que quería era que Lotus o don Gervase descubrieran que había resucitado. Pero Plancton era una rata testaruda que jamás había hecho lo que le pedían, y no tenía ninguna intención de empezar a hacerlo ahora. Arrugando el hocico con aire desafiante, saltó de la papelera y echó a correr por la alfombra.

—¡Vuelve! —suplicó Tom—. ¡Plancton!

Sin poder hacer nada, la vio meterse entre las pilas de periódicos de camino a la puerta.

«Ya está —pensó—. Ahora seguro que la ven». Pero, cuando se volvió para mirar el espejo, se dio cuenta de que había una posibilidad remota de que no lo hicieran. Lotus estaba hundida en una silla junto al fuego, escuchando a su padre, mientras don Gervase se paseaba por delante de la librería. Había recobrado la calma y estaba dándole un sermón soberanamente aburrido.

—Es del todo inconcebible, te lo aseguro, que ese crío viaje por casualidad —dijo cogiéndose la nuca con las manos y volviendo a soltársela—. Obviamente, lo ha enviado alguien, o algo, para que encuentre el elixir antes que nosotros. A su padre lo podemos descartar de inmediato. Se dirigieron a él del modo habitual, con cartas del Movimiento, halagos, zalamerías, la promesa de revelar grandes secretos, las artimañas de siempre. Y lo vigilaban. Pero ¿qué encontró? Nada, no sabe miente. Igual que todos los demás, una pandilla de aficionados.

Y esos cretinos con los que viajaba lo mismo, unos gorriones, unos bufones que confían en tener un golpe de suerte. Pero ese pájaro repugnante me desconcierta. Ya he tenido tratos con criaturas parecidas y son increíblemente irritantes. ¿Por qué lo protege? No será porque se lo haya pedido el memo de Jos Scatterhorn, ¿no? O su ridícula esposa, Snelba, Zelba, ¿cómo se llama?

Lotus no respondió. De hecho, ya no estaba escuchando ni una sola palabra. Por el rabillo del ojo había visto algo blanco abriéndose camino entre las pilas de periódicos y, muy lentamente, giró la silla para verlo de frente. Cuando llegó a la última pila de periódicos, Plancton salió súbitamente a campo abierto y corrió hasta el rincón. Estaba a punto de colarse por debajo de la puerta cuando echó un último vistazo al estudio. En ese preciso instante, sus ojillos rojos se encontraron con los de Lotus y, durante una milésima de segundo, las dos se quedaron demasiado estupefactas para reaccionar.

—Naturalmente, se ha presentado por algún motivo —dijo don Gervase a la librería—. Ese crío debe de saber que el Contagio solo sucede cada dos mil años, bueno, casi cada dos mil...

De repente, Plancton chilló despavorida y se coló por debajo de la puerta justo cuando Lotus se levantaba de un salto y corría tras ella. Volviéndose, don Gervase se sorprendió al ver que se había quedado solo.

—¿Lotus? —espetó enojado—. ¡Lotus! ¡Vuelve ahora mismo!

Se oyó un chirrido en el pasillo, seguido del ruido de una raqueta de tenis rebotando en las losas del suelo.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó don Gervase, y salió rápidamente al vestíbulo.

Al oír el alboroto del pasillo, Tom se dio cuenta de que aquella era su única oportunidad. No tenía la menor idea de quiénes eran don Gervase y Lotus ni de cómo habían influido ya en su vida. Quizá fueran del futuro, o del pasado, pero una cosa estaba clara: no se detendrían ante nada para encontrar la poción de August. Destruirían el museo, y estaban preparándose para matarlo a él. No debían tenerla. Él debía robarla para protegerse.

Saliendo de su escondrijo, se arrodilló delante de la papelera y, rebuscando frenéticamente entre los periódicos, sacó el frasquito azul y el tapón de vidrio. Llevandoselo a la nariz, reconoció el olor de inmediato. Jacinto y cera de suelo; seguía allí, tan intenso como siempre. Tapó el frasco y tuvo el tiempo justo de metérselo en el bolsillo antes de oír unos pasos furiosos acercándose.

—¡Esto es imposible! —rugió don Gervase.

Tom se escondió rápidamente detrás del sillón que había junto a la chimenea justo cuando la puerta se abrió.

—¡Completamente imposible!

Don Gervase entró en el estudio como si estuviera poseído, y dando rápidos pasitos fue hasta la papelera, donde comenzó a inspeccionar los periódicos en busca de pistas. No había ningún rastro de sustancias químicas. Los periódicos ni siquiera estaban mojados. ¿Cómo podía haber resucitado la rata?

—Me niego a creerlo —gruñó con voz pastosa—. Estaba vacío, totalmente seco.

Pero ¿dónde estaba el frasco vacío? Puso la papelera boca abajo y la sacudió con fuerza, arrojando todos los periódicos al suelo. Allí no estaba. Presa de otro arrebatado de cólera, alzó la papelera y la arrojó contra la librería.

¡CHAS!

El cristal se rompió y Tom se protegió con las manos cuando los pedazos cayeron sobre él.

—¡NI RATA, NI FRASCO, NI POCIÓN!

Don Gervase chillaba, totalmente fuera de sí. Parecía dispuesto a destrozar todo el estudio, si era necesario. Inclinandose hacia delante, clavó las uñas en la piel del escritorio, en un intento desesperado por calmarse.

—Pero ¡cómo! —balbució—. ¿Cómo, cómo, cómo?

Entonces se le ocurrió una idea y entornó sus grandes ojos lechosos. Puede que, después de todo, tuviera razón. Puede que el frasco sí estuviera vacío y esa rata sí estuviera muerta. Eso significaría que la había revivido alguna otra sustancia, contenida en el frasco... algo que él no veía... ¿qué podía ser? Se pasó la punta de la lengua por los feos dientes cariados.

—Claro —bufó de pronto, y la revelación que acababa de tener le abrió

desmesuradamente los ojos.

Estaba comenzando a verlo claro. Lo que buscaba no era un líquido. Era algo incoloro e invisible: ¡un gas! Un gas que había estado atrapado en aquel frasco azul vacío, ¡un gas tan concentrado que hasta su más mínima emanación podía resucitar una rata! Y por eso no lo encontraba, porque no lo olía. De hecho, él no tenía olfato. Por eso le había sido inaccesible durante todo aquel tiempo el secreto de August Catcher.

—Bien, bien, bien.

Se rió entre dientes. Qué necio había sido, precisamente él. Un error tan elemental. Tener olfato podría haberle ahorrado muchos problemas. Pensar en todos los lugares donde había estado, todo el caos que había ocasionado, en busca de algo tan simple como un olor... vaya, vaya. Pero ¿dónde estaba el frasco? Comenzó a pasearse por el estudio, dando patadas a los periódicos y esparciéndolos por doquier. No se podía haber perdido. Llamaba demasiado la atención... los frasquitos azules que contenían el secreto de la vida no desaparecían así como así... Se detuvo un momento y la mirada se le encendió. Alguien que conocía su valor lo había robado, alguien que estaba muy cerca. Un viajero del tiempo, un enemigo, ¡un asesino! Tom Scatterhorn, ¿quién si no?

Miró amenazadoramente a su alrededor y, sacándose una pequeña navaja de acero de la manga, la abrió con mucha destreza. Tom se encogió al ver el filo: era corto y azulado y acabado en punta, como el aguijón de un escorpión.

—Veamos, ¿dónde hay un buen escondrijo? —susurró dirigiéndose a la chimenea, haciendo girar la navaja en la mano—. ¿Aquí, quizá?

Tom se notó el corazón palpitándole en las sienes y se esforzó por no respirar. Por debajo de su sillón, vio venir directamente hacia él dos pies diminutos calzados con unas botas negras terminadas en punta.

—Será mejor que salgas —susurró melosamente don Gervase. Las botas fueron acercándose cada vez más, deteniéndose justo delante de su sillón. Tom notó un escalofrío por todo el cuerpo mientras el aire parecía enfriarse a su alrededor y casi pudo oler a don Gervase abalanzándose sobre él.

—Sal, ratoncito, sal, sal, dondequiera que estés...

Don Gervase se quedó callado y tosió. Entonces, las botas rechinaron y giraron bruscamente, volviéndose otra vez hacia la habitación.

—Sé que estás aquí —continuó—. ¿Quién si no iba a querer el frasco? Y sería una lástima que tuvieras que correr la misma suerte que... tus padres. Sería una verdadera pena, ¿no crees, Tom? —Miró de un lado a otro, pendiente del menor movimiento—. Casi imperdonable.

Tom no tenía la menor idea de si aquella amenaza era o no cierta. Le traía sin cuidado. Poniéndose rápidamente a gatas, se lanzó contra el respaldo del sillón, empujándolo con tanta fuerza que se volcó y golpeó a don Gervase por detrás, derribándolo en la alfombra. Justo después, Tom pasó velozmente por encima de su

cuerpo desmadejado y corrió hacia la puerta.

—¡Lotus! —rugió don Gervase mientras se ponía de pie—. ¡Lo tiene el crío!
¡Está huyendo!

Tom subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó al rellano, se volvió y vio a Lotus saliendo del salón con Plancton retorciéndosele en la mano. Al verlo, la sorpresa la dejó boquiabierta.

—¿Tom? ¿Dónde...?

—¡No te quedes ahí parada! —gritó don Gervase saliendo al vestíbulo, arrebatándole la rata y arrojándola al suelo—. ¡Mátalo! ¡Mata a Tom Scatterhorn!

22 Huida a través del tiempo

Tom no se atrevió a mirar atrás. Se internó en los oscuros pasillos, corriendo más aprisa de lo que jamás había creído posible, viendo cómo se emborronaba la alfombra bajo sus pies. ¿Dónde iba? Hacia atrás, al único lugar donde podía perderse entre la multitud. Casi sin aliento, irrumpió en la galería de retratos, haciendo un último esfuerzo. La hilera de armarios. ¿Cuál era? Uno de los centrales... «Pruébalos todos... Tienes tiempo». Pero no lo tenía. Los pasos de don Gervase se oían cada vez más cerca y él abrió una puerta tras otra, solo para encontrar más fregonas y cepillos. Todos parecían idénticos. Cuál era... cuál... cuál...

—¡Ajá! —bramó una voz al fondo del pasillo.

Al volverse, Tom vio que don Gervase y Lotus venían hacia él y que don Gervase llevaba en la mano su pequeña navaja de acero. Intentó no dejarse dominar por el pánico. Estaba tan asustado que quería desmayarse.

«No mires atrás, idiota».

Pero estaba paralizado delante de los armarios. ¿Cuál era?

Si se equivocaba, ya podía ir despidiéndose. Estaba hecho un mar de dudas. Abrirlos todos solo solo dificultaría más las cosas. Sería una pérdida de tiempo.

Se metió rápidamente en el armario más próximo y cerró la puerta. El corazón le palpitaba con tanta fuerza en las sienes que apenas podía pensar, pero se abrió paso entre las fregonas y cepillos hasta el fondo del armario y buscó a tientas la anilla metálica. Allí estaba. ¡Gracias a Dios! Había acertado. Venga, adelante... Aún no había terminado de abrir la puerta cuando supo instintivamente que se había equivocado.

Detrás había un recinto oscuro, pero no era el almacén que él recordaba. Debía de haber escogido el armario equivocado, porque se encontraba en el interior de una cabaña diminuta y hacía tanto calor que le costaba respirar. ¿Dónde estaba?

Boqueando, fue tambaleándose hasta la tosca puerta de madera y, al abrirla, lo envolvieron los sonidos de la selva. El intenso olor a putrefacción era insoportable. Tapándose la nariz para evitar tener arcadas, miró a su alrededor y descubrió, para su sorpresa, que se hallaba en un claro de una selva lluviosa. Sobre él se erigían gigantescos árboles con enormes raíces tortuosas y el suelo estaba sembrado de malolientes frutos amarillos, cubiertos de moho verde y morado. Aquel lugar hediondo y putrefacto tenía algo terrible, algo tan terrorífico y peligroso que, pese a estar empapado en sudor, Tom notó un escalofrío por todo su cuerpo. Allí había ocurrido algo malo, lo sabía, y cuando miró las copas de los árboles, supo de qué se trataba. A todo su alrededor había relucientes piezas metálicas y pedazos de tela entre las ramas, como si fueran basura...

En ese instante, una ruidosa bandada de loros cruzó el claro persiguiéndose, y al volverse para verlos pasar Tom vio los restos del fuselaje de un avión, directamente detrás de él. Justo encima había un asiento azul, pendiendo de las ramas como un

columpio. Forzando la vista, vio algo negro y pequeño colgando de él. Llevaba vaqueros y era posible que en otro tiempo hubiera tenido cara, pero ahora no era más que una cáscara reseca. Parecía que algo se lo hubiera estado comiendo... súbitamente, comenzó a rodarle la cabeza.

El accidente de aviación... la selva... le entraron náuseas, y cayendo de rodillas vomitó violentamente en la esponjosa tierra húmeda.

Así que era de allí de donde habían venido don Gervase y Lotus... el accidente de aviación en el corazón de la selva amazónica, al cual solo ellos dos habían sobrevivido. Era cierto. Pero no habían seguido las gotas de lluvia, sino que habían salido por aquella puerta... para entrar en Catcher Hall... La selva comenzó a dar vueltas a su alrededor mientras él boqueaba... ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Cómo conocían la existencia de aquellos lugares? ¿Y qué hacía él allí?

Sintiéndose desfallecer, se obligó a ponerse en pie y se apoyó en la pared de la pequeña cabaña. Había más asientos azules en los árboles circundantes, pero Tom ni siquiera quiso mirar las figuras sentadas en ellos. Ahora solo quería escapar de aquella hedionda pesadilla. Volvió a entrar en la oscura cabaña, cerró la puerta y, al hacerlo, vislumbró dos ojos rojos centelleando en un rincón. Oyó un furioso silbido: una serpiente. En un instante se olvidó de la pesadilla que tenía detrás, tensando todos los músculos del cuerpo.

¡Una serpiente!

Probablemente, la había despertado al irrumpir en la cabaña. Aquel era su hogar. ¿Qué tamaño tenía? Aquello era la selva lluviosa: podía ser enorme. Una pitón, una anaconda, una cobra. Escrutó la oscuridad. «Mantén la calma —se dijo—. Las serpientes no atacan a los humanos a menos que las provoquen». Y él no quería provocar nada. Solo quería regresar a aquel armario.

«Por favor, señora serpiente, déjeme entrar por esa puerta».

Respirando hondo, avanzó un paso y oyó otro feroz silbido. Se paró en seco. Puede que fuera una madre velando por su prole, puede que la cabaña fuera un nido de serpientes, que estuviera repleta de ellas. Mirando al techo, retrocedió de inmediato. Así era. Había ojos rojos mirándolo furiosamente desde todos los rincones, con unos cuerpos que se retorcían y enroscaban, aparentemente unidos como una horrenda planta trepadora con los tentáculos extendidos hacia él, listos para atacar.

—¡Dejadme salir! —vociferó a la pulsante masa de ojos y cuerpos.

No obtuvo respuesta.

—Pues muy bien —dijo con firmeza—. Matadme si queréis. ¡Me trae sin cuidado!

Agachándose, pasó corriendo por debajo de la viscosa maraña de cuerpos y, al llegar a la pared del fondo, abrió la puerta de un tirón. Entrando en el armario, la cerró rápidamente y se quedó inmóvil en la oscuridad, temblando de forma incontrolada. ¿Dónde había ido? Había viajado al infierno a través del tiempo. Había

viajado al infierno y había regresado. Cerrando los ojos, notó las lágrimas rodándole por las mejillas. No quería volver a cruzar aquella puerta nunca más mientras viviera.

Rehaciéndose, admitió que su calvario estaba lejos de concluir. ¿Dónde se habían metido don Gervase y Lotus? ¿Por qué no lo habían seguido a la selva a través de aquel armario? Debían de haber supuesto que él huiría a la maqueta y habrían tomado esa vía. ¿O seguían esperándolo, al otro lado de la puerta? Pegó la oreja a la puerta y escuchó. No oyó ningún ruido. La casa estaba completamente en silencio. Ni tan siquiera un crujido de las botas de don Gervase. Tal vez debiera arriesgarse.

Abrió una rendija la puerta del armario y escrutó la larga galería de retratos. Estaba vacía. Quizá, después de todo, se habían ido. Si podía cruzarla y llegar a las escaleras, tendría al menos una oportunidad. Debía intentarlo. No podía quedarse allí. Saliendo sigilosamente del armario, cerró la puerta y aguzó el oído.

—Me estaba empezando a preguntar cuándo volverías —dijo una voz aterciopelada.

Las gruesas cortinas bordadas se sacudieron y una sombra salió por la abertura central. Era Lotus. Se detuvo en la zona iluminada por la luna y lo miró con curiosidad.

—¿Sabes?, a oscuras es muy fácil cometer errores. Solo quería asegurarme.

Comenzó a andar sin prisas hacia él, como un gato, y Tom retrocedió instintivamente un paso. ¿Qué iba a hacer? Su mirada rezumaba frialdad y premeditación y él buscó nerviosamente el tirador del armario más próximo.

—Por si estás pensando en salir corriendo, más te vale saber que hay mucha gente esperándote al otro lado de esa puerta.

Entonces, aquel era el armario correcto. Gracias, Lotus. Tom encontró el tirador.

—No es gente agradable.

—Tampoco es que tú seas maravillosa.

—Siento que opines eso, Tom —dijo dulcemente Lotus—. Creía que éramos amigos.

—¿Quién eres y qué quieres? —le espetó Tom.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —respondió ella, acercándose todavía más—, aunque veo que has descubierto nuestro secretito. No es que me importe. No vas a seguir guardándolo durante mucho más tiempo.

Lotus entornó cruelmente los ojos y Tom no respondió. Para meterse en el armario, iba a tener que ser muy rápido, porque Lotus estaba empezando a flexionar los dedos como una gimnasta a punto de realizar una acrobacia. Fuera cual fuese la imprevisible patada de kárate que estuviera a punto de ejecutar, él iba a recibirla en los próximos segundos... tenía que ganar tiempo. Y entonces recordó lo crédula que era.

—Sí, pero no me ha extrañado nada, ¿sabes? —se apresuró a decir con la máxima naturalidad posible—. Lo cierto es que nunca me creí esa historia de que tardasteis meses en salir de la selva.

Lotus pareció ligeramente desconcertada.

—¿Oh? ¿Por qué no?

—Fue tu forma de explicarla —continuó Tom sintiéndose más envalentonado—. No parecía lógico, seguir el agua para salir de la selva lluviosa. Porque, en la selva lluviosa ecuatorial, el agua no fluye cuesta abajo. Fluye cuesta arriba. Allí, la gravedad actúa de otra forma, por el ecuador.

Lotus dejó de caminar hacia él. Estaba verdaderamente desconcertada.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Sir Henry me lo explicó. Me sorprende que no lo sepas. Tenlo en cuenta para la próxima vez. Parecerá mucho más convincente.

—Oh. —Lotus parecía muy confundida—. Pero...

Pero Tom ya no estaba. Cerró rápidamente la puerta del armario tras de sí, buscó la anilla metálica y, un momento después, había entrado ya en el frío almacén y se había escondido dentro del rollo de cuerda más próximo que pudo encontrar.

—¿Lo has visto? —chilló una voz lastimera.

—Hacia la izquierda, creo.

—No, hacia la derecha, seguro. Donde las cuerdas.

—Vale. Cúbreme mientras disparo. Cuando cuente hasta tres. Una, dos...

La puerta del armario se abrió bruscamente.

—¿Dónde está?

Lotus la cerró de golpe, indignada por que Tom hubiera vuelto a engañarla.

—¡Creía que don Gervase os había ordenado específicamente que pusierais una red en esa puerta!

—Así es, señorita, pero...

—¿Y bien?

—Hemos pensado que, teniendo escopetas, eran la mejor forma de cogerlo.

—¿Escopetas? —estalló Lotus—. ¡Escopetas! ¿Y si falláis, idiotas? ¿Tenéis idea de lo que hay en esos toneles?

Se hizo un incómodo silencio mientras Lotus se dirigía al tonel más próximo y le quitaba bruscamente la tapa. Los dos hombrecillos de negro armados con escopetas salieron de sus escondrijos y miraron el agua oscura.

—Oh, Dios mío —susurró uno, claramente aterrorizado.

El otro se quedó mudo, mirando las lisas esferas blancas que flotaban en ella.

—¿Son... son...? Imposible —farfulló—. ¡Imposible! ¡Imposible!

—Precisamente, imbéciles —les espetó Lotus indignada—. ¿Necesito decir más?

El efecto en los dos hombrecillos fue electrizante. Parecía que los hubieran clavado al suelo.

—Vamos —resopló Lotus articulando cada palabra para que ellos la entendieran—. Tiene que estar por aquí. Coged una red y atrapadlo.

—Sí, señorita.

—Claro, señorita Lotus.

Los dos hombrecillos retrocedieron y descolgaron una red de la pared. Tom no sabía de qué estaban hablando, pero, obviamente, aquellos extraños huevos blandos de los toneles eran tan valiosos que, si se mantenía cerca de ellos, sus perseguidores jamás se atreverían a dispararle. Era su única oportunidad. Tenía que aprovecharla.

«Venga, Tom».

Salió sigilosamente de su escondrijo, gateó hasta el primer tonel, lo rodeó y siguió hasta alcanzar el siguiente. Parecía que ahora hubiera en el almacén muchos más toneles que la vez anterior y el hedor a pescado putrefacto que rezumaban las paredes pegajosas era casi insoportable.

«Haz caso omiso. El olor no va a matarte. Consigue llegar a la puerta».

Contuvo la respiración y siguió adelante. Nada podía compararse con el infierno del que venía.

Un minuto después, había conseguido atravesar el almacén a gatas hasta llegar al último tonel. Para entonces, estaba sucísimo y tenía las rodillas y los codos en carne viva. No importaba. Había llegado hasta allí y ellos aún no lo habían descubierto. Enjugándose el sudor de los ojos, se asomó por un lado del tonel y miró la tosca puerta de madera que conducía a la callejuela. ¿Qué debía hacer? Si allí dentro había gente, seguro que habría más vigilando fuera. Aguzó el oído, pero solo oyó gritos de hombres y gaviotas. ¿Podía tratarse de don Gervase? Tal vez, y parecía que también había otras personas. ¿Debía arriesgarse? Pensó en sus largos dedos huesudos haciendo girar la navaja corta y azulada, y se estremeció.

No. Tenía que haber otra salida, una trampilla quizá. Todos los almacenes tenían trampillas, ¿no? Miró nerviosamente a su alrededor y, en el rincón, vio tres tablones del suelo que eran más cortos que el resto. ¿Podía ser...? Se esperó hasta oír que Lotus y los dos hombrecillos habían pasado a la siguiente hilera de toneles, fue hasta los tablones arrastrándose por el suelo y descubrió que tenía razón. Era una trampilla. En un lado tenía dos largas bisagras oxidadas. Corrió el pestillo haciendo el menor ruido posible, tiró de la pesada anilla de hierro y vio que la trampilla se levantaba un poco, pero pesaba demasiado para que él pudiera abrirla tumbado en el suelo. El único modo de hacerlo era poniéndose de pie y, en cuanto lo hiciera, seguro que lo veían. Miró la anilla de hierro, con el corazón palpitándole. ¿Qué alternativa tenía? Ninguna. De todas formas, iban a encontrarlo antes o después.

«La fortuna sonrío a los valientes».

Se levantó de un salto, se agachó y tiró con todas sus fuerzas de la pesada trampilla. Las bisagras protestaron. Luego cedieron rechinando ruidosamente y sus perseguidores lo descubrieron.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ahí, junto a la puerta!

No se atrevió a volverse. Se agachó rápidamente, se aferró al borde de la trampilla con las yemas de los dedos y estudió el montón de redes de pesca que había debajo. ¿A cuánta distancia estaban? Cuatro metros, cinco incluso, pero los pasos se oían cada vez más cerca y no había otra salida. Se soltó y, en un instante, las oscuras

redes verdes vinieron a su encuentro y lo engulleron. Luego hubo un silencio.

—No se preocupe, señorita. No iré muy lejos —gritó una voz desde muy arriba.

Al abrir los ojos, Tom vio dos caras delgadas asomadas a la trampilla, que lo miraban con gran odio. Eran Shadrack y Skink. Shadrack se rió horriblemente y se llevó una mano a su nervudo cuello.

—Adiós, Tom Scatterhorn —espetó, y desapareció.

Tom se notó el corazón palpitándole en las sienes. Debía escapar, pero ¿cómo?, ¿adonde?

«Piensa, Tom. Piensa, deprisa».

Librándose de las redes, miró hacia la puerta abierta, donde un grupo de fornidos estibadores con impermeables negros estaban descargando toneles de un trineo. Uno a uno, los bajaban rodando por una plancha y los subían al almacén. ¿Podía confiar en ellos, explicarles que estaban a punto de matarlo y confiar en que lo protegieran? Escrutó sus caras sudorosas brillando a la luz de los faroles... No, su sexto sentido le dictó que no eran de fiar. Además, aquellos toneles parecían idénticos a los que había arriba. Pero ¿y si...?

No tuvo tiempo de seguir aquel hilo de pensamiento. De pronto, alguien lo cogió violentamente por detrás y lo arrastró hasta la parte posterior de un cajón de embalaje. Tom se revolvió con todas sus fuerzas, dando patadas a las espinillas que tenía detrás y, desesperado, mordió la mano que le tapaba la boca. Oyó un gruñido, la mano lo soltó de inmediato y él se dio rápidamente la vuelta, dispuesto a todo.

Su atacante no era un estibador. Ni tampoco era Shadrack, ni Skink, ni tan siquiera Lotus Askary. Era un muchacho de aspecto famélico no mucho más alto que él, vestido con harapientas ropas sujetas con una cuerda y un gorro de lana. Lo reconoció al instante. Era Abel.

—¿Tenías que hacer eso? —le susurró ferozmente el muchacho. Se metió la mano mordida entre las piernas y se la restregó con fuerza.

—Lo siento... Creía...

—Chist —siseó Abel llevándose un dedo a los labios—. Esto es peligroso.

Mirando nerviosamente hacia la puerta, Tom vio que Shadrack y Skink aparecían en la callejuela y se ponían a discutir con los estibadores. Uno de ellos señaló un gancho de barco colgado cerca de Tom y Abel.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró Tom.

—Robando, como tú —respondió Abel en voz baja, frotándose aún la mano dolorida.

Al alzar la vista, vio a un grupo de estibadores dirigiéndose hacia el montón de redes. Uno llevaba un hacha.

—Parece que te tienen en el punto de mira. Sígueme, deprisa.

Acto seguido, se agachó y corrió entre la maraña de toneles y cajones hacia el otro extremo del almacén.

—Los ratones más listos siempre tienen sus vías de escape —dijo sonriendo

cuando llegaron al rincón, y tras separar una madera suelta salió a la calle nevada. Tom lo siguió, y pronto estuvieron corriendo por un laberinto de estrechas callejuelas y pasarelas de madera que parecían comunicar todos los almacenes entre sí.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tom casi sin aliento cuando llegaron a un puentecito de madera. Abel miró cautelosamente abajo antes de cruzarlo y pegarse a la pared del siguiente edificio.

—Enseguida lo verás. Venga.

Tom lo siguió y, juntos, resiguieron sigilosamente un muro de ladrillo hasta llegar a una diminuta cabaña, apenas más grande que una caseta de perro, situada al borde del hielo. Abel miró rápidamente a derecha e izquierda. Luego indicó a Tom que entrara.

—Aquí estamos seguros —susurró.

Tom seguía sin comprender el porqué de tanto secretismo, pero obedeció. Dentro de la cabaña, había un par de cajas de madera y una áspera manta de lana enrollada en el suelo. Nada más. Abel miró cautelosamente por la ventana antes de cerrar la puerta.

—Así que ahora eres una rata de almacén como yo, Tom Scatterhorn. No lo habría dicho nunca.

—No soy un ladrón exactamente —respondió Tom, recordando el frasquito azul que aún llevaba en el bolsillo—. Soy...

—Entonces, ¿qué diablos hacías en el almacén de los Askary? —Abel escupió ferozmente al suelo. Sí, ¿qué hacía? Era más fácil mentir.

—Está bien, sí que lo soy.

—Pues yo que tú iría con cuidado. Esos hombres no son mejores que perros. Te matarán si te pillan.

—Lo sé —dijo gravemente Tom. Eso era cierto, sin ninguna duda—. ¿Qué hacías tú ahí?

—Buscando material para venderlo —respondió Abel con aire beligerante—. ¿Qué otra cosa puedo hacer ahora que estoy solo?

Tom miró a su alrededor. Así que aquella minúscula cabaña era su hogar. No tenía nada salvo una manta.

—¿Qué hay de tu madre?

Con el rostro ensombrecido, Abel se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Mamá no está —dijo con amargura—. Se la llevaron al nuevo manicomio con todos los demás. Para que ese montón de médicos la estudie, seguro. —Se dio otro puñetazo en la mano—. Ya no ha vuelto.

Tom no lo entendía.

—¿Médicos? ¿Qué médicos?

—¿No los has visto? Están por todo Dragonport. Lo han invadido. Askary los ha traído para un congreso o algo parecido, ahí, en el manicomio. —Abel escupió en la dirección de Catcher Hall—. Siguen llegando a espuestas. Mira. —Señaló el río con

la cabeza.

Tom se puso a su lado y miró el río por la mugrienta ventanita. En el hielo, una oscura masa de patinadores se movía en armonía alrededor del castillo de hielo. Había niños con trineos, vendedores de mazapán y parejas cogidas del brazo, pero, al fijarse mejor, vio que Abel tenía razón: prácticamente uno de cada dos patinadores era un hombrecillo de cara delgada con un sombrero de ala ancha y un largo abrigo negro, como Skink y Shadrack. Miró el puerto y vio más médicos, paseándose por los puestos en parejas, parados delante de los escaparates y pululando por las calles que daban al muelle. Dondequiera que mirara, había más. Debía de haber decenas de miles.

Se apartó de la ventana. Estaba profundamente desconcertado. ¿Era aquello de lo que hablaba don Gervase, el Contagio, o algo parecido? ¿Formaba todo aquello parte de un gran plan? Quizá sí... El miedo le hizo un nudo en el estómago cuando empezó a caer en la cuenta de que, de algún modo, él también debía de formar parte de aquel gran plan. Y ahora que don Gervase sabía que tenía el frasco, seguro que estaba en su punto de mira. Inconscientemente, se llevó la mano al bolsillo. El frasquito seguía allí. En aquel momento, era la única cosa que podía mantenerlo con vida. Tragó saliva.

—Abel, tienes que ayudarme a escapar.

—¿Ah sí? —dijo Abel con sarcasmo—. Claro, ¿dónde te apetece ir? Australia, Africa, América, elige. Como puedes ver, soy un ricachón.

—Por favor —le suplicó Tom con la voz cargada de desesperación—. Lo digo en serio. Si no escapo, me matarán.

Abel entornó los ojos. Escrutándole el rostro, vio que su miedo era real. Después escupió groseramente al suelo.

—¿Escapar? ¿Cómo?

Tom intentó pensar... ¿cómo podía escapar de aquella gran multitud? Mirando la otra orilla del río, vio una oscura hilera de árboles a menos de dos kilómetros de allí, entre los cuales brillaba un parpadeo de luces.

—¿Qué son esas luces de ahí?

—La casa del piloto fluvial —resopló Abel—. Burdo Yarker.

Burdo Yarker... el nombre le resultó familiar. Se le encendió una lucecita.

—¿Tenía una trompetilla? —preguntó intentando recordar al hombre anciano del abrigo de terciopelo azul que había asistido a la inauguración del museo.

—Ese mismo. Sordo como una tapia.

—¿No cogía huevos de las copas de los árboles y se los metía en la boca?

Abel lo miró con curiosidad.

—Bueno, no me extrañaría nada. Desde luego, está lo bastante chiflado como para hacerlo. Un buen amigo de August Catcher, si no recuerdo mal.

Tom se animó. Burdo Yarker, un amigo de August. Seguro que le ayudaba.

—¿Crees que el hielo está suficientemente firme para cruzar por ahí?

—Puede —respondió Abel encogiéndose de hombros.

—¿Tienes patines?

—Tal vez.

—¿Podrías prestármelos?

Abel miró la oscura masa de hombres que atestaba el río helado. Sus ojos se tiñeron momentáneamente de resignación.

—Por favor, Abel.

—Son de Noah —murmuró—. Son lo único que me queda de él. Pero tú le caías bien, Tom, así que no veo por qué no.

Volviéndose, metió la mano detrás de las cajas que le servían de camastro y sacó de ella una bolsita de arpillera. Dentro había un par de patines recién estrenados, limpios y en perfecto estado.

—Se los compró con el soberano que nos dio August, ¿te acuerdas?

—Sí.

Abel acarició cariñosamente la piel roja y limpió las relucientes cuchillas de acero con el puño de la camisa.

—Corría como una flecha con ellos, ¿verdad?

—Sí.

Los dos se quedaron mirando los patines en silencio, cada uno absorto en sus recuerdos de Noah.

—Bueno, tú tienes más o menos su misma estatura —dijo por fin Abel, y se los puso bruscamente en las manos.

—Será mejor que te los pongas y te vayas. No van a tardar en encontrar este sitio.

Escupió violentamente al suelo, volvió a la ventana y se puso a vigilar. Tom vio que tenía lágrimas en los ojos.

Cinco minutos después, habían salido de la cabaña y estaban junto a un pequeño embarcadero que había río arriba. Tom llevaba puestos los patines de Noah, lo más apretados posible, y los zapatos metidos en los bolsillos del forro polar. Abel miró los patines con admiración.

—¿Cómo te los notas?

—Bien.

—Me alegro. ¿Y cómo te notas tú?

Tom sonrió valientemente, esforzándose por ocultar su nerviosismo. Ante él, el hielo estaba atestado de médicos que patinaban tranquilamente en círculo alrededor del castillo de hielo. ¿Y si lo reconocían? ¿Qué sucedería entonces? Estremeciéndose, se caló el gorro de lana hasta las orejas para protegerse del viento y respiró hondo.

—Yo que tú patinaría entre ellos hasta llegar a los puestos y luego iría en línea recta —susurró Abel señalando las lucecillas que parpadeaban en la otra orilla—. Por ahí es por donde el hielo está más firme. Y, hagas lo que hagas, no mires a ninguno a los ojos. Están todos compinchados.

Tom gruñó, y en ese momento oyeron tras de sí un crujido de madera partiéndose.

Al volverse, vieron que un estibador enorme con un impermeable negro estaba destrozando a hachazos la puerta de la miserable caseta de perro de Abel. Cuando hubo terminado, el médico de cara huesuda que había junto a él entró resueltamente en la cabaña.

—¿Ves a qué me refería? —dijo Abel arrepentido—. Ahora nos persiguen a los dos. Y, en cuanto empiezan, ya no paran. Nunca. Será mejor que también me vaya yo. Mirándolo, se despidió de él con un leve gesto de la cabeza.

—Adiós, socio. Buena suerte.

—Adiós.

Tom lo miró mientras su escuálida silueta corría hacia el oscuro laberinto de edificios.

—Y gracias.

Abel se volvió para hacerle un rápido gesto levantando el pulgar. Luego, mirando a derecha e izquierda, se metió entre dos almacenes y desapareció. «Muy bien —pensó Tom—. En línea recta».

Empezando a un ritmo lento, descubrió que las largas cuchillas de los patines de Noah se deslizaban muy bien por el hielo y no tardó en alcanzar una velocidad considerable. En un santiamén se había mezclado con la parlanchina multitud de médicos y, sin despegar los ojos del suelo, se puso a patinar más despacio para escuchar la algarabía de conversaciones que lo rodeaban.

—Dicen que lo ha encontrado.

—Sí, eso es lo que he oído.

—Entonces, seguro que se hace público...

—Desde Mongolia hasta Canadá...

—En todas partes, en todos los continentes...

—Esta vez seguro que lo eligen...

—Lo cual señalará los albores...

—De un nuevo orden mundial...

Y así siguieron, centenares de voces idénticas terminándose las frases unas a otras y hablándose al mismo tiempo. ¿Era de don Gervase de quién hablaban? ¿Y se referían a la poción de August? Tom no lo sabía, pero en ese momento le daba igual. El frasquito azul seguía en su bolsillo y eso era lo único que importaba. Solo tenía que llevarlo hasta la otra orilla para ponerlo a buen recaudo.

Apartándose del gentío, dejó atrás el último puesto y se adentró en la helada superficie del río iluminado por la luna. Se animó y comenzó a dar zancadas cada vez más largas hasta que el reluciente hielo empezó a desdibujarse bajo sus pies. Por delante de él, las parpadeantes luces de la cabaña estaban cada vez más cerca.

«Ve en línea recta. Es por donde el hielo está más firme».

Las piernas le quemaban, y, aspirando una bocanada de frío aire nocturno, miró a su izquierda, donde vislumbró las fantasmales barreras de mimbre colocadas alrededor del agujero que se había tragado a Noah. Ya estaba a medio camino.

«No pares. Sigue en línea recta».

Echando el cuerpo hacia delante, alargó aún más la zancada y sus patines comenzaron a silbar. Tris... tras... tris... tras... Aquello era genial, iba a conseguirlo. Solo tenía que mantener aquel ritmo. Cuando hubo dado otras diez zancadas, volvió a alzar la vista, pero esta vez algo había cambiado: las luces de la cabaña habían desaparecido, sustituidas ahora por una oscura niebla azul que parecía estar avanzando por el hielo hacia él. «Niebla del mar», pensó.

Pero, un momento... por encima de la niebla, los árboles de la otra orilla también parecían estar moviéndose, como cornamentas recortadas contra el cielo. ¿Qué estaba sucediendo? Frenó en seco. Recobrando el aliento, miró la oscura nube de niebla azul que se arremolinaba por delante de él. Algo iba mal... casi parecía que la orilla del río hubiera comenzado a moverse.

Y entonces lo oyó. El repiqueteo. Cascos repiqueteando en el hielo como truenos. Y parecían estar cada vez más cerca. Se le heló la sangre. Algo venía hacia él, rápidamente, y el hielo estaba comenzando a vibrar a su alrededor, a retumbar y sacudirse como en un terremoto. Segundos después, un trineo emergió de la niebla azul, tirado por dos caballos negros con la mirada enloquecida. De pie en el trineo, restallando un látigo inmenso, estaba la inconfundible figura de don Gervase, con su enorme cabeza ahuevada reluciendo como el acero a la luz de la luna. Junto a él iba Lotus, con los largos cabellos negros ondeando al viento y una especie de ballesta bajo el brazo. Venían directos hacia él y los dos parecían completamente locos.

23 Un frasco azul

Así que aquel iba a ser el final.

Sin pensarlo, Tom se dio la vuelta y las distantes luces de los puestos de feria comenzaron a bailar ante sus ojos. Estaban lejísimos. De algún modo, se obligó a ponerse de nuevo en movimiento, pero había perdido el impulso y se notaba las piernas torpes y frías, como si hubiera estado corriendo una carrera y la línea de meta se hubiera esfumado justo cuando estaba a punto de cruzarla. Siguió patinando mecánicamente, como un robot, sabiendo en su fuero interno que aquella no era una carrera que pudiera ganar. Aquel trineo espeluznante se estaba acercando rapidísimamente. No había forma de evitarlo. Don Gervase había estado en lo cierto desde el principio. Tom se había implicado en algo que era mucho más grande de lo que él jamás habría imaginado. Lágrimas de frustración le empañaron la vista mientras el atronador ruido de cascos se acercaba. Él no había pedido formar parte de nada de aquello, pero, si querían matarlo, adelante. Ya estaba hartado. Todo había terminado y ahora solo quería hacerse un ovillo y llorar. Pero, de algún modo, la llama del enfado siguió ardiendo débilmente en su fuero interno, negándose a dejarle arrojar la toalla...

¡Zum!

Algo plateado le pasó silbando junto a la oreja y él se apartó instintivamente hacia la izquierda.

¿Qué había sido eso...?

Luego, un segundo objeto le pasó silbando junto al otro hombro y se estampó ruidosamente contra el hielo. ¡Las flechas de Lotus! La próxima seguro que daría en el blanco. Instintivamente, se encorvó y entornó los ojos... debía de estar a punto de lanzársela. Aquel era el final. El cuello le quemó, antes incluso de que le tocara la flecha... «¡Venga, dispárala! Dispara la flecha, estúpida...».

Entonces, de pronto notó una fuerte corriente de aire por encima de él.

—¡Tom! —gritó una voz conocida.

Alzando la vista, vislumbró la inmensa sombra del águila volando por delante de él en la oscuridad.

—¡Coge la cuerda, socio! ¡Yo no voy a bajar más!

¿La cuerda? ¿Qué cuerda? ¡Esa! ¡Rebotando en el hielo justo por delante de él había una gruesa cuerda de cáñamo! El otro extremo estaba atado al cuello del águila. De pronto vislumbró un diminuto rayo de esperanza. Tenía una oportunidad.

—¡Deprisa! —gritó el águila—. ¡No tenemos todo el día!

Ignorando el estruendo de cascos que le pisaba los talones, corrió tras la cuerda colgante con todas las fuerzas que le quedaban. Tris tras... tris... tras... tras... tras... un poco más... más... ya casi estaba...

—¡Venga! —gritó el pájaro mirando nerviosamente el trineo.

Tres zancadas más, dos más...

—¡Venga, Tom!

Los pulmones estaban a punto de reventarle, pero ya casi la había alcanzado. Casi... Oyó los arneses tintineando, los feroces caballos resoplando... notó el hielo vibrando... una zancada más... solo una. De repente, se lanzó sobre la cuerda y la agarró con ambas manos. Le pareció que tenía el trineo casi encima, pero, justo entonces, notó un tremendo tirón que lo impulsó hacia delante. Se tambaleó peligrosamente, pero, de algún modo, consiguió mantener el equilibrio mientras surcaba el hielo a toda velocidad. Otra flecha le pasó silbando junto al hombro, pero la ignoró, y echando el cuerpo hacia atrás como un esquiador acuático detrás de una lancha motora comenzó a ganar cada vez más velocidad hasta que el ruido del viento lo dejó casi sordo y los patines comenzaron a silbarle.

«¡Sujétate, Tom, por lo que más quieras! ¡Sujétate!».

—Tom —gritó el gran pájaro—. ¿Listo para volar?

Se agarró con más fuerza, obviando el dolor de los dedos, y apenas había tenido tiempo de responder cuando notó que el pájaro comenzaba a cobrar altura... pero, en ese momento, un dardo plateado le pasó silbando junto a la cabeza y segó la cuerda, que quedó sujeta solo por tres hebras...

—¡No! —gritó con desesperación, mirando horrorizado las tres finas hebras que se retorcían fuera de su alcance—. ¡Le ha dado! ¡La cuerda! ¡Le ha dado!

El pájaro miró la cuerda casi partida y maldijo en voz alta.

—¡Muy bien! —gritó—. Haz... lo que puedas, socio.

La gran águila perdió altura y comenzó a acelerar. La velocidad era ahora realmente aterradora. Tom nunca había corrido tanto en su vida. Las cuchillas de sus patines dejaron una estela de cristales de hielo mientras cruzaba como un rayo el río iluminado por la luna. Milagrosamente, las tres hebras de cuerda estaban resistiendo...

«Por favor, no te rompas ahora... no te rompas...».

Volvió la cabeza y vio que don Gervase hacía una mueca y fustigaba a los caballos en los flancos, instándolos a correr todavía más, pero Tom se estaba distanciando.

—¡Ten cuidado! —le gritó el águila, y justo después notó un fuerte tirón hacia la derecha y vio que estaba entre los puestos de la feria del hielo. ¡Oh, no! ¡Aquello era una locura! Delgaduchos hombrecillos aterrorizados pasaron como un rayo por delante de él mientras zigzagueaba entre los puestos, casi incapaz de mantener el equilibrio.

—¡Detengan a ese niño ahora mismo! —rugió don Gervase.

Se oyeron gritos de pánico cuando el trineo irrumpió en la feria detrás de Tom, dispersando a las parejas de patinadores, los tenderos y los médicos en todas las direcciones.

—¡Matadlo! —gritó Lotus.

Pero nadie se atrevía a interponerse en el camino de Tom por temor a ser barrido

por el veloz trineo. Súbitamente, el castillo de hielo se erigió en la oscuridad.

—¡Ve a la izquierda! —gritó el gran pájaro—. ¡A la izquierda!

Tom reaccionó demasiado tarde y, derrapando violentamente hacia la derecha, chocó con un hombre alto que llevaba un gran perro lobo gris atado a una correa. La cuerda se le resbaló de las manos y cayó al hielo de espaldas, deslizándose por él sin poder frenarse. En un intento desesperado de coger la cuerda que aún pendía por delante de él, agarró, en cambio, la correa del perro.

—¡Ahí está! —gritó un médico, viéndolo resbalar por el hielo fuera de control—. ¡Parad a ese niño ahora mismo!

—¡Y luego matadlo!

—¡Sí, eso es lo que han dicho!

—¡Paradlo y matadlo!

—¡Paradlo y matadlo! ¡Paradlo y matadlo!

Tom se quedó tendido impotentemente en el hielo mientras la oscura masa de hombres corría hacia él y empezaba a rodearlo.

—No... por favor... por favor —susurró—, no.

Dos frías manos lo habían cogido por los patines cuando oyó un fuerte aleteo por encima de él.

—La correa, Tom, no la sueltes, ¡hagas lo que hagas!

Acto seguido, los hombros casi se le dislocaron cuando el perro lobo echó a correr, sacándole los pies de los patines y arrastrándolo entre la multitud. Tom notó cómo algunas delgadas manos blancas intentaban agarrarlo mientras surcaba el caos de patines, manos y caras que el fuerte perro gris iba derribando a su paso. Don Gervase no se lo podía creer. Estaba lívido.

—¡Apartaos de mi camino! —rugió, y rodeando rápidamente el castillo de hielo, fustigó a los caballos y fue tras él. Tom alzó la vista y allí, entre los puestos que pasaban vertiginosamente por delante de sus ojos, estaba el águila, acercándose. Bajó hasta hallarse a unos pocos palmos del hielo y susurró algo al perro lobo en una lengua antigua que Tom no comprendió.

—¡No vuelvas a Catcher Hall! —le gritó mientras se encumbraba—. ¡Escóndete en el museo! ¡El te llevará hasta allí!

Fuera lo que fuese lo que había dicho el águila, solo instó al perro lobo a correr incluso más aprisa, y ya se estaban acercando rápidamente al viejo puente que había justo debajo del Museo Scatterhorn. Dentro de poco, el hielo se terminaría y Tom se vería obligado a soltar la correa, pero la tenía tan ceñida a la muñeca que le resultaba imposible librarse. Escondarse en el museo, el último refugio. Ojalá pudiera hacerlo.

Casi habían llegado al viejo puente cuando un silbido cortó el aire a poca distancia de su cabeza. Acto seguido, estaba resbalando por el hielo sin control, pasando junto al perro lobo, que yacía desplomado con una flecha de acero temblándole en el cuello.

—¡Ya lo tenemos! —gritó una voz aguda.

Se volvió y vio a Lotus gesticulando como una loca junto a don Gervase que tiraba bruscamente de las riendas para que los enfurecidos caballos se detuvieran.

La siguiente flecha sería la última que Lotus dispararía. Tensando la cuerda, colocó una delicada flecha de acero en el surco de la ballesta, se la apoyó en el hombro y apuntó a Tom mientras él subía desesperadamente a gatas la cuesta que conducía al puente.

—¿Disparo?

Lotus tenía los labios separados y las mejillas arboladas de la excitación. Esta vez no iba a fallar.

-¿Sí?

—¡Espera! —le ordenó don Gervase. Entornó los ojos mientras Tom subía las escaleras del museo tambaleándose.

—¡Pero se escapará!

Tom se lanzó frenéticamente contra la puerta, intentando abrirla. Don Gervase lo vio forcejear y esbozó una sonrisa.

—Oh, no, no lo hará —masculló, y se rió cruelmente—. Al contrario...

Lotus ya no lo estaba escuchando.

—Demasiado tarde, Tom. —Se dispuso a disparar la flecha—. Adiós.

—¡He dicho que NO!

De un manotazo, don Gervase le arrancó la ballesta del hombro, que cayó inofensivamente al hielo. Lotus lo miró con incredulidad, fulminándolo con sus enormes ojos.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó irritada—. ¿Por qué, por qué, por qué? ¡Es injusto! ¡Nunca me dejas matar a ninguno!

—¡Cálmate, jovencita! —resopló don Gervase bajándose del trineo.

—Has dicho...

—He cambiado de opinión —la interrumpió don Gervase mirando a Tom justo cuando él conseguía abrir la puerta del museo lo bastante como para poder entrar—. Ese niño es increíblemente astuto, así que debo asegurarme del todo.

Y ahí dentro, donde ese ridículo pájaro no puede ayudarlo, me aseguraré, créeme.

Lotus lo miró malhumorada, pero don Gervase la ignoró.

—Tendrás otra oportunidad, te lo garantizo. Límitate a hacerlo todo como te he dicho y nos encontraremos en el otro lado. En breve.

Lotus seguía demasiado enfadada para hablar. Se frotó el hombro magullado y miró indignada los lomos de los caballos.

—Lo tomaré como un sí. Bien, gracias, Lotus. Ahora, deja que yo me ocupe de ese miserable.

Y girando sobre sus talones, comenzó a subir la cuesta.

Dentro del museo hacía tanto frío y estaba tan oscuro como Tom recordaba. Aunque había regresado al pasado y los animales casi eran nuevos, el aire estaba impregnado de un olor a viejos trapos húmedos. ¿Qué debía hacer ahora? Estaba tan

cansado que apenas se tenía en pie. Cuando se dirigió tambaleándose a la sala principal, vio puntitos negros danzando delante de sus ojos. ¿Dónde podía esconderse?

Rascándose la cabeza con desesperación, se detuvo delante de la peluda mole marrón del mamut. Ese era el lugar, allí arriba, en su lomo. Ojalá pudiera subirse...

—¿Necesitas algo? —preguntó una voz cavernosa que parecía provenir de muy lejos pero que, de hecho, estaba muy cerca. Tom se sobresaltó. Luego recordó que no había motivo para hacerlo. Tenía la garganta tan seca que apenas podía hablar.

—¿Me subes? —graznó—. ¿Por favor?

El mamut le sonrió con sus ojillos redondos.

—Pues claro, amigo —bramó—. Quien no se arriesga, no cruza la mar.

Lo cogió ágilmente por la cintura con su peluda trompa y lo levantó del suelo, dejándolo con suavidad en la tupida alfombra de pelo. Y, en ese momento, la puerta se abrió bruscamente.

—Bien, bien, bien.

Don Gervase entró en la sala arañando las losas del suelo con los tacones de sus botas.

—¿Qué mejor sitio para esconderse que el Museo Scatterhorn?

Al llegar al centro de la sala, giró como un bailarín, mirando de una vitrina a otra.

—Querría tener una charla contigo, Tom Scatterhorn, dondequiera que estés. — Su vozarrón retumbó en el silencio— ¡AHORA!

No obtuvo respuesta.

—Bien —dijo quitándose los guantes de piel, dedo a dedo—. Seguro que estás oyendo todo lo que digo. Ya estoy harto de jugar al ratón y al gato y no voy a seguir malgastando el tiempo en intentar hacerte salir.

Doblando pulcramente los guantes y metiéndoselos en el bolsillo, comenzó a pasearse por la sala con pasos cortos y mecánicos.

—Como puede que ya sepas —dijo—, mañana, en tu época, claro está, tomo oficialmente posesión del Museo Scatterhorn. Cuando eso ocurra, todo lo que hay en este museo me pertenecerá y yo podré hacer con ello lo que quiera. Y lo que quiero es muy simple. Tras la milagrosa recuperación de esa rata, sé exactamente lo que es y, después de tu aventurita en mi estudio, es evidente que también lo sabes tú. Lo cual, por cierto —añadió—, aún no te he perdonado. —Miró a su alrededor echando fuego por los ojos—. Pero se me puede persuadir.

Viendo que seguía sin haber ninguna señal de movimiento, don Gervase dejó de pasearse y se sacó un puro largo y fino del bolsillo del chaleco.

—Así que se me plantea un dilema —dijo mirando el pájaro dodo—. Puedo ceñirme a mi plan original y destrozando todos los animales de este sitio, uno a uno, hasta terminar encontrando lo que busco... —Se detuvo para encender una cerilla en la columna y chupó con fuerza hasta que el extremo del puro se puso al rojo vivo—, o puedo no hacerlo, según vea. Pero puedes estar seguro de que, sea cual sea la vida

que estos animales tienen ahora, habrá cesado por completo cuando termine con ellos.

Sostuvo la cerilla encendida entre los dedos, viendo cómo ardía.

-Qué cosa tan curiosa es el fuego —murmuró pasando varias veces su larga mano huesuda por la llama—, tan útil para unos y tan destructivo para otros.

Sopló para apagar la cerilla y cogió al pájaro dodo por el cuello.

—¡Aaaaaah!

El pájaro dodo dio un grito desgarrador y comenzó a debatirse frenéticamente para soltarse, pero, cuanto más forcejeaba, más se cerraban los largos dedos huesudos de don Gervase en torno a su cuello. Inexorablemente, el puro encendido comenzó a hacerle un agujero en la nuca.

—¡Por favor! —chilló el pájaro—. No, por favor, no, ¡no! ¡NO!

Tom no pudo soportarlo más. Se levantó de un salto en el lomo del mamut, miró abajo y vio a don Gervase agarrando al desesperado pájaro dodo por el cuello.

—¡NO! —gritó indignado—. ¡BASTA!

—Así que estás ahí —dijo desdeñosamente don Gervase—. Me preguntaba cuándo darías la cara.

El pájaro dodo se estaba retorciendo de dolor mientras un humo blanco comenzaba a salirle de la nuca.

—¡Deje de hacer eso!

—Pero ¿por qué? —dijo fríamente don Gervase sin soltar al atemorizado pájaro—. ¿Por qué posponer lo inevitable? Ya les queda poco a todos.

El pájaro dodo se puso a chillar incluso más alto y Tom notó que le hervía la sangre.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Suéltelo y bajaré!

—Como quieras —dijo don Gervase sonriendo. Soltó al pájaro de inmediato y le dio una manotada en la cabeza. El ave se desplomó en el suelo y comenzó a sollozar violentamente.

—Oh, cállate, bicho asqueroso —gruñó don Gervase dándole una cruel patada. El pájaro dodo gimió y continuó lloriqueando, restregándose las plumas chamuscadas contra el suelo.

Tom se deslizó por la trompa del mamut y saltó al suelo; sentía tanta rabia que estuvo a punto de abalanzarse sobre don Gervase, olvidando que él era un flaco niño de once años y don Gervase era un hombre adulto altísimo. De algún modo, consiguió dominar su genio y se colocó a unos diez metros de él, de espaldas a la puerta. Olvidando por completo su cansancio, se quedó tenso y temblando de rabia, esperando a que don Gervase diera el primer paso. Pero aquel hombre alto y huesudo no parecía nada interesado en pelear. Se limitó a apoyarse en una columna mientras se fumaba el puro.

—Eso está mejor —dijo—. Prefiero tener nuestra pequeña charla cara a cara.

Tom gruñó ferozmente. Era obvio que estaba intentando tenderle una trampa.

—Creo que tú tienes algo que me pertenece —dijo lentamente don Gervase—. Un frasco. Un frasquito azul.

Tom no movió un solo músculo, pero supo, por el bulto del bolsillo, que el frasco seguía allí.

—¿Por qué lo quiere? —preguntó con voz pastosa.

—Entonces, ¿aún lo tienes? —Don Gervase sacó voluptuosamente el humo—. Es una buena noticia, porque ese frasco contiene algo que llevo muchísimo tiempo buscando.

Tom lo miró con inquietud. En la penumbra, el surco vertical que tenía en el centro de la frente pareció latirle cuando clavó en él sus lechosos ojos amarillos.

—¿Sabes, Tom? —continuó bajando la voz hasta convertirla en un amenazador gruñido—, aunque ya nos hemos visto antes, en tu presente, yo no soy quien tú crees. Soy un empleado. Increíble, ¿no? Tengo muchos premios y mucho talento, pero, no obstante, soy un subordinado puesto al servicio de un bien mayor. Y mi tarea consiste en encontrar determinadas cosas, digamos, que son muy útiles... en otros sitios, digamos. En... el futuro, digamos. Por eso tu frasquito es tan importante para mí y para nosotros y, desde luego, para ellos. Mi... gente.

—¿Su gente? —Tom lo miró enfadado—. ¿Quiénes?, ¿esos ridículos hombres disfrazados de médicos de ahí fuera?

—Correcto. Algunos están aquí, y hay muchísimos más en otros sitios.

—¿Y qué les importa a ellos?

—Probablemente, no mucho —explicó don Gervase fumándose ávidamente el puro—, porque ellos no son como tú ni, hasta cierto punto, como yo. Ellos no tienen el lujo de contar con una larga vida adulta para expandir su mente y civilizarse. Son tipos fundamentalmente simples. Infantiles, delincuentes, si quieres. Pero no es culpa suya. Tardan tantísimo en crecer, créeme, que cuando... cuando... —se quedó callado, como si estuviera buscando la palabra adecuada— «maduran», simplemente no hay tiempo para enseñarles todo lo que hay que saber aparte de algunas habilidades básicas. Tales como imitar a sus hermanos, aprender a usar el cuchillo y el tenedor, comer con la boca cerrada, utilizar el váter, ese tipo de cosas.

—¿Y matar gente?

—Efectivamente, eso también. Pero matar es, de hecho, una habilidad básica, ¿no crees? Rara vez exige mucha inteligencia, solo fuerza bruta. Por eso —curvó la boca sonriéndole con maldad—, hasta tú has conseguido eludirlos. Hasta tú has sido demasiado listo para ellos. Casi toda esta chusma pertenece a los órdenes inferiores, son unos descerebrados, para serte sincero. Pero al final te encontrarán y te matarán. Simplemente, son demasiados para ti.

Tom no lo dudaba. Se removió incómodamente en su sitio mientras don Gervase sacaba una voluta de humo y lo miraba tan fijamente que le pareció que le estaba atravesando el cráneo y le veía el cerebro.

—Naturalmente, yo siempre podría levantarles la orden, si quisiera —continuó

diciendo—. ¿Sabes, Tom?, tener ese frasco solo te perjudica. Los dos sabemos que, antes o después, voy a conseguir lo que quiero, y resulta que antes me conviene más que después. Por eso estoy dispuesto a hacer un trato contigo. —Sus ojos, que había entornado hasta casi cerrarlos, atrajeron a Tom como imanes—. ¿Y si te dijera que estoy dispuesto a levantarles la orden? Y no solo eso. También te daría todo este museo a cambio de ese frasquito que llevas en el bolsillo. ¿Qué te parece?

Aquello era sin duda lo último que Tom se esperaba y le llevó uno o dos segundos disimular su sorpresa. Su primer impulso fue sospechar que se trataba de otra artimaña y una voz interior le dijo que no entregara el frasquito. Y, no obstante...

—¿Por qué debería confiar en usted? —preguntó con voz titubeante.

—Tienes buenas razones para no hacerlo —respondió melosamente don Gervase—. Y no estoy muy seguro de que yo confiara en mí. Así que vas a tener que fiarte de mi palabra. El tiempo es crucial, Tom, y en este momento ese frasquito azul es lo único que quiero. Cuando me lo des, te prometo que no volverás a vernos jamás, ni a esos médicos ni a mí.

Tom vaciló. ¿Cómo podía creerse una sola palabra de lo que don Gervase estaba diciendo? La razón le dictaba que no debía hacerlo. Cualquier promesa que él le hiciera podía no tener ningún valor, pero, en su situación, ¿qué otra alternativa tenía? En cuanto saliera por aquella puerta, las legiones de flacos médicos volverían a perseguirlo y don Gervase tenía razón. Terminarían matándolo. Simplemente, eran demasiados para él. Incluso si, por algún milagro, conseguía escapar, ¿qué ocurriría entonces? Don Gervase compraría el museo y lo destruiría. Ahora sabía qué estaba buscando y seguro que encontraba suficientes vestigios de jacinto y cera de suelo entre todos aquellos animales para servir a cualquier vil propósito que tuviera en mente. Mirando las vitrinas, advirtió que todos los animales tenían los ojos clavados en él: el gorila, el mamut, la anaconda, el mono narigudo, el pangolín, el antílope... incluso la tigresa. ¿Debían morir todos por culpa de su obstinación? Vaciló y don Gervase se dio cuenta. Un atisbo de sonrisa le crispó los labios cuando el resplandor rojo del puro le iluminó la cara. Sabía que el pez estaba a punto de morder el anzuelo...

Tragando saliva, Tom se sacó del bolsillo el frasquito azul de August y comenzó a darle vueltas en la palma de la mano. ¿Qué sentido tenía quedárselo? A fin de cuentas, era un frasquito vacío. Hasta aquel momento, lo había mantenido con vida. Ahora, si se aferraba a él, iba a matarlo. Don Gervase se quedó mirando cómo giraba el frasco en la mano de Tom. Le brillaron los ojos. Estaba tan cerca... tan cerca... venga, pececito...

Tom tenía el corazón tan desbocado que apenas era capaz de pensar. Se devanó desesperadamente los sesos, intentando encontrar algo, cualquier cosa que pudiera utilizar para obligar a don Gervase a mantener su palabra, porque, en aquel momento, creerlo era su única opción.

—Dígame si mis padres están bien —le espetó.

Don Gervase pareció tan sorprendido que podría haberse echado a reír.

—¿Qué? —balbució.

—¡Dígame o lo tiro al suelo! —dijo ferozmente Tom, y alzó el frasquito por encima de su fino cuello, dejándolo suspendido sobre las losas—. ¡DÍGAMELO AHORA MISMO!

—No, no, ¡n-n-no, no lo hagas! —tartamudeó don Gervase, con los ojos a punto de saltársele—. Pero ¿cómo voy a saber yo dónde están?

—En una ocasión me dijo que corrían un grave peligro, y luego me dijo que podían morir, ¡así que debe de saberlo!

Por la dureza con que Tom le había hablado, don Gervase supo que cumpliría su amenaza. Abriendo la mano, Tom comenzó a dejar que el frasco le resbalara entre los dedos.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Están bien, te lo prometo —gruñó don Gervase sin despegar los ojos del frasquito azul.

—¿Cómo sé que no está mintiendo?

—¡No estoy mintiendo! ¿Por qué habría de hacerlo?

—Bien —dijo Tom aprovechando la ventaja—, porque, si está mintiendo, el águila se enterará.

—¿El águila?

—Sí, ese pájaro repugnante, como usted la llama. Y todos los que son como ella. Estamos aliados.

Tom se estaba echando un farol, pero, por algún motivo, don Gervase no se dio cuenta. La frente comenzó a llenársele de perlas de sudor.

—Aliados, ¿eh? —gruñó con sarcasmo.

—Así es. Todos nosotros.

—Hummm. —Don Gervase murmuró entre dientes, retorciendo los dedos como si fueran anguilas—. Siempre lo había sospechado.

—Y le estaremos vigilando, esté donde esté, no le quepa duda.

Don Gervase se llevó bruscamente la mano al pecho y comenzó a rascárselo con saña, y Tom se quedó a la vez complacido y sorprendido de que su amenaza hubiera surtido efecto. Por primera vez, fuera cual fuese el motivo, don Gervase parecía estar tomándose en serio. ¡Ojalá supiera por qué! ¿Lo obligaría aquella amenaza a mantener su palabra? Tom no tenía la menor idea, pero ya había sacado todo el jugo a aquella situación y, por el momento, no podía hacer más.

A fin de cuentas, don Gervase seguía teniendo todas las bazas en su poder.

—De acuerdo —dijo hoscamente, rehaciéndose—. Eso no me supone ningún problema. Ninguno en absoluto. Trato hecho. Ahora, dámelo, chico.

—Está bien —dijo audazmente Tom—. ¡Cójalo!

Lanzó el frasquito azul a don Gervase, quien se quedó tan sorprendido que, al cogerlo, casi se le cae de las manos.

—Gracias, Tom —dijo entrecortadamente, acunando el frasco contra su pecho—.

Muchísimas gracias. No puedes imaginarte cuánto me complace esto.

Recobrando la calma, alzó cuidadosamente el frasquito azul vacío para verlo a contraluz.

—Por fin —murmuró—. Por fin hemos encontrado el elixir. Y he sido yo. —Jadeaba ligeramente y la sudorosa frente se le estaba abombando de un modo extraño.

—Eres un niño valiente, Tom, con muchísimos recursos para tu edad. Es una lástima, porque esperaba que algún día quizá pudieras convertirte en... —Una perla de sudor le resbaló hasta el labio desde la punta de la nariz y se la lamió con su fina lengua—. Pero, por desgracia, no. Como todos los demás, al final... eres un sentimental. ¿Por qué será eso?

Tom se encogió de hombros. No tenía la menor idea de a qué se refería. Se estaba comportando de un modo tan extraño que se preguntó si no se habría vuelto loco.

—De todos modos, aquí está.

Don Gervase se metió el frasco en el bolsillo del chaleco y lo acarició. Sacando las cerillas, se detuvo para volver a encenderse el puro. Tom lo miró con nerviosismo.

—Entonces... ¿va a cumplir su promesa?

Don Gervase sopló en la cerilla y observó cómo se avivaba la llama.

—Promesas; padres; criaturitas peludas que hablan. Sinceramente, Tom, es una tragedia. —Le sonrió grotescamente y sacó una espesa nube de humo por la nariz—. No es extraño que estéis casi extintos.

Y, acto seguido, arrojó la cerilla encendida al mamut.

24 Futuro imperfecto

Por un momento, el tiempo se detuvo. Todos los animales del museo se quedaron mirando el diminuto dardo de fuego mientras surcaba la oscuridad y acababa cayendo sobre un flanco del mamut.

—No —gritó Tom cuando la cerilla, después de casi consumirse, prendió una larga hebra de pelo. Un momento después, se oyó un terrible sonido crepitante y el mamut se encendió como una montaña de paja.

—¡Fuego! —chilló el loro—. ¡Fuego a bordo!

El museo se llenó de gritos, rugidos y aullidos mientras los animales vociferaban en sus vitrinas.

—¡Maldita sea! —exclamó el mono narigudo saliendo rápidamente de la suya—. ¡Que no cunda el pánico! ¡Que no cunda el pánico!

En un santiamén estaba dando saltos por todo el museo, abriendo una por una las vitrinas con las manos y los pies. Uno tras otro, todos los animales capaces de hacerlo saltaron al suelo y corrieron hacia el mamut, intentando frenéticamente apagar las llamas con las patas. En un momento, Tom se había quitado la chaqueta y estaba junto a ellos, sofocando las llamas. Por el rabillo del ojo vio a don Gervase subiendo sigilosamente las escaleras con una diabólica sonrisa de satisfacción en los labios. ¿Dónde iba? No había tiempo para preocuparse de eso en ese momento: el fuego se estaba propagando rápidamente.

—Siento darte la lata, amigo —dijo el mamut al gorila mientras las llamas le lamían las patas—, pero ¿podrías traerme uno de esos cubos con agua que hay junto a la puerta? Tengo un poco de calor.

—Por supuesto —resolló el gorila, dirigiéndose a la puerta y regresando con dos cubos de agua en la mano.

—Gracias, amigo.

Aspirando el agua del cubo con la trompa, se la echó en el lomo.

—Increíble lo inflamable que es uno —murmuró vaciando el segundo cubo sobre él de la misma manera.

Para entonces, todos los pájaros capaces de hacerlo estaban volando a su alrededor, posándosele momentáneamente en el lomo y sofocando las llamas con las alas hasta que ya no aguantaban más y se veían forzados a alzar de nuevo el vuelo. No obstante, su rápido aleteo solo pareció agravar aún más las cosas. Y el museo se estaba llenando rápidamente de un acre humo negro.

—Creo que esto no funciona —dijo el mamut suspirando y moviendo la trompa de un lado a otro—. De hecho, está empezando a dolerme bastante.

—¡No te rindas, hermano mamut! —chillaron desde abajo—. ¡Alzate sobre las llamas de Gilgamesh!

En la base de una de sus inmensas patas en llamas, una legión de ratones estaban combatiendo el fuego con diminutas hojas muertas a un ritmo vertiginoso, gritando

consignas al unísono.

—¡Lento pero seguro!

—¡Nuestras manos son menudas!

—¡Lento pero seguro!

—¡Y finas nuestras varas!

—¡Pero con algo de fortuna!

—¡Y muchas agallas!

—¡No temas! ¡Te sacaremos del apuro!

—Eso es, chicos —chilló el ratón predicador mirando el imponente infierno que se erigía ante él—. Puede llevarnos tiempo, pero...

—¡No hay tiempo! —gritó el oso hormiguero—. ¡Mirad!

Súbitamente, una enorme bola de fuego estalló alrededor del tronco del mamut y los animales se dispersaron, chillando y huyendo de aquel calor abrasador.

—¿Es grave? —bramó el mamut.

El gorila lo miró horrorizado mientras las crepitantes llamas iban acercándose al techo.

—Creo que sí, amigo.

—¡Oh! ¿Qué podemos hacer? —gritó el pájaro dodo mirando con impotencia a su amigo, que ahora se parecía más a un almiar en llamas.

—¡Solo el agua lo apagará! —jadeó la liebre polar—. Y se nos ha acabado.

—¿Qué hay del río? —gritó Tom.

—¿El río? —bramó el mamut—. ¿Has dicho que hay un río?

—¡Por supuesto! Justo ahí fuera. —Tom señaló la puerta—. ¡Al final de la calle!

—¿Un río al final de la calle? —repitió el mamut—. ¿Y por qué diablos no me lo había dicho nadie?

—Pensaba...

—¡APARTAOS! —rugió— ¡NO OS ACERQUÉIS!

Unos segundos después, el mamut se dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

—¿Estás seguro de que no quieres que te abra...?

El gorila no tuvo tiempo de terminar la frase porque, justo después, se oyó un estruendo de madera rota cuando el mamut reventó la puerta y, resbalando por las escaleras, cayó a la calle nevada.

—¡Es obvio que no! —dijo algo disgustado el gorila.

—¡DEJAD PASO! —bramó el mamut en llamas al levantarse del suelo—. ¡DEJAD PASO AL MAMUT!

Dando un bramido ensordecedor, echó a correr por la concurrida calle, apartando todo a su paso como un maremoto. Los perros ladraron, los caballos se encabitaron y la gente se quedó boquiabierta, viendo pasar a aquella bola de fuego del tamaño de una casa.

—El salto es fundamental —jadeó el mamut cobrando velocidad a cada paso—. Las patas rectas, los brazos extendidos, la cabeza baja y...

El mamut saltó de cabeza desde el puente y, al mirar al río, vio la superficie helada debajo de él.

—¡Vaya por Dios!

Se oyó un estruendo colosal, seguido de un cavernoso gruñido, cuando el mamut en llamas rompió el hielo con la cabeza y se hundió en el agua congelada. Todos los patinadores de la feria se pararon y se quedaron mirando asombrados el enorme y burbujeante agujero dentado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el doctor Shadrack, parado delante del castillo de hielo.

—¿Una hoguera con patas? —sugirió el doctor Skink.

—Un perro gigante, más probablemente —dijo un tercero.

Entonces, el agua del agujero comenzó a borbotear y el mamut chamuscado salió bruscamente a la superficie, con nubes de vapor saliéndole del lomo.

—¡Bravo! —gritó lanzando un triunfal surtidor de agua al aire y dejando a todos los espectadores empapados—. ¡Siempre había querido hacer esto! —Sacudiendo su enorme cabeza tiznada, la humeante bestia comenzó a chapotear alegremente entre los trozos de hielo.

—¿Un mamut... que nada? —susurró el doctor Skink sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos—. Había sabido de cosas semejantes en Siberia, pero...

—Un mamut que nada... es un mamut que nada, un mamut que nada, dicen que es...

El rumor comenzó a difundirse entre la multitud de médicos que, poco a poco, fueron retrocediendo aterrorizados.

Buuuuuum...

Un fuerte retumbo recorrió la feria del hielo como un trueno y todo el mundo se quedó quieto y en silencio.

—¿Qué ha sido eso?

El doctor Shadrack miró nerviosamente el hielo que estaba pisando, de donde provenía el ruido.

B-b-buuuuuum...

Se oyó un segundo retumbo, que esta vez pareció propagarse directamente desde el agujero del mamut hasta el centro del río, hacia el lugar donde se había caído Noah.

Buum... b-buum... buuum... b-buum...

Comenzaron a oírse cada vez más retumbos, uno tras otro, propagándose por toda la feria del hielo.

—¡Se está rompiendo! —gritó el vendedor de mazapán con farolillos de papel en el sombrero, mirando la grieta en zigzag que acababa de abrirse bajo sus pies—. Esa bestia debe de haberlo debilitado y...

—¡Mi padre está en el puesto de tiro al blanco! —gritó un niño señalando hacia un extremo de la feria, donde un puesto y su propietario se habían desgajado en un

témpano de hielo.

—¡Voy a la deriva! —chilló el hombre agitando desesperadamente los brazos mientras la corriente se lo llevaba—. ¡Socorro!

—¡SALGAN DEL HIELO! —gritó un policía—, ¡TODOS A LA ORILLA! ¡EL HIELO SE ESTÁ RESQUEBRAJANDO!

—¿Salgan del hielo? —repitió el doctor Skink—. ¿Todos a la orilla?

La orden corrió como la pólvora entre los miles de médicos que estaban apiñados alrededor del castillo de hielo. Moviéndose como si fueran un solo cuerpo, se pusieron todos a patinar hacia la orilla justo al mismo tiempo, pero, en ese preciso instante, el hielo gruñó bajo la suma de todo su peso y se oyó un espantoso chasquido. De pronto, el gran trozo de hielo sobre el que estaban se ladeó violentamente y se resquebrajó, arrojando al agua a docenas de ellos.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaron chapoteando desesperadamente en las removidas aguas—. ¡No sabemos nadar!

La feria se llenó de gritos de horror cuando los médicos que aún permanecían en la superficie ignoraron a los que ya habían caído al agua y retrocedieron en tropel hacia el castillo de hielo, pisándose y agarrándose al hielo para no caerse.

—¡No os quedéis ahí parados! —chilló el doctor Skink a los estibadores, que los miraban impotentes desde la orilla—. ¡Rescatadnos, idiotas!

—¡Sí, rescatadnos, idiotas! —gritó el doctor Shadrack.

—¡Rescatadnos! —gritaron todos al unísono.

Pero nadie podía hacer nada para ayudarles, porque el hielo estaba comenzando a resquebrajarse por todas partes. Aterrorizados, los patinadores se pusieron a saltar de un témpano a otro para llegar a la orilla mientras los tenderos se afanaban por salvar cuanto podían conforme los puestos iban desgajándose uno a uno en islas diminutas o se hundían en el agua.

—Debo decir que me lo estoy pasando en grande —murmuró el mamut, nadando tranquilamente por las canales que se abrían en el hielo para coger con la trompa a perros abandonados, gallinas y niños y llevarlos a la orilla subidos en el lomo.

—Ya está, jovencita —dijo a una andrajosa niña depositándola delicadamente en la orilla del río—. Ahora corre a casa, métete directamente en la bañera y no digas a nadie quién te ha rescatado.

—¿Es usted... un... un... elefante socorrista? —tartamudeó ella, mirando boquiabierta a la inmensa criatura peluda.

—Algo parecido —bramó el mamut, volviendo a internarse en el agua cogelada.

—¡Nada usted muy bien! —le gritó la niña, y el mamut se hinchió de orgullo.

—Es agradable sentir que, por una vez, tengo un propósito en la vida —se dijo—. Casi me entran ganas de no haberme extinguido.

Tom se quedó en la puerta reventada del Museo Scatterhorn, apenas capaz de creer lo que estaba sucediendo. Parecía increíble que el chapuzón del mamut hubiera podido desencadenar una secuencia de acontecimientos tan catastrófica.

—De hecho, no es mal tipo para ser un grandullón, ¿verdad? —graznó una voz junto a él. Tom miró abajo y vio al pájaro dodo, ahora con una gran quemadura en la nuca, mirando al mamut con mucha admiración.

—Es tan parlanchín que no estaba seguro de si daría la talla.

—Oh, sí, sí que la da —dijo el gorila detrás del pájaro do-do, y Tom vio que también sonreía—. Está dejándose la piel, ¿no os parece?

Se quedaron mirando mientras un barquito iba en busca de los médicos a la deriva, cuya isla flotante estaba siendo rápidamente engullida por la oscuridad.

—Lo que de entrada no entiendo es por qué les gusta montar una feria en el hielo —silbó la anaconda—. ¿Qué tiene de malo el suelo, digo yo?

—Bueno, obviamente, no se imaginaban que un mamut fuera a destrozársela —dijo el pangolín, asomándose entre las patas del gorila.

—¡No lo habría hecho si un maldito pirómano no le hubiera prendido fuego! —graznó el pájaro dodo con sentimiento. Dando a Tom un fuerte picotazo en la rodilla, miró las ventanas del primer piso—. Sigue ahí, ¿sabes?; el pirómano —susurró nerviosamente—, arriba.

Con aquel caos, Tom casi había olvidado cuál había sido la causa de todo y, siguiendo la mirada del pájaro dodo, reconoció la inconfundible silueta de don Gervase en las ventanas del primer piso, que miraba hacia el río con una mezcla de asombro y furia.

—Yo diría que no está muy contento —murmuró el gorila—. No le han salido las cosas como quería. Seguro que, una vez conseguido su valioso frasco, lo único que quería era darte el museo para prenderle fuego después.

En ese momento, don Gervase pareció darse cuenta de que estaban hablando de él, porque volvió su enorme cabeza y, frunciendo el ceño, se quedó mirando la extraña colección de animales apiñados en la puerta alrededor del niño.

—Oh —gimoteó el pájaro dodo, escondiéndose tras las piernas de Tom. La anaconda volvió la cabeza hacia la pared y el pangolín se hizo una bola. Hasta el gorila evitó su fulminante mirada. Solo Tom lo miró directamente a los ojos y el mero hecho de ver su fea y enorme cabeza encendió en él la llama de una furia que comenzó a quemarle las entrañas. Las promesas que le había hecho no tenían ningún valor. El gorila estaba en lo cierto. Don Gervase no había conseguido destruir al mamut, pero eso no iba a detenerlo. Probablemente estaba a punto de prender fuego a todo lo demás. No se lo podía permitir. Inconscientemente, cerró los puños y, de algún modo, don Gervase presintió su desafío, porque se retiró de la ventana justo después.

—Ve tras él, Tom, cógelo antes de que pruebe otro de sus trucos —silbó la anaconda; pero Tom ya estaba corriendo al interior del museo. Al ver que la alargada sombra de don Gervase se internaba en la sala de las aves, subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al rellano. Aguzó el oído y advirtió que la tigresa no estaba.

Clip-clop clip-clop clip-clop...

Los rápidos pasitos de don Gervase reverberaron en la parte de atrás del museo. ¿Dónde estaba? Tom cruzó rápidamente la sala de las aves y entró a oscuras en un largo pasillo con grabados de cocodrilos y serpientes en las paredes. ¿Por dónde había ido? En un extremo, una estrecha escalera de piedra conducía de regreso a la planta baja y, en el otro, había una portezuela negra. Mientras recuperaba el aliento, Tom la miró con curiosidad. No se había fijado en ella hasta ahora y estaba seguro de que en su época no estaba. Quizá condujera a algún anexo que ya no existía. Volviéndose, aguardó en el centro del pasillo y aguzó otra vez el oído. De repente, oyó un portazo debajo de él.

Clip-clop, clip-clop, clip-clop...

Allí estaba, ¡don Gervase estaba volviendo! Parecía que estuviera subiendo rápidamente las escaleras. Tom regresó a la sala de las aves justo cuando el sonido cambió y don Gervase pisó la alfombra del pasillo. Los pasos venían directamente hacia él... aquel era su momento. ¿Qué debía hacer?, ¿escondarse?, ¿pelear?, ¿qué? Cerró los ojos. No lo sabía. Algo, lo que fuera...

De pronto, los pasos se detuvieron bruscamente. Don Gervase debía de haberse parado en mitad del pasillo. Tom comenzó a notar la tenaza del miedo en el estómago. ¿Qué debía de estar haciendo? ¿Prendiendo fuego a alguna otra cosa? Pero en el pasillo no había nada... Pegó la cara a la pared y se asomó cautelosamente al pasillo. Allí estaba don Gervase, inmóvil, a menos de diez metros de él, retorciendo los dedos con impaciencia. Vio que tenía sus fríos ojos amarillos clavados en alguna cosa del final del pasillo y que su expresión era de pura maldad. Conteniendo la respiración, se retiró muy despacio y, volviéndose, miró en esa dirección. La portezuela negra estaba exactamente igual que hacía un momento, solo que ahora había una gran sombra agazapada delante de ella.

—Grrrrrrrrr.

El familiar gruñido se propagó por el largo pasillo y pareció pasar justo por delante de él y continuar hacia el otro extremo. Combatió el impulso de salir huyendo, de escapar lo antes posible, pero supo instintivamente que la tigresa no estaba interesada en él, sino en don Gervase. La mente se le disparó. ¿Qué iba a suceder ahora? Era como un duelo de pistoleros. La tigresa no quitaba ojo a don Gervase, como si estuviera midiendo las fuerzas de su presa, pero él no se movió ni un milímetro. Sus dedos siguieron retorciéndose. Entonces, con un golpe de muñeca apenas perceptible, la pequeña navaja de acero resbaló en su palma abierta.

—No creas que vas a salirte con la tuya —gruñó la tigresa.

—Oh, sí que voy a hacerlo. ¿De veras crees que puedes detenerme? Tú, una simple...

—Yo que tú no me subestimarías —dijo la tigresa con la voz cargada de amenaza—. Otros han cometido ese error.

—Pues ven —susurró él, y la boca se le curvó como una hoz—. Minina.

La enorme tigresa clavó en él sus feroces ojos llameantes y, levantando los bellos,

emitió un gruñido aterrador, enseñando sus enormes colmillos. Comenzó a avanzar, sacudiendo el rabo. Don Gervase no se inmutó. Permaneció en el centro del pasillo con aire arrogante, mirándola malévolamente mientras ella se acercaba...

—Ven, minina —la incitó—. Pero que minina tan grande eres.

Tom tenía el corazón desbocado. ¿Por qué no estaba asustado don Gervase? ¿Por qué no salía corriendo? Aquella minúscula navaja no iba a salvarlo. La tigresa llegó a la altura de Tom y, pegándose al suelo, bajó las orejas. Volvió a resoplar con saña y don Gervase se limitó a mirarla con desprecio. Luego arrojó inesperadamente la navaja de acero al suelo.

—¿Lo ves, gatita? —dijo riéndose ferozmente y enseñándole las manos—. Ahora estoy completamente desarmado.

Tom estaba con el corazón en un puño. A lo mejor se había vuelto loco. ¿Acaso no sabía lo que podía hacerle aquella criatura? Mirando a la tigresa, vio que levantaba la grupa, preparándose para saltar. Don Gervase también lo presintió y la cabeza comenzó a abombarsele.

—¡Fu! —resopló, volviendo a provocarla—. ¡Fu! ¡Fu!

La tigresa se puso a menear violentamente el rabo... en cualquier momento... en cualquier momento iba a hacerlo pedazos, seguro. Tom se tapó las cara con las manos, casi incapaz de mirar, pero la conducta de don Gervase seguía intrigándole... se estaba riendo como un loco y la cabeza parecía estar latiéndole, hirviéndole por dentro, creciéndole casi por segundos, y el pecho había empezado a hincharsele... La tigresa se dispuso a saltar y él pareció tener dificultades para mantenerse derecho sobre sus diminutos pies... algo le estaba ocurriendo por dentro... don Gervase estaba perdiendo el control...

Súbitamente, Tom oyó un feroz gruñido y vio un destello naranja y rojo cuando la enorme tigresa de Bengala cortó el aire como un rayo. En ese mismo instante, los largos brazos de don Gervase se convirtieron en dos pinzas enormes y del pecho le brotaron otras cuatro extremidades. Alzando ágilmente las pinzas, cogió a la tigresa de cuatro metros en el aire y la arrojó al suelo como si fuera una muñeca. Recogiéndola, la sacudió furiosamente y la lanzó con tanta fuerza contra la pared que el golpe la mató. Tom se quedó clavado en el suelo, paralizado de horror. La piel de don Gervase estaba comenzando a desgarrarse por todas partes. La frente se le partió por la mitad y debajo aparecieron lustrosas placas de color marrón chocolate cada vez más abombadas. Dos enormes ojos azulados se abrieron paso hasta la superficie, rasgándole la piel de las mejillas. En todo el cuerpo se le estaban desgarrando la piel y la ropa, estirándose y retorciéndose para revelar el lustroso cuerpo liso de un enorme escarabajo. Tom comenzó a tener arcadas. Quería vomitar, pero estaba demasiado asustado. El don Gervase que él conocía no era más que una carcasa vacía de piel hecha jirones, resbalando por los élitros monstruosos. Entonces, el gigantesco escarabajo se quitó las botitas negras de don Gervase y se pasó una inmensa pinza espinosa por la cabeza, quitándose los restos de piel.

—Qué alivio —dijo la criatura rebuscando cuidadosamente entre la ropa hecha jirones y metiendo una pinza en el bolsillo del chaleco—. Excelente —susurró sacando el frasquito azul con delicadeza—. Al final, no voy a decepcionarlos.

Guardándose en algún lugar detrás de la cabeza, el escarabajo miró el pasillo con sus ojos inexpresivos y, no viendo a nadie, se puso a cuatro patas y pasó por delante del escondrijo de Tom en dirección a la portezuela negra. Mirando el museo por última vez, la gigantesca criatura giró el picaporte con la pinza y se embutió por el hueco, cerrando la puerta al pasar. Se había ido.

Durante unos segundos, Tom se quedó agazapado en silencio, demasiado aturdido para moverse. Lo que acababa de presenciar era tan extraño y perturbador que pertenecía a la peor clase de pesadilla, la clase de pesadilla de la que uno se despierta y teme volver a dormirse. De hecho, no estaba en absoluto seguro de que no fuera una pesadilla. Levantándose, salió temblando al pasillo y miró hacia el lugar donde la gran tigresa de Bengala yacía en un rincón, partida por la mitad como un juguete roto. Aquello parecía bien real. Y en la alfombra, delante de él, estaba la carcasa vacía de don Gervase, rota y desinflada como un globo reventado. Armándose de valor, se acercó cautelosamente a la piel y la tocó con la punta del pie. No había duda de que aquello también era real. La cabeza comenzó a darle vueltas. Todo aquello era tan extraño, tan increíble...

Recomponiéndose, se puso de rodillas y se obligó a inspeccionar la piel de don Gervase. No faltaba ni un solo detalle. Era él, sin duda. Alargó la mano y rozó lo que había sido su rostro. Estaba tibio y tenía una textura gomosa y ligeramente pegajosa... Tragó saliva. ¿Significaba eso que don Gervase había sido un gigantesco escarabajo desde el principio, con la misión de encontrar el elixir de August? Eso parecía. Debía de serlo. Quizá fuera un híbrido del futuro, quizá lo fueran todos: Skink, Shadrack, las legiones de médicos, los estibadores, incluso aquellos extraños inspectores del museo, y los hombres del coche de Middlesuch Cióse. Puede que todos ellos fueran insectos monstruosos. Y también Lotus. Movié la cabeza desconcertado, intentando asimilarlo. Aquello casi escapaba a su comprensión. ¿Se habían comido a personas? ¿O las habían infestado quizá? ¿O acaso se habían metido de alguna forma bajo su piel? Tal vez. Puede que don Gervase y Lotus hubieran sido personas de carne y hueso en algún momento, antes... y, lo que era más, sabían cómo viajar de un mundo a otro. Pero ¿cómo? ¿Cómo podían hacerlo?

«Ahora, solo nosotros los pájaros recordamos esas cosas. Y, ya sabes... esos otros». Volvió a oír las palabras de la gran águila. ¿Era eso lo que había querido decir con «esos otros»? ¿Los insectos? ¿Lo era? Miró las pruebas, la piel y la ropa de aquel hombre alto hechas jirones en la alfombra delante de él. Eso parecía. Debía de serlo.

¿Y dónde había ido ahora don... esa criatura? Miró la portezuela negra. ¿Qué había detrás? ¿Conducía a otro lugar, a otro tiempo? Enderezándose, dio un paso hacia ella y escuchó. La puerta pareció vibrar ligeramente y, aunque podría habérselo imaginado, estuvo seguro de oír truenos retumbando a lo lejos y el viento aullando en

un bosque. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que no era parte del mundo donde ahora se encontraba.

¿Era... el futuro, quizá? Dio otro paso, aguzando más el oído... aquello era definitivamente el sonido del viento entre los árboles. Hasta oía las ramas doblándose y las hojas susurrando, y había un ruido de fondo... ¿era un río? Un bosque, con un río fluyendo junto a él... un revoltijo de imágenes se le cruzó fugazmente por la mente y, de pronto, se apoderó de él una nostalgia desgarradora. ¿Y si aquello no era el futuro? ¿Y si era una puerta que conducía a un bosque del otro extremo del mundo, en su propia época? ¿Y si era Mongolia, o un lugar semejante...? Se le aceleró el pulso. Quizá fuera allí donde estaba su padre, donde su madre había ido a buscarlo. Tal vez por eso sabía don Gervase tanto de ellos. ¿Y si no había sido un farol y los dos corrían un terrible peligro... rodeados de escarabajos, a punto de atacarlos...?

Se quedó mirando la portezuela negra, escuchando el viento que aullaba detrás. Lo único que tenía que hacer era atravesarla. Podría encontrarlos y contárselo todo, y debía prevenirles contra don Gervase, Lotus y todos los demás, debía...

Alargando la mano, cogió cautelosamente el pequeño picaporte de ébano. Estaba tibio. Parecía que lo estuviera incitando a girarlo. Con un golpecito de muñeca bastaba. Ahora veía claramente a sus padres, sentados en la linde de un gran bosque, justo al otro lado de esa puerta, a solo unos segundos de él, en aquel mismo instante... Pero entonces vaciló. ¿Y si no lograba encontrarlos? El bosque podía ser un lugar inmenso y hostil. ¿Y si se extraviaba y no hallaba nunca el camino de regreso a la portezuela? ¿Quería realmente verse atrapado en el mismo mundo que don Gervase, ese... monstruo? Él quizá fuera uno de los miles, de los millones incluso, y Tom podía encontrarse en pleno Contagio, fuera lo que fuese eso. Entonces estaría solo, totalmente solo, en un mundo absolutamente aterrador.

De pronto sintió que una gran debilidad se apoderaba de él. No podía hacerlo. Fueran cuales fuesen sus posibilidades, ya no le quedaban fuerzas. Dejó caer las manos a los costados y notó lágrimas en los ojos. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sintió exactamente como lo que era: un niño de once años flaco y cansado que se sentía solo.

—Una decisión muy sabia —graznó una voz a sus espaldas—, y también muy audaz.

Mordiéndose violentamente el labio, se volvió y miró el otro extremo del pasillo, donde vio la silueta de la gran águila, incómodamente posada sobre el cuerpo de la tigresa.

—Solo un necio atravesaría esa puerta —dijo afectuosamente— y tú no eres ningún necio, ¿verdad, Tom?

Tom intentó sonreír, pero fue incapaz.

—No —dijo en voz baja—, no. No lo soy.

—Bien —respondió el pájaro saltando al suelo y yendo torpemente hacia él—. Entonces no pondrás objeciones a mi próxima sugerencia, que es más bien una orden,

de hecho.

—¿Cuál es?

—Llevarte a casa, chico. Aquí ya no hay nada más que hacer. Se acabó.

—¿Se acabó?

El águila asintió con la cabeza.

—Pero ¿qué pasa con don Gervase? Tiene el frasco de la poción de August y...

—No te preocupes por eso ahora —le interrumpió el gran pájaro—. Tú no puedes cambiarlo, nadie puede. Has hecho cuanto has podido. Nadie podía haberte pedido más. Así que déjame llevarte a casa.

Casa... la palabra le pareció tan melodiosa que se descubrió sonriendo. En ese preciso instante, no había nada en el mundo que deseara más.

—¿Lo dices en serio?

—Sería un honor —graznó el águila y, alzando su inmensa cabeza, emitió un largo reclamo ululante. Segundos después, la diminuta silueta de la golondrina surcó el pasillo como una flecha y se posó en el marco de un cuadro, piando ruidosamente.

—Estamos listos, socio, si lo estás tú. Sube a bordo y ponte cómodo.

El enorme pájaro se inclinó torpemente hacia delante y Tom se encaramó ágilmente a su lomo.

—¿Ya estás?

Tom asintió con la cabeza y se agarró bien a su cuello, notando la tibieza de las suaves plumas que lo envolvían.

—Muy bien. Allá vamos.

El águila batió tres veces sus poderosas alas y echó a volar por el pasillo, irrumpiendo en la sala de las aves y planeando hacia la sala principal.

—Agárrate bien —graznó, y siguiendo a la golondrina bajó en picado, atravesó la puerta destrozada del museo y salió a la intemperie. Enseguida estaban encumbrándose hacia el estrellado cielo nocturno.

—Yo que tú, Tom —gritó la gran águila mientras ganaban cada vez más velocidad—, me echaría una siestecita, porque el viaje va a ser largo.

Pero Tom no oyó ni una palabra de lo que le había dicho: ya estaba profundamente dormido.

25 La hora cero

Tom abrió los ojos y, medio dormido aún, se descubrió ante un paisaje conocido. Allí, sobre él, estaba el bajo techo abuhardillado de su cuartito situado detrás del museo y él supo de inmediato que el águila había cumplido su palabra. Había vuelto; a su época, a su cama, tal como le había prometido el gran pájaro. «Gracias, águila, a ti y a tu intrépida golondrina guía, muchas gracias».

Bostezó perezosamente, observando el vaho de su respiración. Solo entonces advirtió el frío que hacía. Sentándose en la cama, vio que la ventana se había vuelto a abrir, nuevamente, y por ella entraba un viento glacial procedente del río. Tiritando, se envolvió resignadamente en todas las mantas y, yendo a saltos hasta la ventana, la cerró.

—Ahora, hazme el favor de quedarte así.

Se prometió que, si alguna vez volvía a ver al águila, lo primero que haría sería enseñarle a cerrar una ventana. Seguro que no era tan difícil, ni siquiera para un pájaro tan enorme como aquel.

Rascándose la despeinada pelambreira rubia, le sorprendió encontrar en ella mechones de pelo quemado de mamut y, cuando giró la cabeza, se notó los hombros doloridos. Al estirar los brazos, que también le dolían, vio que seguía con toda la ropa puesta y que, además, olía como si hubiera estado saltando una fogata. De hecho, estaba incluso más sucio de lo habitual y, mirándose en el espejo, se sorprendió al ver que tenía la cara embadurnada de hollín. Claro. Ahora se acordaba de su disparatada aventura.

Lavándose lo mejor que pudo, se quitó la mugre de la ropa frotándola con una toalla. Luego bajó las escaleras y, con la cara más inocente que supo poner, abrió la puerta de la cocina. Estaba vacía. Qué raro. Jos y Melba quizá hubieran salido, pero solo eran las ocho de la mañana. Según el calendario colgado sobre el fregadero, hoy era 24 de diciembre, Nochebuena, un día que Jos había señalado con un gran círculo rojo y Melba había decorado colgando dos globos en un lado. Aquella fecha debía de ser importante, pensó, cogiendo distraídamente una tostada. ¿Era el cumpleaños de alguien? Entonces se acordó: hoy era el día en que tío Jos vendía el museo a don Gervase.

—La hora cero —susurró. Aquel era, efectivamente, un día importantísimo. Oyó una aspiradora en algún punto del museo. Ahí era donde estaban. Jos y Melba debían de estar limpiando el caos de la noche anterior. El mamut lo habría ensuciado todo, probablemente... ¡Un momento! Aquello no había sucedido la noche anterior. Había ocurrido en el pasado.

«Venga, Tom, despéjate».

Pero aún estaba lo bastante confuso como para querer cerciorarse. Saliendo al pasillo y yendo hasta la gran puerta de caoba que comunicaba con el museo, la abrió, y de inmediato, un fuerte olor a pelo quemado le asaltó la nariz: pelo de mamut.

Pero... pero aquello era imposible. No podía ser, ¿verdad? Echó a correr, recordando una confusa secuencia de imágenes. El olor era cada vez más fuerte...

—¡Buenos días, Tom! —gritó Melba cuando él irrumpió en la sala jadeando. Estaba pasando una pulidora viejísima alrededor de las peludas patas del mamut, que seguía en la misma postura de hacía un siglo.

—¡Disculpa el mal olor! —le gritó alegremente Jos entre aquel estruendo—. Esta pobre tiende a calentarse mucho y me temo que a nuestro amigo peludo lo hemos quemado un poco.

Dio al mamut una afectuosa palmada en la trompa y Tom respiró profundamente aliviado. No había ocurrido nada, nada en absoluto. Echando un vistazo a su alrededor, vio a los raídos animales acechando en la penumbra, como siempre hacían. Estaban todos, sin excepción. Aunque, ahora que se fijaba, los flancos del mamut eran de un color ligeramente distinto al resto del cuerpo y las plumas del pájaro dodo no eran exactamente iguales en la nuca que en el resto de la cabeza. Pero, por otra parte, ellos siempre habían sido así. Solo que él no se había dado cuenta hasta ahora.

—De todas formas, ¿qué más dan unas cuantas quemaduras? —dijo Jos guiñándole un ojo—. Dentro de poco, ya no va a ser problema nuestro, ¿no? Venga, chaval, échanos una mano con esto.

Jos había colocado una larga mesa en el centro del museo y - Tom le ayudó a disponer dos hileras de sillas, una en un lado para don Gervase, Lotus y sus abogados, y la otra en el otro para Jos, Melba y Tom. Todo parecía muy oficial y serio, como si estuvieran a punto de firmar un acta de rendición, lo cual estaban haciendo en cierto modo.

—Los Catcher comprando por fin la parte de los Scatterhorn, ¿eh? —murmuró Jos—. Mi padre se revolvería en su tumba. Aun así, no tenemos elección. Es inevitable.

Tom no dijo nada, pero algo le instó a preguntarse si aquel día iban a ver a don Gervase.

Cuando hubieron terminado, Tom fue hasta la maqueta de Dragonport, encendió las luces y volvió a mirarla con detenimiento. A primera vista, todo parecía igual: las calles nevadas seguían atestadas de minúsculos trineos tirados por caballos y las aceras estaban repletas de personas. No obstante, fijándose mejor, vio claramente que se habían producido cambios. En el río helado, los puestos de feria seguían instalados en el hielo, pero ahora unas grietas diminutas surcaban su superficie como una telaraña. En la otra orilla, donde estaba la caseta de Burdo Yarker, había pisadas de insectos en la nieve que salían del bosque en dirección a la ciudad y, siguiendo su rastro a través del ancho río, descubrió que se internaban en uno de los almacenes del puerto. La nieve que rodeaba la entrada de aquel bajo edificio de madera parecía aplastada, como si hubieran hecho rodar algo grande por ella, toneles, quizá, o tal vez algo más redondo, como una pelota. De inmediato, recordó aquellas extrañas esferas blancas. ¿Era eso lo que había dejado las marcas? ¿Eran huevos de escarabajo?

Rodeando la maqueta y colocándose enfrente, se fijó en el minúsculo Museo Scatterhorn y descubrió que también había sufrido cambios: la puerta de la entrada estaba reventada y parecía chamuscada, como si la hubieran quemado con una cerilla. En la parte de atrás, a la altura del primer piso, había un agujero en la pared no mucho más grande que un lápiz. Debajo, había otro orificio similar que conducía a la base de madera de la maqueta. ¿Podía ser ahí donde había ido don Gervase? Se paró ahí muchos minutos barajando las distintas posibilidades. ¿Qué había dicho la gran águila? La maqueta era únicamente una entrada, un portal para acceder al pasado, nada más. No obstante, allí parecía haber ocurrido algo distinto. Era casi como si los vestigios de sus aventuras hubieran dejado su huella en la maqueta. Y eso no podía ser una coincidencia, ¿no?

—Qué excavación tan curiosa, ¿no? —dijo tío Jos acercándose y mirando el orificio abierto en la pared trasera del museo—. ¿Qué crees que lo ha hecho, una termita?

Tom se encogió de hombros.

—Parece demasiado grande para una termita. Un escarabajo, quizá.

—¿Un escarabajo? —repitió Jos enarcando las cejas—. Vaya, vaya, esperemos que no, o puede que acabemos infestados. Créeme, es lo peor para un sitio como este. Ahora será mejor que nos apartemos, Tom —dijo dándole una palmada en el hombro y mirando furtivamente hacia el vestíbulo—. Haya lo que haya ahí dentro, no queremos que los buitres se enteren. Van a llegar en cualquier momento.

Y, como si lo hubieran oído, llamaron a la puerta.

—Hablando del rey de Roma.

Jos se sacudió nerviosamente las migas de pan adheridas a su chaqueta e hizo todo lo posible para alisarse los cuernos del pelo.

—Ha llegado, chaval. La hora cero.

Corrió las cerraduras y abrió la gran puerta, pero, en vez de la imponente figura de don Gervase que había anticipado, vio a un hombre macilento con unas gafas enormes y un maletín. Detrás de él había una mujer narigona muy parecida a un oso hormiguero, también con un maletín.

—Mastodonte y Napias —anunció el hombre tendiendo flojamente a Jos su mano enguantada—; somos los abogados que actuamos en nombre de don Gervase.

—Abogados, excelente —repitió Jos momentáneamente desconcertado—. Entonces... esto... ¿no está con ustedes el señor Askary?

—¿A usted se lo parece? —dijo severamente la mujer. Ella debía de ser Napias.

—Bueno, no, no me lo parece.

Se quedó un momento callado.

—A menos, claro está, que se haya escondido en su maletín, señor Mastodonte.

-¿Qué?

—Oh, sé que tiene que estar en alguna parte. Salga, don Gervase, ¡no hay moros en la costa!

Mastodonte y Napias se lanzaron una mirada; luego lo miraron como si estuviera loco de remate.

—De acuerdo. Ya veo que no —dijo Jos subiéndose las gafas con bastante torpeza—. Si me hacen el favor. —Se volvió y los condujo a la sala principal—. El comentario debe de haberles caído como una carga de profundidad —susurró guiñándole el ojo a Tom al pasar—. Con esta gente, no puedo evitarlo.

Mastodonte y Napias lo siguieron en fila india, sentándose a la mesa sin mediar palabra. Jos, Melba y Tom se sentaron enfrente con mucha seriedad y los miraron mientras ellos abrían los maletines y comenzaban a examinar detenidamente un grueso documento que Tom supuso que era el contrato de compraventa.

—Parece que ha hecho usted un buen negocio, señor Scatterhorn —dijo el señor Mastodonte al cabo de un minuto, inclinándose sobre el documento para leer la letra pequeña—. Al señor Askary deben de gustarle mucho todos estos cachivaches.

—Estos «cachivaches», como usted los llama, llevan más de un siglo en nuestra familia —respondió Jos un poco ofendido por el término «cachivaches»— y eso tiene un precio.

—Ya veo —continuó el señor Mastodonte—. Y cuando haya vendido el patrimonio familiar, ¿qué va a hacer con el botín? Irse a alguna isla tropical y emborracharse, supongo.

—De hecho, hemos encontrado una casita al final de Flood Street que es ideal para nosotros —respondió animadamente Melba—. Tiene un tejado sin goteras, calefacción central, agua caliente y nada que reparar, pulir ni lustrar. —Se volvió hacia Jos, que seguía mirando el suelo con indignación—. De hecho, es perfecta.

—¿De veras?

—Desde luego —añadió Jos cruzándose de brazos—. Y puesto que también tenemos un barco, cuando nos aburramos a lo mejor damos la vuelta al mundo hasta esa isla tropical y quizá nos emborrachemos. Todos los días, si nos apetece.

El señor Mastodonte lo miró por encima de las gafas y le sonrió fríamente.

—Qué suerte la suya.

«Qué callado se lo tenían», pensó Tom. Pese a lo mucho que Jos se había jactado de que jamás vendería el museo, era obvio que se había dado cuenta de que sin él podría irle muchísimo mejor. Probablemente, hasta tenía ganas de desaparecer con su querido Ratoncito, dejando definitivamente atrás el museo y todos sus problemas. Así pues, era eso a lo que Melba se había referido al decir que por fin había convencido a Jos para que entrara en razón. Pero ¿iba a presentarse don Gervase? Tom se removió incómodamente en la silla, observando a los abogados mientras garabateaban con sus plumas. ¿Era posible que Mastodonte y Napias también fueran...? No, decidió, seguro que no. Por algún motivo, parecían demasiado reales. El tiempo transcurría y, media hora después, seguía sin haber ni rastro de don Gervase. Melba estaba comenzando a impacientarse.

—Disculpe, señor Mastidante... Mostadinte... Mastadente...

—Mastodonte —la corrigió el abogado—. M-A-S-T-O-D-O-N-T-E, como el animal prehistórico. Como este sujeto del período glacial —dijo riéndose brevemente y señalando el enorme mamut peludo que tenía detrás.

Se oyó una débil tos y el mamut parpadeó. Nadie lo había llamado nunca «sujeto del período glacial».

—Mastodonte y Napias.

—Bueno, señor Mastodonte y señora Napias...

—Señorita Napias —la corrigió la mujer sin levantar la vista de los documentos.

—Eso —continuó Melba con el máximo tiento posible—. ¿No sabrán ustedes a qué hora va a venir su cliente el señor Askary? Nos habían dicho que vendría a las nueve.

—También a nosotros —respondió Mastodonte—. Y cobramos por horas.

—El doble en Nochebuena —interrumpió Napias sonriendo fríamente—. Eso suele sacarlos de la cama.

—¿Alguno de ustedes ha... esto... hablado hoy con el señor Askary? —preguntó Tom con un hilillo de voz.

Mastodonte dejó bruscamente su pluma y lo miró por encima de sus gafas para la vista cansada.

—Lo siento, no he oído bien tu nombre. ¿Tú eres?

—Tom Scatterhorn.

Mastodonte se quedó callado, sin estar muy seguro de si debía molestarse en justificarse ante un niño.

—No, Tom Scatterhorn, de hecho, no. Nosotros somos sus abogados, no sus niñeras, y seguro que es un hombre muy ocupado. Es cosa suya si decide llegar temprano o tarde.

—No es la primera vez que hacemos esto, ¿sabes? —dijo entre dientes la señorita Napias.

Tom se encogió de hombros y no dijo nada. Él tenía sus propias ideas con respecto a lo que estaba ocurriendo, pero no tenía intención de compartirlas con Mastodonte y Napias. Se arrellanó en la silla y esperó.

Transcurrió una hora. Los imperturbables abogados continuaron garabateando en sus contratos y ninguno dijo una palabra. Pasó otra hora. Para entonces, Melba se había quedado dormida y estaba roncando suavemente mientras Jos se paseaba de acá para allá, rascándose la cabeza y maldiciendo entre dientes. Aquel viaje alrededor del mundo a bordo de Ratoncito se estaba alejando por minutos... Finalmente, el reloj dio las doce y Jos ya no pudo aguantar más.

—¡Por las barbas de Neptuno! —estalló—. ¡Ese marinero de agua dulce con cara de lagartija ya se retrasa tres horas! ¡No debería haber esperado más de un Catcher!

Mastodonte lo miró con hastío. Parecía que incluso él estaba finalmente empezando a perder la paciencia.

—Quizá debiera hacerle usted una visita —dijo fríamente.

—Quizá lo haga, señor —bramó Jos—. Y dado que es su cliente, ¡usted va a venir conmigo! ¡Tom, acompaña al señor Mastodonte al coche, si eres tan amable!

Jos tenía la cara tan colorada y parecía tan fuera de sí que el señor Mastodonte no tuvo más remedio que acceder.

—Esto es muy poco ortodoxo —dijo la señorita Napias entre dientes, pero tampoco ella estaba dispuesta a enfadar a tío Jos. A fin de cuentas, una expedición a Catcher Hall solo supondría más tiempo y más tiempo siempre significaba más dinero para Mastodonte y Napias.

Embutiéndose los tres en el baqueteado mini rojo de Jos Scatterhorn, cruzaron la ciudad a una velocidad de vértigo, con tío Jos pisando a fondo el acelerador y derrapando en la nieve como un conductor de rally.

—Con esta nieve, hay que pisar el pedal a fondo —dijo ignorando las quejas del motor. La cara macilenta del señor Mastodonte fue adquiriendo rápidamente una pálida tonalidad verde cuando subieron la cuesta a trompicones y doblaron bruscamente por el camino particular de Catcher Hall, casi llevándose los laureles por delante y derrapando al detenerse en la entrada.

—¡A ver! —bramó Jos—. ¿Dónde está don Gervase Askary?

Fue resueltamente a la puerta y tocó el timbre tan fuerte como pudo. Tom salió del coche un poco mareado también, y al alzar la vista vio que la casa estaba completamente a oscuras. Las ventanas estaban cerradas, las luces apagadas, y ni tan siquiera el Bentley de don Gervase seguía aparcado en el camino particular.

—¿No está? —preguntó débilmente el señor Mastodonte enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo y con aspecto de estar marcadísimo.

—No contesta nadie —resopló Jos furioso—. Seguro que se ha largado. —Dirigiéndose a un lado de la casa, miró por las ventanas del salón de baile—. ¡Lo ha hecho! —estalló—. Y se lo ha llevado todo. ¡Mire!

Tom se acercó a la ventana del estudio y, mirando a través de los postigos cerrados, vio que Jos tenía razón. Todos los periódicos habían desaparecido, y también los ordenadores, incluso los libros. Lo mismo ocurría con el resto de las habitaciones. Estaban vacías y no había nada salvo algunos muebles desperdigados. Era como si don Gervase, Lotus, su ama de llaves peruana y quizá incluso Zeus, el perro furioso, se hubieran esfumado. O regresado al futuro.

—¿Qué me dice usted de esto, señor Mastodonte? —inquirió Jos cuando regresó al coche.

—Es insólito, desde luego —admitió el abogado, cuya cara ya había recuperado su tono macilento habitual—, aunque estoy seguro de que hay una explicación totalmente lógica. Quizá haya salido a almorzar o algo parecido.

—¿A almorzar? —farfulló Jos mientras volvía a poner el coche en marcha—. ¡A almorzar!

—Sí, me refiero a que lo más probable es que lo haya olvidado —añadió Mastodonte sin inmutarse—. A fin de cuentas, ¿qué significa un simple museo para

un hombre con sus medios económicos? Probablemente, ya habrá comprado diez museos. Para ustedes, claro está, es toda su vida y, si la compraventa fracasa, será una auténtica catástrofe. Se quedarán sin su casita de Flood Street y sin sus viajes a islas tropicales. Pero, para él, el Museo Scatterhorn es una baratija, ¡una simple fruslería! ¡Una fruslería navideña, je, je!

Mastodonte comenzó a reírse de su bromita.

—¡Por las barbas de Neptuno! —masculló tío Jos. Aquel abogado estaba empezando a fastidiarle.

—Pero tenga la seguridad de que, haya o no compraventa, don Gervase va a tener que pagarnos lo que nos debe —observó alegremente Mastodonte—. Oh, sí, los honorarios son sagrados. No puede haberse esfumado, ¿no?

Llegaron al principio del camino particular y frenaron bruscamente delante de una larga hilera de bolsas de basura pulcramente apiladas a la espera de ser recogidas.

—¿Ah no? —gruñó Jos mirando las bolsas, que daban la impresión de que alguien hubiera vaciado la casa entera y ya no fuera a regresar nunca más. Pero el señor Mastodonte no parecía haberlo oído. Se le había borrado la sonrisa y estaba con la boca abierta, mirando horrorizado la otra acera.

—¿Qué es eso, por el amor de Dios? —dijo susurrando roncamente.

Jos siguió su mirada y vio, apoyado en un árbol, lo que parecía un maniquí de Lotus de su mismo tamaño. Llevaba un ceñido mono negro y botas, pero las piernas y los brazos estaban totalmente desgarrados, aunque la cara seguía intacta. Parecía estar hecho de alguna clase de grueso plástico amarillo y tenía una sonrisa cómplice en los labios.

—Es como su... su... —Mastodonte no daba con la palabra.

—¿Piel? —sugirió solícitamente Tom desde el asiento trasero.

—Imposible —se apresuró a responder el abogado—. Vaya sugerencia. Qué desagradable. Repugnante, de hecho.

—Pues en algo estamos de acuerdo —gruñó Jos sin despegar los ojos de aquel objeto insólito—. Los Catcher pueden ser rarísimos. A veces, cuanto menos sabe uno, mejor.

Cuando llegaron al museo, Melba salió a recibirlos con aspecto de estar muy desconcertada.

—Creo que puede haber malas noticias —dijo mientras el señor Mastodonte pasaba por su lado para ir al encuentro de Napias, que estaba paseándose de acá para allá en la penumbra, rugiendo sola.

—¿Qué diablos le pasa? —susurró Jos.

—Acaba de recibir una carta de su bufete. Creo que es sobre don Gervase...

—Se ha largado, ¿verdad?

Melba parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—La casa está cerrada a cal y canto. No queda nada. Se ha ido —dijo Jos

chasqueando los dedos—. Así, sin más.

—Oh, no.

—Señor Mastodonte, hay un problema —anunció la señorita Napias, yendo hacia él con un papel en la mano.

—¿De veras? Me lo imaginaba —respondió él sin alterarse, quitándose cuidadosamente el abrigo—. No se preocupe, señorita Napias, sus muchas horas de duro trabajo no serán en vano. Las facturas deben abonarse. Don Gervase lo sabe tan bien como cualquiera.

—¿Ah sí? —La señorita Napias apenas era capaz de dominarse—. Entonces, ¡lea esto! —aulló, no sin antes poner el papel en la mano—. ¡Léalo en voz alta!

El señor Mastodonte se quedó bastante desconcertado. Jamás había visto a la señorita Napias tan enfadada y aquella era, desde luego, una faceta muy poco atractiva de su carácter. El no iba a olvidar su pequeño arrebato, eso seguro. No obstante, dadas las circunstancias, iba a acatar sus deseos y hacer lo que le pedía. Despacio, poniéndose las gafas, se aclaró la garganta y comenzó a leer:

Estimados abogados,

sin duda estarán leyendo esto en el museo Scatterhorn. ¡Qué lugar tan maravilloso es ! ¡Tan lleno de sorpresas! Y qué lástima que, al final, no vaya a comprarlo. Bebido a circunstancias imprevistas, he decidido abandonar el país inmediatamente, y regresar a mi hacienda de Perú, pasando por Asia central...

—¡Seguro que sí! —resopló la señorita Napias—. ¿Quién vuelve a Perú pasando por Asia central?

No tengo intención de regresar a Inglaterra nunca más —continuó Mastodonte— y no voy a dejar ninguna dirección de correo, así que no cuenten con ponerse en contacto conmigo ni esperen que les pague, porque no voy a hacerlo, y no hay nada que puedan hacer para evitarlo.

—¿Qué? —balbució el señor Mastodonte. Hasta él estaba teniendo dificultades para creerse aquello. Aclarándose la garganta, continuó:

Si el joven Tom Scatterhorn está con ustedes mientras leen esta carta, sean tan amables de saludarle afectuosamente de mi parte y díganle que estoy seguro de que, con el tiempo, demostrará ser un digno custodio del legado de sir Henry, siempre que no se exceda en sus atribuciones. Lo último que querría es que le sucediera algo por abrir las puertas que no debe.

Mis disculpas y hasta siempre,

Don Gervase Askary

24 de diciembre

Nadie habló durante un rato. El señor Mastodonte parecía estupefacto. Con cuidado, se quitó las gafas y, doblando la carta, se la metió pulcramente en el bolsillo.

—Custodio del legado de sir Henry, que no te suceda nada, ¿de qué habla ese memo? —gruñó tío Jos, que ahora estaba extremadamente desconcertado—.

¿Significa algo para ti, chaval?

—Nada —respondió Tom, intentando parecer lo más inocente posible—. A lo mejor... esto... se ha vuelto loco de remate.

Pero Tom sabía perfectamente que aquello era una advertencia, aunque no supiera con respecto a qué.

—Parece que estaba usted en lo cierto, señor Scatterhorn —dijo Mastodonte en un tono que se había vuelto frío y despiadado—. Como usted ha dicho, nuestro cliente «se ha largado». No obstante, dado que nos debe miles de libras en honorarios...

—Decenas de miles, señor Mastodonte...

—Eso es, señorita Napias. No puede esperar salirse con la suya. Nadie juega sucio con Mastodonte y Napias sin recibir su merecido.

—Efectivamente —gruñó Napias—, retorciendo los dedos ante la perspectiva de vengarse. —Nadie.

—Debemos informar a la policía ahora mismo —dijo bruscamente Mastodonte—. Van a tener que poner controles en todos los transbordadores y carreteras, vigilar todos los aeropuertos. Radio, televisión, necesitamos fotografías suyas en las primeras páginas de todos los periódicos... —anunció con voz aguda—. Señorita Napias, ¿tenía pensado irse fuera estas Navidades?

—Ya no —dijo ella—. Las Navidades están canceladas.

—Bien hecho —gorjeó él, y se dirigió a los ojos de Melba y Tom con un brillo triunfal en los ojos—. Vamos a encontrar a ese don Gervase Askary, créanme. Aunque tengamos que ir al infierno... ¡y volver!

Después de aquello, los dos abogados parecieron entusiasmadísimos mientras ordenaban sus documentos.

—Que tengan un buen día —gritó la señorita Napias, cerrando su maletín con un sonoro chasquido y, girando sobre sus talones, se dirigió rápidamente a la puerta.

—Feliz Navidad —dijo Jos saludándolos con la mano, pero no obtuvo respuesta. La puerta se cerró y volvió a reinar el silencio.

—Dios mío —dijo Jos conteniendo la risa.

—¿Crees que lo encontrarán? —preguntó Melba.

—Qué va. Ese don Gervase Askary es más escurridizo que una anguila. Aunque a nosotros nos da lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tom.

—Ahora volvemos a estar como al principio. Solo tenemos que vender el museo a otra persona —respondió Jos rascándose la cabeza—. Seguimos teniendo que vender. No podemos eludir ese hecho. ¿Qué sentido tiene quedarnos con este viejo museo si nos falta el dinero para reabrirlo?

Tom sabía que su tío tenía razón. El solo había estado intentando negar la cruda realidad. Jos se quedó mirando el suelo, con los ojos tan entornados que parecían balines. Con sus pobladas cejas y el ceño fruncido, se parecía mucho a un gnomo

gruñón.

—Pero, al menos, lo hemos limpiado para Navidad —dijo Melba en tono tranquilizador—. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar a esa persona.

—¡Bah!

—Bueno, ¿tienes una idea mejor?

Tío Jos sabía que no la tenía. Y no se le daba muy bien seguir mucho tiempo enfadado.

—Venga, fortachón —dijo Melba sonriendo y despeinándole juguetonamente los mechones de pelo que le crecían en la calva como matojos de hierba—. Tenías razón. Don Gervase era un mal elemento desde el principio. ¿Y qué? Ya aparecerá otra cosa, normalmente lo hace.

Y tía Melba tenía razón: apareció algo. Dos cosas, de hecho. La primera fue Plancton, la rata de ojos rojos. Tras pasarse horas buscándola, Tom la encontró dormida bajo la maqueta de Dragonport. Parecía muy satisfecha de sí misma.

—Dios mío —gorjeó Melba al sacarla—. Parece que te hayas tragado un globo, Plancton. ¿De qué has estado atiborrándote ahí abajo? —Insertando su linterna plateada en el agujero que Plancton había roído en la base de la maqueta, Tom se quedó estupefacto al ver una montañita de pieles negras de insecto resplandeciendo en la oscuridad.

—¡Escarabajos! —dijo excitado—. ¡A espueñas!

—Bien hecho, Plancton —dijo Melba sonriendo y dándole un beso en el hocico—. Aquí no queremos tener ningún maldito escarabajo, ¿eh? Buena chica. —Tom tampoco pudo evitar sonreír. Por fin, aquella rata había hecho algo bien. Debía de haberse comido centenares de escarabajos. «Ellos» no iban a tener prisa en volver.

«¿Se habrá comido uno marrón, especialmente grande y con pinzas que llevaba un frasquito azul?», pensó Tom.

Pero, por desgracia, eso habría sido esperar demasiado.

La segunda cosa apareció justo al final del día, cuando llamaron a la puerta del museo. Tío Jos salió a abrir y se encontró al joven cartero en las escaleras nevadas.

—Aquí tiene, señor Scatterhorn —dijo y le puso un gran montón de cartas en los brazos.

—¿Facturas? —exclamó Jos mirando los sobres marrones—. ¿Es esto lo que me traes en Nochebuena, muchacho?

—También hay unas cuantas postales —respondió alegremente el joven rubicundo—, y un par de cosas para el señor T. Scatterhorn. —¿Es esta su dirección?

—Sí.

—Entonces, espere.

Volviendo a entrar en su furgoneta, sacó una carta y una caja de cartón con etiquetas de correo aéreo y exóticos sellos.

—Deben de ser regalos, ¿no? —dijo al dárselos. Jos estudió detenidamente los sellos y advirtió que tanto la carta como el paquete habían sido enviados desde el

mismo país.

—Parece que vienen de muy lejos.

—Creo que en eso tienes razón —dijo Jos con una sonrisa mientras miraba la carta— y sé que van a hacer muy feliz a una persona. Gracias, muchacho.

—No hay de qué, señor Scatterhorn. Por hoy ya he terminado la ronda. Feliz Navidad, señor.

—Igualmente —dijo Jos diciéndole adiós con la mano cuando la furgoneta se alejó—. Igualmente.

Sonriendo picaramente, se colocó la caja y la carta bajo el brazo y, al entrar en casa, cerró la pesada puerta del museo. Ya había decidido guardar aquella entrega inesperada hasta mañana para dar una sorpresa a Tom. A fin de cuentas, una pequeña demora no le hacía daño a nadie, ¿no?

26 Gengis Kan

—Este es para ti.

Tom contempló su gran regalo rectangular, preguntándose cómo iba a disimular su inevitable decepción al desenvolverlo, dado que ya tenía una idea bastante clara de lo que había dentro.

—Espero que sea lo que querías —dijo Jos guiñándole un ojo.

Ahora ya estaba claro del todo.

Era el día de Navidad y estaban sentados en el pequeño salón cargado de humo con un buen fuego crepitando en la chimenea. Tío Jos ya se había puesto su regalo: otra chaqueta de punto tejida por Melba que había conseguido ponerse y abotonarse encima de las dos que ya llevaba. Melba también se había puesto el suyo: un gran sombrero de color naranja con un ala muy ancha y flexible. Y ahora los dos estaban mirando a Tom, con los ojos brillantes de expectación.

—¡Venga! —dijo Melba.

Mejor no retrasarlo más. Con todo el entusiasmo que fue capaz de reunir, Tom rompió el papel y se encontró mirando una larga caja azul. En la tapa había una fotografía de dos niños sonrientes con batas de laboratorio y gafas de plástico, sosteniendo un tubo de ensayo y un par de pinzas. «Química para principiantes —decía—. Apta para niños de 9 a 90 años».

—Uau. Gracias, es genial —dijo intentando parecer lo más agradecido posible.

Melba miró la fotografía de los niños sonrientes.

—Es lo que nos habías pedido —dijo en tono de disculpa.

Melba tenía razón. Era lo que les había pedido, pero no en lo que había estado pensando.

—Bueno, es maravilloso, ¿no? —dijo alegremente Jos—. Me encanta cuando todo el mundo tiene el regalo que quería. Es genial.

Hubo un momento de silencio mientras Tom miraba el juego de química con aire de culpabilidad. Aquello no era en absoluto lo que él quería.

—¿Jos? —Melba le dio un fuerte codazo en las costillas y señaló a Tom con la cabeza, queriéndole indicar algo.

—¿Qué? —preguntó él enarcando las cejas.

—Anda. No lo hagas sufrir más al pobre.

Jos la miró sin comprender, haciendo otra de sus teatrales pausas.

—¡Oh, sí! Casi se me olvida. ¡Qué tonto!

Con cierta ceremonia, sacó la carta y la caja de cartón de debajo de su silla.

—Llegaron ayer por correo y son para ti, Tom —dijo dejándoselos en el regazo.

Tom miró la carta y la caja y, al principio, fue tanta su sorpresa que no supo qué eran. La dos iban remitidas al «señor T. Scatterhorn», escrito en dos letras distintas que le resultaban familiares. En los sellos había coloridos dibujos de caballos y águilas.

—¿Desconcertado? —preguntó Jos riéndose alegremente—. Debo confesar que yo sí, un poco.

Tom sonrió y miró la carta y la caja. ¿Cuál debía abrir primero? La carta. Con cuidado, rasgó el sobre por un borde, con los dedos temblándole de la emoción. Metió delicadamente la mano y, sacando las finas páginas, reconoció la letra de inmediato: ¡era la de su padre! Nervioso, volvió la carta y descubrió que, en el anverso, la letra era distinta: era la de su madre. Debía de haberlo encontrado.

—¿Tus padres? —preguntó Jos sonriéndole con sus ojillos redondos.

Tom apenas pudo asentir con la cabeza. Estaba demasiado emocionado para hablar.

—Me lo imaginaba.

—¿Qué dicen, querido? —preguntó Melba sonriendo. Intentando mantener la calma, Tom fue al principio de la primera página y comenzó a leer en voz alta:

Queridísimo Tom,

espero de todo corazón que te llegue esta carta. Te escribo desde el valle de Tosontsegel, donde estoy tomándome un descanso. Ayer tuve un pequeño accidente, pero ahora me encuentro bien, creo. No te creerías lo que está pasando, Tom. Es increíble. Da un poco de miedo, de hecho. Las cosas están cambiando rapidísimamente. Pero ahora no te lo puedo contar todo, por si alguien más lee esta carta. ¿Sabes?, puede que yo no sea el único que está buscando lo que tú ya sabes. ¿Te acuerdas de la extraña carta que recibí del Movimiento Internacional para la Protección y el Fomento de los Insectos Hace tantos años? Bueno, es largo de contar, pero ahora todo está comenzando a cobrar sentido...

—Así que tu padre está buscando «lo que tú ya sabes» —repitió Jos—. ¿Y qué es «lo que tú ya sabes»?

—Es... esto... algo relacionado con los insectos, los escarabajos —se apresuró a decir Tom—, y es confidencial. Un asunto del gobierno.

—Oh. Bien. Escarabajos, ya —repitió Jos—. Un asunto del gobierno.

—Sí.

—Si tú lo dices.

Jos enarcó las cejas y miró a Melba con complicidad. Era como él siempre había sospechado: Sam Scatterhorn estaba loco de remate.

—¿Y qué dice tu madre? —preguntó educadamente Melba. Tom volvió la carta.

Querido Tom, decía,

como ves, lo he encontrado, y justo a tiempo. Lleva la barba crecidísima y está hecho un fideo. Parece un cavernícola. ¡No lo reconocerías! He pensado mucho en ti, Tom, cariño, añorándote muchísimo, y papá también, aunque tú ya sabes que a él le cuesta decir estas cosas, y aún más escribirlas. Los dos nos hemos estado preguntando qué te parecen Jos y Melba. Son una pareja curiosa, ¿verdad? Espero que te estén dando bien de comer y que tengan arreglada la calefacción de tu habitación. Se me olvidó decirte eso. Tío Jos jurará que en Mongolia hace más frío,

pero, créeme, sino es verdad. Dormimos ahí una vez hace unos diez años y casi nos morimos de frío...

Tom dejó la frase a medias y de pronto se sintió un poco avergonzado. Al alzar la vista, vio que tío Jos estaba mirando el suelo.

—Ah, sí. Tu madre tiene razón en eso. —Sonrió con aire arrepentido—. No me había dado cuenta de que ese maldito radiador llevaba tanto tiempo estropeado. No importa, ¿no has estado tan mal, no, chaval? Puede que el alojamiento no sea nada del otro mundo, pero tu tía es un genio en la cocina.

—Lo es —dijo Tom sonriéndoles. Pese a todo lo demás que le había sucedido, tía Melba y tío Jos habían intentado cuidar de él lo mejor que sabían y les estaba profundamente agradecido por ello. Pero eso no impedía que añorara a sus padres—. ¿Sigo?

—Léela en voz baja, querido —dijo cariñosamente Melba, dándole una palmada en el hombro—. A fin de cuentas, va dirigida a ti, no a nosotros.

Tom continuó leyendo, devorando ávidamente las descripciones que su madre hacía de los largos y accidentados trayectos en autobús y las polvorientas poblaciones hasta que casi estuvo al final de la carta.

Bueno, Tom —escribía su madre—, me he estado reservando lo más interesante para el final. Es sobre cómo encontré a tu padre. Las autoridades me habían dicho que estaba preso en una ciudad perdida de la estepa, pero, al llegar, descubrí que lo habían soltado el día anterior. Yo me puse a hacer preguntas y, por lo visto, él se acababa de ir al bosque con unas personas, por lo que cogí un autobús hasta el pueblo más cercano y esperé a que regresaran. Papá se había juntado con una gente muy poco recomendable, gángsteres que robaban escarabajos, por lo visto. En fin, aquí eso es totalmente ¡legal y su gente tuvo un terrible accidente. Él no me ha contado casi nada. Solo dice que tiene muchísima suerte de estar vivo. En fin, yo no sabía nada de eso y, después de pasarme dos días en el pueblo esperándolo, estaba comprando verdura en el mercado cuando llegaron dos señores mayores montados a caballo. Resultó que eran ingleses y me dijeron que tenían una cabaña en el valle, en el bosque, y que llevaban años yendo allí para estudiar a los escarabajos. Yo dije «Oh, mi marido está aquí haciendo eso», y cuando les dije cómo se llamaba los dos se echaron a reír. ¡Papá estaba con ellos justo en ese momento! Yo me quedé pasmada. Pero, Tom, eso no es lo más raro. No vas a creerte quiénes son...

Tom tenía el corazón desbocado. Apenas era capaz de volver la página.

¡August Catcher y sir Henry Scatterhorn!

Tom se sintió como si acabara de arrollarlo un tren expreso. Intentó dominar su temblor de manos.

Y están convencidos de que te conocen. ¿Es eso cierto, Tom?

No veo cómo. En fin, fueron bastante insistentes, y cuando les dije dónde estabas se entusiasmaron muchísimo y quisieron enviarte un regalo por Navidad, así que les di la dirección del museo. Son unos tipos curiosos, los dos. /August parece haber

tomado a tu padre bajo su protección. Quiere que se quede aquí con él, pero papá no quiere decirme por qué. Ya sabes lo reservado que es, nunca cuenta nada. Pero, por muchas vueltas que le doy, no se me ocurre cómo pueden conocerte...

El corazón le estaba latiendo tan deprisa y con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¿Seguro que están bien, querido? —preguntó Melba, súbitamente preocupada al verlo más pálido que nunca—. ¿Hay algún problema?

—No, no, todo va bien, bien —farfulló Tom—. Es solo que...

Tom miró la caja de cartón y reconoció la letra de inmediato. Era la caligrafía de trazo delgado e inseguro de August. Sacándose la navaja del bolsillo, la desplegó rápidamente y cortó el envoltorio. Luego levantó la tapa y hurgó en el interior de la caja hasta encontrar un paquete envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda. ¿Qué era aquello? Parecía una figura. Cortó la cuerda y fue quitándole las capas de sucio papel de periódico hasta encontrar en el centro un pequeño guerrero chino pintado con colores muy chillones que tenía la espada alzada por encima de la cabeza. «Gengis Kan», decía el rótulo de la base. Melba alargó el cuello y, asombrada, miró aquel horrible personaje en miniatura.

—¿Es también de tus padres, querido? —preguntó educadamente—. Un regalo muy original.

—Gengis Kan, ¿eh? —dijo Jos soltando una risita—. Todo un personaje, ¿no?

Tom no entendía nada de nada. ¿Por qué diablos le habían enviado aquello? Gengis Kan llevaba un sobre pegado a la espalda y Tom lo abrió de inmediato.

Estimado Tom, decía la espigada letra de August,

¡estás vivo! ¡Vaya sorpresa! Ahora, todo parece completamente lógico, cómo aparecías y desaparecías al azar. Siempre nos pareció que tenías algo muy poco corriente, Tom, y sir Henry estaba convencido de que los humanos podían «viajar». Jura que vio a unos gansos hacer algo similar durante una tormenta en Alaska. Confieso que siempre fui un poco escéptico, hasta ahora. Bueno, como ves, nosotros seguimos aquí, y en bastante buena forma además, considerando que los dos rondamos casi los ciento cincuenta años. Y quizá te sorprenda saber que ahora nos han empegado a interesar bastante los coleópteros. Todo comenzó en un volcán hace unos setenta años. No voy a aburrirte con los detalles, pero, desde entonces, sir Henry y yo no le hemos quitado ojo al reino de los insectos y en concreto a los escarabajos. Son redomadamente astutos, casi evolucionan ante tus propios ojos para convertirse en algo mucho peor que lo de antes, y ahora algunos son casi indestructibles. Gracias a Dios que lo único que continúa conteniéndolos es su ciclo vital. Incluso los más grandes, que se pasan casi cincuenta años en estado larvario, alimentándose de árboles muertos y engordando hasta ser casi tan grandes como una calabaza, solo consiguen vivir unos cuantos meses a lo sumo. Solo Dios sabe qué ocurriría si se hicieran con mi pequeño invento y descubrieran cómo fabricarlo. Son tan fuertes y numerosos que, un buen día, es posible que se apoderen de la tierra, ¡ya tienes algo en

lo que pensar!

En cualquier caso, estamos seguros de poder seguir llevándoles la delantera. De hecho, hace tres semanas, ¡encontramos a un tal Sam Scatterhorn que estaba casi hasta el cuello de escarabajos! Por suerte, sir Henry lo sacó de allí justo a tiempo. Es un placer conocer por fin a tu padre, aunque no haya sido en las circunstancias que habríamos deseado. Fuerte como un roble y terco como una mula, va a ser un buen miembro de nuestra sociedad. Un día te lo explicaremos todo sobre ella.

Bueno, un pajarito nos ha dicho que has tenido algún que otro problemilla en nuestro querido museo, por lo que sir Henry ha pensado que regalarte una estatuilla de Gengis Kan para Navidad quizá sea justo lo que necesitas para alegrarte las fiestas. Parece un tipo encantador, ¿verdad? Aquí tienen estatuas suyas por doquier, es una especie de héroe nacional.

Con nuestros mejores deseos,

August y Henry

Despacio, Tom dejó la carta profundamente abatido. ¿Qué cosa tan terrible había hecho? El entusiasmo por haber tenido noticias de sus padres se le había evaporado de golpe al darse cuenta de las enormes consecuencias de sus actos. Había dado la poción de August a don Gervase y ahora sabía por qué la anhelaban tanto los escarabajos. No vivían mucho tiempo. No podían.

Solo Dios sabe qué ocurriría si se hicieran con mi pequeño invento y descubrieran cómo fabricarlo... un buen día, es posible que se apoderen de la tierra...

Bueno, ahora la tenían, y Tom no podía hacer nada para cambiar esa realidad. Su única esperanza era que el frasco fuera tan pequeño y la poción tan compleja que ellos no pudieran descubrir cómo se elaboraba. A fin de cuentas, nadie más lo había hecho. No obstante, en aquel momento, aquello apenas lo consolaba.

—¿Malas noticias? —preguntó Jos pareciendo desconcertado.

—Más o menos —respondió Tom rehuyéndole la mirada.

Tenía la sensación de que el mundo se estaba derrumbando a su alrededor. Jamás en su vida se había sentido tan mal. Había fallado a su padre, a su madre, a August y a sir Henry, quizá incluso a toda la raza humana. Ahora, los aterradores escarabajos del futuro poseían el secreto de la inmortalidad y todo era culpa suya y de nadie más. Sintiendo culpable, miró el feo guerrero que tenía en la mano. ¿Cómo iba Gengis Kan a levantarle el ánimo en ese momento? Distraídamente, volvió la carta y vio que también estaba escrita por detrás.

P. D. —decía—: Ven a vernos en vacaciones si puedes, y si Gengis Kan no te gusta, rómpelo y cómprate algo que quieras de verdad.

Miró la estatuilla de Gengis Kan y notó un hormigueo en todo el cuerpo. Su frustración estaba dando paso a la ira, ira contra sí mismo. «Rómpelo, rómpelo... ¡rómpelo!... Muy bien. Eso haré». Se levantó bruscamente de la silla.

—¡AAAAAAHHH! —gritó, y arrojó a Gengis Kan contra la pared.

¡CHAS!

La estatuilla de porcelana se rompió en mil pedazos, que volaron por los aires y cayeron sobre Jos y Melba.

—Dios mío —susurró Melba, mirándolo nerviosamente desde debajo de su gran sombrero naranja. Jos estaba demasiado atónito incluso para hablar. Se quedó mirando la pared con la boca abierta. En el centro del salón, Tom se puso a temblar, con las mejillas encendidas. ¿Qué iban a pensar de él? Estaba enfadado y avergonzado por su súbito arrebató, pero no había podido contenerse. Necesitaba desahogarse. «Rómpelo», decía la nota, y él lo había hecho, y debía admitir que ahora se sentía muchísimo mejor. Tragando saliva, miró los pedazos de porcelana esparcidos por todo el suelo.

—Lo siento —farfulló avergonzado—. Será mejor que vaya a buscar un recogedor y... —La frase se le quedó a medias cuando vio un pequeño objeto marrón en un rincón junto a la chimenea. Antes no estaba. Arrodillándose, recogió lo que parecía una bolsita de arpillera con forma de piedra, no mucho más grande que una ciruela, desgastada y deshilachada de tantos años de viajes. A través de la áspera tela, vislumbró un objeto oculto en su interior.

—¿Estaba eso dentro de Gengis Kan? —preguntó Melba mirando la bolsita con curiosidad—. ¿Qué crees que puede ser, Tom?

Tom no sabía qué pensar. Sacó su navaja, hizo un corte en la bolsita y, al apretarla con suavidad, un objeto liso y frío le resbaló sobre la palma de la mano. Era una piedra, tan redonda como el mundo, del color azul más intenso y puro que él había visto jamás. Las llamas danzaron y brincaron en su superficie.

—¿Es eso un... un... zafiro? —preguntó Melba sofocando un grito y mirando la piedra maravillada.

—No será el za-za-firo, ¿no? —farfulló Jos—. ¿No... será el gran zafiro de Champawander?

Tom miró la piedra azul y sonrió. Sabía que sí lo era.

Más tarde, cuando Jos y Melba se hubieron ido a la cama, Tom fue a su habitación, se sentó y se puso a escribir una carta.

Estimados August y sir Henry —comenzó a escribir—, no se me ocurre qué decir salvo gracias. Gracias por hacerme el mejor regalo de mi vida. Ya he decidido qué voy a hacer con él. Voy a venderlo e invertir el dinero en reparar el museo y todos sus animales, para que el Museo Scatterhorn pueda reabrirse. Tío Jos me ha prometido que me echará una mano y hasta ha dicho que quiere que un día lo herede yo.

Por favor, denle las gracias a mi padre por su carta y cuiden de él, porque a veces es un poco alocado, y díganle a mi madre que me muero de ganas de verla cuando vuelva a casa.

Me encantaría ir a visitarles a Mongolia, porque tengo muchas cosas que explicarles que no puedo escribir aquí, pero hay una cosa muy importante que deberían saber. Si alguna vez vuelven a encontrarse con don Gervase Askary, o con su hija Lotus, tengan muchísimo cuidado, por favor, porque ahora tienen un frasquito

azul que es suyo.

Saludos,

Tom

Cuando hubo terminado, dobló cuidadosamente la carta y puso la siguiente dirección en el sobre:

Señor A. Catcher y sir H. Scatterhorn

Valle de Tosontsengel

Mongolia Exterior

El presente

Abriendo la ventana, Tom dejó el pequeño sobre en el alféizar y miró el cielo nocturno esperanzado. ¿Encontraría el águila aquella carta? Siempre había una posibilidad... y de todas formas, él no podía hacer nada más hasta las próximas vacaciones de verano, y tenía mucho en que pensar hasta entonces. A fin de cuentas, ¿a cuántos otros niños les regalaban para Navidad el segundo zafiro más grande del mundo? Dejando el sobre en el alféizar, cerró la ventana sonriendo y saltó a la cama. Esa era una pregunta cuya respuesta ya conocía.

Epílogo

EXTRAÍDO DEL *DRAGONPORT MERCURY* ¡EL MUSEO SCATTERHORN REABRE SUS PUERTAS!

Anoche el increíble Museo Scatterhorn reabrió sus puertas en medio de una gran expectación, casi exactamente un año después del día tras el cual podría haberlas cerrado para siempre. Su nuevo propietario, Tom Scatterhorn, de solo doce años, se ha pasado un año restaurando este emblemático museo que se encontraba en un crítico estado de deterioro. «El Museo Scatterhorn era uno de los lugares más fríos, oscuros y escalofriantes de la tierra —recordó Leonard Logan, el nuevo alcalde de Dragonport conocido familiarmente como Goteras—, Ipero ahora los animales parecen tan afables y reales que da la impresión de que vayan a salir de sus vitrinas en cualquier momento!».

El señor Jos Scatterhorn, anterior propietario del museo, quien se aseguró de que él y su esposa Melba regresaran de su crucero alrededor del mundo a tiempo para asistir a la ceremonia de anoche, también se hizo eco del entusiasmo del alcalde. «Lo que este chaval ha hecho aquí es tremendo —dijo—. A decir verdad, estoy maravillado. No creía que fuera posible devolver a la vida esta colección vieja y apolillada». Según una fuente, la meticulosa labor de limpiar y rellenar los miles de animales fue encargada a un viejo artesano mongol cuyas técnicas secretas han revivido no solo los especímenes de la colección sino también la famosa maqueta de Dragonport, que estaba infestada de insectos desde hacía décadas.

Y ahora que ha vuelto a poner este viejo museo en el mapa, ¿qué planes tiene Tom Scatterhorn? «Las próximas vacaciones de verano visitaré Asia central con mi padre —dijo al Dragonport Mercury anoche-. Queremos visitar a un par de viejos amigos y mi padre va a recoger unos cuantos escarabajos poco corrientes. Él opina que, dado que uno de cada cuatro animales de la tierra es un escarabajo y estos insectos ya llevan aquí doscientos millones de años, deberíamos tener unos cuantos en el Museo Scatterhorn. A mí no me importa, siempre que los tengamos bajo control. ¡A lo mejor necesitamos construir una nueva sección para que nos quepan todos!». Con un muchacho tan decidido como él al timón, el futuro del Museo Scatterhorn parece estar sin duda en buenas manos. Seguiremos su trayectoria con interés...



Henry Chancellor Escritor inglés, Henry Chancellor es conocido por su libro basado en el archivo del escritor Ian Fleming, *James Bond, The man and his world* y por su serie de libros juveniles con Tom Scatterhorn como personaje protagonista.